

Jean Shinoda Bolen

LAS DIOSAS DE LA MUJER MADURA

Arquetipos femeninos a partir de los cincuenta

Traducción del inglés de Silvia Alemany

editorial Kairós

Numancia, 117-121
08029 Barcelona
www.editorialkairos.com

Título original: GODDESSES IN OLDER WOMEN

©2001 by Jean Shinoda Bolen

© de la edición en castellano:
2003 by Editorial Kairós, S.A.

Primera edición: Septiembre 2003
Quinta edición: Junio 2009

I.S.B.N.-10: 84-7245-532-7
I.S.B.N. 13: 978-84-7245-532-0
Depósito legal: B-26.041/2009

Fotocomposición: Grafime. Mallorca 1. 08014 Barcelona
Impresión y encuadernación: Romanyá-Valls. Verdaguer, 1. 08786
Capellades

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático, ni la transmisión por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros métodos, salvo de breves extractos a efectos de reseña, sin la autorización previa y por escrito del editor o el propietario del copyright

A Gail Winston, mi editora en Harper Collins, y Katinka Matson, mi agente literaria de Brockman, Inc.

Este libro se basa en los arquetipos del inconsciente colectivo de Carl G. Jung, en sus conceptos de los tipos psicológicos, el sincronismo y las etapas de la vida, así como en mi propia experiencia personal como analista jungiana, resultado de varias décadas de ejercicio profesional.

A GLORIA STEINEM

*Hermana mayor arquetípica, visionaria, activista en pro de
los derechos de la mujer, persona vulnerable,
concienciadora, fuente de inspiración,
personaje modélico y amiga.*

Por todo lo que has hecho por las mujeres.

Gracias.

SUMARIO

Introducción

Cómo llegar a ser una mujer mayor y esplendorosa

Parte I: SU NOMBRE ES SABIDURÍA

La diosa de la sabiduría práctica e intelectual
Metis en el vientre de Zeus

La diosa de la sabiduría mística y espiritual
Sofía, oculta en la Biblia

La diosa de la sabiduría psíquica e intuitiva
Hécate en el cruce de caminos

La diosa de la sabiduría meditativa
Hestia como el fuego central del hogar

Parte II: ELLA ES SABIA... CUANTO MENOS

Las diosas de la ira transformadora:
su nombre es indignación
Sekhmet, la antigua diosa egipcia de cabeza leonada
Kali-Ma, la diosa hindú de la destrucción

Las diosas de la risa curativa: su nombre es alegría
La indecente Baubo
Uzume, la diosa japonesa de la alegría y la danza

Las diosas de la compasión: su nombre es bondad
Ktian Yin, La que Escucha los Llantos del Mundo
La Virgen María y la Dama de la Libertad

Parte III: LA MUJER ES UNA DIOSA QUE ENVEJECE: A PROPÓSITO DE LAS DIOSAS DE CADA MUJER

Artemisa, la diosa de la caza y la luna
Hermana, feminista y cosechadora de éxitos

Atenea, la diosa de la sabiduría y las artes
Estratega, guerrera y artesana

Hestia, la diosa del hogar y el templo
La mujer anónima que vigila el fuego del hogar

Hera, la diosa del matrimonio
El arquetipo de la esposa

Deméter, la diosa de las cosechas
El arquetipo de la madre

Perséfone, la doncella y la reina del mundo subterráneo
Niña eterna y guía interior

Afrodita, la diosa del amor y la belleza
La mujer amante y creativa

Parte IV: **LA MUJER ES UN CÍRCULO**

Los círculos de mujeres sabias
*Las madres de los clanes, los círculos de abuelas y
los círculos de mujeres mayores*

Conclusión: A modo de tercer acto

Notas
Bibliografía

INTRODUCCIÓN:

CÓMO LLEGAR A SER UNA MUJER MAYOR Y ESPLENDOROSA

La mayoría de mujeres que conozco no sólo no niegan su edad, sino que, al cumplir los cincuenta, celebran el evento. Sus madres sí que debieron de pasar un mal trago al llegar a la cincuentena, pero para ellas es un día en el que hay que descorchar champán. Cumplir cincuenta años invita a celebrar fiestas de amigas entre las que alcanzan juntas esa edad. Es tiempo de festejos para algunas, y la ocasión de iniciar rituales o plantearse el retiro para otras. A los cincuenta, la mayoría de las mujeres también celebran su aspecto y su espíritu joven. Con todo, el hecho de envejecer las sume en una cierta intranquilidad. Las mujeres que llegan a los cincuenta no tienen una idea muy clara de la persona en quien van a convertirse, no conocen las energías potenciales que implica la menopausia o no comprenden que se encuentran en el umbral de una etapa de sus vidas en la cual desarrollarán su personalidad como jamás lo habían hecho anteriormente.

He escrito *Las diosas de la mujer madura* para que las mujeres puedan nombrar y reconocer aquello que les inquieta. El origen de estos sentimientos son los arquetipos de la diosa que hay en nuestro interior, los patrones y las energías de la psique. Al saber quiénes son las diosas, las mujeres pueden llegar a ser más conscientes de las potencialidades que hay en ellas, las cuales, una vez reconocidas, son fuente de espiritualidad, sabiduría, compasión y acción. Cuando los arquetipos se activan, por consiguiente, nos proporcionan energía y nos transmiten una sensación de autenticidad y de haber encontrado un sentido a nuestra vida.

En algún momento después de los cincuenta o de la menopausia toda mujer cruza un umbral hacia la tercera fase de su vida, entrando de este modo en un territorio desconocido. Para un patriarcado orientado sobre todo hacia la juventud, convertirse en una mujer mayor es convertirse en alguien invisible, en una no-entidad. Sin embargo, desde la perspectiva arquetípica que elucido es posible que este tercer trimestre sea una época de plenitud e integración personal, en la cual nuestros actos devengan la expresión de nuestra identidad más profunda. Cumplidos ya los cincuenta, en

esos años llenos de energía, puede que lleguemos a ser más visibles en el mundo de lo que jamás lo fuimos, quizá desarrollemos nuestra vida interior o nos dediquemos a cuestiones creativas, o incluso es posible que actuemos como una influencia que equilibra nuestra constelación familiar. Lejos de ser una no-entidad, en la tercera etapa de su vida es cuando la mujer se convierte, más que nunca, en alguien con una personalidad definida y sólida. Sólo hay que pensar que en la tradición indígena americana una mujer llegaba a la completa madurez a los cincuenta y dos.¹

Las mujeres que cumplieron la mayoría de edad durante el movimiento feminista a finales de los sesenta y setenta han rechazado estereotipos, explorado nuevas posibilidades, desaliado viejas limitaciones e insistido en volver a definirse en cada nueva década. Anticipo, dicho sea de paso, que a medida que la generación de mujeres del *baby-boom* vaya alcanzando esta tercera etapa de madurez, la connotación de la misma palabra "vieja" cambiará. Mi intención, al escribir *Las diosas de la mujer madura*, es la de contribuir a redimir la palabra "anciana" o "vieja", la tercera etapa de la vida, y, sobre todo, ayudar a las mujeres a reconocer los arquetipos que en esta época devienen accesibles como fuentes de energía y dirección.

La menopausia

A diferencia de cuando se cumplen los cincuenta, pasar la menopausia es un episodio muy privado. Para la mayoría de las mujeres, la menopausia llega sobre los cincuenta, cinco años más, cinco años menos; digamos entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cinco años. Generalmente es la mujer quien decide que ha pasado la menopausia y le ha llegado el momento de cambiar de bando cuando lleva sin menstruar durante un año. No obstante, la mayoría de las mujeres experimentan ciertas irregularidades que dificultan el poder ser exactos. Hay períodos regulares en que la menstruación cesa, para volver a iniciarse luego, y suelen observarse con frecuencia pérdidas durante cortos períodos. Para complicar todavía más el asunto, los tratamientos terapéuticos de sustitución hormonal pueden provocar la menstruación, mientras que la extirpación del útero o la quimioterapia hacen cesar la menstruación de manera artificial. Ciertas mujeres perimenopáusicas lamentarán el fin de sus años fértiles, pero habrá otras que se sentirán liberadas. Algunas quizá se preocupen por la posibilidad de quedar embarazadas durante la menopausia, otras, en cambio, desearían que así fuera. Es verdad que entre los síntomas se da un cierto malestar físico y psicológico; y la reacción de los demás, especialmente la de los hombres, hace de la menopausia un acontecimiento fisiológicamente confuso que la mayoría de mujeres no celebran.

Sin embargo, el panorama no es así necesariamente. Han existido, y todavía existen, culturas que muestran su respeto hacia las mujeres mayores o sabias, cuya menopausia se convierte en el momento que marca la transición hacia una condición nueva y honorable. Esto es lo que sucede cuando se considera que las mujeres se reflejan positivamente en la naturaleza, y viceversa. Como ocurre en muchas de las tradiciones tribales de los indígenas americanos, la menarquía (el inicio de la menstruación) y la menopausia marcan las transiciones principales de este importante ciclo (los misterios de la sangre) que vincula a las mujeres, la luna y la divina feminidad.

Sea en su aspecto de cuarto creciente o cuando se muestra llena y esplendorosa, sabemos que observamos sólo una faceta de la esférica luna. Del mismo modo, los antiguos veían a la diosa como una, aun siendo tripartita dadas sus tres facetas de doncella, madre y anciana. Observaban los ciclos de la luna, de las estaciones y de la fertilidad de la tierra, y también los ciclos de los cuerpos de las mujeres, que compartían sus mismas características.

En la antigüedad y en las tradiciones indígenas, cuando una niña empezaba a sangrar, se convertía en una mujer que iniciaba la etapa de doncella, el equivalente metafórico a la luna creciente. Un ritual marcaba su nueva condición. Después del comienzo de la menstruación, sus períodos menstruales entraban en sincronía con el de otras mujeres (como ocurre con las mujeres que comparten dormitorio o piso de estudiantes) y con la luna. De esta manera, la joven sangraría una vez al mes durante su menstruación o «período lunar» hasta que quedara embarazada. Su primer embarazo era una iniciación a la segunda etapa de la vida, correspondiente a la luna llena y la segunda faceta de la diosa tripartita. Cuando quedaba embarazada, se decía que retenía la sangre en el cuerpo para hacer un niño. Sólo después de dar a luz, y finalizada la lactancia, empezaba a menstruar de nuevo. El proceso se repetía hasta que la mujer volvía a quedarse embarazada o hasta que entraba en la menopausia. El cesamiento de la menstruación marcaba luego otro cambio fundamental. De nuevo se decía que la mujer retenía sangre en su cuerpo; sólo que entonces no era para gestar a un niño, sino para gestar sabiduría. La menopausia marcaba el paso a la tercera etapa de la vida de una mujer, correspondiente a la luna menguante, y era la iniciación a la etapa de la mujer sabia o anciana.

En muchas tradiciones indígenas americanas, cuando la mujer dejaba de menstruar, podía ser elegida para convertirse en madre del clan o incorporarse a la tienda de las abuelas. La sabiduría adquirida era un valor positivo, y el interés de la anciana se extendía ahora más allá de su familia para abarcar a todos los niños y al bienestar de la tribu. En esta clase de sociedades la mujer postmenopáusica ostentaba claramente un lugar y una posición honorables.

Las tres etapas de la vida de la mujer

Considero la doncella, madre y anciana, las tres facetas de la diosa tripartita, los estadios de la vida de una mujer con indiferencia de que haya dado a luz o no. La mayoría de las mujeres pasan la etapa de doncella sin comprometerse y se dedican a catar la vida; cambiando de trabajo y de estudios o probando y descartando relaciones. El arquetipo es el de la *puella eterna*, la eterna niña. Con el control de natalidad y la autonomía que tienen la mayoría de las jóvenes, la fase de doncella actualmente puede prolongarse décadas, hasta alcanzar la edad en la que antiguamente las mujeres se convertían en madres. También pueden permanecer en la fase de doncella incluso cuando se convierten en madres biológicas, si no son maternales, responsables o maduras.

A veces me refiero a las tres facetas como "doncella, madre (o matrona) y anciana" o "mujer joven, mujer madura y mujer sabia" para demostrar que no hace falta que una mujer se convierta en madre biológica en la segunda fase, si bien "madre" es una metáfora apropiada para lo que normalmente implica la segunda fase. En la segunda fase las mujeres toman compromisos y, al asumirlos, maduran. El compromiso podría ser con una persona, una profesión, una causa o un talento: cualquier cosa que sea importante en el ámbito personal. Los hijos (y cualquier compromiso significativo) conllevan más esfuerzo y devoción de los que la mayoría de mujeres se esperan, al tiempo que son una fuente de alegría y sufrimiento, y un impulso para el crecimiento y la creatividad. Esta segunda etapa es la de la entrega y el esfuerzo activo.

La mayoría de las mujeres entra en la tercera etapa de la mujer sabia o vieja sólo después de haberse apartado de las preocupaciones de la etapa anterior y de haberse retraído en sí mismas. Los cambios hormonales y los síntomas de la menopausia a menudo hacen que entendamos el entrar en la tercera etapa de manera fisiológica (si bien el cese de la menstruación no implica convertirse en una mujer sabia, ni tampoco llevar el tipo de vida de una mujer que está viviendo su tercera etapa). Los estadios psicológicos de la doncella, la madre y la anciana ya no están estrictamente relacionados con la edad. Las mujeres que han tenido los hijos tarde respecto a su época fértil o los han adoptado tarde siguen muy ocupadas con los compromisos de la segunda etapa. Entran en la menopausia con los hijos en la educación primaria o iniciando la adolescencia, y puede que deseen replegarse en sí mismas justo cuando los demás les reclaman una mayor atención. Las mujeres que retomaron los estudios a mediana edad o cambiaron de profesión quizá se vean inmersas en nuevas trayectorias profesionales y en la menopausia al mismo tiempo. Generalmente la menopausia coincide con un cambio de rumbo: el último hijo abandona el hogar, y la jubilación anticipada no está muy lejana. Con el inicio de la menopausia, cada

acontecimiento provocará cambios profundos tanto en la psique como en el cuerpo.

Es en la tercera etapa de la vida de una mujer cuando los arquetipos de la diosa anciana se dan a conocer de forma natural. Cuando una nueva etapa de la vida activa sus arquetipos, lo hace con vitalidad y energía. Por consiguiente, cuanto más nos conozcamos en este estadio de la vida, más fácil será activarlos. Cuanto más despierten nuestro interés, y cuanto más simbolicen la madurez de nuestros propósitos y pensamientos independientes, más calarán en nuestro interior. Conocer sus nombres, imágenes, características e historias es importante (y por eso los describiré en los capítulos siguientes), porque este conocimiento les da vida en nuestra imaginación, a la par que nos ofrece un vocabulario para expresar las cosas que ya estamos sintiendo.

Cuando oigo a alguna mujer llamar a sus sofocos «olas de energía», me choca que nuestro sentido del humor supere a esa actitud vagamente aprensiva que mostramos hacia la menopausia. ¿Qué pasaría si cada vez que una mujer tuviera un sofoco, sintiera realmente una ola de energía (como si sus arquetipos de sabiduría y autoridad interior fueran activados)?

Cómo llegar a ser una mujer mayor y esplendorosa

Hay algo deliciosamente escandaloso en la frase "mujer mayor fresca y esplendorosa." Los adjetivos "fresca" y "esplendorosa", usados junto a "mujer mayor", nos chocan primero y después los asumimos. Hace varios años estaba dando una charla sobre el arquetipo de la mujer sabia,² y salió esta frase, que adoptaron inmediatamente la práctica totalidad de mujeres que había en el auditorio. Creo que describe con gran acierto los años de vejez de una mujer que ha integrado los arquetipos y las tareas de doncella y madre en su personalidad. Su actitud y su espíritu son como el verde fresco de la primavera, y saluda la posibilidad propia y ajena de crecer de un modo distinto. Hay algo sólido en esa manera de ser una mujer adulta cuya vida ha dado frutos a través tanto del cultivo y la poda, como de la templanza y el trabajo; sabe por experiencia propia que para plantar y dejar crecer nuevas posibilidades para sí misma o los demás, y para que se hagan realidad, se necesita empeño y amor. También hay algo en su pasión por la vida que es como una fruta de verano madura y esplendorosa. Esa mujer inicia con la menopausia una nueva etapa, y se muestra abierta a nuevas posibilidades.

La mujer mayor fresca y esplendorosa ha vivido lo suficiente para implicarse profundamente en compromisos entusiastas y llevar adelante su vida personal como un proyecto de pleno sentido, por muy especial, feminista o tradicional que pueda parecerles a los demás. Para ello es necesario saber quiénes somos en nuestro interior, y creer que nuestros actos son la reflexión o expresión

verdadera de nuestro auténtico yo. Es tener lo que Margaret Mead llamó EPM o entusiasmo postmenopáusico por la vida que llevamos.

Lo que me inspiró «fresca y esplendorosa» fue la teología *viriditas* de Hildegard von Bingen ("la energía vivificante"). Von Bingen fue una mujer extraordinaria que vivió hace ochocientos años e hizo gala de una personalidad renacentista y feminista antes de que el Renacimiento y el feminismo se hubieran inventado. En *Illuminations of Hildegard of Bingen*, el teólogo Matthew Fox fue el primero en presentar la figura de Hildegard a los lectores. Esta mujer, nacida en 1098 y fallecida en 1179, ejerció una considerable influencia. Fue abadesa benedictina, mística, médica, teóloga, música, botanista y pintora. En una época en la que eran pocas las mujeres que sabían escribir, y en la que a la mayoría se les negaba una educación formal, ella mantenía correspondencia con emperadores, papas, arzobispos, nobles y religiosas. Viajó, predicó extensamente, fundó monasterios y, haciendo gala de una gran astucia, mantuvo una posición política muy abierta. En momentos clave de su vida, desafió la autoridad de los superiores de su Iglesia y acabó imponiendo su criterio.

La autoridad y creatividad de Hildegard fue creciendo a medida que iba cumpliendo años. Tuvo una vida excepcionalmente longeva para la época (ochenta y un años), rasgo que es un común denominador para las mujeres que en la actualidad inician sus años de vejez. Hildegard tuvo que desarrollar su intelecto y su talento para llegar a hacer lo que hizo y ser la persona que fue. En esa época eso sólo era posible viviendo en una comunidad religiosa de mujeres, la cual le permitía dedicarse a aquello que le interesaba. La religiosa fue capaz de tomarse en serio a sí misma, obtener el consuelo espiritual a través de la meditación y reaccionar sin tregua ante los acontecimientos del mundo exterior. Hildegard, como ejemplo de la vieja fresca y esplendorosa, fue lo que llamo una mujer capaz de realizar sus propias elecciones.

La mujer que realiza sus propias elecciones

Ser una mujer que realiza sus propias elecciones en la tercera etapa de su vida significa que lo que decidimos hacer o ser debe estar en consonancia con nuestra genuina personalidad anímica. En ese caso lo que hagamos con nuestra vida tendrá sentido, y lo sabremos en el fondo de nuestro ser y en lo más íntimo de nuestra alma. A nadie más le resultará posible conocer esa verdad interior o juzgarla, sobre todo teniendo en cuenta que el mismo papel y el mismo conjunto de circunstancias puede satisfacer a una mujer y reprimir a otra. Las razones que lo explican se entienden a través de los arquetipos del inconsciente colectivo, a los que Carl G. Jung, el psicólogo suizo, vio como potencialidades inherentes a la mente. Cuando la base para escoger un papel determinado nos la

proporciona un arquetipo activo en lugar de una expectativa externa, se trata de una elección profunda. Del mismo modo, cuando le encontramos un sentido, entonces entra en juego el arquetipo al cual Jung llamó el Yo. Pienso en el Yo como un término genérico que designa todo lo que experimentamos como sagrado, divino o espiritual. Tiene que ver con los valores personales y con la integridad, y con lo que es profundamente justo para cada uno de nosotros en particular. Hay importantes momentos en la vida de las personas en los que las elecciones que realizamos y la identidad que adoptamos se hallan relacionadas. En esos momentos de sinceridad nos encontramos en una bifurcación de caminos en la cual deberemos escoger la dirección a tomar. Todas estas elecciones siempre tienen un coste, no obstante. El precio que pagamos es el camino no escogido, la senda a la cual renunciamos.

Una mujer mayor, fresca y esplendorosa lleva una vida gratificante. Puede ser que nosotras también alcancemos esta clase de vida con ayuda de la intuición y la gracia divina. Sin embargo, para una mujer mayor de hoy en día, una vida gratificante generalmente implica tomar decisiones y correr riesgos. Las obligaciones y exigencias que requieren nuestro tiempo y energía se extienden hasta prácticamente abarcar toda nuestra vida. Debemos solventar los conflictos entre nuestras distintas lealtades, sin perder de vista las circunstancias y limitaciones con las que no habíamos contado, incluyendo la reacción de los que se enfaden con nosotras por no estar a la altura de sus expectativas.

Pensemos en nosotras como si fuéramos el personaje protagonista de una novela o película que se va escribiendo con cada decisión que tomamos o cada papel que interpretamos, y en función de lo comprometidas que estemos con nuestra propia historia. Las aspiraciones positivas o las expectativas negativas que nuestros padres alimentaron sobre nosotras, o bien los ejemplos que nos dieron para ilustrarlas, quizá se incorporaron a un guión concluido que habíamos de seguir. Este camino prescrito nos sirvió para crecer en un sentido positivo o, justo al revés, nos causó un daño enorme si existía una gran discrepancia entre la persona que se suponía que debíamos ser y nuestras propias potencialidades y necesidades. Por otro lado, hay que tener en cuenta que también nos malearon ciertas personas de nuestra vida, especialmente aquellas a quienes concedimos autoridad o amamos. Es posible, por consiguiente, que en la actualidad, y como resultado de ello, en lugar de considerarnos protagonistas de nuestra propia historia, nos veamos desempeñando un eterno papel secundario o nos hayamos convertido en unas víctimas. Existen únicamente, como apuntan a menudo los escritores de ficción, un número determinado de argumentos básicos y otro de personajes típicos o arquetípicos (lo cual es también cierto en la vida).

A lo mejor el pasado no fue sino el prelude del período más

auténtico de nuestra vida; y ahora, aun cuando hayamos vivido más o menos según las expectativas de los demás, nos ha llegado el momento de elegir ser nosotras mismas. Tal como Jenny Joseph dice en la primera línea de su libro *Warning*: «Cuando sea mayor, me vestiré de púrpura». Con ello quiere decir que finalmente llevará lo que le apetezca y hará lo que le plazca, convirtiéndose de este modo en sí misma.

Las mujeres se vuelven más fieles a sí mismas después de la menopausia no sólo porque se hacen mayores, sino porque sus circunstancias cambian. Los hijos crecen y abandonan el hogar; y con la edad, el matrimonio adquiere trazos de compañerismo. La muerte de uno de los padres puede liberarnos del sentimiento de culpa o de la dedicación que debemos prestarles, o quizá sea el motivo de que heredemos. También podemos enviudar. Quizá nuestro esposo nos abandone, o seamos nosotras quienes lo abandonemos, forzando que cambien nuestras circunstancias. Cabe la posibilidad de que nos enamoremos y cambiemos nuestra vida o nuestro estilo de vida. A lo mejor nuestra trayectoria profesional empieza a decaer. Igual empezamos a practicar la meditación espiritual, o bien descubrimos que somos muy aficionadas a esta clase de prácticas. A lo mejor es la psicoterapia la que nos hace replantearnos la vida o, como escribí en *Close to the Bone*, una enfermedad grave puede ser el momento decisivo que nos libere y nos permita descubrir lo que en realidad tiene sentido para nosotras y nutre nuestra alma.

Cuando nos consideramos mujeres con capacidad de realizar nuestras propias elecciones, estamos aceptando el papel de protagonistas de la historia de nuestras vidas. Somos conscientes de que lo que escojamos hacer, o no hacer, tendrá consecuencias. Aprendemos que cuando las circunstancias son inevitables, o incluso terribles, nuestra reacción íntima es una opción absolutamente fundamental.

Las decisiones que nos marcan la vida, y le dan sentido, también dependen de la posibilidad de imaginar nuestros posibles actos o dar un nombre o una imagen determinados a lo que vamos madurando en nuestra psique. Aquí es donde entran en juego las historias y los personajes. Es también el momento en el cual necesitamos disponer de recursos espirituales, especialmente si los demás no apoyan nuestros cambios. La fase de la vejez está asociada con el arquetipo de la mujer sabia, el cual, tal como veremos en los capítulos siguientes, se ha expresado en todas las culturas a través de la mitología y la religión.

De la envidia del pene a Las diosas de cada mujer

Mi enfoque personal proviene del hecho de ser analista jungiana y feminista, observadora y activista. Cuando el movimiento feminista empezó, a mediados de los sesenta, yo estaba estudiando la

especialidad de psiquiatría. Por aquel entonces el libro de Betty Friedman, *Mística de la feminidad*, dio en el clavo al describir "el problema sin nombre", el que afirmaba que las mujeres debían estar satisfechas con su papel de esposas y madres, y cuando eso no era así, se sentían culpables. La revista *Life*, entre otras publicaciones, se preguntaba: « ¿Qué les pasa a las mujeres?». En aquella época ya realizaba sesiones de terapia y visitaba a mujeres que estaban deprimidas y ansiosas. Se les decía que padecían del «síndrome de la ama de casa de clase media-alta», diagnóstico oficioso y peyorativo que implicaba que su infelicidad era debida solamente a preocupaciones triviales. Fueron analistas freudianos del sexo masculino los que me enseñaron psicología femenina, y ellos precisamente creían que toda mujer era intrínsecamente inferior por carecer de pene. Durante mis años de formación los encargados de enseñar psicología femenina eran analistas freudianos, varones, quienes creían que todas las mujeres eran inferiores de un modo inherente porque carecían de pene. Afirmaban que la envidia del pene se aliviaba temporalmente cuando quedaban embarazadas y tenían un hijo. Los hombres no ponían en duda esta teoría y las mujeres que lo hacían eran denostadas (puesto que en la psicología de Freud, la mujer que protestaba padecía un complejo de masculinidad).

Ese mismo año, 1963, la comisión del presidente John F. Kennedy sobre la condición de la mujer publicó *The American woman*, un informe que revelaba que a las mujeres se les pagaba menos por hacer el mismo trabajo que los hombres, no se las ascendía y no se les permitía el acceso a gran parte de los trabajos y profesiones. La discriminación hacia la mujer documentada en este informe y la publicación de *Mística de la feminidad*, en la cual Friedman analizaba los papeles estereotipados que la sociedad atribuía a la mujer (y donde incluía una crítica contundente a la teoría de Freud), marcaron el inicio de un torrente creciente de informaciones, reuniones de mujeres y protestas, lo cual desembocó en el movimiento para la liberación de la mujer.

A mediados de los sesenta se formaron grupos de concienciación. Las mujeres se reunían en grupos reducidos y explicaban el sexismo que habían experimentado personalmente. Gracias al apoyo de estos grupos, las mujeres escribieron artículos que fueron recogidos en antologías; se presentaron casos en los tribunales que denunciaban la discriminación hacia las mujeres; se formó la Organización Nacional para las Mujeres (ONM), y los actos de afirmación pasaron a ocupar también el ámbito de las mujeres. Estos acontecimientos, y las consecuencias que de ellos se derivaron, fueron los causantes de la consolidación de la década del movimiento feminista de los setenta. En ese mismo período me casé, finalicé mi etapa como médica interna residente, abrí un consultorio y empecé mi formación analítica en el Instituto Carl G. Jung de San Francisco.

En los setenta, mientras llevaba una vida atareadísima entre mis dos hijos y mi profesión, conocí muy a fondo los problemas que el movimiento feminista había sacado a la luz a través de la relación con mis pacientes. A principios de los ochenta, cuando la Asociación Psiquiátrica Americana no apoyó la Enmienda para la Igualdad de Derechos y mantuvo la celebración de sus congresos en estados que no la ratificaban, me hice activista, cofundé una organización, dirigí un boicot y me alisté en el grupo de ayuda de Gloria Steinem. Más tarde fui miembro de la junta de la Fundación EM para Mujeres, lo cual amplió todavía más mi conocimiento de lo fuertes que son las mujeres y lo oprimidas que pueden llegar a sentirse.

Las diosas de cada mujer: Una nueva psicología femenina se publicó en 1984. Describía en esa obra que las mujeres actuaban bajo la influencia de dos fuerzas poderosas: los arquetipos del inconsciente colectivo y los estereotipos de la cultura. Esta perspectiva jungiano-feminista me proporcionó una «visión binocular» que me permitió penetrar en la psicología de las mujeres. Del mismo modo que cada ojo ve la misma cosa desde un ángulo diferente y la combinación de los dos campos visuales crea una percepción más aguda, identificar los arquetipos y darse cuenta de lo que la cultura premia o castiga posibilitaba una reflexión mucho más profunda de lo que hubiera sido posible en el pasado. Hubo otros especialistas que llegaron a la misma conclusión.

Las diosas de cada mujer influyó mucho en las lectoras, quienes se reconocieron a sí mismas en los patrones arquetípicos que allí se describían. Yo había basado esos patrones en las diosas griegas que residían en el mundo del Olimpo patriarcal, un mundo donde se relacionaban, se adaptaban o eran dominadas de maneras muy parecidas a las de la actualidad. Algunas de estas diosas poseían ciertos rasgos que encajaban en el papel tradicional de la mujer, tales como Hera, el arquetipo de la esposa; Deméter, la madre; Perséfone, la doncella; y Afrodita, la amante. Sin embargo, había otras que poseían atributos que la sociedad y la psicología decían que sólo pertenecían a los hombres: Artemisa, la cazadora, podía proteger a las mujeres de los violadores masculinos y determinar sus propios objetivos, mientras que a Atenea se le confiaba el poder y ostentaba la inteligencia más penetrante de todos los olímpicos. Era un enfoque que ampliaba la psicología femenina de Jung y ofrecía ciertas excepciones⁴ a su teoría,* pero arrancaba de la estructura arquetípica

* Jung postulaba que había un arquetipo contrasexual en cada uno de nosotros, y era el *animus* en las mujeres y el *anima* en los hombres. Según esta teoría, la inteligencia, la capacidad de decisión y la espiritualidad de la mujer eran atributos de su *animus*, una parte menos consciente de su psique que su ego femenino. Por definición, el modo de pensar *animus* es inferior intrínsecamente, lo cual no sirve para describir a Atenea o a mujeres cuya función superior es pensar. La teoría de Jung del *anima-animus* atribuye el sentimiento y la capacidad para las relaciones de los hombres a su correspondiente y menos consciente *anima*. Con todo, la excepción la marca el hombre, cuya función superior es el sentimiento.

de la psique que él discernió y describió.

Los arquetipos son patrones intrínsecos o predisposiciones de la psique humana. La formación de cristales en una solución era una analogía que Jung utilizaba para explicar la diferencia entre patrones arquetípicos y arquetipos activados: un arquetipo es como el patrón invisible que determina la figura y estructura que tomará un cristal cuando efectivamente se forme (algo que sólo ocurrirá si se dan las condiciones necesarias). Una vez que se ha formado el cristal, podemos identificarlo. Los arquetipos también se pueden comparar a los «proyectos» de las semillas. Que las semillas crezcan depende de la tierra y las condiciones climáticas, la presencia o ausencia de ciertos nutrientes, el sumo cuidado o la negligencia por parte del jardinero, el tamaño y la profundidad del continente y la resistencia de la variedad en concreto. Bajo condiciones óptimas, se actualiza todo el potencial de la semilla. A pesar de que la psique es considerablemente más compleja, los arquetipos en las mujeres también los activa una variedad de elementos que se influyen mutuamente: predisposiciones heredadas, familia y cultura, hormonas, circunstancias y los estadios de la vida.

Las diosas de cada mujer era una psicología femenina que daba cuenta de la diversidad existente entre las mujeres y su complejidad. Era más fiel a la experiencia femenina que cualquier otra psicología con un modelo limitado y único para definir a la mujer normal. Era una herramienta muy útil para las mujeres que se encontraban en la primera y segunda etapas de la vida adulta. Describí asimismo cómo cada arquetipo particular de la diosa podía expresarse años más tarde, pero no era éste el enfoque del libro. A menudo estos arquetipos continúan siendo reconocibles en nosotras en edad avanzada. En la tercera parte de este libro proporciono un dibujo en miniatura de cada uno de ellos, describo sus cualidades positivas y problemas característicos, y explico cómo pueden llegar a configurar la vejez o incluso aparecer como un arquetipo de «florecimiento tardío» en la tercera etapa de nuestras vidas.

De Las diosas de cada mujer a Las diosas de la mujer madura

Entre las consecuencias principales derivadas de la publicación de *Las diosas de cada mujer* hubo una completamente inesperada. Si bien había escrito el libro como un texto de psicología, vi cómo se convertía en uno de los pilares del movimiento espiritual feminista. Esta obra contribuyó a recuperar la palabra "diosa" en nuestro vocabulario, y a otorgarle un sentido diferente a la etiqueta que Hollywood colgaba a las estrellas de cine hermosas. La diosa como divinidad femenina está regresando por etapas. En la década de 1980

la palabra "diosa" tenía algo de prohibido (y todavía lo tiene para muchos), pero se aceptaba el término psicológico jungiano «arquetipo de la diosa». Muchas mujeres se sintieron incómodas con la palabra "diosa" sin razón alguna, del mismo modo que los niños pequeños parecen saber que ciertas palabras de cuatro letras son secretas y están prohibidas, incluso antes de que las digan en voz alta y observen la reacción de los adultos.

El interés por los arquetipos de la diosa llevó a las mujeres a crear arte y rituales, concentrarse en imágenes de la diosa para meditar y hacer altares en casa, donde se colocaban símbolos personales, acciones que evocaban los anhelos de las mujeres por la feminidad sagrada tanto tiempo silenciados. También se dio el caso inverso, y hubo mujeres que conectaron con una diosa en particular después de leer *Las diosas de cada mujer* y se quedaron estupefactas al comprobar que uno de sus objetos preferidos, una imagen onírica o las pinturas que colgaban de sus paredes eran símbolos del arquetipo de la diosa que más significativa les resultaba. Cuando se crea un vínculo entre el arquetipo de una diosa y un símbolo o imagen, se desprende un sentimiento profundo y nos embarga la sensación de haber encontrado un sentido, cosa que sucede en realidad. Existía también una trascendencia subjetiva, las mujeres sentían que lo que estaban haciendo tenía una dimensión sagrada cuando un determinado papel también resultaba ser un arquetipo activo en ellas. Una vez que se había percibido el vínculo entre los significados psicológico y espiritual de un arquetipo de la diosa, empezábamos a ser conscientes de que podría existir una espiritualidad centrada en una diosa o relacionada con una diosa (lo cual es impensable en el contexto religioso del monoteísmo).

Cuando escribí *Las diosas de cada mujer*, yo misma no estaba familiarizada con la espiritualidad relativa a las diosas pero, tal como narré en mi obra de 1994, *Viaje a Avalon*, la situación cambió cuando, a mediados de los ochenta, peregriné por diversos lugares sagrados de Europa. En la catedral de Chartres, la cual se había construido en un emplazamiento destinado a una diosa antigua, sentí una sensación de calor y opresión en el centro del pecho, en el área del chakra del corazón. Llegué a considerarla una reacción "diapasón", una sensación corporal que me guiaba hacia la energía de otros lugares y enclaves sagrados. Fue una iniciación a la dimensión de lo sagrado, ámbito de la tierra y el cuerpo, y era como la maravillosa experiencia que se tiene cuando, en el embarazo, sientes por primera vez un movimiento. La experiencia me hizo recordar otros acontecimientos de mi propia vida, que eran místicos y eternos, si bien nunca los había definido como sagrados. En parte porque el cuerpo, especialmente el cuerpo de la mujer, no se considera sagrado en el monoteísmo. Llegué a juzgar estos sucesos experiencias de la diosa arquetípica, en las cuales un arquetipo femenino impregna ese momento de profundidad y de sentido. Mi experiencia estaba lejos de

ser única, puesto que la gente siempre ha vivido momentos sagrados parecidos, aunque la religión judeocristiana declarara herético nombrarlos de este modo.

Desde la publicación de *Las diosas de cada mujer* he dirigido seminarios para mujeres e impartido conferencias en congresos sobre espiritualidad femenina. A menudo cuento la historia de Deméter y Perséfone, y me preguntan (generalmente las mujeres mayores): «¿Y qué pasa con Hécate?». Hécate es la tercera diosa de la historia, la menos conocida, la misteriosa. Como diosa de la encrucijada, cuyo momento es el crepúsculo, Hécate fue una mujer mayor que ayudó a Deméter a superar su dolor después de que ésta hubiera buscado inútilmente a su hija secuestrada, Perséfone. Hécate instó a Deméter a ir en pos de la verdad, y la acompañó para descubrir lo que había sucedido y los motivos del secuestro. Al final del mito, cuando Perséfone regresa del mundo subterráneo, Hécate se convierte en una presencia invisible que en adelante la acompañará. En este mito la diosa tripartita de la Grecia clásica prepatriarcal aparece bajo la forma de tres diosas separadas y menores: Perséfone, la doncella Deméter, la madre, y Hécate, la anciana.

No incluí a Hécate en *Las diosas de cada mujer* porque era demasiado joven cuando escribí el libro. Necesitaba vivir más años, pasar la menopausia y madurar (de la misma forma que un vino tinto necesita envejecer para coger cuerpo, adquirir transparencia y suavizar su sabor). Sólo después de conocer a Hécate como arquetipo propio, y por el hecho de formar parte de una generación de mujeres mayores que estábamos reinventando lo que podría ser esta etapa de la vida, pude darle a la diosa lo que por derecho le pertenecía. A raíz de ese cambio nació *Las diosas de la mujer madura*.

El comité

Tal como expliqué en *Las diosas de cada mujer*, un modo de entender lo profundamente comprometidas que estamos con un camino en particular en cualquier etapa de la vida es a través de la comprensión de los arquetipos. Seguir un camino muy difícil con la sensación de que es el correcto a pesar de la opinión de los demás quiere decir que dentro de nuestra psique hay uno o varios arquetipos que van en esa dirección determinada. Si ésta es nuestra actitud, experimentamos la alegría del autorreconocimiento, la intensa sensación de convertirnos en nosotras mismas, de "regresar al hogar".

Somos muchas las que estamos familiarizadas con la idea de que "en nuestro interior hay una niña" y, por lo tanto, no nos es ajeno pensar que poseemos una colección interior de arquetipos o subpersonalidades. En la psicología jungiana los arquetipos son modelos humanos potenciales que, una vez activados, se expresan a través de nuestras actitudes o acciones, o bien los proyectamos en

otras personas. Heredamos, de hecho, la colección entera, con los arquetipos masculinos y femeninos, jóvenes y viejos.

Los arquetipos no son imágenes simples, sino modelos con un cierto alcance de expresión. La mujer que vive un arquetipo fundamental y lo hace a su manera, es como una variación única de un tema. No obstante, muchas mujeres que poseen un mayor grado de complejidad tienen más de un arquetipo en activo compitiendo por expresarse. Incluso cuando somos capaces de desarrollar papeles que para nosotras son arquetípicamente genuinos, vamos presenciando cambios a medida que nos hacemos mayores. Los arquetipos que nos aportaban sentido y vitalidad en una etapa determinada de nuestra vida pueden seguir siendo importantes para nosotras a lo largo de toda nuestra vida si la profundidad y amplitud de su expresión nos permiten seguir creciendo. Sin embargo, el arquetipo suele ser una influencia y un impulso dominantes durante una etapa determinada de la vida, pero cuando ésta finaliza, el arquetipo pierde su importancia y también su energía psíquica. En ese caso el papel que antes desempeñábamos primordialmente ahora se convierte en algo vacío.

En *Las diosas de cada mujer* propuse imaginar los arquetipos de la diosa como si fueran miembros de un comité y cada uno expresara sus valores particulares.³ En esta situación idílica dispondríamos de un ego que funcionaría a la perfección para presidir el comité, garantizar el orden y la expresión de todos los puntos de vista. Conocer qué arquetipos están en funcionamiento significa que hemos de saber qué es lo más importante para nosotras en un momento dado de la vida. Es un modo de ver la complejidad interna, lo cual nos permitirá comprender las alianzas y los conflictos internos que se originan ante un cambio de circunstancias. Ahora bien, no todos estos arquetipos son femeninos. La mayoría de mujeres tienen, como mínimo, un arquetipo masculino (en *Los dioses de cada hombre* utilicé los dioses griegos como modelos de estos arquetipos y animé a las mujeres a encontrar ese aspecto de ellas mismas como fuente de conocimiento).

La metáfora del comité tiene una función pragmática. Convocar una "reunión del comité" significa ir hacia nuestro interior y "escuchar" a los arquetipos concretos que están activos en nosotras. Es un modo de tomar una decisión, o bien de encontrar una solución que dependa de los arquetipos que sean más importantes en un período concreto, y de resolver conflictos y lealtades internas antes de actuar. Cuando dediquemos la atención y el tiempo suficientes para aclarar nuestras ideas, sabremos cuál es la decisión correcta que debemos tomar. En ese momento, nuestros actos y nuestra manera de ser guardarán la debida coherencia.

La menopausia como transición

Cuando las mujeres entran en la menopausia, por lo general la energía psíquica no se prodiga tanto como antes. Los arquetipos fundamentales de la diosa en una época determinada de la vida pueden cambiar o variar en importancia, dejando así espacio para que surjan otros aspectos de la mujer. Cuando los arquetipos varían en importancia, significa que también lo harán nuestras prioridades. Puede que ahora encontremos la energía para convertirnos en artesanas o en escritoras, en activistas políticas o en viajeras con destino a lugares remotos, y desarrollemos un aspecto de nuestra personalidad que hasta ahora había estado esperando entre bastidores. Es posible que experimentemos unas sensaciones arquetípicas nuevas vagas y difusas, y en lugar de sentirnos atraídas por todo aquello que aplazamos en el pasado, parezcamos "preñadas" de algo diferente. A lo mejor lo que más nos apetece es que nos dejen solas para poder meditar, no hacer nada en particular y ver si descubrimos alguna cosa. El no hacer "nada" (por los demás o por el trabajo) es la idea que nos resulta más atractiva cuando prestamos atención a nuestro interior (muy probablemente a causa de los arquetipos de la anciana).

Pasar la menopausia guarda ciertas similitudes con la adolescencia y la pubertad: es una época en la que los cambios hormonales afectan a nuestro estado de ánimo, somos conscientes de los cambios que sufre nuestro cuerpo, y empiezan a aflorar las preocupaciones por el propio atractivo y nuestras inquietudes ante la próxima etapa de la vida. El insomnio y los sueños intensos son frecuentes. Por primera vez desde la adolescencia, las mujeres cuentan que sienten el impulso de contemplar la luna y escribir poesía, y que les da tiempo a hacerlo gracias a las horas extras de ocio que conlleva el insomnio o el despertarse antes del amanecer. La intranquilidad, la irritabilidad y los sofocos, por otro lado, son síntomas molestos.

Si la intranquilidad perturba nuestras actividades cotidianas, quizá sea la señal de que ya no nos interesa, o no es tan importante para nosotras, aquello que ocupaba nuestra mente y nuestro tiempo. La irritabilidad puede indicarnos que no estamos en armonía con nuestros actos, o bien puede ser un signo de que perdemos el control de lo que nos preocupa. Es posible, por otro lado, que sea una señal de impaciencia hacia nuestra propia persona o que esa irritabilidad sea simplemente la expresión de un deseo que ignoramos por completo: a saber, la necesidad de pasar tiempo solas.

Sin embargo, si consideramos los síntomas de la menopausia una metáfora corporal, se abre ante nosotras la posibilidad de nuevas interpretaciones. La intranquilidad puede compararse a las

turbulencias que genera cualquiera de los arquetipos de la diosa anciana. La irritabilidad y los sofocos, tal como veremos, pueden anunciar la energía de las diosas de la ira transformadora. Al sentir estas turbulencias, los hombres tienden a temer a las mujeres menopáusicas. Les preocupa que les hagamos la vida difícil, nos mostremos descontroladas, irracionales o retraídas. Es como si detrás de sus vagos recelos, los hombres temieran que las mujeres menopáusicas se convirtieran en brujas poderosas o diosas ancianas. Tal vez sientan un cierto temor a que llegue el momento del desquite.

Muchas mujeres pasan la menopausia tranquilamente; para otras, en cambio, representa un episodio turbulento. Si atribuimos los síntomas a un puro desarreglo hormonal, podemos perder la oportunidad de saber si nos sentimos bien con nosotras mismas y con la vida que llevamos. Los tratamientos terapéuticos de sustitución hormonal se recetan para evitar el malestar que nos provocan los síntomas físicos. Sin embargo, no puedo evitar observar que son precisamente los demás los que se sienten más cómodos cuando los síntomas menopáusicos (y, por consiguiente, las mujeres menopáusicas) están bajo control.

La pubertad y la menopausia son estados de transición entre etapas distintas. No estamos propiamente en la etapa que abandonamos aunque todavía no hemos entrado en la próxima. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de adolescentes, las mujeres que entran en la menopausia no ansían llegar a esa nueva etapa, que hasta ahora fue un período de incertidumbre e invisibilidad.

Las diosas postmenopáusicas

La mitología griega no nos ofrece imágenes visibles de diosas ancianas en sus panteones. Si en algún caso existen, son invisibles o apenas pueden percibirse. Las principales diosas del Olimpo fueron mayormente retratadas como diosas doncellas (Perséfone, Artemisa y Atenea, la arquetípica hija del padre), como mujeres maduras (Hera, la casada, la maternal Deméter y Afrodita, la diosa sexual que tuvo varios hijos). Había una ausencia notable de diosas que encarnaran cualidades asociadas a las mujeres mayores. Hestia, la diosa del hogar y de los templos, la mayor y la menos conocida de los olímpicos, empezó formando parte de los primeros doce dioses del Olimpo, pero fue remplazada en ese panteón por Dionisos. Se consideraba que Hestia era el fuego que ardía en el centro de un hogar circular, y su presencia convertía en sagrados los templos y las casas. La diosa no tiene edad y carece de imagen. Hestia, en fin, es la única divinidad que aparece como arquetipo principal tanto en *Las diosas de cada mujer* como en *Las diosas de la mujer madura*.

En la mitología griega hay vestigios de diosas con atributos de la vejez que prácticamente llegaron a ser invisibles, desaparecieron o perdieron su categoría divina. Aparte de la invisible presencia de

Hestia, existía Metis, la diosa de la sabiduría, a quien Zeus engañó para que se hiciera pequeña y luego se la tragó; la misteriosa Hécate y Baubo, una diosa preolímpica cuya condición se vio reducida a la de sirvienta. Dada la escasez de arquetipos femeninos de la vejez en la mitología griega, probablemente porque sus cualidades fueron muy temidas y, por consiguiente, negadas hasta el punto de ser inimaginables, tuve que buscar en otras mitologías para encontrarlos.

Había otras mitologías de culturas patriarcales que conservaban figuras femeninas poderosas y coléricas, tales como la diosa hindú Kali o la antigua diosa egipcia de cabeza leonada Sekhmet. Ambas son los arquetipos de la ira transformadora que entraban en acción cuando los hombres bondadosos o las divinidades masculinas no podían expulsar a los malhechores. La mitología griega carecía asimismo de una diosa de la compasión, y para introducir este atributo de la vejez tuve que acudir a la diosa china Kuan Yin o a su equivalente japonesa, Kannon. (Afrodita, la diosa griega del amor, era una diosa del amor erótico y sexual.) Una flagrante carencia de la mitología griega era que no contaba con una diosa del humor, lo cual no es de sorprender, considerando lo mucho que los hombres temen que las mujeres se rían de ellos. Ahora bien, sí la encontramos en la mitología japonesa; y es Uzume, la diosa de la alegría, cuya risa y cuyo humor desenfadados devolvió la luz y el calor al mundo.

No obstante, *Las diosas de la mujer madura* no intenta ser un estudio exhaustivo de las ancianas según las diferentes mitologías del mundo. Al contrario, me fijé en mitologías que no fueran occidentales cuando me resultó imposible encontrar arquetipos de la diosa que se correspondieran con las energías arquetípicas que yo veía y valoraba en las mujeres maduras: sabiduría, espiritualidad, sexualidad, compasión, humor reconfortante y capacidad de actuar con decisión. Mis conocimientos sobre la psique de las mujeres marcaron el punto de partida de mi investigación. Esa búsqueda guarda un gran paralelismo con los símbolos concretos que vemos aparecer en sueños y que después procuramos interpretar a partir de referencias e imágenes para entender su significado. La presencia o la ausencia de diosas de rasgos especiales en la mitología de una cultura es el reflejo del alcance de su poder y del temor, o la falta de temor, que inspira lo sagrado femenino.

Cuando busqué y encontré a estas divinidades, me di cuenta de lo mal que les había ido a las diosas en la civilización occidental (que es la historia del patriarcado) y de que la condición de la mujer y el destino de las diosas había declinado a la par. Aunque *Las diosas de la mujer madura* no es un estudio global sobre el trato que históricamente se ha dado a la mujer mayor, entender el destino compartido de ambas nos ayuda a comprender la importancia del hecho que la mujer, individualmente y colectivamente, está devolviendo a la cultura occidental unos arquetipos de diosas que habían sido eliminados. En el inconsciente colectivo hay unos modelos

arquetípicos que existen incluso cuando no se les permite la expresión. Estos arquetipos pueden estar inactivos durante la mayor parte de la vida de una mujer y aparecer en la tercera etapa. También puede ser que durante milenios hayan estado proscritos y resurjan cuando cambia el clima cultural. La teoría de la resonancia mórfica sugiere que podemos llegar a acceder a la memoria colectiva de la época prepatriarcal, cuando las mujeres mayores tenían autoridad, así como a la memoria derivada de cientos de años de inquisición, cuando cualquier mujer en edad avanzada se arriesgaba a ser denunciada, torturada y quemada en la hoguera (sobre todo las mujeres más parecidas a nosotras). La historia ha modelado las actitudes e inhibiciones que mantenemos respecto a nuestra persona, y saberlo nos ayuda a evolucionar y superarlas, de la misma forma que recordar acontecimientos traumáticos del pasado y observar los modelos familiares inicia el proceso del crecimiento psicológico individual.

Más de veinte millones de mujeres de la generación del *baby-boom* llegarán a los cincuenta a principios del siglo XXI, lo cual representará el doble de la cifra actual de mujeres que ya han traspasado el umbral de la vejez. Pronto habrá más de cuarenta y cinco millones de mujeres que pasan de los cincuenta, con unas vidas y actitudes modeladas por el movimiento feminista. Jamás en los anales de la historia ha existido tal cantidad de mujeres con tanta capacidad, experiencia, independencia y tantos recursos. A los cincuenta son muchas las mujeres que contemplan los años venideros con excelentes perspectivas. Para ellas, llegar a los setenta equivale a lo que antes significaba cumplir cincuenta. A medida que las mujeres van llegando a esa edad, se unen a una corriente creciente de mujeres maduras que están en los sesenta y en los setenta, o que incluso son mayores, y que han aprendido a confiar en sí mismas y en las demás. Ahora que la diosa, la espiritualidad de la diosa y los arquetipos de la diosa se están incorporando al lenguaje y la experiencia, las mujeres maduras también se vuelven más visibles, influyentes y numerosas. *Las diosas de la mujer madura* es una guía del dominio interior y un manual para llegar a ser una vieja fresca y esplendorosa.

Parte I:

SU NOMBRE ES SABIDURÍA

Qué significa ser mayor en esta cultura? ¿Cuáles son mis nuevas responsabilidades? ¿Qué hay que dejar atrás para dar paso a las transformaciones de energía, listas ya para ser vertidas dentro de nuestro cuerpo y nuestra alma?

MARION WOODMAN

La sabiduría es una mujer, una anciana, una diosa y un arquetipo femenino. En la mitología griega es una Metis apenas personificada a quien Zeus se traga. En la Biblia, una Sofía oculta, la diosa que se convirtió en un concepto abstracto y carente de género. La sabiduría puede hallarse en el crepúsculo, donde los tres caminos se encuentran y resumen en Hécate, o en el fuego del hogar que representa Hestia. Puede ser la invisible Shekinah que entra en el hogar judío para presidir la comida que inicia el Sabbath. En otro tiempo Shekinah fue la diosa celta Cerridwen. También es Saraswati, la diosa hindú de la sabiduría, y Erda en *El anillo del Nibelungo*, de Richard Wagner. En las mitologías del mundo y en el inconsciente colectivo, cuyo reflejo mutuo recuerda al de un espejo, la sabiduría es femenina. La sabiduría suele ser el atributo de una diosa que a menudo no vemos ni personificamos, y el atributo de una mujer en la cual la sabiduría ha pasado a integrar la faceta consciente de su psique.

El arquetipo de la mujer sabia o la anciana sabia es una descripción genérica del desarrollo interno de las cualidades del alma comúnmente asociado a la tercera etapa de la vida de una mujer. Al ser un arquetipo humano, no se encuentra exclusivamente en la psique de las mujeres, aunque se reprime su desarrollo en los hombres y, en general, en el patriarcado. Por otro lado, este arquetipo no se manifiesta sólo en los adultos. En el ejercicio de mi profesión a menudo oigo que los niños que fueron maltratados o sufrieron abusos encontraron sabiduría y consuelo en sus recursos interiores. Como consecuencia, no se identificaron con sus opresores y, al crecer, no se convirtieron en adultos similares a los que les infligieron los maltratos o abusos. Con el paso del tiempo, y gracias a la sabiduría, pudieron sobrevivir a esas infancias desdichadas sin perder su alma. En los cuentos de hadas se personifica esta sabiduría y este consuelo, y a menudo los encarna una mujer mayor, bien una hada madrina con una varita mágica y dotada de sabiduría, bien una anciana que ayuda a una persona joven a interpretar un acertijo o tomar la decisión adecuada.

Lo más frecuente suele ser que, a medida que envejecemos, nos vamos volviendo más sabios, pero como ya habremos observado todos, la longevidad no es garantía de sabiduría.

Existen diferentes tipos de sabiduría y, por ello, diferentes tipos de mujeres sabias arquetípicas. La sabiduría de Metis es práctica, una sabiduría aplicada que utiliza la inteligencia y el dominio de una técnica, por lo general con resultados tangibles que se traslucen en su trabajo. Pienso que esta sabiduría es el reconocimiento que los japoneses otorgan a los artistas y a los artesanos cuando los denominan "tesoros nacionales". La sabiduría de Sofía, en cambio,

proviene de su búsqueda de un sentido espiritual y de sus experiencias de interiorización mística. La sabiduría intuitiva de Hécate la afina la observación y la estimula la conciencia psíquica. Hestia es una presencia sabia, la serenidad interior que se traduce en una armonía exterior. Hestia hace de una casa un hogar, crea santuarios y ayuda calladamente a transformar un grupo de extraños en una comunidad.

En esta primera parte, "Su nombre es sabiduría", me centro en cuatro diosas (Metis, Sofía, Hécate y Hestia), a las cuales considero arquetipos de sabiduría. Ninguna de ellas posee una imagen familiar, sus cualidades son intangibles y en la mitología o teología a la que pertenecen apenas resultan visibles o son del todo invisibles. Estas diosas formaban parte antaño del mito y la religión. Ahora, en cambio, son modelos latentes en el inconsciente colectivo que esperan adoptar una nueva apariencia y verse convertidas en una parte consciente de nosotras mismas. Las he diferenciado para describir sus atributos a partir de estudios y textos de diversos autores sobre mitología, arqueología, teología e historia. Doy cuenta de mis fuentes principales en las notas finales. Mi experiencia en el campo del análisis jungiano me ha servido de guía para seleccionar estas cuatro diosas y considerarlas figuras arquetípicas porque se corresponden con las características de la sabiduría que veo aparecer en la psique de las mujeres maduras.

Empezaré por describir cada una de estas diosas y lo que sabemos sobre ellas. Es posible que nos reconozcamos en algunas, e incluso que, de repente, caigamos en la cuenta de un modo intuitivo de que una diosa en particular integra nuestra psique. Las diosas de la sabiduría quizá representen el límite del crecimiento personal: la dirección que toma nuestro propio desarrollo a partir de los cincuenta. La descripción tal vez encaje con una mujer a la que admiramos especialmente y en ese caso puede que ella represente el arquetipo hacia el cual evolucionamos. Si en nuestros sueños aparece una compañera (una compañera de viaje), ese personaje podría representar este límite de crecimiento personal y ser el símbolo de nuestra mujer sabia interior (o de otro arquetipo emergente) que se reúne con nosotras en sueños para viajar hacia lugares desconocidos. Si reflexionas sobre una diosa determinada o imaginas que mantienes un diálogo con ella, esa faceta sabia de ti misma se vuelve más consciente y accesible en la vida cotidiana. Las cosas en las cuales nos centramos son las que nos transmiten más energía, y aquello en lo que imaginamos que nos convertiremos es la antesala de nuestra transformación. Cuanto más queramos conocer el arquetipo de la mujer sabia, más probable será que este arquetipo aparezca en nosotras, y cuantas más de nosotras nos embarquemos en este proceso, más probable será que el arquetipo de la diosa regrese a nuestra cultura.

Mientras escribo estas líneas, pienso en el número titulado

"We're Back" de la revista *Ms.*, que en 1999 conmemoró el traspaso de titularidad de la publicación de una empresa corporativa a un grupo de feministas con la siguiente pregunta en portada: «Need Wisdom?» («¿Necesitas sabiduría?») Esta asociación entre mujeres y sabiduría es, al mismo tiempo, nueva, dado el envejecimiento de la generación de mujeres postfeministas, y muy antigua, o sea, prepatriarcal. Aunque las diosas ancianas y los arquetipos de la mujer sabia hayan quedado en gran parte olvidados desde hace cinco o seis mil años, cuando despertemos a nuestra propia sabiduría revivirán a través de nosotras. Tal como escribió Jung: «Los arquetipos son como los lechos de los ríos, que se secan cuando el agua los abandona, pero que pueden recuperarse en cualquier momento. Un arquetipo es como un viejo cauce a lo largo del cual el agua de la vida ha fluido durante siglos, hollando una vía profunda para sí misma. Cuanto más tiempo haya estado fluyendo por ese canal, más probable será que tarde o temprano el agua regrese a su viejo lecho».¹

Cuando las diosas y sus atributos fueron asimilados, trivializados y demonizados, las mujeres no tuvieron nada con lo que identificarse. Necesitamos marcar el comienzo de otra etapa de concienciación, es el momento de desafiar los estereotipos negativos de las mujeres mayores y entender la relación que existe entre el destino de las diosas y el trato que se da a las mujeres, las consecuencias de la ausencia de lo femenino sagrado en la espiritualidad de la mujer y la base teológica del patriarcado.

LA DIOSA DE LA SABIDURÍA PRÁCTICA E INTELLECTUAL

Metis en el vientre de Zeus

Cada uno de los arquetipos de las diosas de la sabiduría tiene una sabiduría distintiva y particular. La de Metis se centra en el mundo tangible y de la experiencia. Para una mujer cuyo arquetipo de anciana sabia es Metis, lo que haga con la mente, o con la mente y las manos, lo hará con toda su alma. Metis traslada la sabiduría que ha adquirido de la vida a su oficio. Es la personificación de los distintos modos aplicados del conocimiento y la acción. Es una experta que va más allá de dominar técnicamente un arte o una práctica. Metis connota la habilidad de comprender una situación de forma intelectual y actuar con sabiduría y pericia. Cuando se aúnan el trabajo y la sabiduría más profunda de una mujer, Metis es el arquetipo de mujer sabia a la que aquélla toma por modelo. Metis fue una diosa preolímpica de la sabiduría, quien tras ser acosada por Zeus se convirtió en su primera esposa. Fue ella quien proporcionó a Zeus los medios gracias a los cuales el dios pudo llegar a gobernar todas las divinidades desde el monte Olimpo.

En griego, la palabra *metis*, que deriva del nombre de la diosa Metis, vino a significar "sabio consejo" o "sabiduría práctica".¹ Podemos pedir *metis* para llevar bien la casa, sabiendo que lo que a otros les parece mera destreza en realidad consiste en la creación de armonía. En un estudio o un piso *metis* es más que la suma de habilidades que adquirimos y de las cuales nos apropiamos, se convierte en un proceso alquímico a través del cual puede llegar la inspiración. Si eres médica, *metis* se convierte en parte de tu perspicacia clínica. Si trabajas en el campo de los negocios, la política o el derecho, tu sabiduría te ayuda a llevar un rumbo inteligente, a llegar al meollo de la cuestión, a resolver conflictos a través de la mediación y el diálogo y a alcanzar resultados satisfactorios para ambas partes en lugar de ganar a costa de la otra. En este sentido *metis* es una forma de diplomacia con una perspectiva lo bastante amplia que permite encontrar soluciones que convenzan a todos. Para un erudito la sabiduría de *metis* es una forma de pensar creativa y perspicaz que ofrece la posibilidad de observar una pauta determinada en una investigación o encontrar una explicación a la evidencia. Si la sabiduría de Metis aumenta o se intensifica en el transcurso de nuestra vida, entonces *metis* será un atributo de la edad madura.

En el campo creativo o artístico pienso en *metis* como la más pura y misteriosa inspiración divina, que transforma a un intérprete

hábil técnicamente en un artista o a una obra en una obra artística. Es muy probable que eso mismo le suceda a un artesano, un artista, un actor o un músico que haya llegado a dominar el medio, el instrumento o el oficio y que parte de un intenso sentimiento arquetípico que conmueve a los demás. Es entonces cuando el trabajo o la actuación tienen el poder de provocar que la gente reaccione con una intensidad equivalente.

La diosa Metis

Metis era hija de dos titanes: Tetis, la diosa de la luna, y Océano, cuyo reino era una extensa masa de agua que rodeaba la tierra. Como titán, formaba parte de esa vieja orden dominante de divinidades que Zeus intentaba derrocar. Él la perseguía y ella huía, transformándose en múltiples formas para escapar de él. Al final, Zeus la atrapó y la convirtió en su primera esposa.

Zeus necesitaba liberar a sus hermanos, tragados por Cronos, si deseaba derrotar al dios y a los titanes poderosos. En el pasado Cronos había derrocado a su padre, Urano, el cual había gobernado antes que él, lo había castrado y le había arrebatado el poder. Sin embargo, como Cronos temía que su mujer Rea pariera un hijo que le hiciera lo mismo que él le había hecho a su padre, en previsión de tal eventualidad se fue tragando a todos sus hijos tan pronto iban naciendo. Cuando hubo engullido los cinco primeros y Rea todavía llevaba en su seno a Zeus, la diosa decidió salvar a su hijo a toda costa. Escondió a la criatura en una cueva nada más nacer y, en su lugar, envolvió una piedra con unos pañales. Esto engañó a Cronos, quien, en su precipitación, se tragó la piedra en lugar de a Zeus. Años más tarde fue el consejo de Metis el que hizo posible que Zeus triunfara. Ideó la diosa un plan para ponerle a Cronos un vomitivo en una bebida endulzada, y el titán regurgitó una piedra, dos hijos y tres hijas, quienes por aquel entonces ya habían crecido y supieron mostrarse agradecidos a Zeus. Sus hermanos, Poseidón y Hades, estaban preparados para luchar con Zeus contra los titanes, y después de ganar a otros aliados y tras una guerra de diez años, éste venció a los titanes y derrocó a Cronos. El dios de los dioses mató a su padre con un rayo.

Cuando Metis estaba embarazada de Zeus, un oráculo de la tierra le dijo al padre que ese hijo sería una niña, y que si concebía de nuevo, Metis daría a luz a un hijo cariñoso que lo suplantaría. Para librarse de esta posibilidad, Zeus se acercó a Metis con astucia y zalamería para seducirla y distraerla. Consiguió llevarla al lecho, donde la engañó para que se hiciera pequeña y se la tragó. Éste fue el final de Metis en la mitología clásica, si bien más tarde Zeus afirmaba que ella le aconsejaba desde su vientre. Por consiguiente, el dios la incorporó a su persona y tomó sus atributos y su poder como propios, incluyendo el parto. Zeus alumbró a Atenea por la cabeza,

ilustrando la situación de esos adultos que no recuerdan haber tenido una madre.

Mi sinopsis preferida sobre la diosa Metis la relató Hesíodo, un poeta que vivió entre la segunda mitad del siglo VII a. de C. y el primer cuarto del siglo VII a. de C., en la *Teogonía*, un poema épico sobre el nacimiento de los dioses y una cosmología que habla de los orígenes del universo. El tema principal de la *Teogonía* es la historia de los avatares de Zeus hasta convertirse en dios supremo, aunque la mayor parte del poema se centra en las diosas madres. Dado el carácter ferozmente patriarcal de la sociedad de Hesíodo, la *Teogonía* es un testimonio notable de la tenacidad de los mitos que persisten incluso cuando las religiones anteriores o la historia más antigua ya han sido olvidadas.

Metis engullida como metáfora personal

La historia de Zeus y Metis es la recapitulación de la vida de muchas primeras esposas de hombres que han conocido el éxito. Estas mujeres proporcionaron los medios y la estrategia a través de los cuales su Zeus en particular llegó a la cima para después verse tratadas como Metis. En esta situación arquetípica, metafóricamente la mujer es hija de titanes, y un miembro de la clase a la que su marido aspira en el terreno social y económico o incluso una persona a quien aspira a suplantar si, al igual que Zeus, posee ambiciones dinásticas. Es posible que ella haya recibido una educación mejor y que incluso sea más inteligente que él. Puede que tenga más dinero o pueda acceder a él con mayor facilidad. Por otro lado, es posible también que esa mujer cuente con la facultad de proporcionarle recomendaciones, ideas y estrategias para que su cónyuge pueda alcanzar sus objetivos. Sin embargo, cuando las ambiciones del marido se ven cumplidas gracias a su ayuda y la esposa termina implicándose en la casa y los hijos, disminuye considerablemente el papel decisivo que ha representado en el éxito de su esposo y la importancia en la vida de su pareja. De este modo se ve disminuida, "convertida" en insignificante y "tragada", al apropiarse él de sus atributos, ideas y recursos. Tras el divorcio, y una vez él ya ha vuelto a casarse, al igual que la diosa Metis, ella desaparece socialmente. En la novela *Todo un hombre*, de Tom Wolfe, se describe intensamente esta invisibilidad adquirida a través del retrato de Martha, la cual se convierte en "la mujer superflua" una vez que Charlie Croker se divorcia de ella después de veintinueve años de matrimonio para casarse con una mujer a la que le dobla la edad. Cuando las ideas o el trabajo creativo de una esposa se le atribuyen al marido, nos encontramos ante otra versión de la Metis engullida. Por lo general, la mujer no goza del reconocimiento público. Por muy decisiva que fuera la contribución de la esposa de Albert Einstein a las teorías de su esposo, seguimos sin conocerla, y, sin embargo, ella era una

brillante estudiante de física cuando se conocieron. Will y Ariel Durant trabajaron juntos en *Historia de la civilización*; con todo, el nombre de ella como coautora no apareció hasta el séptimo volumen. En los tiempos en que era imposible que a una mujer pudieran valorarla por su intelecto, sus ideas debían atribuirse a un hombre o llevar el nombre de un hombre.

Este mismo modelo se encuentra en toda clase de ambientes de trabajo, cuando un Zeus se apropia del trabajo o de las ideas de mujeres a las cuales se considera ayudantes del hombre importante. En *Molecules of Emotion*, la doctora Candace Pert narra que eso le sucedió a ella.² Pert desempeñó un papel fundamental en el descubrimiento de los receptores de opiáceos y endorfinas, hallazgo por el cual su mentor y dos investigadores masculinos recibieron el premio Lasker, que sigue en prestigio al premio Nobel. Dado que un amplio porcentaje de los ganadores del Lasker acaba ganando el Nobel, se le cerrarían las puertas a ese destino. Ahora bien, Pert no guardó silencio sobre su crucial contribución, y más tarde fue nominada también para el premio Nobel; tras un largo y acalorado debate, se concedió el premio a otro descubrimiento. La decisión de Pert se vio influenciada por la experiencia de Rosalind Franklin, una científica brillante que proporcionó el crítico eslabón de la cadena de razonamientos que permitió a Francis Crick y a John Watson mostrar que la estructura del ADN era una hélice doble, por lo cual recibieron el premio Nobel en 1962. Rosalind Franklin guardó silencio y murió de cáncer pocos años después. Las investigaciones de Pert sobre la conexión entre las emociones y las enfermedades aclaran las razones de su comentario: «Tengo la sensación de que si no hubiera hablado, estaría sacrificando mi amor propio y mi dignidad, por no hablar de la posibilidad de caer en una fantástica depresión o, ya puestos, tal vez de contraer un par de cánceres por el camino».³

No obstante, tenemos otro ejemplo de Metis engullida cuando una organización creada y alimentada por una mujer, la cual se había dedicado en cuerpo y alma a mantenerla, la ocuparon hombres para darle un mayor prestigio o rendimiento una vez consolidada. Un caso muy significativo fue Médicos a favor de la Responsabilidad Social, fundada por Helen Caldicott, doctora en medicina. Cuando la organización ganó el Nobel de la Paz, Caldicott no se encontraba en el escenario para recibir el premio que tanto merecía, puesto que por obra y gracia de la política interna se había convertido en una figura irrelevante. Ni siquiera la invitaron a formar parte del público. Los directores masculinos de este grupo que tanto había crecido fueron quienes recibieron el premio.

La identificación de Atenea con el patriarcado

Tragándose a Metis y con el inusual nacimiento de Atenea, Zeus establece una pauta de conducta que Apolo citará en la primera escena de la literatura occidental, que transcurre en una sala de justicia. En la *Orestíada* de Esquilo, Orestes mata su madre para vengar el asesinato de su padre. Apolo, hablando en su defensa, niega la primacía de los lazos de sangre maternos, argumentando que la madre es tan sólo aquella que nutre la semilla plantada por el padre. Como prueba de que la madre carece de importancia, el dios señala a Atenea y cuenta que ella ni siquiera nació de un útero materno. La parte contraria son las furias vengadoras, las cuales ven el matricidio como uno de los crímenes más atroces. Las furias afirman que los dioses más jóvenes han derogado sin piedad las leyes de la vieja generación de divinidades al dejar escapar a un matricida.

Doce atenienses escuchan los alegatos, deliberan y la votación termina en empate. Entonces Atenea da el voto decisivo. Puesto que Atenas es su ciudad, ésta será su prerrogativa. La diosa secunda el punto de vista masculino de los olímpicos que defiende Apolo y deja en libertad a Orestes. Antes del patriarcado la madre era la progenitora que revestía mayor importancia, por encima del padre; después del patriarcado, los derechos del padre pasaron a ser preponderantes. En la obra este juicio simboliza la consolidación de la superioridad masculina. Se retrata a las furias como brujas enfurecidas de negras vestiduras, unas ancianas a las cuales, tras el juicio, Atenea transforma en las "bondadosas", las euménides de purpúreas vestiduras. La trilogía termina con una procesión triunfante que conduce a las diosas, que ahora son venerables y dulces ancianas, a su nuevo hogar.

Atenea era la diosa griega de la sabiduría y la hija del padre arquetípica. Si bien se le dio el título de diosa de la sabiduría, que ostentaba su madre Metis, no recordaba haber tenido nunca una madre. Atenea era una guerrera armada y una estratega defensora de los héroes que nunca perdió la cabeza en el calor de la batalla. Favorecía a héroes griegos como Aquiles y Perseo, y también a Ulises, y a todos ellos daba consejos o armas, o bien les ayudaba con engaños para proporcionarles una ventaja estratégica.

Cuando Zeus alumbró a Atenea, sus dolores del parto adoptaron la forma de unas migrañas terribles; Hefesto, el dios de la forja, usó un hacha de doble filo para abrir un paso por el que Atenea pudiera salir de la cabeza de su padre. La diosa nació como una mujer completamente adulta que vestía una armadura dorada, portaba una lanza y anunciaba su llegada con un poderoso grito de guerra. Cuando puso los pies en el suelo, el monte Olimpo tembló. Inmediatamente ocupó un lugar a la derecha de su padre, se

convirtió en su favorita y en la única divinidad olímpica a quien el dios de los dioses confió sus símbolos de poder.

Zeus, como arquetípico jefe supremo, puede "dar a luz" una mujer introduciéndola en una organización. El grito de guerra de Atenea puede que no sea audible desde las cumbres olímpicas contemporáneas, y su armadura dorada quizá sea su fama y su curriculum, pero el mensaje es el mismo: ha llegado Atenea y Zeus es su mentor.

Durante las tres últimas décadas del siglo xx las mujeres han disfrutado de magníficas oportunidades para penetrar en los bastiones del poder corporativo, político, académico o profesional. Las mujeres que, como la diosa Atenea, muestran una afinidad con los mentores masculinos en aquellos ámbitos donde poseer una mente de estratega es una ventaja, se han beneficiado enormemente del movimiento feminista. Sin el feminismo, en la actualidad no habría dos juezas en la Corte Suprema, ni una ministra. Sin embargo, cuando el arquetipo de Atenea es el que predomina en una mujer, especialmente en una joven, esa persona se comporta más como una hija de su padre que como una hermana para las demás mujeres. Ahora bien, esta postura empieza a flaquear a medida que la mujer se aproxima al tercer estadio de su vida. Si se acuerda de Metis, comprenderá lo que ocurrió a la divinidad femenina y a las mujeres (y empezará a identificarse con ellas en lugar de con los hombres). Si incorpora en su ser a Metis, será más equilibrada y completa.

Avivando el recuerdo de Metis

Atenea recupera el recuerdo de Metis cuando las "hijas del padre" crecen psicológicamente sin identificarse con las actitudes patriarcales y misóginas hacia las mujeres y los valores femeninos. Dado que son mujeres brillantes, han seguido una buena educación, se muestran ambiciosas, poseen la mente que se requiere para trabajar en su campo y sienten una afinidad con los hombres que detentan el poder, se consideran excepcionales y, a menudo, miran con desprecio a las mujeres que, o bien no tienen sus aspiraciones, o bien carecen de su habilidad para el éxito. Si en alguna ocasión llegan a recordar a Metis, será porque primero han desarrollado la capacidad de relacionarse con otras mujeres y ya no se identifican con el arquetipo de la hija de su padre, ni muestran una lealtad inquebrantable con la jerarquía. A menudo esto sólo sucede tras sufrir un gran desengaño con mentores y colegas masculinos, o bien con los principios que inspiran a una institución. A medida que una mujer atenea va envejeciendo, va sintiéndose más dispuesta a realizar este cambio.

Una atenea en rápida ascensión a la cumbre quizá no capte su vulnerabilidad o lo poco sólida que es su posición de poder (hasta que pierde el apoyo de su mentor, junto con la autoridad, la influencia y

la condición implícitas a su puesto). En otro sentido el desencanto puede producirse en el momento en que la relación positiva que una atenea mantiene con una determinada institución patriarcal se trunca, y eso sucede cuando tras haber ido ascendiendo por méritos propios, la profesional descubre que existe un techo de cristal que limita su avance por el hecho de ser mujer, o bien cuando se da cuenta de que cobra menos que sus compañeros masculinos, o bien después de oír por casualidad a sus colegas masculinos describirla a puerta cerrada en términos puramente sexuales, cuando ella pensaba que la aceptaban como a una igual.

Cuando advierte que la devoción y la lealtad que ha dedicado a su trabajo, su mentor, su equipo o una institución en concreto no es correspondida, experimenta una profunda sensación de traición y desengaño; incluso puede que esa situación haga temblar la premisa sobre la que ha construido su vida. En el pasado tal vez no le fue posible mantener una estrecha relación con las mujeres, pero eso podría significar ahora su iniciación a la sabiduría femenina.

En la mitología griega, la diosa Atenea nunca desobedeció ni perdió el favor de su padre. Es una imagen eterna del arquetipo de la hija del padre. El destino de una Atenea que desobedece lo retrata intensamente Richard Wagner en *La valquiria*, la segunda de las cuatro óperas que componen *El anillo del Nibelungo*. Brunilda es la valquiria que, como Atenea, es una divinidad y una joven diosa guerrera vestida con armadura: la hija preferida de su padre Wotan.* En el ciclo de *El anillo del Nibelungo* Brunilda se ve llevada por la compasión y desobedece las órdenes de su padre. El castigo consecuente que le impone su progenitor es espantoso: la despoja de su inmortalidad y planea abandonarla inconsciente sobre una roca, para que el primer hombre que pase por ahí la despierte, la viole y la posea. La hija le suplica entonces que al menos el hombre que haya de tomarla sea un héroe. Al principio, Wotan se niega. Después, sin embargo, cede, y rodea el cuerpo inconsciente de su hija con un anillo de fuego que sólo podrá atravesar un héroe.

En el momento en que Brunilda dejó de ser una extensión obediente de la voluntad de Wotan y un espejo de adoración donde el padre se veía reflejado, el dios se encolerizó (y se sintió herido en su narcisismo). Al desobedecerle, la hija perdió la relación que mantenía con su padre, su armadura y sus armas, y su inmortalidad también; dejó de ser una diosa guerrera

* El libreto de Wagner me inspiró para escribir *Ring of Power*. Los personajes principales del libro son los mismos arquetipos que he descrito en *Las diosas de cada mujer* y *Los dioses de cada hombre*, analizados en este caso desde el contexto de la psicología que trata la disfunción de la familia.

arquetípica y una hija que gozaba del favor de su padre, y se convirtió en una mujer muy vulnerable. La madre de Brunilda era Erda, quien (como Metis) había sido una diosa de la sabiduría. Después de haber sido seducida y subyugada por Wotan, Erda había perdido sus poderes y se había retirado al interior de la tierra, donde dormía, ofuscada su sabiduría y perdida la intuición. En cualquier caso, tanto si la sabiduría reside en el vientre de Zeus como si se encuentra enterrada bajo tierra, en esencia la historia es la misma. La divinidad más poderosa es un dios celestial que reina desde la cima de una montaña, y la que una vez fuera una importante diosa de la sabiduría desaparece como por ensalmo.

A través de su destierro y castigo, Brunilda se convierte en una mujer mortal. Una suerte metafóricamente similar es la que corre una hija del padre desencantada y traicionada, la cual no logra seguir identificándose con el arquetipo de Atenea y descubre que es vulnerable y sensible. Sólo entonces la mujer abandona el encumbrado reino mental y masculino del monte Olimpo o del Valhala. Cuando el patriarcado traiciona a una de sus hijas, eso suele traducirse en una iniciación al feminismo; esa Atenea llega a entender, a partir de su propia experiencia, los problemas de las mujeres que anteriormente despreciaba, y entonces asume el modelo.

Metis es hallada en el vientre de Zeus y se recupera la historia de la diosa

Cuando la historia objetiva que nos habían enseñado resulta ser un montón de patrañas y omisiones, sufrimos un desengaño, pero también una revelación. Toda mujer con una formación académica ha debido desarrollar una mente como la de Atenea, lineal y lógica, empezando por la presunción de que la enseñanza es objetiva. La educación superior nos hace conscientes de sus prejuicios y complejidades, pero sólo a partir de que la conciencia feminista empieza a surgir en nosotras, se nos cae la venda que nos impedía percibir la misoginia y sus graves repercusiones. Del mismo modo que Atenea nació de la cabeza de Zeus, la mente de una Atenea desciende de la autoridad y el partidismo masculinos, hasta que recuerda a Metis. La historia y la teología patriarcal omiten cualquier clase de información relacionada con la conquista de la diosa y la destrucción de la cultura que floreció en el pasado. Así como Metis fue tragada y olvidada, la historia de esa época se ha enterrado y ocultado, y sólo ha surgido en la última mitad del siglo xx.

«Historia de la civilización occidental» era una asignatura obligatoria del primer curso de carrera, como solía ocurrir en la mayoría de facultades y universidades de letras liberales. Me enseñaron, por consiguiente, que la civilización arrancó con los griegos, y que Atenas era la cuna de la democracia. No fue hasta que

leí *When God Was a Woman*, de Merlin Stone, que empecé a comprender que la historia la escriben (o la distorsionan y la niegan) los vencedores. En la introducción de su libro la escritora se plantea lo siguiente: « ¿Por qué tanta gente que ha sido educada en este siglo piensa en la Grecia clásica como en la primera gran cultura, si la lengua escrita ya se utilizaba y se habían construido grandes ciudades por lo menos veinticinco siglos antes? Hay todavía otra cuestión más importante: ¿por qué se infiere siempre que la época de las religiones "paganas", la era del culto a las deidades femeninas (si es que esa información llega a mencionarse), fue oscura y caótica, misteriosa y malvada, carente de la luz del orden y la razón que supuestamente acompañaba a las religiones masculinas posteriores, cuando se ha confirmado a raíz de diversos descubrimientos arqueológicos que las primeras leyes, los gobiernos, la medicina, la agricultura, la arquitectura, la metalurgia, los vehículos con ruedas, la cerámica, los tejidos y las lenguas escritas se desarrollaron por primera vez en sociedades que dedicaban su culto a una diosa?». ⁴

En *The Civilization of the Goddess*, Marija Gimbutas documenta la existencia y destrucción de la cultura de la diosa en lo que ella describe como «la antigua Europa», la primera civilización europea que precedió a la consolidación del patriarcado. Se remonta a cinco mil años de antigüedad, tal vez incluso a veinticinco mil. De la antigua Creta a la Irlanda celta, el culto a la diosa era universal. Los restos arqueológicos hallados en diversos enclaves muy antiguos muestran que se trataba de una sociedad igualitaria y no estratificada que fue destruida por la infiltración de pueblos invasores indoeuropeos, jinetes seminómadas procedentes de los lejanos norte y este. Estos invasores centraban su cultura en el patriarcado, eran itinerantes y belicosos, y su ideología se inspiraba en el cielo.

La Gran Diosa era trina: doncella, madre y anciana. Inmortal y eterna, encarnaba todos y cada uno de los aspectos de lo femenino. Era muchas personas en una sola. Era la Gran Diosa y poseía una infinidad de nombres. Era venerada como la fuerza vital femenina; toda vida provenía de su cuerpo y volvía a ella. Era una encarnación de la naturaleza, como creadora, sustentadora y destructora de vida. Era como la luna con sus ciclos, y como la tierra con sus estaciones. Todas las criaturas vivientes eran sus hijos, lo cual significaba que toda la vida compartía algo de su divina esencia.

Las mujeres eran a imagen de la diosa, puesto que ellas también traían al mundo vidas nuevas a través de sus cuerpos y podían mantener esa vida con la leche de sus pechos. Se valoraba la tierra fértil y la fertilidad de las mujeres. La sexualidad era un instinto natural y un placer. La sociedad se constituía por línea materna y se centraba en el matriarcado, puesto que todos conocían la identidad de la madre y los hermanos, aunque no necesariamente (y no con total seguridad) la identidad del padre.

Tal como Robert Graves señaló en su introducción a *Los mitos*

griegos, y a juzgar por los ingenios y los mitos que han perdurado hasta nuestros días, la antigua Europa carecía de divinidades masculinas antes de que los invasores nómadas llegaran de los lejanos norte y este. Hasta ese momento el concepto de paternidad no se había introducido en el pensamiento religioso. Con la llegada de los invasores cambió también la imagen que tenían de sí mismos como seres superiores, dada la habilidad que habían demostrado conquistando a ese pueblo culturalmente más desarrollado que llevaba tanto tiempo asentado en el mismo lugar. Donde quiera que se establecieran, subyugaban a las gentes de la diosa. Como consecuencia, el poder y los atributos de esa divinidad femenina disminuyeron hasta volverse insignificantes (y convertirse en unas cualidades carentes de valor), o bien los dioses masculinos los acapararon y se apropiaron de ellos (los engulleron). La en otro tiempo Gran Diosa fue fragmentada en muchas diosas menores que se incorporaron a la religión y se convirtieron en consortes subordinadas o hijas de dioses.

A partir de los hallazgos arqueológicos, Gimbutas describe tres olas de invasiones en Europa: los primeros invasores llegaron aproximadamente en 4300-4200 a. de C, la segunda ola fue alrededor del 3400 a. de C. y la tercera y más devastadora se dio entre 3000-2800 a. de C. Gimbutas los llamó kurgan por los túmulos funerarios encontrados en Kurgan, en la zona árida que hay en las proximidades del mar Caspio. Estos pueblos fueron ante todo destructores de la cultura autóctona. Deificaban el poder de la destrucción y el dominio, idealizaban las armas y glorificaban a los héroes. Sus túmulos funerarios contenían los restos de poderosos caciques, a los cuales enterraban con sus posesiones y diversos miembros de su familia, incluyendo esposas, hijos y esclavos. Las lenguas indoeuropeas de los invasores reemplazaron casi por completo a las lenguas preindoeuropeas del pasado que se conocían en la antigua Europa: la lengua etrusca continuó hablándose en algunas zonas de Italia hasta la época romana; sólo el vascuence, el cual se habla en la zona pirenaica situada entre España y Francia, sobrevive todavía. Cuando llegaron los invasores, se abandonaron los enclaves que durante tantos milenios habían prosperado, los pueblos que adoraban a la diosa se trasladaron a lugares marginales, tales como islas, cuevas o cimas de fácil fortificación, y las tecnologías principales del Neolítico, como la manufactura de cerámicas finas y la metalurgia del cobre, fueron abandonándose hasta perderse definitivamente.

Gimbutas comenta que lejos de traer la civilización a Europa, tal y como se nos ha enseñado siempre, los kurgan protogriegos provocaron el fin de la civilización e impusieron a Europa su sociedad elitista de guerreros, sus dioses bélicos, su lengua y sus valores. Una de las consecuencias sociales de los invasores kurgan, tal como describe Riane Eisler en *El cáliz y la espada y Placer sagrado*, fue el

triunfo de la cultura dominante masculina, que redujo a la mujer a una mera posesión.

Grecia llegó al apogeo del poder político, creativo e intelectual en el siglo V a. de C. Era la era de Pericles, cuando se construyó el Partenón, la época en que Hipócrates destacó en medicina, y Heródoto y Tucídides en historia, y cuando se representaron por primera vez las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides. La Grecia clásica representa la cúspide y el triunfo de la cultura masculina, que tuvo sus raíces en la religión y en una sociedad que veneraba la guerra.

Para las mujeres, la Grecia clásica no fue la "cuna de la democracia". Todas las mujeres atenienses quedaron bajo la custodia legal de los hombres, los cuales ejercían un verdadero control sobre sus personas y sus propiedades; tanto era así que las mujeres no podían, según la ley ateniense, disponer de ninguna pertenencia cuyo valor superara el de una medida de cebada equivalente a unos treinta y cinco litros. La posición legal de las mujeres y los esclavos en la sociedad ateniense de la época era bastante parecida, tal como lo documenta la historiadora clásica Eva Keuls en *The Reign of the Phallus: Sexual Politics in Ancient Athens*. La ley no protegía a la mujer, salvo como propiedad del hombre. Ni siquiera la ley la consideraba persona, y, por lo tanto, no podía acudir a los tribunales. Las mujeres respetables estaban marginadas, excluidas de la educación secular, y tenían prohibido hablar o aparecer en público salvo en ocasiones especiales. Un padre podía vender a su hija como esclava si ésta perdía su virginidad antes del matrimonio. Se abandonaban muchos bebés de sexo femenino al nacer, o bien se vendían. A menudo se utilizaban niñas esclavas como prostitutas, y podían abusar de ellas, torturarlas o ejecutarlas por capricho al margen de poder venderlas en cualquier momento. Atenas era una sociedad esclavista muy dura que había institucionalizado la tortura. En los procedimientos legales, el testimonio de un esclavo se admitía en un juicio sólo si se daba bajo tortura, y se mantenía una cámara pública de tortura dedicada a la tortura rutinaria de esclavos.

La subyugación de las mujeres fue el resultado forzoso de la conquista kurgan de los pueblos que veneraban a la diosa por parte de las oleadas de invasores. Sin embargo, en su mitología, los griegos conservaron el recuerdo de lo que había sucedido. La genealogía divina de Hesíodo empieza con Gaia, la diosa Tierra, que fue la primera madre y dio a luz el dios Urano, el Cielo, y el dios Ponto, el Mar. Gaia se aparejó con Urano y alumbró a los titanes, la primera generación de dioses y diosas. De esta manera incluso el patriarcado griego inició su cosmología y su creación con la diosa Gaia, si bien Zeus reinaba como dios jefe de los olímpicos en el panteón griego clásico, y las diosas se convertían en imágenes menores de la divinidad femenina. Aunque Metis fuera engullida, la diosa no desapareció enteramente en el vientre del patriarcado en las

épocas griega y romana. No fue hasta que las religiones judeocristianas triunfaron políticamente que la divinidad femenina desapareció por completo.

Medusa, una Metis demonizada

La suerte que corrieron la sabiduría femenina, las diosas y las mujeres con los griegos y en las posteriores culturas dominantes se tradujo en una pérdida de poder y una opresión; el mismo destino que corrió Metis. Lo siguiente que le aconteció a Metis fue ser demonizada, un destino que hemos compartido las mujeres sobre todo.

A Metis se la comparó con Medusa, al haber sido ambas reverenciadas como diosas de la sabiduría. Medusa fue la diosa serpiente de las amazonas libias, que representaba la "sabiduría femenina" (en sánscrito, *medha*; en griego, *metis*; en egipcio, *met* o *Maat*). Medusa era la vertiente destructiva de una diosa tripartita llamada Neith en Egipto y Athena o Athene en el norte de África. Los símbolos y los atributos de la diosa tripartita los representaban las tres fases o los tres ciclos de la naturaleza y la luna. Además de ser doncella, madre y anciana, o bien luna creciente, llena y menguante, se consideraba a la divinidad femenina creadora, sustentadora y destructora. La Gran Diosa era una personificación de la Tierra. Ella es la creadora de la cual surge la vida, la que nutre o alimenta la vida, y la tumba a la cual todo regresa al final de la estación.

En la mitología griega clásica Medusa era la tercera y más famosa de las górgonas, unas hermanas que en otro tiempo fueron las hermosas hijas de unas antiguas deidades del mar.

Sin embargo, mientras que sus dos hermanas eran inmortales y eternamente jóvenes, Medusa era la única mortal. Originariamente eran diosas de la triple luna, representando cada una de ellas las diferentes fases de la luna. En la tercera fase, la luna en cuarto menguante "muere" a medida que va desapareciendo en la oscuridad, lo cual explicaría el hecho de que Medusa, al encarnar la tercera fase de la luna, fuera mortal.

Originariamente se conocía a Medusa por su belleza y su abundante cabello. En la mitología, sin embargo, pasó de ser una diosa a convertirse en una criatura mortal, para después volverse un monstruo con cabellera de serpientes cuyo rostro podía convertir a los hombres en piedra. Perseo, un héroe griego armado con los consejos de Atenea y una espada, cortó la cabeza de Medusa, la puso en una bolsa mágica y la entregó a Atenea en calidad de trofeo. La cabeza de la górgona Medusa pasó a formar parte entonces del *aegis* que llevaban Zeus o Atenea, confeccionado con piel de cabra y unido al peto o al escudo (*aegis* ha terminado por significar "bajo los auspicios de una persona poderosa"). El poder de destruir que integra los ciclos de la naturaleza y el tercer aspecto de la diosa se

aprovechaba y utilizaba ahora para convertir a los enemigos en piedra. Terminaron por apoderarse del poder de Medusa, al igual que hicieron con el de Metis.

En palabras de Barbara G. Walker: «Un rostro femenino enmarcado por un cabello de serpientes era un símbolo antiguo y reconocido en muchas culturas de la sabiduría femenina y divina, y también el símbolo de la «sangre sabia» que supuestamente había otorgado a las mujeres su poder divino».⁵

Cuando Atenea se beneficia de Metis

Cuando una mujer atenea se apropia de *metis*, ya no le preocupa conseguir poder o ganar por el mero hecho de ganar, puesto que éstos serían los objetivos de un ego que acepta los valores patriarcales como propios. A Metis, el arquetipo del consejo sabio, le preocupa utilizar el tiempo y la energía, el talento y los recursos de una manera más juiciosa. A menudo Metis aparece en la conciencia de la mujer que ha conquistado su parcela de poder en el mundo, o en la de aquella que se había centrado en la promoción de la carrera profesional de su marido y la posición social de ambos, pero cuyo impulso por llegar al éxito se ha templado al haber tenido un hijo o una enfermedad grave, o bien al haber sufrido una pérdida, una traición o una humillación. Cualquiera de estas situaciones, cuando va acompañada de la debida introspección, que la meditación, la psicoterapia o el retiro espiritual favorecen, allanan el camino a Metis.

Para llegar a conocer a Metis, hemos de destinar un lugar en nuestras vidas a la soledad y la reflexión, y eso generalmente no ocurre hasta bien entrada la madurez. Si somos ateneas, habrá de suceder alguna cosa que nos obligue a aflojar el paso y nos haga conscientes, aun a nuestro pesar, de que la ambición, los logros y el éxito no bastan. Los fenómenos fisiológicos que acompañan a la menopausia se prestan a que los interioricemos, y, por otro lado, la conciencia de lo corta que es la vida, que nos llega con la madurez, también puede ser un factor que introduzca a Metis en nuestra psique.

A medida que nos hacemos mayores se hace más duro identificarse con el arquetipo de Atenea. Cuando las mujeres atenea llegan a los cincuenta o entran en la menopausia, y entonces pierden a sus mentores, sus ilusiones o se les pasa la edad de identificarse con Atenea como la eterna hija del padre que busca la aprobación de las instituciones masculinas y los hombres poderosos, Metis se prepara para hacer su aparición como encarnación de la sabiduría femenina. Es necesario haber crecido en una dirección distinta a la de la hija favorecida por el patriarcado para hallar a Metis, la cual representa la mitad de nuestro linaje psicológico por línea materna.

Pienso en Metis como la representante de una perspicaz combinación de intuición, intelecto y experiencia, una madurez que

se adquiere al estar en contacto con la vida, al perder la *hybris* y experimentar en carne propia la humildad y la vulnerabilidad». Hasta que no llegue ese momento, no obstante, quizá veamos a la gente como piezas de ajedrez que podemos sacrificar o proteger, y mover también por todo el tablero. Para poseer la mente de una Atenea victoriosa y ser una estratega ganadora o una "jugadora" competitiva en los pasillos del poder político, académico, corporativo o incluso social, habremos tenido que desarrollar la habilidad de percibir, calcular, discriminar, planear y pasar a la acción. Es posible que en el pasado fuéramos defensoras de los lemas "quien manda, manda" y "el fin justifica los medios", hasta que vivimos en carne propia lo que significa ser prescindible y nos dimos cuenta de lo mucho que sufren las personas al perder su poder. Como resultado, puede que en nuestra conciencia aparezca una Metis compasiva y sabia. En ese momento el poder o la posición que detentamos ante los demás, los objetivos primordiales y la obligación de ganar el juego dejarán de cautivarnos con su atractivo, y quizá nos involucremos más en asuntos relacionados con la justicia social, la igualdad de los sexos, los valores éticos y la responsabilidad. Es posible que por primera vez sepamos apreciar y cultivar la amistad con mujeres, o que nos convirtamos incluso en ecologistas o en feministas tardías.

Ellen Malcolm, la fundadora de la lista de EMILY (un acrónimo para *Early Money is Like Yeast* o, lo que es lo mismo, "El dinero rápido es como la levadura": hace que suba la masa), es un ejemplo de una mujer con mentalidad de atenea que, para variar, se inspira en Metis. Malcolm se dio cuenta de la necesidad que tienen las mujeres de acceder a ministerios (y no de apoyar únicamente a candidatos masculinos), y con una gran capacidad para crear organizaciones surgidas de la participación popular creó un comité de acción política (que dispone de mayores ingresos económicos que la Asociación Médica Americana) para financiar candidaturas de mujeres demócratas decididas a apoyar programas sociales que velen por las mujeres, los niños y el medio ambiente.

Adquirir la percepción opuesta a nuestra cultura jerárquica y patriarcal es la representación simbólica de Atenea rompiendo con Zeus. Otra forma sería pensar de forma intuitiva sobre aquello que es evidente para llegar a una interpretación distinta de los hechos, aunque entremos en conflicto con nuestro mentor. Brunilda fue castigada por desacato al no seguir las órdenes de Wotan, aunque había muchas más cosas en juego. Le había afectado tanto lo que había presenciado que valoró sus opciones y actuó por cuenta propia. Llegados a este punto, ya no compartía las mismas ideas o valores que Wotan; se había salido del rol arquetípico de la hija del padre y había cambiado.

No siempre se necesita romper personalmente con Zeus o Wotan para superar esta situación mítica. Podemos romper con el pensamiento patriarcal, con la tradición aceptada o los valores

tradicionales, o bien podemos romper con la aceptación de la idea de que hay una autoridad lógica (y masculina) única que nos garantiza poder llegar a una conclusión.

Metis como arquetipo de la fase de la vejez: un ejemplo real

Marija Gimbutas, que desenterró imágenes de diosas y consiguió pruebas de la existencia de la cultura de la Diosa en yacimientos arqueológicos, es el ejemplo perfecto de la atenea de mente preclara que pasó a convertirse en una anciana con *metis* en la tercera etapa de su vida. Gimbutas sabía encontrar los vínculos necesarios para extraer sus propias conclusiones gracias a sus amplios conocimientos en arqueología, religiones comparadas, mitología, folklore y lingüística. Gimbutas, que murió en 1994 a los setenta y tres años, fue profesora de arqueología en UCLA. En 1956 fue la primera estudiosa que vinculó la investigación lingüística (terreno en el que poseía conocimientos de veinte lenguas) con los hallazgos arqueológicos, y fue quien identificó la patria de los pueblos guerreros indoeuropeos o "kurgan", tal como los denominó.

Entre 1967 y 1980 dirigió cinco excavaciones principales en enclaves neolíticos de Yugoslavia, Italia y Grecia, y empezó el proceso de descifrar los símbolos grabados y pintados que se descubrieron en estos yacimientos. Como consecuencia, Gimbutas creó un retrato de la cultura prepatriarcal, que había existido por lo menos desde el 6500 a. de C. hasta el 3500 a. de C, y la describió en sus tres últimos libros, *Diosas y dioses de la vieja Europa*, *El lenguaje de la Diosa*, y *The Civilization of the Goddess*. La primera reacción académica (del círculo de Zeus) ante su trabajo fluctuó entre la apatía y la oposición virulenta, pero ella persistió, publicó nuevos hallazgos y en la actualidad ya se la toma en serio. Conocí a Marija Gimbutas a mediados de los ochenta en una casa de Malibú, en California, en una reunión organizada por Tony Joseph para hacer una película a partir de entrevistas con distintas mujeres. Todas nos alojábamos allí, y eso creó una atmósfera parecida a la de una fiesta en la que debatíamos el tema central de las diosas y la espiritualidad de la diosa. Nacida en Lituania, Gimbutas era universitaria cuando los soviéticos invadieron su país, se hizo miembro de la resistencia y más tarde se convirtió en refugiada. Huyó a Austria y se sacó un doctorado en arqueología antes de llegar a los Estados Unidos, en 1949. Nos comentó que antes de entrar en Harvard había trabajado como mujer de la limpieza. Se casó, se divorció, tuvo hijos y se trasladó a California en 1963, después de asegurarse un puesto académico en la facultad de UCLA, donde se convirtió en catedrática.

Gimbutas era bajita, modesta, una mujer europea con algo de abuela que hablaba con acento y tenía una cálida sonrisa. Su trabajo era controvertido y su hipótesis sobre los invasores kurgan todavía no

tenía el respaldo merecido. Dada la diversidad y la profundidad de sus conocimientos en diferentes campos, poseía la *metis* necesaria para establecer vínculos intuitivos que confirieran un sentido a las pruebas de que se disponía y que demostraran la existencia de una cultura pacífica y milenaria centrada en la diosa, y hacía gala asimismo de la erudición y la autoridad que se requerían para plantear una revisión radical de la historia del patriarcado.

Marija Gimbutas es un ejemplo especialmente elegante de una mujer cuya influencia y cuyas obras principales cristalizaron en la tercera etapa de su vida. La vida creativa o laboral de una mujer no sigue una trayectoria en línea recta, sobre todo cuando se tienen hijos. Se producen interrupciones, cambios y períodos en los que, por encima del trabajo, nuestra prioridad es la responsabilidad que tenemos con los demás. En *Silences*, Tillie Olson describe cómo y por qué el trabajo creativo de una mujer puede mantenerse en barbecho hasta que consigue dedicar tiempo a la creatividad de madurez en la última etapa de su vida. Por otro lado, Mary Catherine Bateson escribe en *Composing a Life* que la confección de una colcha podría ser una metáfora apropiada para describir la vida de la mayoría de las mujeres. Puede que únicamente en la tercera etapa de la vida las piezas se unan para crear un todo, y finalmente podamos ver que existe un sentido y un propósito en todo ello.

Tanto Olson como Bateson interrumpieron su vida laboral para dar prioridad al matrimonio o a la familia. Para muchas mujeres, convertidas en afortunadas hijas del patriarcado por su educación y vida laboral, el tener hijos puede trocar las relaciones con el mundo laboral paternal y trasladarlas al mundo de las relaciones maternas, del cual surge un respeto nuevo por la mujer común y por todas las mujeres en general. Las vicisitudes de la vida cotidiana no son tan manejables como el trabajo: no siempre se puede mantener la cabeza fría cuando estamos sumidas en la improvisación y la adaptación.

Tener que tomar decisiones en un momento emocionalmente conflictivo, fiarse del instinto o de la intuición cuando no existe información adecuada, controlar una situación mientras aprendemos por el camino cuáles han sido nuestros errores, y fomentar la confianza y un auténtico estilo personal, forma parte del proceso de convertirse en madre. Lo mismo puede decirse cuando de las obligaciones se hace un oficio, una técnica o un trabajo que no puede realizarse "siguiendo las reglas" o bajo la supervisión de alguien que manda. Cuando dejas de contar con expertos y confías en tu propia experiencia, entonces descubres a tu propia *metis*. Una mentalidad de Atenea te lleva sólo hasta un punto determinado, a partir del cual lo que se requiere es el desarrollo de la sabiduría de Metis.

Metis como el buen consejo: una sabiduría práctica inteligente

El tiempo pasa rápido, y antes de darnos cuenta llegamos a los cincuenta. Aunque no hayamos tenido hijos por elección propia y disfrutemos de nuestro trabajo, sin duda pasaremos una época lamentando no haber tomado la senda de la maternidad. Si, en cambio, abandonamos un trabajo que nos encantaba o renunciamos a nuestras ocupaciones para tener hijos, aun cuando la decisión fuera consciente y deseada, sacrificamos los mejores años de nuestra carrera profesional, y al entrar en la tercera etapa de la vida, probablemente nos arrepentiremos de las oportunidades que dejamos pasar. Con la ayuda de *metis* en forma de sabiduría interior, los sentimientos de pérdida o arrepentimiento, incluso de dolor, probablemente sean pasajeros. Con *Metis* como sabia consejera interior, conseguiremos hacer un alto en el camino para orientarnos, inventariar nuestra vida, alejar de nosotras la sensación de pérdida y acabar logrando una combinación de inteligencia y sabiduría que nos sirva para elegir la vida que llevaremos de ancianas.

Estamos en una etapa de la vida en la que tenemos la capacidad de decidir si transmitimos a otros nuestros conocimientos o actuamos de mentoras. Quizá nos veamos tentadas a enseñar o escribir, en función de la experiencia que hayamos adquirido. Incluso es posible, si hemos dominado un oficio en particular, que descubramos que nos ha llegado el momento de expresar la propia creatividad y originalidad. La madurez y la experiencia fomentan la *metis*.

Metis es la sabiduría práctica e inteligente a la que recurrimos para elegir cómo queremos pasar la tercera etapa de la vida. *Metis* pone atención a nuestra calidad de vida actual, las posibilidades que nos ofrece la jubilación y la discapacidad potencial que puede sorprenderte con la edad, y además planea de forma inteligente. *Metis* es la consejera sabia que convierte a una mujer vieja en una persona mayor y respetable, alguien a quien los demás se dirigen para pedirle su punto de vista y su consejo. Si detenta una posición de autoridad, es directora ejecutiva o gerente y tiene, como padres arquetípicos, a *Metis* y a Zeus, recurre a la acción conjunta de la sabiduría y el poder para plantearse sus objetivos y pone los medios para conseguirlos. Si es una artesana o una profesional y posee *metis*, su pericia se aliará con la sabiduría para combinar materiales o tratar a los clientes.

Una mujer con *metis* es probable que descubra que la tercera etapa de su vida está plena de satisfacciones. No abraza ilusiones sobre sí misma ni los demás, y no pierde de vista la realidad, sin mostrarse cínica o ingenua. Ha encontrado y valora una sabiduría femenina y maternal que le permite expresar la faceta emotiva y protectora de sí misma.

LA DIOSA DE LA SABIDURÍA MÍSTICA Y ESPIRITUAL

Sofía, oculta en la Biblia

De todas las diosas de la sabiduría, el nombre de Sofía es el más conocido. En los círculos de espiritualidad y psicología femenina contemporáneos, Sofía se ha convertido en un arquetipo de sabiduría femenina. La espiritualidad de la Nueva Era la considera la divinidad femenina por antonomasia. Hagia Sofía, la magnífica iglesia abovedada de Constantinopla, ha popularizado su nombre.* Sofía forma parte de la herencia judeocristiana de occidente, y es una figura divina olvidada que pervive en una tradición religiosa patriarcal y monoteísta que niega la divinidad femenina. *Sofía*, en griego, significa "sabiduría", y su identidad como personaje divino queda oculta en el Antiguo Testamento, donde sólo se hace referencia a ella a través de una palabra abstracta y devaluada: "sabiduría". No se la menciona para nada en el Nuevo Testamento, y, sin embargo, Sofía fue una divinidad muy importante en la fe de los cristianos gnósticos del siglo I, a los que los obispos ortodoxos cristianos denunciaron por heréticos y dieron caza en el siglo IV. A mediados del siglo xx aparecieron nuevos datos sobre la Sofía cristiana gnóstica cuando se encontraron unos ejemplares de sus evangelios ocultos en el desierto de Nag Hammadi, en Egipto (escritos en la misma época o incluso antes que los evangelios del Nuevo Testamento). Si bien el enfoque psicológico se centra en Sofía como arquetipo de la sabiduría, para las mujeres es muy importante saber cómo desapareció el culto a la divinidad femenina (y posteriormente incluso el conocimiento que se tenía de ella) porque el patriarcado se basa en la negación de la autoridad espiritual de las mujeres y la negación de la divinidad femenina. Existe una relación entre la posición históricamente inferior de las mujeres y la desaparición de la diosa, del mismo modo que hay un paralelismo entre el papel dominante de los hombres y el monoteísmo (masculino).

* El nombre Hagia Sofía significa Santa Sabiduría. La iglesia la construyeron en el siglo VI de nuestra era los cristianos orientales para honrar a la Madre Divina. Se convirtió en una mezquita musulmana y en la actualidad es un museo. Los cristianos romanos postulan que fue dedicada a una virgen mártir menor, santa Sofía, en lugar de erigirse en honor a la Divinidad Femenina. El destino de este magnífico edificio conserva paralelismos con el de las diosas y el de las mujeres. *Hagia* significa "santa" en griego, y hubo un tiempo en que era un modo respetuoso de dirigirse a las mujeres mayores que gozaban de sabiduría y eran respetables; en la actualidad el término se ha degradado hasta adoptar el significado de «*hag*» ("bruja" en inglés).

Sofía, el arquetipo de la sabiduría espiritual: la gnosis

Sofía es el arquetipo de la sabiduría espiritual o del saber del alma. La sabiduría de Sofía es intuitiva, es aquello que conocemos a través de la *gnosis*. La palabra griega *gnosis* se traduce como aquel "conocimiento" que resulta ser de una clase y unos orígenes muy especiales. La lengua griega distingue entre lo que podemos conocer de forma objetiva (*logos*) y aquello que solamente conocemos de modo subjetivo (*gnosis*). El conocimiento objetivo lo asimilamos gracias a profesores, libros o por medio de la observación de algo externo. En cambio, el conocimiento gnóstico o, por llamarlo de otro modo, noético es aquello que se nos revela o que percibimos intuitivamente como verdadero en el ámbito espiritual. Yo interpreto *gnosis* como aquello que «cognocemos» en el terreno del alma, aquella certeza que nos inspiran los presentimientos. Precisamente cuando estaba escribiendo sobre las enfermedades mortales en clave de experiencias anímicas, el título que escogí para el libro fue *Close to the Bone*, porque cuando nos atacan esta clase de enfermedades, sea a nosotros mismos, sea a las personas que amamos, nos despojan de todo lo superfluo y nos ponen en contacto con lo que sabemos a ciencia cierta del alma. En este ámbito en concreto, podemos "saber" que somos seres espirituales que caminan por una senda humana o "saber" que la vida tiene un propósito, que somos queridos, o bien conocer a Dios o "saber" que formamos parte de un universo interconectado.

Así como los cristianos gnósticos utilizaban la palabra *gnosis*, nosotros podríamos traducirla por "introspección", el proceso intuitivo de conocerse a sí mismo en el nivel más profundo, lo cual equivalía a conocer simultáneamente a Dios tal como creían o sentían de forma mística los gnósticos. Este proceso es parecido al trabajo de individuación que realiza el análisis jungiano en el Yo. Una persona (o ego) conectada al Yo tiene la sensación de que lo que hace con su vida no carece de sentido. Sin embargo, este conocimiento sólo puede darse de forma subjetiva, es el saber del alma. Llevar una vida orientada hacia el Yo, en lugar de que la determine la *persona* (o la imagen que otros tienen de nosotros), es sentirse orientado espiritualmente. El Yo es el "arquetipo del significado" en la psicología jungiana, que la gente religiosa traduce en términos destinados a la divinidad o a la unicidad invisible (Tao) que subyace y conecta todo lo existente en el universo visible. Aquello que sabemos porque podemos relacionarlo con el Yo es la sabiduría divina. Es una sabiduría que no se atribuye exclusivamente a una autoridad superior; al contrario, es una sabiduría que mora en nosotros y se halla en todas partes.

La *gnosis* también es esa manera misteriosa de saber que los hombres tan pronto ensalzan como desprecian, llamándola "intuición femenina". En realidad no es que sea misteriosa, sino que consiste

en una combinación de advertir lo que está sucediendo y procesar eso mismo que notábamos de forma intuitiva. Guarda relación con el modo de percibir a la gente y valorar su carácter más allá de las apariencias: es la introspección en presencia o en ausencia del alma. Esa revelación de la intuición que capta el sexismo o la política de poder que subyacen en una situación determinada es la *gnosis*. Ese «¡Pues claro!» que decimos cuando algo que es importante para nosotras cobra sentido de repente es la *gnosis*. El momento en el que sabemos que nuestra pareja es infiel es la *gnosis*. Esa punzada interior producto de una conciencia culpable, también es la *gnosis*.

Hacerse mayor, y también volverse más sabia, es un proceso que dura toda la vida y se acelera en la tercera etapa, especialmente si prestamos atención a la *gnosis* que hay en nosotras. Así es como llegamos a conocer el arquetipo de Sofía. Sofía es una vía de conocimiento, a saber, una fuente de sabiduría interior y, asimismo, una mujer sabia arquetípica. En resumen, cuando Sofía mora en nosotras, percibimos la esencia de la cuestión o las cualidades anímicas de los demás.

Sofía, la mística

La mística es un aspecto del arquetipo de Sofía que se evoca a través de experiencias numinosas. Si bien las palabras no son suficientes, aquellas que comúnmente se utilizan para describir el significado de numinosidad son temor reverencial, belleza, gracia, divinidad e inefabilidad. Las experiencias numinosas no son infrecuentes (las puede haber vivido la mayoría de la gente), pero una experiencia numinosa es el momento determinante de toda mujer que se convierte en mística. A partir de entonces conocer a Dios (esta *gnosis* en especial) se convierte en la aspiración central de su vida espiritual, y esa vida espiritual se convierte en su vida. Esa mujer puede intentar expresar la experiencia para darle un sentido, y sólo puede hacerlo con un lenguaje metafórico. Anhela establecer una relación duradera de unión mística con la divinidad. El misticismo femenino floreció en las comunidades religiosas femeninas del Medievo. Hildegard von Bingen fue una mística de la época. También podríamos citar a Teresa de Ávila, Juliana de Norwich, Clara de Asís, Catalina de Siena o Catalina de Génova. En una época en que las mujeres del mundo secular se casaban jóvenes, tenían muchos hijos y debían llevar una casa, el lugar más adecuado para una mística era una orden religiosa. Las mujeres místicas abundaron en la época medieval porque a una monja se le permitía buscar la unión mística con Dios o con Cristo, y no tenía que ocuparse diariamente de la casa. Era célibe, y su pasión podía encaminarse a una unión espiritual, dado que carecía de la posibilidad o la necesidad de mantenerse a sí misma. Sofía otorga a las experiencias un sentido espiritual o filosófico. El arquetipo no sólo se siente propenso a vivir

acontecimientos místicos, sino que anhela conocer su significado.

Puede que las mujeres místicas contemporáneas se sientan todavía atraídas por las comunidades religiosas y encuentren que un monasterio occidental o un *ashram* oriental sean campo abonado para la experiencia mística. No obstante, dado que las místicas experimentan la divinidad directamente, y de entrada las mujeres (especialmente las más mayores) ya no dan importancia a la jerarquía, cuestionan el dogma y son conscientes de la existencia del sexismo, también abandonan si descubren que el dogma y las creencias de una religión en particular constriñen y entran en conflicto con todo aquello en lo que creen profundamente. Las mujeres tienen más libertad que nunca para decidir lo que harán, y una de las consecuencias que de ello se deriva es que las mujeres se inspiran en la introspección mística para orientar su vida de un modo personal y pleno de sentido. La mayoría puede que no se definan a sí mismas como místicas, pero sus experiencias místicas perviven en lo más profundo de su identidad y en la manera de orientar su vida. Las mujeres, libres de tener que ajustarse a las definiciones que las instituciones otorgan al significado de sus experiencias místicas, están definiendo la espiritualidad de nuevo. El mostrarse receptiva al misticismo puede que sea un talento o una habilidad natural en la psique de una persona, o quizá sea una cualidad que sobrevenga cuando la meditación ya se ha convertido en una práctica espiritual. Este sentido místico y sofiánico de unicidad y revelación puede aparecer en un momento sagrado, o bien su duración puede prolongarse, y la introspección que realicemos para desentrañar su significado puede ser instantánea o durar toda una vida. A medida que un mayor número de personas incorporan la meditación a sus vidas como práctica espiritual o como método para reducir su ansiedad, van cultivando un espacio para el arquetipo de Sofía y abriéndose a las experiencias místicas.

Ann Bancroft escribió las siguientes palabras en la introducción que hace en su libro *Hilanderas de la sabiduría*: «Hace doce años escribí un libro sobre místicos del siglo xx y casi todos eran hombres. En esa época lo lamenté, pero en realidad la presencia de la mujer en ese campo parecía bastante insignificante. Sin embargo, en el brevísimo periodo de tiempo que ha transcurrido hasta nuestros días el movimiento feminista ha dado a conocer al público un considerable número de pensadoras de gran entidad».¹ Por otro lado, Bancroft también quería ver si era posible hallar una visión y un modo de ser auténticamente femeninos que se diferenciaban de las ideas masculinas de la espiritualidad; y lo hizo: «Las mujeres tienden a considerar todas las cosas que las rodean reveladoras, reveladoras de la totalidad y lo completivo y poseedoras de una cualidad numinosa. Para poder ver las cosas de este modo hay que prestar una cierta atención, y las mujeres son muy buenas en eso. No me refiero a la clase de atención que se requiere para adquirir conocimientos, sino

más bien la que surge cuando nos desprendemos de todos los conceptos y nos abrimos a lo que está ahí afuera».²

En el retrato que Bancroft realiza de las místicas se advierte que todas ellas renovaron y cultivaron la relación mística que establecieron con lo sagrado a su manera: fuere en la naturaleza, fuese en la creatividad, la contemplación o una relación profunda que mantuvieran con otra persona, y todo eso llevando una vida que nada tiene que ver con el misticismo, razón por la cual la mayoría no se consideró jamás "mística". Su misticismo fue la fuente de sabiduría que iluminó el camino especial que habían escogido. Por ejemplo, el misticismo de Joanna Macy maduró a través de la meditación budista e hizo que aumentara su interés declarado por la justicia social; así fue como se convirtió en una activista antinuclear y una ecologista. Macy practica y enseña a otros "ecología profunda", un modo activo e imaginativo, basado en la meditación, de escuchar a las plantas, los animales e incluso las piedras para hallar el sentido más profundamente místico de la estructura de la vida. Las percepciones místicas a menudo parecen inspirar a activistas que, como Joanna Macy, se consagran a su causa porque han logrado establecer una conexión visionaria y amorosa con aquello que intentan salvar o defender.

Las experiencias místicas inspiran también la escritura, la poesía y el arte. Meinrad Craighead es un ejemplo de una artista cuya pintura y cuyo misticismo han devenido inseparables. Era ya una artista consumada cuando a través de la oración sintió la llamada de hacerse monja e ingresó en un convento benedictino. Allí vivió catorce años, dando por sentado que permanecería en la comunidad religiosa toda su vida. Craighead pintaba como acto de devoción, y las pinturas surgidas de su experiencia anímica de la belleza eran del Dios Madre. Tanto la pintora como sus pinturas, que son las expresiones visuales de su sabiduría mística, encontraron un vehículo de expresión en *Las canciones de la madre: las imágenes del Dios Madre*. Sherry Anderson y Patricia Hopkins la entrevistaron para *The Feminine Face of God* y narraron el vínculo inseparable que existe entre su misticismo y su arte. Para ella dibujar era un acto de gratitud, un acto que le permitía expresar una «gratitud desbordante por el mero hecho de la existencia; no sé si rezar me creaba la necesidad de dibujar o si dibujar me hacía rezar. Nunca he sido capaz de identificar lo uno sin lo otro».³ Meinrad abandonó el convento y ahora vive, pinta y da clases en Nuevo México. Sigue todavía la senda de la oración, pero ha introducido un nuevo elemento en su obra: unos pájaros sobrevolando el paisaje. Estos símbolos de libertad aparecieron antes de que la pintora abandonara los confines del monasterio. Poco después de su marcha escribió un artículo en el cual confesaba que le resultaba imposible «apoyar una liturgia que exaltaba la imagen de un Dios masculino y animaba a las mujeres a llevar una vida limitada, subordinada y definida por el clero».⁴

Las sofías contemporáneas suelen ser unas «místicas a escondidas» que quizá cambiaron el rumbo de sus vidas tras una experiencia mística o cuyo trabajo cotidiano se nutre de su capacidad para acceder a esta sabiduría interior, aunque ese elemento tan significativo permanezca oculto. La vinculación o la unión con la divinidad es una experiencia íntima y privada que los demás fácilmente malinterpretan, por no mencionar lo difícil que resulta siempre, sino imposible, comunicar de forma adecuada una experiencia inefable. Muchas mujeres que han intentado describir sus visiones místicas y se han encontrado con que tenían que defenderlas o justificarlas, han acabado llegando a la conclusión de que basta vivir con ese vínculo, especialmente cuando la vida que llevan siguiendo a su *gnosis* es su camino de individuación.

Cuando Sofía no es únicamente la fuente de introspección mística sino también el arquetipo que ocupa totalmente la atención de una mujer, entonces es acertado decir que esa persona es una mística y que el trabajo de orientarse hacia sí misma consiste en encontrar un medio de expresión y un modo de transmitir la visión profunda que ha adquirido. Sabemos de la existencia de otras místicas gracias a sus textos. Entre los ejemplos que pueden citarse del siglo xx se cuentan Evelyn Underhill, Simone Weil y Bernadette Roberts.

Sofía, la líder espiritual

Los papeles religiosos de cura, pastor o rabino no fueron ocupados por las mujeres hasta finales del siglo xx. Las mujeres no podían satisfacer la llamada interior que las instaba a mediar entre la divinidad y la congregación, lo que sería la función sacerdotal, ni predicar o ser teólogas. Muchas mujeres recuerdan que las ridiculizaban en la infancia cuando decían que de mayores querían ser sacerdotes. Elegir esa vocación era imposible (aunque se sintieran profundamente llamadas a servir a Dios). Del mismo modo que a las niñas que querían ser médicos a menudo se les decía: «No puedes ser médico, pero puedes ser enfermera», a ellas se les decía: «No puedes ser sacerdote, pero puedes ser monja». Eso es lo que todavía se les dice a las niñas catolicorromanas.

El feminismo de los setenta influyó decisivamente en las admisiones de mujeres a las carreras de medicina y derecho de la década inmediatamente posterior. Anteriormente en las clases de la facultad de medicina la presencia de mujeres había sido puramente simbólica. Diez chicas por clase en una aula de cien alumnos (ése era el número de mujeres que había en mi clase de medicina) era un porcentaje extraordinariamente elevado. Una década más tarde, sin embargo, ya no resultaba tan extraño ver que el cincuenta por ciento de los alumnos eran mujeres. Este cambio numérico también se produjo en las facultades de derecho. Ahora bien, las facultades de

teología se normalizaron con mayor lentitud, y el incremento de alumnas se retrasó al menos una década, pero a finales del siglo xx los seminarios que admitían a mujeres sufrieron un incremento similar. No obstante, seguía vigente la oposición de la Iglesia católicorromana y el judaísmo ortodoxo, que sancionaban religiosamente la ordenación de mujeres. En la mayoría de confesiones protestantes, y en el judaísmo reformado y el conservador, sin embargo, la ordenación de mujeres pasó a convertirse en un tema prioritario cuando algunas mujeres a título personal intentaron hacerse sacerdotes, ministros o rabinos y se encontraron con una fuerte oposición. La mayoría de confesiones y sinagogas de carácter liberal cuentan actualmente con muchas mujeres sacerdote.

La convención anual del año 2000 de los líderes baptistas del sur, que representa a quince millones y medio de personas, sirvió para revisar la política anterior, que había tenido como consecuencia la ordenación de casi cien mujeres pastoras y copastoras, y en ella se declaró que el púlpito era sólo para los hombres. El reverendo Bill Merrell, su portavoz oficial, citó la declaración del apóstol Pablo: «A la mujer no le consiento enseñar ni arrogarse autoridad sobre el varón, sino que ha de estarse tranquila en su casa» (I Timoteo 2:12).

El misticismo del arquetipo de Sofía arroja nueva luz sobre el significado de los textos, las creencias y los rituales religiosos. Con Sofía, por consiguiente, la teología puede ser el tema del diálogo interior, y el escribir, la manera de describir la experiencia mística. Para algunas mujeres el hacerse sacerdote, pastor o rabino es una vocación interior que todavía no se les permite desarrollar. La obediencia a la autoridad masculina y la interpretación literal de pasajes escogidos del Antiguo Testamento, la Biblia o el Corán, caracterizan a las religiones que rechazan el liderazgo espiritual de las mujeres.

El problema es que no sólo sufren las mujeres a las cuales se niega el acceso a los púlpitos, sino también las mujeres de la congregación que padecen su ausencia. Recuerdo la época en la que acudía a la iglesia episcopaliana y oficiaba Barbara St. Andrews. Era a principios de los ochenta, y era también la primera vez que veía a una sacerdotisa con alzacuellos hablando desde el púlpito y ofreciendo la comunión. Primero me pareció rarísimo, pero luego me sentí más liberada. Fue algo similar a cuando vi por primera vez a un asiático como yo desempeñando un papel respetable o digno. Necesitaba verlo con mis propios ojos para que mi mundo se extendiera. Dondequiera que haya discriminación, sentir que estamos ante "alguien como yo" nos reconforta y reafirma, a menos que hayamos interiorizado tanto el odio hacia nosotras mismas que neguemos la posibilidad de identificarnos con esa otra persona.

El trabajo de la tercera etapa de la vida

Las tareas que nos absorben a las mujeres durante la primera y la segunda etapas de la vida son: adquirir conocimientos objetivos y experiencias, hacer frente a las necesidades y a la realidad, y concentrarnos en los objetivos y las relaciones. Es a eso a lo que dedicamos nuestras energías. Sin embargo, las prioridades van cambiando a partir del momento en que entramos en la tercera etapa, y la pregunta decisiva resulta ser la siguiente: ¿Qué es lo que me importa realmente ahora? Ha llegado el momento en que Sofía, el arquetipo de la sabiduría mística y espiritual, adquiere mayor relevancia.

Lo que le interesa a Sofía es el sentido espiritual, filosófico o religioso, y eso se convierte en la tarea que ocupará la tercera etapa de la vida. Las cuestiones espirituales y anímicas pasan a un primer plano cuando Sofía es un arquetipo activo. La mayoría imaginamos nuestra propia muerte, no para abundar en los aspectos morbosos, sino porque es el momento de pensar en ello. Es en la tercera fase cuando el tema de la muerte nos invita a reflexionar sobre el sentido de la vida. La muerte de los padres en edad avanzada tras haber sufrido una enfermedad convierte a las mujeres de mediana edad en la generación más mayor, la siguiente llamada a desaparecer. Si tenemos a nuestro cuidado a una madre delicada y vulnerable, es posible que veamos el reflejo de lo que seremos nosotras en unos años; o bien puede que contraigamos una enfermedad que ponga en peligro nuestra vida o nos dé un buen susto que nos haga pensar en nuestra propia muerte. Rezar es un acto casi instintivo cuando se está en plena crisis o cuando la muerte es posible, y la oración activa el arquetipo de Sofía.

En esos momentos pensamos en la muerte y la divinidad, o bien en la mortalidad y la eternidad o en nuestras creencias religiosas y la fe personal; en el momento en que Sofía se convierte en un arquetipo activo, reconsideramos nuestras creencias. En las fases más tempranas de la vida las cuestiones de fe son mucho más concretas y tienen que ver con el seguimiento o el cuestionamiento de la religión propia; las opiniones de la iglesia y del templo tienen una influencia directa en la sexualidad de una mujer, en su capacidad de elegir el camino de la reproducción o la contracepción, en el matrimonio, en la educación de los hijos y en el divorcio.

Las mujeres, especialmente en la tercera etapa de sus vidas, son normalmente las feligresas más devotas y activas de las iglesias y las sinagogas. Quizá la gran mayoría de clérigos y teólogos sean hombres, pero son las mujeres las que llenan los bancos de las iglesias y mantienen activa la comunidad con su asistencia y su trabajo como voluntarias. Puede que las mujeres, al alcanzar la vejez, anhelan formar parte de una comunidad espiritual o se

descubran a sí mismas asistiendo a oficios religiosos. Esto se da incluso en mujeres que, influenciadas por el movimiento feminista, se sintieron incómodas con el sexismo de la religión tradicional y, sin embargo, con el tiempo han regresado a esa religión tan familiar para ellas.

Cuando las mujeres a las cuales influyó el movimiento feminista llegan a la vejez, descubren que Sofía despierta algo nuevo en ellas y les hace plantearse dilemas religiosos que deberán resolver personalmente. Quizá se muestren en desacuerdo con las creencias y, no obstante, se sientan cómodas con la liturgia, o bien les resulte que el líder de la Iglesia, el cura o el gurú es demasiado indigno, o simplemente demasiado joven, para ayudar a una vieja en su búsqueda espiritual, pero ésa seguirá siendo su comunidad. Solucionar los sentimientos religiosos y espirituales y las lealtades y las creencias son tareas sofiánicas. Con Sofía, el hecho de albergar dos sentimientos aparentemente contradictorios puede resolverse a través de la oración y la *gnosis*, o bien puede que permanezcan sin resolver y adquieran tintes de paradoja. Por ejemplo, una feminista puede ser consciente de lo incongruente que resulta con su feminismo seguir la religión ortodoxa, y a pesar de ello seguir en su empeño, porque sabe a ciencia cierta que ése es su lugar. Otra mujer, en cambio, también en armonía con su Sofía interior, puede saber con toda certeza, partiendo de la misma información, que le ha llegado el momento de abandonar una comunidad de creyentes en concreto porque ya no pertenece a ella. El arquetipo de Sofía no se preocupa de dar una respuesta políticamente correcta, sino de conocer y seguir su camino del alma particular, y en ocasiones ese camino le lleva de vuelta a la Iglesia.

Kathleen Norris, autora de *Cloister Walk*, nos plantea el ejemplo de una mujer en la tercera etapa de su vida que se aferró a su fe y al sentido de su tradición religiosa de un modo sofiánico e intelectual. Después de haber estado apartada de la religión durante veinte años, empezó a acudir de nuevo a la iglesia y, en palabras de la autora, «por razones que no comprendía, la iglesia me pareció un lugar en el que necesitaba estar. Sin embargo, para poder vivir en él, para poder reclamarlo como mío, tuve que reconstruir mi propio vocabulario religioso. Las palabras tenían que convertirse en algo real para mí y adquirir un sentido existencial». Siguiendo su *gnosis*, determinó el significado de cada vocablo a partir de la información que recababa y de recurrir a su experiencia personal. El resultado fue un léxico propio de palabras cristianas relevantes que quiso compartir con los demás en *Amazing Grace*. Mientras buscaba sentido a cada una de las palabras, Norris se fue convirtiendo gradualmente, si bien cuando empezó no contaba con que ese libro acabara transformándola en cristiana.

Cuando Sofía se manifiesta activamente como el arquetipo de la sabiduría, surge una necesidad acuciante de encontrar un sentido y

reconciliarse con las propias creencias a través de la *gnosis*. Carol Lee Flinders describe en *At the Root of this Longing* su viaje desde el compromiso con el feminismo en su juventud hasta que se convierte en una mujer casada y en una madre que forma parte de una comunidad espiritual. Al cumplir los cincuenta, una serie de acontecimientos y pensamientos, y una insistencia interior que le exigía reconciliar su feminismo con su práctica espiritual, empezaron a inquietarla. «Mi feminismo y mi espiritualidad han estado siempre estrechamente conectados, exigiéndome objetivos con la misma intensidad. Empecé a meditar por vocación, y también confieso que por una necesidad que me rompía el alma de llegar al conocimiento de mí misma y desentrañar el sentido de mi vida. Mi feminismo surgió del mismo manantial de sensaciones, y en muchos aspectos la vida que he escogido lo ha satisfecho. Sin embargo, una parte de mí (la parte que siempre ha sido consciente de las actitudes que degradan a las mujeres y las niñas de forma tan universal y sistemática) era como un músculo dolorido por la continua tensión y el mal uso que de él se hacía.»⁵ Flinders conservó en su interior estas tendencias contrarias en apariencia hasta que reconoció que consistían en dos mitades de un mismo todo espiritual: se completaban mutuamente. Se dio cuenta de que «el feminismo se inflama cuando mana de su espiritualidad intrínseca»,⁶ y vio cómo el feminismo incluso podía ser definido como un movimiento de resistencia basado en la espiritualidad.

La oración

La oración como el acto de estar en comunión con lo divino es un acto universal, tal vez incluso instintivo, y el objetivo central de la mística. Todas las tradiciones espirituales incorporan la oración en sus oficios divinos, y la mayoría de nosotros hemos inclinado la cabeza cuando un cura, un ministro o un rabino ora en voz alta o pronuncia al unísono con toda su congregación una oración que nos resulta familiar. Para Sofía, la oración es casi más "escuchar" que hablar, y ambos términos de la "conversación" pueden carecer de palabras. A tal efecto Anderson y Hopkins hallaron en sus investigaciones que: «La comunión con lo divino es una experiencia profundamente personal y misteriosa, y las mujeres que hemos entrevistado describen sin cesar que abrirse a este misterio puede hacerse de maneras muy diversas. Unas rezan en solitario, otras rezan en comunidad. Algunas en voz alta, otras en silencio. Hay quien reza de ambos modos. Unas rezan dentro, otras fuera. Algunas siguen las liturgias y las oraciones formales de su juventud, mientras que otras inventan nuevos rituales y liturgias. Algunas cantan sus oraciones, otras las bailan, y otras incluso pintan, interpretan o nadan con sus oraciones.»⁷

¿Cómo rezas?

Piensa en el modo y la manera como rezas. Incluye en tu definición de oración esos momentos en que te has sentido conmovida por la divinidad o en contacto con ella (con Dios, el Gran Misterio, el Dios Madre, la Diosa, Tao, una santidad sin nombre o la sensación de gracia, siempre que hayas tenido la sensación de que estabas viviendo «un momento sagrado»).

Matrimonio y Sofía

Las mujeres en plena búsqueda espiritual se vuelven hacia sí mismas cuando descubren y desarrollan el arquetipo de Sofía. Este momento privado de comunión interior y la gnosis que aparece aleja el centro de atención de la mujer de las preocupaciones externas, incluido su matrimonio. En teoría tendría que ser posible encontrar el equilibrio, pero cuando Sherry Anderson y Patricia Hopkins entrevistaron a mujeres cuya espiritualidad era fuente de inspiración para las demás en *The Feminine Face of God*, sus historias dieron pie a la pregunta de si es posible para una mujer centrarse en esa búsqueda espiritual y mantener un matrimonio o una relación amorosa con un hombre.

«Empezamos a notar que nadie se preguntaba si las mujeres podían ser fieles a sí mismas y educar a los hijos, tener amistades íntimas o incluso mantener una relación amorosa con otra mujer. Las preguntas versaban explícitamente sobre las relaciones a largo plazo entre hombres y mujeres; y parecía que las verdaderas cuestiones que subyacían a esas preguntas eran: en nuestra cultura de dominación masculina, ¿qué sucede cuando una mujer no quiere o no necesita ser diferente a los hombres? ¿Qué pasa cuando ya no modulamos automáticamente nuestras personalidades o reorganizamos nuestras prioridades para adaptarnos a nuestro marido o amante? ¿Acaso se rompe el nexo de unión que cohesiona las relaciones masculino-femeninas?»⁸

A partir de los datos que recabaron, vieron que el setenta y uno por ciento de los matrimonios acababan en divorcio.⁹ Casi todas las mujeres con más de cincuenta años estaban seguras de que no volverían a casarse, mientras que las mujeres más jóvenes veían compatible conservar un matrimonio basado en el amor y seguir una senda espiritual. Sin embargo, y dado que, por lo general, solemos partir de la soledad para alcanzar la contemplación, practicar la oración y la meditación y vivir la experiencia mística, la necesidad de tener una relación y el tiempo dedicado a Sofía entrarán en conflicto. Hemos de advertir que surgirán problemas, y que hay que ser consciente de que la solución podría estribar en tener que elegir entre

ambas cosas.

Sofía como diosa del Antiguo Testamento

Sofía entra en la cultura occidental como algo más que un arquetipo. Para muchos es una divinidad femenina o un nombre que sirve para denominar el aspecto femenino de Dios. Las mujeres educadas en la tradición judeocristiana ignoran que el Dios del Antiguo Testamento, la masculina trinidad cristiana, y el monoteísmo patriarcal no existían desde el principio, y tampoco saben que en el Antiguo Testamento hay referencias veladas a diosas. Es instructivo descubrir que los esfuerzos actuales de las mujeres por introducir una feminidad sagrada en la religión, disponer de sacerdotisas o contar con un lenguaje para la divinidad que no sea exclusivamente masculino no son una invención nueva en absoluto, sino únicamente una muestra del rechazo actual a la negación de la divinidad femenina o las vocaciones sagradas de las mujeres. Cuando tras descubrir a Sofía en sí mismas las mujeres mayores se enteran de que la diosa fue negada y posteriormente eliminada, ese conocimiento intelectual aumenta su *gnosis* y les aporta una sensación creciente de sabiduría interior.

Para empezar, en hebreo no existe la palabra "diosa", así que el término no puede aparecer en el Antiguo Testamento.¹⁰ La consecuencia psicológica de esta ausencia de denominación es la ausencia de reconocimiento. A través del lenguaje aprendemos lo que son las cosas y les adjuntamos cualidades. Si no poseemos el vocabulario, por consiguiente, nos resultará muy difícil imaginar la idea de una divinidad femenina. La teología del patriarcado afirma que Dios es varón, y que los hombres están creados a imagen de Dios y poseen el dominio de todas las cosas.

Es curioso, no obstante, que no exista una palabra para designar a la diosa y que el monoteísmo niegue incluso esa posibilidad cuando, de hecho, aparece una diosa en los Proverbios del Antiguo Testamento. Era Chokmah en hebreo, la cual se convirtió en Sophia en griego y más tarde en la palabra neutra y abstracta "sabiduría".

En la versión revisada de la Biblia Sofía habla en primera persona como encarnación de la "sabiduría". La descripción que hace de sí misma y su modo de hablar pertenecen al de un ser divino femenino. Sus atributos son los de una diosa de la sabiduría que dice: «Mío es el consejo y la previsión, mía la inteligencia, mía la fuerza», y luego nos ofrece el relato biográfico de sí misma, el cual he abreviado a continuación:

El Señor me creó como su manifestación primera, con anterioridad a sus obras, desde siempre. Desde la eternidad fui constituida, desde el comienzo, antes de los orígenes de la tierra. Cuando aún no existían los océanos fui dada a luz, cuando todavía no existían las fuentes, ricas en aguas. Antes que las montañas se

hubiesen asentado, antes que los collados fui dada a luz, cuando aún no había hecho tierra ni campos... Cuando preparaba los cielos, allí estaba yo, cuando trazó un horizonte sobre la faz del abismo. Cuando sujetó las nubes en lo alto, cuando afianzó las fuentes del océano. Cuando señaló su límite al mar para que las aguas no traspasasen su mandato, cuando trazó los cimientos de la tierra, junto a Él estaba yo como artífice, y era cada día sus delicias, jugueteando ante El en todo instante, jugueteando en su globo terrestre y teniendo mis delicias en los hijos de los hombres».¹¹

Miguel Ángel pintó esta escena en el techo de la Capilla Sixtina. Sofía está situada al lado de Dios, quien tiende su dedo para tocar el de Adán. La escena es curiosa porque la imagen que siempre nos viene a la mente es la de dos figuras masculinas. Sofía está en un primer plano y, no obstante, solamente vemos a Dios y a Adán. Es como si al no poseer el concepto ni la palabra para denominar a la diosa, parece que no podamos ver a Sofía incluso cuando se encuentra presente. En *La sabiduría de Salomón* (un texto apócrifo escrito en hebreo alrededor del 100 a. de C), Sofía es una presencia divina incluso más declarada. Salomón afirma que aprendió todo lo que estaba oculto o era manifiesto de Sofía, cuyas artes habían creado todas las cosas. En la literatura judía, en una cultura que mantiene oficialmente la existencia de un Dios único, Sofía representó un problema a la hora de conciliar el monoteísmo con la existencia de una diosa. La solución de compromiso fue negar la existencia de la divinidad femenina y considerar las referencias a ella una expresión poética.

El monoteísmo elimina a la diosa

El monoteísmo de Moisés y los israelitas exigía la eliminación de la diosa. Cuando leemos en la Biblia los fragmentos sobre la guerra por la tierra prometida y las luchas contra la veneración de "falsos dioses", obviamos lo más importante: que el Señor (traducción de Yahvé) y sus profetas estaban erradicando la persistente veneración a la diosa. Las diosas eran abominaciones, y aquellos que hacían imágenes de ellas o las veneraban eran maldecidos por el Señor.

La cosmología de la teología judeocristiana se cuenta en el Génesis, el primer libro del Antiguo Testamento. Hay un Gran Dios Padre, el cual es un ser supremo que existe desde el principio. Dios gobierna solo. No tiene linaje, familia, ni esposa. El primer día de la creación, Dios decretó: «Que haya luz», y se hizo la luz. Durante los siguientes cinco días Dios ordenó decretos, y se cumplieron sus palabras.

En *The Myth of the Goddess*, Anne Baring y Jules Cashford sitúan la cuestión en su contexto cultural: «En la mitología hebrea toda la diversidad de divinidades masculinas de las culturas tempranas (Enlil, Ptah, Marduck y El) se funden en una única imagen, la del Gran Dios Padre, el cual entra en el escenario de la Biblia como

si fuera la primera y única deidad. La exaltación del dios engendrado por la diosa madre como dios padre se había conseguido en la mitología babilónica, pero sería más tarde cuando se convertiría en un dios supremo, como si la idea de una diosa madre no hubiera existido nunca en la psique humana».¹²

El Antiguo Testamento relata cómo Moisés sacó a su pueblo de Egipto para llevarlo a la tierra prometida, que todavía pertenecía a los pueblos que veneraban a la diosa y cuyo estilo de vida había hecho de Canaán la tierra codiciada de leche y miel. Tras conquistar tierras y gentes, los profetas arremetieron contra las abominaciones de Asherah, Anath y Ashtoreth por considerarlos dioses falsos o extranjeros. Sus nombres no me dieron indicio alguno para suponer que esos falsos dioses fueran diosas, ni pude adivinar que las abominaciones se referían a las imágenes de las diosas, los templos consagrados a ellas y las arboledas sagradas de las montañas. Cuando asistía a la escuela dominical o incluso a clase de religión en la universidad, yo no tenía ni idea de que el dios del Antiguo Testamento y sus profetas habían arrasado con toda huella del culto a la diosa, destruyendo estatuas o pinturas de una mujer divina, o bien, y en el ámbito del lenguaje, anulando la palabra que la denominaba.

Asherah era el nombre semita para la Gran Diosa. A Asherah se la llamaba la "Madre de Toda Sabiduría" y "La que Da a Luz a los Dioses." A veces se la denominaba simplemente "Santidad" o, en referencia a la luna, la "Señora que Atraviesa los Mares". A Asherah y a sus sacerdotisas se les daba el tratamiento de *rabbatu*, una forma femenina de rabino, que significa "santa". Eran célebres sus antiguos oráculos proféticos.

Ella sola dio a luz a las Setenta Deidades del Cielo. Asherah era la más importante de las diosas o divinidades canaanitas. Su marido fue El, y su hija Anath, también llamada Ashtoreth o Astarté. El marido y hermano de Anath fue Baal, dios que se contaba entre las divinidades de mayor importancia.

La invasión de Canaán alrededor del 1200 a. de C. por parte de los israelitas fue en muchos sentidos una recapitulación de la invasión de la Europa antigua por parte de las tribus nómadas y guerreras kurgan que ofrecían su culto a un dios celestial. Después de errar por el desierto durante cuarenta años, los israelitas, que habían sido convertidos en esclavos del faraón egipcio, se habían transformado por aquel entonces en un endurecido pueblo guerrero. Al igual que la Europa antigua, Canaán era una tierra poblada y cultivada, habitada por un pueblo de artesanos que rendía culto a la diosa. Al igual que los kurgan, tan pronto como los israelitas se erigieron vencedores, cayeron bajo la influencia de los pueblos conquistados e integraron a su diosa en sus creencias. Sin embargo, los israelitas eran monoteístas, a diferencia de los kurgan, y eso era inaceptable a ojos de Yahvé. Como consecuencia, y según el Antiguo Testamento, los

profetas de Yahvé realizaron un esfuerzo implacable para eliminar a la diosa Asherah y destruir todo su *asherah*. («Asherah» también puede traducirse como "arboleda sagrada", y es el nombre que se le da a su árbol sagrado o a la imagen que presidía sus templos, y, a veces, el Templo de Jerusalén.)

Los pueblos de habla hebrea siguieron venerando a Asherah durante siglos tras la invasión de Canaán. En la historia de Israel y Judá, desde 1200 a. de C. hasta el exilio babilónico en 586 a. de C., descrito en *The Hebrew Goddess*, de Davies, aparentemente hubo ciclos en los que únicamente se adoraba a Yahvé, el dios de Israel, y ciclos en los que también se veneraba a Asherah, dependiendo de la autoridad política del momento. Asherah estuvo en el templo desde 928 a 893 a. de C. (treinta y cinco años), desde 825 a 725 a. de C. (cien años), desde 698 a 586 a. de C. (setenta y ocho años) y desde 609 a 586 a. de C. (veintitrés años).¹³

Finalmente los esfuerzos por eliminar a la diosa tuvieron éxito. Prácticamente todo lo que se sabía sobre Asherah procedía del Antiguo Testamento, hasta que en 1930 se encontraron unas cuantas tablas con inscripciones de varios mitos escritos alrededor de 1350 a. de C. En el Antiguo Testamento se traduce «*asherah*» por "arboleda", sin explicar que la arboleda sagrada representaba el centro genital de la diosa, el lugar donde nacían todas las cosas.

El primero y segundo mandamientos hablan directamente de la erradicación de la diosa. Según el análisis que hace Leonard Shlain en *El alfabeto contra la diosa*, el Primer Mandamiento, «Yo soy Yahvé, tu Dios. No tendrás otro dios frente a mí» (Éxodo 20:2-3), anuncia la desaparición de la diosa y declara que Yahvé no tolerará que se mencione a ninguna otra.¹⁵ El Segundo Mandamiento prohíbe absolutamente realizar imágenes de cualquier clase (el énfasis es de Shlain): «No te fabricarás escultura ni imagen "alguna" de lo que existe arriba en el cielo, o abajo en la tierra, o por bajo de la tierra en las aguas». Si la lista de mandamientos está hecha por orden de importancia, resulta que el mandamiento contra la fabricación de imágenes es más importante que el asesinato, el adulterio, el robo y todo lo demás. La prohibición de hacer arte representativo implicaba que era un pecado hacer esculturas o pinturas inspiradas en la belleza y el poder de la naturaleza o en la cara y el cuerpo femeninos. Era el mandamiento de un dios celoso, cuya rival era una diosa.

La Sofía gnóstico-cristiana

En el Nuevo Testamento también la divinidad es exclusivamente masculina. Padre, hijo y espíritu santo (masculino) comprenden la trinidad cristiana. Sin embargo, hasta mediados del siglo xx se mantuvo literalmente escondida la existencia de antiguos Evangelios cristianos que se escribieron al mismo tiempo o incluso antes que los del Nuevo Testamento. Se los ha denominado

Evangelios Gnósticos. En algunos de estos textos se describe a Sofía como una diosa judeocristiana, a Yahvé como el hijo de una gran diosa madre y a la trinidad como un todo compuesto de padre, madre e hijo.

El descubrimiento y la traducción de los Evangelios Gnósticos coincidió de manera extraordinaria con la aparición del feminismo en la psique de las mujeres norteamericanas. El suceso me chocó por su sincronicidad, la información llegaba en un momento tan propicio! Originariamente escritos en griego, las traducciones coptas se ocultaron y conservaron durante mil quinientos años, hasta que se descubrieron en una era en la que los métodos científicos podían preservarlas, una época en que había eruditos capaces de traducirlas (eruditos que no estuvieran vinculados con la Iglesia y se vieran obligados a salvaguardar la fe ortodoxa) y teólogas y eruditas con un interés manifiesto por Sofía y por conocer cuál había sido la participación de las mujeres en las primitivas comunidades cristianas.

En diciembre de 1945 un campesino árabe hizo un descubrimiento arqueológico extraordinario en una montaña horadada por un sinfín de cuevas y situada en el Alto Egipto, cerca de la ciudad de Nag Hammadi. Descubrió trece libros de papiro dentro de una inmensa tinaja de barro cerrada herméticamente, y esos libros resultaron ser los evangelios de los cristianos gnósticos y herejes. En el texto se describe a una creadora y maestra divina llamada Sofía. Tras permanecer muchísimo tiempo oculta, Sofía (reverenciada como figura divina en estos textos) se revelaba ahora como una diosa judeocristiana.

Los papiros llamaron la atención del gobierno egipcio cuando ciertos comerciantes de antigüedades de El Cairo intentaban venderlos en el mercado negro. Los funcionarios compraron uno de los libros (llamados códices), confiscaron casi once de los trece textos y los depositaron en el Museo Copto de El Cairo. Prácticamente todo el decimotercer códice, que contiene cinco textos extraordinarios, se puso en circulación y se ofreció a la venta discretamente. Esos fragmentos fueron sacados de Egipto de contrabando y escondidos en Bélgica. La noticia de la disponibilidad de este códice llegó a oídos del profesor Giles Quispel de la Universidad de Utrech en los Países Bajos, quien instó a la Fundación Jung de Zúrich a que proporcionara los fondos para su adquisición. El profesor Quispel consiguió los papiros y pasó de contrabando lo que actualmente se llama «*El Códice Jung*» en una aventura de tal calibre que el erudito llegó a actuar como un agente secreto.

Se puede encontrar un relato excelente sobre los textos de Nag Hammadi y su significado en *Los evangelios gnósticos* de Elaine Pagels, publicado en 1979. Cuando se tradujeron los manuscritos de Nag Hammadi, había en total cincuenta y dos textos fechados en los primeros siglos de la era cristiana, incluyendo una colección de tempranos evangelios cristianos, que eran unas traducciones coptas

realizadas unos mil quinientos años antes que otros manuscritos todavía más antiguos y escritos originariamente en griego, la lengua del Nuevo Testamento. La investigación subsiguiente para fecharlos concluyó que algunos ya existían en la segunda mitad del siglo I (50-100 d. de C, lo cual significa que fueron escritos a la vez o incluso antes que los Evangelios del Nuevo Testamento). Estos y otros textos parecidos circulaban entre los primeros cristianos. A mediados del siglo II d. de C. los cristianos ortodoxos denunciaron que los evangelios eran heréticos, esos cristianos que aceptaron el poder de los obispos para definir la fe y determinar su práctica y que llegaron a constituir la Iglesia católica. Hasta que esos textos primitivos no vieron la luz, lo único que sabíamos de ellos lo conocíamos por los ataques de los obispos.

El cristianismo se convirtió en un culto religioso reconocido oficialmente en 313 d. de C, y tan sólo una década después, en 323 d. de C, pasó a ser la religión oficial del imperio romano (gracias a la conversión del emperador Constantino). Una vez en el poder, los obispos cristianos se apropiaron de todos los textos que habían declarado heréticos, instauraron que su posesión constituía delito, y quemaron y destruyeron todos los ejemplares. La campaña en contra implicaba reconocer su poder persuasivo, y hasta que no se encontraron los textos de Nag Hammadi, lo único que se sabía de los herejes y de sus creencias era lo que se desprendía de los escritos condenatorios de la ortodoxia. Sin embargo, tal como apunta Elaine Pagels, aquellos que escribieron e hicieron circular esos textos no se tenían a sí mismos por herejes.

Los grupos o congregaciones gnósticas eran autónomos. Había una gran variedad de creencias, y muchos escritos o evangelios diferentes. Muchos de ellos fueron atribuidos a coetáneos de Jesucristo, incluyendo a sus hermanos. Como en los Evangelios del Nuevo Testamento, aparecían frases y palabras que se atribuían a Jesús. Uno de los textos declaraba que la verdadera revelación del cristianismo llegó a través de una mujer, María Magdalena, la cual fue también amante de Jesús. Algunos cristianos gnósticos rezaban a una madre divina y a un padre divino. Muchos de los textos eran obras místicas del mismo estilo visionario que el libro del Apocalipsis. Sus escritos cosmológicos eran o bien muy diferentes a lo que se relataba en el Génesis, o bien se centraban en la segunda versión de la creación del hombre que se cuenta en el Génesis 1:26-27: «Hagamos un hombre a imagen nuestra, conforme a nuestra semejanza...». Algunos consideraban que el Dios de Israel desconocía a su propia madre, en otros se castigaba a Yahvé por su arrogancia y por sus celos.

Pagels observó que los gnósticos tendían a considerar todas las doctrinas, las especulaciones y los mitos (tanto los propios como los ajenos) únicamente interpretaciones distintas de la verdad. Su forma de percibir y comprender contrastaba radicalmente con el estilo

autoritario de los obispos, para los que solamente existía una verdad, una Iglesia, un sistema de organización y, por lo tanto, sólo un cristianismo legítimo.

Los cristianos gnósticos eran igualitarios, lo cual dolía especialmente a los padres de la Iglesia. Tertuliano les acusaba de no hacer distinciones: «A todos les está permitido lo mismo, escuchan del mismo modo y rezan lo mismo (incluso los paganos, cuando alguno de ellos aparece)». Encontraba ofensivo el que «compartan el beso de la paz con cualquiera», y los consideraba arrogantes, porque «todos te ofrecen su *gnosis*». El lugar que detentaban las mujeres en las congregaciones gnósticas era especialmente ofensivo, puesto que poseían autoridad. Tertuliano las criticaba especialmente: «Estas mujeres herejes... ¡qué descaradas! No tienen modestia alguna; se atreven incluso a enseñar, a enzarzarse en discusiones, a llevar a cabo exorcismos, a realizar curas y puede que incluso bautismos».¹⁶

Las Iglesias ortodoxas cristianas eran patriarcales. Los «Preceptos de la disciplina eclesiástica», que Tertuliano consideraba que reflejaban el comportamiento apropiado que debían observar las mujeres, especificaban: «No se le permite a una mujer hablar en la iglesia, ni se le permite enseñar, ni bautizar, ni ofrecer la eucaristía, ni reclamar el poder compartir alguna función masculina; por no citar siquiera los oficios pertenecientes al sacerdocio».¹⁷

Por otro lado, y en marcado contraste con el cristianismo ortodoxo, el cual concedía prioridad absoluta al poder y la autoridad, y establecía una clara distinción de clases entre seglares y clero, los cristianos gnósticos alternaban sus puestos e intercambiaban los papeles durante los servicios religiosos. El obispo Ireneo contaba que cuando sus miembros se reunían, echaban la decisión a suertes. Al que le tocaba una cierta cantidad, hacía el papel de sacerdote; el que echaba a suertes quién ofrecería el sacramento, hacía de obispo; otro leía las escrituras, y otros, en su función de profetas, se dirigían al grupo para ofrecerles enseñanzas espirituales improvisadas. La siguiente vez que el grupo se encontrara volverían a echar a suertes los papeles para que fueran cambiando continuamente. Todos los iniciados, tanto hombres como mujeres, participaban por igual en el reparto; cualquiera podía ser seleccionado para actuar de sacerdote, obispo o profeta, lo cual también horrorizaba a Ireneo.

Echar a suertes e ir cambiando los puestos de autoridad y del servicio religioso es un ejemplo más para ilustrar la igualdad, pero, por encima de todo, me imagino que era la expresión de una confianza absoluta en el desenlace de los acontecimientos. Dejaban que fuera el destino o la coincidencia significativa (en lugar de confiar en un azar carente de sentido) lo que determinara quién sería el recipiente a través del cual la divinidad hablaría o actuaría. Dado que Jung acuñó la palabra «sincronicidad» para referirse a las coincidencias significativas, podríamos decir que dejaban que decidiera la sincronicidad. Se ha definido la sincronicidad,

irónicamente, como "la actuación anónima de Dios", lo cual, no obstante, hace referencia al temor respetuoso que acompaña a una sincronicidad significativa y especialmente misteriosa. Tal vez deberíamos considerar que se trata de "la actuación anónima de Sofía", de ese momento en que sabemos, gracias a la sincronicidad, que no existe una explicación adecuada de un suceso determinado salvo la de que formamos parte de un universo espiritual interconectado que nos ha demostrado recientemente que también somos importantes.

Hablar sobre Sofía

El miedo al ridículo, a parecer supersticiosos o mostrarnos irracionales nos impide compartir la *gnosis* mística que puede haber sido o que incluso podría ser todavía un momento crucial o un acontecimiento decisivo que reconocemos como tal y los demás coinciden en calificar así. De jóvenes quizá tuvimos unos padres prácticos que tildaron de "estupidez" cualquier cosa que sonara a mística, o puede que si nuestra familia era de corte fundamentalista, hablara de una "intervención del demonio", como el clero más radical. Es posible también que los amigos de juventud reaccionaran de un modo parecido o simplemente nos escucharan con una actitud como si se estuvieran riendo de nosotras. Si hemos sido miembros de algún grupo de concienciación, recordaremos que en aquel momento no había lugar para la espiritualidad. Por otro lado, aunque podamos discutir muchos temas con el terapeuta, creo razonable que nos preocupe el hecho de que si aireamos nuestras experiencias místicas, corremos el riesgo de que las etiqueten de fantasías o delirios. Obviamente, la introspección que conseguimos a través de la *gnosis* no suele ser un buen tema de conversación en una reunión social. Romper el silencio y hablar de lo que consideramos nuestra realidad espiritual o explicar a los demás una experiencia numinosa, nuestra visión filosófica, o confesar que vamos a seguir nuestra vocación religiosa sólo les es posible a la mayoría de mujeres cuando pasan de los cincuenta y han encontrado amigos que comparten su misma profundidad espiritual.

A pesar de que algunas mujeres están en contacto con la sabiduría de Sofía desde niñas y no han llegado a perderla en toda su vida, las demás quizá conserven la faceta de Sofía en estado latente o la tengan algo descuidada hasta cumplir los cincuenta, dado que la segunda etapa de la vida de casi todas las mujeres se caracteriza por la falta de tiempo y una vida cotidiana que requiere grandes dotes de malabarista para combinar los papeles y las tareas. A menudo no disponemos de tiempo para cultivar a Sofía hasta que nos hacemos mayores. Si disfrutas de un círculo de mujeres con las que puedes compartir tu viaje espiritual, ese círculo se puede convertir en el crisol donde cada mujer descubra su sofía. Mostrarnos receptivas al

espíritu, capaces de escuchar y valorar las experiencias místicas, sabiendo que la *gnosis* inspiraba las decisiones importantes de la vida que tomaron los demás, crea un ámbito seguro donde cultivar la sabiduría de Sofía.

LA DIOSA DE LA SABIDURÍA PSÍQUICA E INTUITIVA

Hécate en el cruce de caminos

En la mitología griega Hécate era la diosa de las encrucijadas que podía ver tres caminos a la vez. Es la diosa que encontramos cuando llegamos a un cruce de caminos. Ve de dónde venimos y adonde puede llevarnos cada camino de la encrucijada. Es un arquetipo que nos resultará familiar a todas las que prestamos atención a los sueños y las sincronicidades, nos basamos en las experiencias anteriores y recurrimos a la intuición para decidir nuestra senda.

Hécate es una diosa de la intuición. La perspectiva que tiene de los tres caminos le permite ver la relación que existe entre pasado, presente y futuro. Esta habilidad para ver los patrones que vinculan situaciones o relaciones del pasado con las circunstancias presentes es una forma intuitiva de percepción. A una persona intuitiva no le resulta extraño ni misterioso comprender la evolución de una situación determinada (o los propósitos de alguien en concreto). En las encrucijadas más significativas Hécate se encuentra silenciosamente presente como testigo interior. Su sabiduría procede de la experiencia; es la que nos hace más sabias a medida que nos hacemos mayores. Ante las bifurcaciones importantes de nuestro camino, Hécate recuerda el cariz del pasado, ve el presente con honestidad y percibe lo que se nos avecina anímicamente. Ahora bien, su función no es elegir por nosotras y, por consiguiente, tampoco juzgarnos. Para conocer su sabiduría, hemos de hacer un alto en el camino y consultarle. Debemos escuchar lo que nos dice con la voz de nuestra propia intuición.

En ocasiones nos ocurre algo que nos hace comprender que ya nada en la vida será igual. A pesar de saber que no es posible seguir como antes, no estamos seguras de lo que debemos hacer. Si de jóvenes éramos muy impulsivas y nos dejábamos llevar por las emociones sin reflexionar ni pensar demasiado las cosas, ahora nos sorprenderán esas mismas emociones, pero la madurez (que a menudo aparece muy vinculada a la responsabilidad personal ante otras personas) nos impedirá que actuemos basándonos en ellas. Conocemos la importancia que reviste nuestra decisión, y nos ha llegado el momento de acudir a Hécate para que nos ayude a tener una mayor amplitud de miras y nos permita quedarnos en el cruce de caminos hasta estar bien seguras de la senda elegida.

Puede que nos encontremos ante una encrucijada vital y no nos haya conducido a ella un acontecimiento externo, sino nuestra

psique, que nos insta a cambiar. Es habitual que la mujer que ha seguido un camino (o dirección arquetípica) durante varias décadas deba cambiarlo antes de llegar a la tercera etapa de su vida. Cuando se tiene la sensación de que se ha llegado a un punto en el que lo que hacemos ya no nos interesa demasiado, nos encontramos en la encrucijada de Hécate.

Hécate es la diosa presente en la antesala de las principales transformaciones. La encarna la comadrona que asiste el parto, y las mujeres que facilitan el tránsito del alma cuando ésta abandona el cuerpo al morir. Metafóricamente, Hécate es una comadrona interior cuya perspectiva nos ayuda cuando damos a luz nuevos aspectos de nosotras mismas. Nos ayuda a desprendernos de aquello que va a morir: actitudes anticuadas, papeles desfasados y cualquier otro elemento de nuestra vida que ya no contribuya a nuestra afirmación.

Podemos descubrir a Hécate cruzando el umbral entre el viejo y el nuevo milenio. Sin embargo, y a pesar de prever la posibilidad de una nueva era para la humanidad, hasta que no la alcancemos nos encontraremos en un terreno intermedio (en un tiempo liminar, que es la palabra latina para designar "umbral", donde el potencial se vislumbra tímidamente y todavía no posee visos de solidez). A comienzos del siglo XXI la humanidad atraviesa un momento crítico donde son necesarios los cambios para impedir convertir el lugar donde vivimos (que comprende desde nuestro barrio hasta el planeta entero) en una tierra baldía. Muchas mujeres llegan a la etapa de la vejez con la sensación de querer hacer algo importante o con el impulso de "devolver" en forma de agradecimiento las oportunidades que el feminismo les ha ofrecido y comunicar su experiencia personal de que es posible provocar el cambio. Las mujeres que nacieron justo antes de la Segunda Guerra Mundial, en plena confrontación y durante la década posterior al armisticio, integraron un movimiento pacífico y, sin embargo, revolucionario en su influencia.

Hécate está presente en el momento crucial en que la mujer inicia la tercera etapa de su vida y se escucha a sí misma. Cuando se encuentra en esta fase liminar, la mujer parece indecisa, y es como si su energía estuviera adormecida. Ahora bien, si permanece en el cruce de caminos hasta que sepa de forma intuitiva qué dirección tomar, entonces resurgirá pictórica y con renovadas fuerzas.

La diosa Hécate

Es curioso lo que ocurre con esta diosa, porque aunque hayamos seguido un curso de mitología griega o en la actualidad nos interesen los dioses y las diosas como arquetipos, Hécate se nos muestra como un personaje difuso en el mejor de los casos. Se la menciona acompañando a Deméter en la historia del rapto de Perséfone, y se la representa como la tercera diosa y la última en importancia. Hécate representa a la diosa anciana siempre que la

mitología clásica divide a las diosas en grupos de tres, pauta que proviene de la desconocida diosa tripartita de los tiempos preolímpicos. Aparte de la doncella Perséfone, la madre Deméter, y Hécate la anciana, había tres diosas que encarnaban las fases de la luna: Artemisa, diosa de la luna creciente; Selena, diosa de la luna llena, y Hécate, diosa de la luna menguante y oscura. Una tercera tríada la constituían Hebe la doncella, la camarera de los dioses; Hera, la diosa del matrimonio, y Hécate, la diosa de la encrucijada. Las mujeres que en *Las diosas de cada mujer* se reconocieron en los arquetipos de Perséfone, Deméter, Artemisa o Hera, quizá se hayan percatado de que al llegar a la tercera etapa de sus vidas, los caminos convergen en Hécate, el arquetipo de la mujer sabia.

En el terreno metafórico y mitológico se la percibe de forma confusa, y se la asocia al mundo subterráneo aunque nunca residiera en él. Su momento era el crepúsculo. Normalmente en luna nueva, y a veces en luna llena, se le dejaban ofrendas ("las cenas de Hécate") en los cruces de caminos. Tiempo después, cuando se tenía a las mujeres por brujas, Hécate recibió el nombre de reina de las brujas o reina del mundo de los espectros, y era vista como una figura diabólica. La poetisa Safo la llamaba reina de la noche.

Sus orígenes mitológicos no son claros, y hay discrepancias entre los pocos relatos que existen de su árbol genealógico. Por lo general, se la describe como un titán que siguió siendo diosa después de que Zeus y los olímpicos derrotaran a estas divinidades arcaicas. Hesíodo, en la *Teogonía* (aproximadamente en 700 a. de C), relató que su nombre significaba "la que tiene más poder", que despertaba una mayor devoción que las otras divinidades y había sido objeto del favor de Zeus, al haber recibido poder sobre la tierra, el mar y el cielo.

Ahora bien, estos reinos estaban claramente divididos y eran gobernados por divinidades masculinas, con lo cual el que a Hécate se le hubiera otorgado "poder sobre" ellos no era más relevante que el hecho de gobernar uno de esos dominios. Es posible que se interpretara más como una habilidad o clarividencia psíquica. Quizá la palabra también recogiera la faceta que se le atribuía de diosa de la magia y la adivinación, muy valorada en otros tiempos.

A Hécate se la describe como una diosa lunar que lleva un reluciente tocado o una cinta de estrellas y sostiene una antorcha encendida en cada mano. Se decía de ella que iba por los caminos de la antigua Grecia acompañada de sus perros negros. Actuaba como una presencia invisible en los cruces de tres caminos, o bien tomaba forma visible de pilar o Hecterion, que era una estatua de tres rostros que miraban en las tres direcciones. Con el tiempo Hécate fue perdiendo credibilidad y se transformó en la diosa de los tres caminos (que procede de la palabra latina *trivia*, que significaba "encrucijada").

En *Mysteries of the Dark Moon* Demetra George describe una

antigua imagen de Hécate, representándola con tres cabezas y tres pares de brazos. Porta tres antorchas, una llave, una cuerda y una daga. Las antorchas le permiten ver en la oscuridad, la llave abre los secretos de los misterios y los conocimientos ocultos o escondidos del más allá, la cuerda es el símbolo del cordón umbilical del renacer y el cuchillo, que se convirtió en un símbolo del poder ritual, la capacidad de apartarse de las ilusiones vanas.

Las divinidades griegas estaban relacionadas con animales que eran sagrados para ellas o que presentaban sus mismas características, y por ello se convirtieron en sus símbolos. El perro era el principal animal simbólico de Hécate, a quien a veces llamaban la perra negra. Cuando la gente veía perros negros aullando en la noche, pensaban que anunciaban su presencia invisible. En lugar de tener tres rostros o tres cabezas, las estatuas que representaban a Hécate en ocasiones se componían de tres animales: el perro, la serpiente y el león; o el perro, el caballo y el oso. Aparte del perro, el otro animal al que se asociaba íntimamente con Hécate era la rana, el símbolo del feto y la gestación, una imagen totémica de la comadrona.

El tejo, el aliso y el álamo eran árboles funerarios que se asociaban a Hécate por ser la diosa de las puertas que separaban el mundo de los vivos del mundo subterráneo de las sombras. El tejo se vincula con la inmortalidad, que considera la muerte una simple transición.

El descenso al mundo subterráneo y la adquisición de sabiduría

La historia del secuestro o la violación de Perséfone se relata en los *Himnos a Deméter* de Homero. La doncella Perséfone estaba cogiendo flores en el prado cuando se sintió atraída por una flor bella y grande y, alejándose de sus compañeras, se dispuso a cogerla. Cuando alargó la mano, sin embargo, la tierra se abrió ante ella, y de un agujero profundo y oscuro apareció Hades, señor del mundo subterráneo, en un carro tirado por caballos negros. Hades la secuestró sin atender a los gritos de terror que profería la doncella y se la llevó al mundo subterráneo. A partir del momento en que Perséfone desapareció en el prado, su madre, Deméter, empezó a buscarla por todo el mundo, pero fue en vano.

Finalmente, tras nueve días y nueve noches, Deméter regresó a la pradera vencida y desconsolada. En ese momento Hécate se le acercó, diciéndole que si bien no había visto lo sucedido, había oído los gritos de Perséfone. Hécate sugirió que fueran a solicitar información al dios del sol, que estaba en lo alto cuando Perséfone desapareció. Él podría contarles lo sucedido. En compañía de Hécate, Deméter escuchó el relato verídico de los hechos: Perséfone había sido secuestrada por Hades con el permiso de Zeus.

En el mito no se vuelve a mencionar a Hécate hasta que Perséfone regresa del mundo subterráneo y se reúne con Deméter. Hécate saluda a Perséfone con gran afecto, y a continuación aparece una frase críptica que reza: «Y desde ese día esa dama precede y sigue a Perséfone».¹

Dado que a Hécate le resultaría físicamente imposible preceder y seguir a Perséfone, la frase sugiere que Perséfone iría ahora acompañada de un espíritu o conciencia que habría adquirido de regreso del mundo subterráneo. La historia de la violación de Perséfone y su posterior secuestro en el mundo subterráneo es aplicable a cada una de nosotras. Todas hemos tenido épocas placenteras, en las que hemos sido perséfontes cogiendo flores en el prado. Sin embargo, de repente ocurre algo inesperado, y nos quedamos aterradas al ver que la seguridad de nuestro mundo tiembla ante una pérdida repentina. La causa puede ser una traición y el fin de una relación, una muerte, la aparición de una enfermedad, una pérdida económica o el final de la inocencia. Si nos sumergimos en el mundo oscuro de la desesperanza, la depresión o la desesperación, o bien en el cinismo, la amargura o la venganza, durante un tiempo seremos cautivas del mundo subterráneo, sin saber a ciencia cierta si podremos regresar algún día.

No obstante, cuando regresamos de nuestro propio descenso al mundo subterráneo, lo hacemos habiendo aprendido que el amor y el sufrimiento forman parte de la vida. Al superar los momentos difíciles, nos volvemos más sabias y profundas. Es entonces cuando una Hécate sabia se convierte en nuestra compañera más íntima. Las amigas o los grupos de apoyo femeninos también ganan en perspectiva al escuchar, actuar de testigos y cuidar unas de otras.

Hécate consoló a Deméter de su dolor y su pérdida, pero más que limitarse a ser un consuelo y un testigo, actuó. Le sugirió que fueran a pedir información al dios del sol, quien había visto lo que le había ocurrido a Perséfone. El consejo de Hécate fue buscar la verdad. Acompañó a Deméter y estuvo junto a ella cuando la diosa se enteró de que era Hades quien había raptado a Perséfone. El dios del sol la instó a resignarse y aceptar a la divinidad del submundo puesto que, después de todo, era un ser olímpico como ella misma y, por lo tanto, no sería un mal yerno. Cuando Deméter escuchó esas palabras y supo que todo había sucedido con el permiso de Zeus, su dolor se convirtió en ira. Decidió abandonar el Olimpo y, disfrazada, vagar entre las gentes. Con el tiempo su determinación trajo consigo el regreso de Perséfone.

Las personas en ocasiones creen que no son capaces de afrontar la verdad, y por ello se adaptan, a menudo evitándola y recurriendo a la racionalización, la negación o las adicciones que nos hacen insensibles a ella. Únicamente cuando una mujer ha aprendido a través de la experiencia que puede afrontar la realidad, se convierte

en una mujer sabia como Hécate.

UNA REFLEXIÓN A PROPÓSITO DE HÉCATE
O UN EJERCICIO DE IMAGINACIÓN

Pregúntate a ti misma: « ¿Qué he aprendido de la vida por propia experiencia?» y «¿Qué verdad debo afrontar?». Seguro que aparecerán las respuestas cuando realmente quieras saber y te muestres receptiva. Quizá te vengan a la mente si permaneces en silencio y esperas.

Por otro lado, también podrías visualizar a Hécate y plantearle estas preguntas.

Hécate, la testigo

Hécate es el testigo presencial de nuestro interior en cada encrucijada, aunque nuestro ego niegue, reprima, distorsione y no pueda reconocer lo que está sucediendo. Esta observadora establece vínculos y nos habla en el lenguaje simbólico de los sueños. Los sueños nos sobrevienen en la penumbra, son mensajes liminares que proceden del inconsciente que sueña y requieren un esfuerzo consciente para comprender y recordar, al igual que las visiones profundas que iluminan una situación emocionalmente dolorosa también pueden acudir a nosotras, alejarse y ser olvidadas a menos que estemos atentas y aprendamos de ellas.

También Hécate, como figura arquetípica, puede ser ignorada. Puede convertirse en una parte de nuestra psique que observa y a la cual recurrimos a diario. Los psicoterapeutas llegan a confiar en Hécate, y hasta cierto punto sirven de personificación de Hécate para sus clientes. Las personas que quieren seguir una psicoterapia se encuentran ante una encrucijada. Un psicoterapeuta observa, escucha y testimonia aquello que ante él se revela. Como Hécate hizo con Deméter, el terapeuta anima a la clienta a buscar la verdad, incluyendo lo que en realidad siente y percibe aunque lo oculte con la negación. Hécate, la testigo, está ahí cuando prestamos atención a nuestros sueños, valoramos nuestra percepción intuitiva o escuchamos nuestra voz interior. Es como si nos acompañara, sosteniendo sus antorchas para que podamos ver en la oscuridad.

Las personas que sufren personalidad múltiple llegan a la encrucijada de Hécate cada vez que aparece una nueva personalidad. Este trastorno proviene de terribles abusos en la infancia, a raíz de los cuales el niño aprende a disociarse del dolor y de unos recuerdos demasiado horribles de soportar. Las personas con un trastorno de personalidad múltiple suelen ignorar la existencia de las otras personalidades, experimentan incontables lapsos de tiempo y viven

acontecimientos extraños y dolorosos. En ausencia de un "Yo" consistente, hay un observador oculto como Hécate que testimonia el "nacimiento" de cada personalidad. Ralph Allison, doctor en psiquiatría, trabajó en la integración de las personalidades múltiples y llamó a esta parte de la psique el "ayudante interno". Allison confirió a este ayudante interno las características de andrógino, de sentir únicamente amor y buena voluntad y ser conocedor de todas las personalidades y circunstancias de la vida del paciente.² Allison y otros psiquiatras han descubierto que con la ayuda de este testigo interno, las diversas personalidades fragmentadas pueden ser conscientes las unas de las otras y acabar integrándose en una sola personalidad. El ayudante interno sería otro de los nombres de Hécate.

Puede que nosotras, a diferencia de los pacientes con personalidad múltiple, no padezcamos amnesia y tampoco vivamos momentos de los que no podemos responder, pero también tenemos "múltiples yoes". Es fácil observarlo en los demás, y empezamos a hacerlo durante la infancia, al ver a los adultos poner "caras raras". Ver nuestra propia "personalidad múltiple" ya es más difícil. La mirada compasiva de Hécate, la testigo, no acusa ni avergüenza a nadie, y por eso no promueve actitudes defensivas o negativas. Al contrario, nos permite contemplarnos a nosotras mismas, sobre todo esas facetas que de otra forma permanecerían ocultas. Si bien Hécate puede desarrollarse pronto en la vida de una persona o pasar al primer plano de la psique cuando ciertas circunstancias dramáticas la invitan a ello, normalmente su importancia va en aumento al hacernos mayores, ser capaces de ver patrones de conducta y reflexionar sobre sucesos que nos han llevado inadvertidamente al lúgubre campo de la depresión, los celos, la venganza o la desesperación. A medida que envejecemos tenemos más probabilidades de conocer a Hécate como esa sabia consejera que nos recuerda las lecciones aprendidas gracias a la experiencia. De este modo, Hécate facilita la integración de nuestros múltiples yoes para que podamos convertirnos en una persona consecuente y auténtica.

Hécate como comadrona

Una comadrona permanece junto a la mujer embarazada durante las distintas fases del parto. Es una presencia tranquilizadora y experta, que aplaca el miedo y el dolor cuando la mujer va a dar a luz. Sabe cuándo el parto progresa con normalidad y reconoce los indicios de que algo va mal. Las comadronas fueron las primeras en ser condenadas por brujas durante la Inquisición por el hecho de aliviar los dolores del parto. Si citamos el relato del Antiguo Testamento sobre la expulsión de Adán y Eva del Jardín del Edén, aliviar las dificultades y los dolores del parto iba en contra de Dios:

las mujeres debían dar a luz a sus hijos con dolor y sufrimiento.* Las comadronas pecaban al aliviar el dolor del parto y desafiaban la voluntad de un Dios punitivo. Las mujeres también requerían la ayuda de las comadronas para paliar diversas enfermedades femeninas y encontrar modos de evitar el embarazo o abortar.

La profesión de comadrona es una vocación telúrica que asiste a la naturaleza y necesita tanto de una conciencia instintiva como de un ojo observador capaz de ver los síntomas de las transiciones físicas: los estadios del parto y los estadios de la muerte. Al igual que les sucede a las madres con sus hijos, a la comadrona no le deben molestar los fluidos corporales del alumbramiento, la enfermedad y la muerte, porque sabe que todo ello es parte de la naturaleza.

La comadrona es una sacerdotisa de la Gran Madre, que, como la tierra misma, es nacimiento y muerte para toda vida. Ver la divinidad en la naturaleza y sus criaturas, y ser capaz de asistir en tales momentos, es una vocación sagrada. Los médicos en los que sus pacientes confían totalmente también son comadronas arquetípicas. Cuando nuestra labor se inspira en el arquetipo de la comadrona, sabemos que nos hemos comprometido con un trabajo sagrado, dado que nuestros conocimientos o habilidades pueden ayudar a dar a luz a una nueva vida o contribuir a sanar.

La comadrona puede ejercer de voluntaria en un hospicio y preocuparse por que una persona moribunda no sufra de dolor o miedo. Hace de comadrona en el momento de la muerte, en este caso ayudando al alma a abandonar el cuerpo. Su presencia en esta transición natural es reconfortante y contribuye a facilitar el paso. De la misma forma que hay estadios del embarazo que preceden al comienzo del parto, hay estadios en los que el cuerpo y el alma se preparan para este alumbramiento. La primera vez que se encuentran con una persona moribunda muchas mujeres parecen saber de forma instintiva cuándo se acerca el final y qué hacer o decir, incluso si la persona ha estado en coma durante un tiempo. Cuando el alma abandona el cuerpo de una persona moribunda, el momento del fallecimiento es un momento sagrado que los presentes comparten.

El libro *Sobre la muerte y los moribundos*, de la doctora Elisabeth Kübler-Ross, fue el resultado de escuchar las experiencias de pacientes con enfermedades terminales y que estaban a punto de morir. La doctora observó que las personas a las cuales se les comunicaba el diagnóstico fatal pasaban por cuatro estadios, y que sentían la proximidad de la muerte, incluso cuando para el médico no era algo evidente. Tanto Kübler-Ross como aquellos que trabajan con

* Respecto a la mujer, dijo: «Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia, y él te dominará».

Génesis 3:16.

enfermos terminales para aliviarles el camino hacia la muerte representan a Hécate en su papel de comadrona.

A veces cuando el alma abandona el cuerpo se inicia un período similar al de los dolores del parto (en el que los quejidos de la persona moribunda, que puede estar en coma, suenan incluso como los de una mujer que está de parto, concretamente los de la fase de transición que existe justo antes del alumbramiento). Es el momento en el que la madre suele reunir todas las energías que le quedan para poder realizar el último empuje intenso antes de que el bebé abandone el cuerpo materno y todo haya acabado. A veces el parto es fácil y también lo es el alumbramiento, lo mismo que a la muerte le puede seguir una última respiración tranquila y pacífica. En cualquier caso, es de gran ayuda tener a Hécate al lado, esa presencia reconfortante de una mujer con experiencia, una mujer sabia.

Como arquetipo de la comadrona, Hécate se encuentra presente en aquellas personas que ayudan a los que pasan por un difícil proceso de alumbramiento: en vocaciones como las de editor, entrenador, director, profesor o psicoterapeuta, en las que es posible ser comadrona de la expresión de la vida creativa de otra persona. Caroline Pincus, por ejemplo, lo entiende perfectamente. Es una editora que en su tarjeta de visita se anuncia como "Comadrona de libros". Cuanto más mayores y sabias nos volvemos, nos comprometemos menos en el terreno del ego, y de este modo es más probable que seamos capaces de colaborar en el proceso creativo de otra persona.

Hécate como médium y adivina

Hécate, la adivina, se encuentra como en casa en la "zona crepuscular" de la médium, que media entre el mundo visible y el de los espíritus. Puede que sea una vidente que ve con el tercer ojo, el ojo de la mente o a través de visiones. Quizá posea métodos intuitivos o extrasensoriales para reunir información, o bien comprenda el significado precognitivo de los sueños. La hora de Hécate era la del crepúsculo, esa zona liminar a través de la cual pasamos del día a la noche. La diosa estaba en su cueva cuando raptaron a Perséfone, y en los mitos las cuevas son las entradas al mundo subterráneo, el pasadizo entre el mundo de los vivos y el de las "sombras de los muertos". En la mitología griega existía una vida después de la muerte en el mundo subterráneo, donde las sombras de los muertos eran figuras transparentes y reconocibles; metafóricamente, el mundo subterráneo es el inconsciente colectivo y personal. La médium en trance o como canal que recibe información bien de su propio inconsciente, bien de la psique del que pregunta,

bien del mundo de los espíritus, la médica intuitiva que es capaz de diagnosticar acertadamente sin necesidad de información o de realizar un examen previo, la persona que se dedica a la psicometría y que puede sostener un objeto en su mano y contarnos su pasado, son hécates asombrosas.

Leer las señales, utilizar oráculos para el conocimiento como el tarot, el *I Ching*, las cartas medicinales, las runas, la interpretación de los sueños o los viajes de regresión del alma, son maneras no racionales de percibir, conocer o sanar pertenecientes al reino de Hécate. Puesto que las habilidades psíquicas son despreciadas, ridiculizadas o temidas, las personas que poseen el don de médium de Hécate por lo general no suelen desarrollarlo en su juventud. Al hacerse mayores, sin embargo, esas mujeres han tenido tiempo de aprender de la experiencia y empiezan a hacer caso de las percepciones psíquicas o intuitivas.

Cuando las mujeres entran en la menopausia, las circunstancias les brindan la oportunidad de ser conscientes de la existencia de Hécate. Cuando nuestros padres o amigos están muriéndose, advertimos que notan la presencia de seres queridos, que en general son personas fallecidas hace mucho. Es posible asimismo que después de su muerte seamos nosotras quienes sintamos su presencia o vivamos lo que yo creo que es una "visitación" en un sueño que, por otro lado, es muy real y no suele transcurrir en un lugar conocido. En ese mismo sueño sabemos que la persona ha muerto y que la estamos viendo tras su fallecimiento. Su aspecto es fantástico, y a menudo tiene algo que decirnos. Por lo general, estos sueños le permiten saber a la persona viva que los seres queridos que han fallecido están bien, y que la aman. Es un sueño tan real que se llega a tener la sensación de que no sólo vemos y escuchamos al difunto, sino que lo tocamos e incluso percibimos su olor. De ese sueño nos despertamos con la sensación de haber vivido una experiencia mucho más profunda que los sueños: la sensación de penetrar en el reino intermedio de los mundos de Hécate.

Durante la menopausia y los trastornos del sueño o los momentos de soledad introspectiva que comporta, "los velos que hay entre los mundos" parecen más finos. La conciencia de estar entrando en el último tercio de la vida, que finaliza con la muerte, es, a fin de cuentas, un gran cambio de dirección en el que cobran importancia las preguntas concernientes a la vida tras la muerte. Es posible, por otro lado, que tras la menopausia ya no nos importe si la gente piensa que somos un poco raras³ y tengamos ganas de salir del armario de la adivinación. Si nos atrevemos, Hécate será quien nos acompañe.

Cuando una mujer desarrolla sus habilidades psíquicas, debe plantearse cuál es el mejor modo de utilizarlas. Manipular a la gente, hacer un mal uso de la información, ser explotada u obsesionarse con los poderes ocultos, son posibilidades peligrosas. Cuanta mayor

integridad y madurez tenga una mujer con habilidades en las ciencias ocultas, más probable será que utilice bien sus poderes psíquicos. He visto a mujeres jóvenes que hacían caso de la sabiduría interior de Hécate y apartaban de sus vidas las habilidades psíquicas hasta hacerse mayores. El consejo de Hécate también ha vuelto cautas a las mujeres con poderes psíquicos, las cuales ocultan sus habilidades y las emplean discretamente en su trabajo. Es lo que les ocurre a esas médicas cuya capacidad para curar y dictaminar un diagnóstico certero viene potenciada por estos dones, aunque su reputación se vería dañada si los demás se enteraran. Hay quien es consciente de poseer la facultad de sanar con las manos. También hay quien puede percibir campos de energía alrededor de los órganos o notar cuál será el tratamiento más idóneo, o bien establece conexiones telepáticas con sus pacientes y al actuar en consecuencia con ellas y acertar misteriosamente, lo explica en términos de "intuición profesional".

Hécate como la bruja temida

Se decía de Hécate que tenía poder sobre la tierra, el mar y el cielo, aunque eso no significaba que gobernara estos reinos, sino que era capaz de influir en ellos a distancia. A las ancianas a quienes se suponía capaces de echar maleficios y encantamientos, embrujar a la gente o practicar la magia negra les atribuían poderes ocultos. Hécate se ha convertido en el arquetipo de la bruja por sus misteriosos poderes y su asociación al crepúsculo. Podríamos aventurar la hipótesis de que el temor a las ancianas era tan irracional porque la humanidad había eliminado a la diosa tripartita, cuya etapa de vejez era la más misteriosa y temida.

Las mujeres temen ser llamadas brujas por una buena razón histórica. La Inquisición fue instaurada en 1252 por el papa Inocencio IV, y siguió aplicando la tortura como sanción oficial durante cinco siglos y medio más, hasta que fue abolida por el papa Pío VII en 1816. Entre 1560 y 1760 la persecución de las mujeres acusadas de brujería se encontraba en su momento más álgido. Las feministas lo han llamado "el holocausto de la mujer", dado que el número estimado de mujeres condenadas a la hoguera oscila desde algo más de cien mil hasta ocho millones.

Las mujeres más temidas o respetadas se convirtieron en las más perseguidas. Las primeras mujeres en ir a la hoguera fueron las comadronas y las curanderas; esas ancianas que aliviaban los dolores del parto y ayudaban a los niños a nacer, que conocían la medicina herbaria y cuyos poderes procedían de la observación y la experiencia. Las mujeres con autoridad, independencia o conocimientos, las mujeres excéntricas o las mujeres con propiedades (generalmente viudas) también eran denunciadas, torturadas para que confesaran y condenadas. Cualquier mujer mayor corría el riesgo de ser acusada de tener poderes

sobrenaturales, incluyendo las pobres, las proscritas, las indefensas y las dementes, a quienes se perseguía de forma rutinaria por brujas. De hecho, era una herejía decir que esas mujeres mayores eran inofensivas. Cualquier mujer en edad avanzada estaba en peligro. Para sobrevivir, estas mujeres necesitaban pasar desapercibidas y mostrarse mediocres, puesto que sólo seguían vivas las mujeres mayores "invisibles".

La recopilación enciclopédica que Barbara G. Walker⁴ ha realizado de las informaciones existentes sobre brujas y brujería es una espantosa letanía de miedos patológicos y persecuciones de mujeres, especialmente mayores. A las brujas se les daban nombres muy gráficos, como, por ejemplo, "la que recoge hierbas", "la del mal de ojo", "la lechuza del chillido", "la de la caja de ungüentos", "la sabia", "la hacedora de encantamientos", "la envenenadora", "la visionaria" o "la maléfica". En Italia una bruja era una *strega* o una *janara*, que era el nombre antiguo que se le daba a la sacerdotisa de Jana (Juno). En Inglaterra llamaban a las brujas *hag* (bruja) o *fairy* (hada).

Un seudónimo de bruja era "la que monta la escoba". Las escobas se asociaban a las brujas por su uso en los rituales paganos de las bodas y los nacimientos. En Roma la escoba era un símbolo de la sacerdotisa y comadrona de Hécate, la cual barría el umbral de la casa donde había habido un nacimiento para limpiarlo de espíritus malignos que pudieran dañar al niño. Otra costumbre antigua que se celebraba en las bodas consistía en saltar por encima de una escoba, ceremonia que se conservó en las bodas gitanas y las bodas rituales de esclavos permitidas en Estados Unidos durante el siglo XIX. Las escobas eran símbolos fálicos, especialmente cuando se montaba en ellas. Se consideraba que la mujer que se situaba a horcajadas o "encima" simbolizaba la perversión del poder así como la perversión sexual.

Actualmente el miedo de los inquisidores a las mujeres mayores y a su poder se diagnosticaría como patológico. En el pasado, sin embargo, preocupaba el hecho de que hubiera contacto sexual entre el demonio y las mujeres tildadas de brujas, a las que se responsabilizaba de todo lo que salía mal, desde el aborto hasta la impotencia. Los manuales de los inquisidores instaban a sus destinatarios a llevar una bolsa de sal consagrada el Domingo de Ramos, evitar mirar a los ojos de una bruja y persignarse constantemente ante su presencia. Cuando estas mujeres torturadas aparecían ante ellos, los inquisidores les exigían que se desnudaran, caminaran de espaldas hacia ellos y no los miraran bajo ninguna circunstancia.

Los motivos para acusar a alguien de brujería podían ser la codicia, el deseo de adquirir las propiedades de la bruja o el de querer librarse de la competencia. Los acusadores de las comadronas, por ejemplo, eran médicos. Asimismo, aquellos que ambicionaban las

propiedades de las viudas las acusaban de brujería. Existía avaricia por parte de la misma Inquisición, incluso, porque los bienes de una mujer de cualquier condición que fuera denunciada por bruja y quemada en la hoguera eran expropiados para pagar los costes de su encarcelamiento, su tortura e incluso su cremación.

Sin duda, era peligroso destacar y ser envidiada o temida. Cualquier habilidad inusual en una mujer levantaba inmediatamente sospechas de brujería. La supuesta "Bruja de Newbury" fue asesinada por un grupo de soldados porque sabía hacer surf en el río.

Las campesinas quemadas por brujas eran cristianas nominalmente, pero si actuaban conforme a los solsticios de verano e invierno y los equinoccios de primavera y otoño, plantaban siguiendo las fases lunares, sabían predecir si el próximo invierno sería frío a partir del comportamiento de los animales y tenían conocimientos superiores a los de los doctos sacerdotes, se convertían en la personificación del mal. Todo porque sus remedios a base de hierbas les parecían arte de magia a algunos, y también su conocimiento de los ciclos de las estaciones, saber que procedía de la antigua religión de la diosa.

La Iglesia católica llamaba bruja a toda mujer que criticara las normas eclesiológicas. Por ejemplo, las mujeres comprometidas con la reforma franciscana del siglo XIV y quemadas por herejía eran descritas como brujas y seres instigados por el diablo. Los eruditos judíos talmúdicos también veían a la mujer bajo una óptica parecida. Walker cita algunas de sus expresiones: «Las mujeres tienen una tendencia natural a la brujería» y «Cuántas más mujeres haya, más brujería habrá».

Aunque actualmente el apelativo de bruja no lleve a la tortura y después a la hoguera, sigue pareciendo peligroso. Por esa razón se crispó tanto el ambiente de un congreso multitudinario sobre la espiritualidad de las mujeres que tuvo lugar en Seattle durante la década de 1980. Los periódicos se hicieron eco de la celebración del congreso con gran sensacionalismo, y se cebaron especialmente en Starhawk, escritora y profesora del culto wicca. Un día a las puertas del auditorio nos encontramos con unos hombres que repartían unos panfletos titulados: «No dejarás que viva ninguna hechicera» (Éxodo 22:18), una cita bíblica en la que se había basado la Inquisición. El panfleto llevaba una pequeña foto borrosa de "Starhawk, la Bruja". En lugar de esquivar al hombre que repartía estos opúsculos frente a ella, Starhawk entabló una conversación amistosa sobre el contenido de su panfleto, después se presentó y le habló durante unos minutos sobre las creencias del wicca y la sensación que le había causado leer el papel que él repartía. La serenidad de sus maneras y su valentía fueron impresionantes; y tal vez ese encuentro le sirviera a ese hombre para aclararle un poco más las ideas.

Un incidente más reciente tuvo el mismo impacto emocional que el que provoca ver una cruz en llamas, recurso que el Klu Klux

Klan empleaba como advertencia. Escribieron las palabras "Quemad a las brujas" con pintura vaporizada en la puerta del garaje de una ministra de la Iglesia ordenada en Carolina del Norte. Esa ministra había asistido al congreso "La nueva imagen de Dios", celebrado en el interior de Estados Unidos a principios de los noventa y que rescataba la imaginería femenina para integrarla al culto cristiano. La ministra se contaba entre los cientos de mujeres que asistieron al evento, mayormente sacerdotisas de las principales confesiones protestantes. Como consecuencia, casi todas fueron censuradas desde los pulpitos, recibieron cartas amenazadoras y vieron peligrar sus cargos. De todo lo cual se deduce que hoy en día se sigue utilizando la acusación de brujería (oficiosamente) contra las mujeres que desafían a la autoridad eclesiástica.

Hécate preside el momento de la verdad

«Vayamos a ver al dios del sol, que estaba en lo alto. Él vio lo que le sucedió a Perséfone y nos lo podrá contar.» Éstas fueron las palabras de Hécate a Deméter. Buscar la verdad en lugar de seguir en la ignorancia o ampararse en la negación, o bien decir la verdad en lugar de permanecer en silencio, son decisiones críticas que hemos de tomar cuando nos encontramos en una encrucijada.

Siempre que le decimos la verdad a alguien, especialmente si esa verdad hace tambalear una premisa, se nos plantea una bifurcación de caminos. Asimismo, siempre que queremos conocer la verdad, Hécate es la sabiduría interior que nos prepara para poder escucharla. A veces, puede que de manera inesperada, nos encontramos en el cruce de Hécate cuando ciertas acciones o palabras nos ponen en un aprieto; y quizá eso nos ocurra en público y todo el mundo pueda constatarlo. Ahora bien, es posible, por otro lado, y dando por sentado que "quien calla otorga", que nos demos cuenta de que nos ha llegado el momento de la verdad, un momento que nos exige actuar a pesar de la dificultad que ello entraña, y actuar con total sinceridad. Al margen de lo que podamos influir en esa situación en particular, el momento de la verdad en el que hemos de tomar una decisión conforma nuestra personalidad.

A veces, cuando sabemos que nuestros actos parecerán "heréticos", aparece un miedo irracional, una reacción emocional que parece anticipar ese grito que oímos de « ¡Quemad a las brujas!». Éste es un miedo transpersonal que parece subyacer en la psique de una mujer, donde acecha el miedo a que nos etiqueten y nos persigan por brujas. Sentir ese miedo y actuar de todos modos requiere valor. Como el efecto que crea un campo de resonancia mórfica, cuantas más mujeres se enfrenten a ese miedo colectivo, más fácil lo tendrán las demás.

A partir del momento en que Perséfone regresó del mundo subterráneo, Hécate se convirtió en su acompañante. Eso también se

aplica a nosotras. La sabiduría de Hécate la adquirimos a partir de nuestras propias experiencias vitales (de todo lo que hemos vivido hasta ahora). Con Hécate, ser mayor significa ser más sabia, sin duda alguna.

LA DIOSA DE LA SABIDURÍA MEDITATIVA

Hestia como el fuego central del hogar

Una de las diosas griegas más importantes, carente de una imagen y unas características físicas por las cuales poder identificarla en estatuas o pinturas, era Hestia, diosa del hogar y del templo, y la diosa de mayor edad de las doce divinidades olímpicas primigenias. Hestia era la hermana mayor de Zeus, Deméter, Hera, Poseidón y Hades, y la tía de Artemisa, Apolo, Hermes, Ares, Afrodita y Atenea. Aunque invisible, constituía el centro de cada casa y se la honraba con las mejores ofrendas en los templos de todas las divinidades.

Como diosa, Hestia era el fuego sagrado y central del hogar circular, y estaba presente en las llamas o en las brasas candentes como fuente de luz y calor. Como arquetipo, Hestia es el enclave de la quietud, el centro de la psique, al que muchos se refieren como el Yo.

Es con Hestia con quien deseamos estar cuando anhelamos tener tiempo para pasarlo solas, cuando la soledad es un santuario y el alma reina en el fondo de nuestro ser. Si sabemos que el fuego simbólico de Hestia es el centro espiritual o la presencia interior que ilumina y acoge cuerpo y mente, nos embargará la sensación de hallarnos en paz con nosotras mismas y con un universo que es a la vez común y sagrado.

De todos los estadios de la vida adulta, es en la fase de la luna menguante cuando se dispone de mayor tiempo para Hestia. Este "arquetipo de significado" se satisface cuando los impulsos del ego y el modo de considerar a los demás, o bien la necesidad de mantener una relación en concreto o de tomar en consideración las necesidades de terceras personas, ya no constituyen el centro de nuestras vidas. La diosa Hestia era una figura "completa en sí misma", como les ocurre a un gran número de mujeres mayores que se sienten absolutamente realizadas. Se trata de mujeres sabias que no se hacen falsas ilusiones pensando que necesitan recurrir a algo o a alguien fuera de su persona para sentirse completas. Al contrario, se sienten en paz consigo mismas tal y como son.

Hestia es el único arquetipo de una diosa al que se le dedica un capítulo entero tanto en *Las diosas de cada mujer* como en *Las diosas de la mujer madura*. En un mundo marcado por el éxito en los papeles tradicionales de esposa y madre, las otras diosas olímpicas poseen una imagen y una fuerza visibles en la psique de la mujer, mientras que en el caso de Hestia eso no ocurre. Cuando Hestia es el arquetipo que predomina en la vida de una mujer, ese individuo sentirá que va desacompasado o que no está a la altura de las

circunstancias, a menos que desarrolle otros aspectos de su persona paralelamente o sepa reconocer y honrar su genuina identidad interior y encuentre un lugar en el mundo donde pueda ser ella misma, o bien termine finalmente por encontrarse a sí misma en la vejez.

El fuego del hogar de Hestia

Yo vivo en la falda del monte Tamalpais, al norte de San Francisco, y en esa zona las tormentas suelen provocar cortes del suministro eléctrico, con lo que muchas veces me las he tenido que arreglar sin electricidad. A veces tarda bastante en volver la luz, y de noche las casas están oscuras y frías. En esos momentos me doy cuenta de lo importante que es un fuego, y eso me recuerda que el sagrado fuego de Hestia transformaba las casas en hogares, y los edificios en templos.

Estar cerca de un fuego cuando está oscuro me recuerda también a los campamentos de verano y al fuego de campo, que era la fuente de luz y calor alrededor de la cual nos reuníamos al anochecer. Esa hoguera se preparaba con mucho cuidado y se encendía de una manera ritual mientras cantábamos aquello de «crece, llama». Primero prendía la yesca, después las ramas y, finalmente, los troncos; y se creaba una atractiva isla de luz en la noche oscura.

Durante muchos milenios el fuego fue la única fuente de luz en la oscuridad, el único modo de cocer los alimentos, la única fuente de calor en invierno; además mantenía alejados a los animales salvajes y reunía a la gente. Pensemos en lo que significaba para la gente tener fuego, y lo frío, tenebroso, inhóspito e incluso peligroso que podía ser el mundo sin él. La casa y el fuego del hogar iban de la mano. El fuego del hogar era el centro alrededor del cual todos se reunían en busca de calor y seguridad. Cuidar del fuego, alimentarlo, amontonar las brasas y mantener el fuego vivo debió de ser una gran responsabilidad, sagrada incluso, de la que podía depender la supervivencia del grupo.

En la Grecia clásica Hestia estaba presente en todos los templos de mármol dedicados a dioses y diosas. El fuego que quemaba en el hogar circular del templo invitaba a comparecer a las divinidades a quienes se había dedicado el santuario. Podríamos establecer un símil y decir que para que el cuerpo sea un templo, debe albergar una fuente de luz y calor.

UNA VISUALIZACIÓN DE HESTIA

Imagínate que tu cuerpo es un templo. El centro del templo está dentro de tu pecho, y en el centro de este espacio, hay un fuego vivo en un hogar circular.

Siente la luz y el calor que emanan de este resplandor, con unos rayos que inundan tu cuerpo de una cálida luz interior.

Pon tus manos sobre este lugar.

Después, cada vez que tomes aire, respira tranquila.

Aguanta la respiración unos instantes y permanece inmóvil.

Luego expira lentamente.

Inspira tranquila, aguanta y expira esa paz.

En esa quietud se nos aparece Hestia.

La mitología de Hestia

En la mitología griega Hestia fue la primera de los hijos que tuvieron Rea y Cronos, los titanes progenitores de la primera generación de dioses del Olimpo. Por derecho de nacimiento, fue una de las doce divinidades olímpicas, aunque no ocupaba un lugar en el monte Olimpo; tampoco protestó cuando la presencia de Dionisos, dios del vino, se hizo más relevante y la destituyó de su puesto entre los dioses principales. A partir de ese momento, en lugar de seis dioses y seis diosas, el panteón olímpico se compuso de siete dioses y cinco diosas. Hestia fue la única divinidad de la mitología de la Grecia clásica sin imagen (carecía de una imagen o actitud características, no se la representaba en obras de arte ni participó en ninguno de los conflictos o amoríos eróticos que constituyeron gran parte de la mitología griega). Sin embargo, se le rendían todos los honores, y recibía las mejores ofrendas que los mortales pudieran hacer a los dioses. Los romanos la llamaban Vesta.

Poseidón, el dios del mar, y Apolo, el dios del sol, deseaban a Hestia, pero ella los rechazó a ambos e hizo voto solemne de permanecer virgen para siempre, evitando un conflicto entre sus pretendientes rivales. Zeus, agradecido, le concedió el privilegio de estar en el centro de cada casa, ser venerada en los templos de todos los dioses y convertirse en la destinataria de las primeras ofrendas.

Los rituales de Hestia

A diferencia de otros dioses y diosas, Hestia no fue celebrada por narradores ni artistas. En cambio, la veneraban en los rituales, en los que el fuego era sagrado. En la antigua Grecia y cuando se casaba una pareja, la madre de la novia encendía una antorcha en el fuego de su propia casa y, seguida de los recién casados, la llevaba a su morada para encender el primer fuego del hogar. Este acto consagraba el nuevo hogar. El significado simbólico de este ritual era el de hacer que la diosa Hestia estuviera presente en el centro de la

casa. Dado que era la madre quien traía el fuego a la nueva casa de la novia de generación en generación, cada mujer perpetuaba simbólicamente la continuidad por línea materna de la diosa (al mantener el fuego del hogar y portar la antorcha).

El segundo ritual importante tenía lugar después del nacimiento de un niño. Cuando el recién nacido tenía cinco días, acudían los invitados a la casa para ser testigos de un ritual en el que daban vueltas al fuego del hogar con el niño en brazos, y a la luz y el calor de Hestia, le ofrecían su reconocimiento como nuevo miembro de la familia.

De la misma forma que cada familia tenía un hogar en el que moraba Hestia, lo mismo ocurría en cada ciudad o ciudad-estado. El hogar común era el fuego sagrado de la sala principal o el templo. Como en la constitución de las nuevas familias, cada vez que las gentes abandonaban su ciudad de origen para establecer una nueva colonia tomaban el fuego sagrado del hogar común para llevárselo a su nueva comunidad; el fuego de la madre pasaba a ser el fuego de la hija en el mundo colonizado. Hestia unía el viejo hogar con el nuevo, y la capital con todas las colonias.

En Roma, Hestia sería venerada como la diosa Vesta. El fuego sagrado de Hestia vinculaba a todos los ciudadanos de Roma como miembros de una misma familia. Las vírgenes vestales eran quienes atendían el fuego sagrado, las cuales encarnaban la virginidad y el anonimato de Hestia.

La diosa virgen

En la mitología griega Hestia era una de las tres diosas vírgenes olímpicas (junto a Artemisa y Atenea), que fueron las únicas divinidades insensibles a las flechas de Eros o los hechizos amorosos de Afrodita. Hestia no tomó parte en conflictos, luchas por el poder ni contiendas, que son el tema central de muchísimos mitos. Le bastaba estar presente en las casas y los templos. Como arquetipo de diosa virgen, Hestia es "completa en sí misma", palabras que implican que no necesitaba a nadie para serlo: ni esposo, ni hijo, ni amante.

El arquetipo de la diosa virgen, tal como lo describe Esther Harding en *Women 's Mysteries*, lo crea la necesidad de seguir los valores interiores propios en lugar del impulso de agradar, gustar u obtener la aprobación ajena. Cuando una mujer es completa en sí misma, sus acciones tienen sentido para ella y no le preocupa lo que piensen los demás. Normalmente, esto nos resulta más fácil a medida que nos vamos haciendo mayores. A veces, Hestia entra en la psique sólo cuando la pérdida y el dolor provocan que las mujeres descubran la riqueza de la vida espiritual interior o la dulzura de la paz y la tranquilidad.

Meditación

Mucha gente ha llegado a conocer a Hestia a través de la práctica espiritual de la meditación. En latín, la palabra para "hogar" es *focus*, y este foco o enfoque interior les llega a muchas sólo cuando se implican en la meditación. Es una meditación centrada en el momento, en vaciar la mente y calmar las emociones. La imagen y el ego, las comparaciones, las críticas, la diversidad de pensamientos sobre el pasado y el futuro, el apego que sentimos por mantener nuestra imagen o la de los demás hasta extremos absurdos, todo eso desaparece cuando calmamos la mente. La meditación es el método que muchas mujeres utilizan para conseguir tales propósitos.

No obstante, a esas mujeres que tienen presente el arquetipo de Hestia, el estado mental que otros consiguen a través de la meditación les llega con naturalidad. La tendencia a centrarse en los detalles de la casa es una actividad que equilibra a la mujer, un medio a través del cual ordena la casa y pone orden en sí misma. Como "mantenedora del fuego del hogar" encuentra la armonía interior a través del orden exterior. Con Hestia no necesitamos correr, tener la vista puesta en el reloj ni hacer críticas internas. A Hestia le gustan sus tareas y le absorben de la misma forma que la concentración en la respiración deja absorto al que medita. Mientras selecciona y dobla la ropa, plancha u ordena, coge flores y las arregla, prepara la cena o clasifica su armario, se encuentra totalmente en el momento presente.

Durante este proceso, si le viene a la mente un pensamiento o un sentimiento, lo contempla con claridad y distancia. Hestia nos proporciona el camino a la sabiduría meditativa, que es aquello que percibimos cuando nos encontramos en armonía con el Yo.

En las comunidades religiosas el trabajo, el servicio y el ritual son inseparables al limpiar el santuario, disponer una mesa o preparar el altar. Donde sea y cuando sea que una mujer pone orden, armonía y belleza en un ambiente, está creando un espacio sagrado. Realizar esta clase de tareas y penetrar en un espacio que se ha cuidado a tal efecto tiene mucho de satisfactorio. Desde los tiempos de los prehistóricos habitantes de las cuevas, el fuego en el centro del hogar no sólo proporcionaba luz y calor, sino que aportaba la sensación de ser una familia a los que lo disfrutaban. El fuego era donde se cocinaban los alimentos, y alrededor del fuego se celebraban las comidas. La hospitalidad significaba compartir el fuego y la comida. En la actualidad la presencia de Hestia da calor a nuestros corazones, alimenta el alma y da la bienvenida a los demás.

El espacio de Hestia

Como arquetipo, Hestia representa una presencia o una energía femenina invisible que impregna una situación, un lugar o una mente

y lo transforma en un lugar sagrado. El fuego del hogar de Hestia se relaciona con el alma y la casa, con la entidad más que con la acción. Su sabiduría es la sabiduría de sentirnos equilibradas y dueñas de nuestras emociones, que son generosas y en absoluto posesivas. Es el arquetipo que asociamos a la plenitud del alma o al punto de quietud que albergamos en el interior de nuestra mente. Sin hacer o decir nada directamente que provoque un cambio en una relación o una situación, la mujer que encarna este arquetipo posee una influencia sutil y transformadora sobre los demás en su entorno. No polariza a nadie puesto que se encuentra cómoda en su silencio interior. En su presencia y en su entorno siempre sereno los demás se limitan a existir. Cuando se entra en el espacio de Hestia, las comparaciones y la competitividad se dejan en la puerta.

Hestia y Shekinah

Existe una similitud entre Hestia como diosa del hogar y Shekinah, el aspecto femenino de la divinidad en el judaísmo, la cual también es invisible y carente de persona. La palabra hebrea *sh'kina* significaba "lugar donde morar", tal vez implicando que era el lugar "donde Dios vive". Shekinah llega a la casa judía el viernes, cuando las mujeres encienden las velas para la comida del Sabbath y el Sabbath da comienzo, y permanece en la casa durante toda la celebración, momento en que se hace un alto en el trabajo y la casa pasa a considerarse un templo.

La ceremonia japonesa del té es otro santuario de Hestia. Si bien la tarea es puramente hacer y servir el té al invitado, ésta se eleva a una forma de arte que lleva a los participantes, a disfrutar de un estado interior de serenidad y de un espacio intemporal.

Uno de los atributos de la tercera etapa de la vida

Cuando la mayor preocupación de una mujer consiste en ser necesaria, productiva o atractiva, y seguir siéndolo siempre, no existe lugar para Hestia en su psique. Ni siquiera cuando esas actividades no consisten en un trabajo o unas relaciones absorbentes con las que tenemos que hacer malabarismos, o cuando el llevar a cabo nuestras responsabilidades requiere más horas de las que a menudo parecemos tener. No nos ha de extrañar entonces que una mujer no disponga de tiempo suficiente para labrarse una vida interior, y todavía menos para disfrutar de períodos de soledad, hasta alcanzar la tercera etapa de su vida. Ahora bien, no se trata solamente de una cuestión de disponibilidad de tiempo. Para que la soledad sea satisfactoria en el aspecto anímico, el arquetipo debe estar presente.

Cuando Hestia aparece como arquetipo importante, la mujer es capaz tanto de valorar lo que ya ha pasado como de verse a sí misma y a los demás bajo una luz más objetiva. Como el fuego del hogar

que ilumina, hay más claridad en todos los aspectos de la vida de una mujer y un centro interior alrededor del cual pueden reunirse las diversas facetas de su personalidad. Hestia es un arquetipo de integración y de sabiduría interior. Veo a Hestia como el anhelo de encontrar un espacio y un tiempo propios para sentirse presente. Al espacio de Hestia, real o imaginario, no lo turban la presencia de otras personas, las emociones o las pertenencias. Es un lugar al que regresamos, y que encontramos tal como lo dejamos. A medida que reconocemos nuestra necesidad de soledad, las mujeres empezamos a fantasear sobre tales santuarios o incluso a soñar con ellos.

Las mujeres a las que les atrae la meditación como práctica espiritual están escuchando a la Hestia que hay en su interior. Para ellas, la soledad y el silencio son algo que las alimenta y las equilibra. Quizá es en la vida adulta cuando, por primera vez, disponen de tiempo para estar con sus propios pensamientos o analizar sus sentimientos. A pesar de su enorme importancia, sienten un mayor desapego ante la familia, el matrimonio o la carrera, y cuando Hestia entra en acción, sufren un marcado cambio de rumbo interior.

Si a pesar de la actividad de nuestra vida empezamos a fantasear con retirarnos a un monasterio, ingresar en un convento o atravesar la niebla para alcanzar un Avalon imaginario, estamos sintiendo la llamada interna de concentrarnos interiormente, hallar un poco de soledad o estar junto a otras mujeres más equilibradas espiritualmente. Si, por el contrario, nos atrae la novedad en nuestras vidas, como si sintiéramos la atracción de un fuego cálido y brillante, quizá lo ilumine Hestia y sea una fuente potencial de sentido.

Una crisálida particular

Los trastornos del sueño, los pensamientos en mitad de la noche y los sofocos que marcan la fase menopáusica de la vida de una mujer exigen que analicemos esta transición. Muchas mujeres refieren cambios de ánimo, una necesidad imperiosa de escribir poesía, sentimientos que afloran o recuerdos que, de repente, les vienen al pensamiento. El inicio de la menopausia provoca en las mujeres una crisis de identidad y un reajuste hormonal tan molesto como el de la adolescencia.

En este período es algo común en las mujeres querer retirarse a un espacio donde reine Hestia, buscar tiempo para estar a solas, cuidar del fuego interno, reflexionar y meditar sobre los cambios e introducir cambios en sus vidas. Es como si existiera la necesidad de tejer una crisálida particular para proteger el Yo de este período de transición psicológica y transformación potencial. Cuando una mujer emerge de este estadio de crisálida como anciana sabia, lo hace como portadora de su propio santuario.

Del comité interno al círculo interno

En *Las diosas de cada mujer* utilicé la metáfora del comité para describir nuestras personalidades complejas. Los arquetipos internos que expresan los múltiples aspectos que hay en nosotras a veces compiten entre ellos. Son masculinos y femeninos, jóvenes y viejos. En la mayoría de las mujeres, los arquetipos de las diosas son la base de los patrones principales que hay en nosotras. Si funcionamos bien, es porque tenemos un ego competente "presidiendo el comité", que decide a quién escucharemos y a quién tendremos en cuenta, y que mantiene el orden y permite la discusión antes de ejecutar cualquier acción decisiva. Las diferentes situaciones requieren de diferentes aspectos de nosotras mismas, y a veces un arquetipo o una parte de nosotras ha de "esperar su turno".

Los arquetipos más compulsivos nos influyen. Si se frustran, nos conducen a obsesiones dolorosas, y cuando se satisfacen, pueden convertirse en fuentes de sentido. Cuando somos jóvenes o de mediana edad, los temas más cruciales para nosotras son: tener un marido fiel, un hijo sano, un amante, o bien ser competitivas o convertirnos en ganadoras. Cuando la menopausia se acerca con sus cambios hormonales, la intensidad de nuestros objetivos se relaja. En ese momento los arquetipos dominantes ya han quedado satisfechos, al igual que el ego. Una mujer que pasa la menopausia no sólo tiene más años, sino que muy probablemente habrá madurado con sus penas y alegrías, sus logros y fracasos.

Creo que una anciana sabia es una mujer que ha sufrido un cambio en su mundo interior. El Yo, y no el ego, es el elemento central de su personalidad. En ese momento en lugar de celebrar una reunión del comité con el ego como presidente, se reúne un círculo al amor de la lumbre en el que Hestia es la figura central. Cuando Hestia deviene el arquetipo central de una personalidad, es como si los miembros del consejo interior se sentaran alrededor del fuego, hablando y escuchando, para aclarar una situación determinada. Si se ha logrado el consenso interior, nuestros actos serán coherentes con nuestro estilo de vida: el modo de actuar traslucirá la personalidad interior. Querría añadir, por otro lado, que las personas "que dirigen su mirada hacia el interior" pueden ser muy activas y eficientes en el mundo, y eso es algo que a menudo se aprende cuando te haces mayor. En palabras de Gloria Steinem: « ¿Quién habría pensado que yo, que era una de las personas más extrovertidas que pueda imaginarse, consideraría ahora la meditación una herramienta revolucionaria (porque sin la disciplina personal, no vamos a poder enfrentarnos a la autoridad externa), juzgaría más importante explorar el espacio interior que el exterior o incluso sumiría en la consternación a algunas feministas al decir que el poder también es algo interno?». ¹

SU NOMBRE ES SABIDURÍA

En presencia de Hestia,
con Hécate de testigo,
confía en la *gnosis* de Sofía
y escucha el consejo sabio de Metis.

Empleemos la imaginación para hallar a Hestia

Penetra en una habitación serena, en un templo,
en un espacio sagrado
o incluso en un claro del bosque.
Advierte que hay un fuego encendido
en una hoguera circular,
y acércate.
Observa el fuego.
Siente su calor y seguridad.
Ha llegado Hestia.
Puedes notar su presencia,
incluso verla en el fuego.
Descúbrela en el fondo de tu corazón
y te sentirás en casa.

Recurramos a la imaginación para encontrar a Hécate

Llega el crepúsculo,
un momento que no es noche ni día,
el misterioso momento intermedio.
Te encuentras en un camino o un sendero en el campo,
y te acercas a un cruce de tres caminos.
El sendero que sigues se bifurca
y debes elegir una dirección.
Hécate está contigo.
Quizá la veas o quizá sientas su presencia.
Escucha o siente lo que tiene que decirte.
Es una mujer sabia
que te conoce bien.
Es la profunda sabiduría intuitiva
a la que puedes recurrir si estás atenta.
Plantea las preguntas adecuadas
y espera sus respuestas.

¿Qué es esta intersección?
 ¿Qué elección tienes?
 ¿Adonde llevan los dos caminos?

La imaginación al servicio de Sofía

Imagina:
 Se abre una verja o un portón.
 Debes cruzar el umbral,
 si quieres reunirte con Sofía.

Sofía está en tu interior,
 como la *gnosis*.
 Sabe que eres un ser espiritual
 que recorre un sendero humano.
 Sabe que tienes alma,
 y que te planteas un objetivo.
 Sabe que formas parte de un universo
 vasto, hermoso, pleno de sentido,
 visible e invisible.
 Sabe que la divinidad se aloja en ti,
 y que es femenina.

¿Cruzarás este umbral para conocerla
 y para saber lo que ella sabe?

Sirvámonos de la imaginación para descubrir a Metis

Habla con Metis.
 Visualízala.
 Pídele que te guíe
 y dale tiempo
 para que te aconseje.
 La sabia consejera interior
 es una estrategia de gran nivel;
 ha aprendido de la experiencia
 del riesgo y del castigo.
 Sabe mantenerse vigilante y ser paciente
 para adaptarse a la inevitabilidad del cambio.
 Ha desarrollado una técnica particular
 y conoce a fondo el material con que trabaja,
 que podría ser la gente.
 Ha cultivado un oficio o domina un instrumento,

o bien lleva una casa o dirige un despacho,
educa a niños,
manda tropas
o es científica o erudita.
A pesar de sus logros en este mundo,
y a pesar de su éxito,
su camino le ha servido de aprendizaje
para adquirir una sabiduría más elevada,
que trasciende al ego.
Metis es la técnica,
aunada a la experiencia y la sabiduría.
Busca su consejo
cuando quieras conocer el camino más idóneo
(y no tan sólo cómo llegar a tu objetivo).

Puedes alcanzar la sabiduría

Vive el momento presente y céntrate.
Sé una observadora intuitiva
y recurre a tu memoria.
Confía en tus presentimientos,
y deja que la sabiduría te guíe.

Parte II:

ELLA ES SABIA...
CUANTO MENOS

Por otro lado, y entre todas las prohibiciones habidas y por haber, a la mujer se le ha impedido sobre todo sentir rabia, y admitir libremente el deseo de poder y control sobre su propia vida (lo cual es obvio que significa aceptar que posee alguna clase de poder y control sobre las vidas ajenas).

Al final, lo que marcará un cambio significativo en la vida de las mujeres, y de eso estoy segura, será la risa, porque es la llave inquebrantable que nos abre a una nueva vida... La risa de las mujeres cuando están juntas es el signo revelador, el reconocimiento espontáneo de la reflexión, el amor y la libertad.

CAROLYN G. HEILBRUN

La capacidad de sentir el dolor ajeno como si fuera propio, el núcleo de la política reformista, es una cualidad espiritual.

CAROL LEE FLINDERS

En la segunda parte presentaré las diosas que suelen expresarse plenamente durante la tercera etapa de la vida de una mujer. Representan las cualidades arquetípicas que precisan del equilibrio y la compañía de la sabiduría: en ocasiones por el bien de la mujer, y a veces por el bien de los demás. Las he agrupado en tres categorías según sus rasgos: las diosas de la ira transformadora, las diosas de la alegría y el humor picante, y las diosas de la compasión. Cuando sabemos extraer las energías de las tres, sin perder la sabiduría, nos convertimos en mujeres libres en nuestro fuero interno, y en ancianas pictóricas.

Al observar envejecer a mis contemporáneas, veo que entre ellas hay mujeres maravillosas. Lo que parece hacerlas especiales es que son personas únicas, y, sin embargo, poseen ciertas características en común. Todas y cada una de ellas han alcanzado un nivel de aceptación del yo por el cual se muestran como son en realidad y sin tapujos. Albergan sentimientos muy intensos y se apasionan con los temas que les preocupan: todas son capaces de actuar por cuenta propia o en beneficio de alguien. Las caracteriza su espontaneidad: esas mujeres poseen una manera propia de reír a carcajadas o con risitas ahogadas que puede contagiar a las demás y sumirlas en un estado de hilaridad general. Por otro lado, también se muestran compasivas. Ciertamente que no podemos identificar estas cualidades con la de la sabiduría, pero precisamente porque las mujeres también son sabias, tienen la virtud de potenciarla todavía más.

Su nombre es rabia

La rabia es una cólera muy saludable dirigida en último término a conseguir cambiar una situación inaceptable. La depresión y la ansiedad que las mujeres sufren durante la primera y la segunda etapas de la vida suelen ser consecuencia de su enfado e impotencia, del miedo a expresar sus sentimientos por lo que eso podría acarrearles, fuese real, o imaginario, y de haber tenido que reprimir esas emociones tan a conciencia que terminan por parecerse a cualquier cosa menos a la rabia. Cuando una mujer entra en la tercera etapa de su vida, ya no la intimidan aquellas personas que le enseñaron que la ira era un sentimiento inaceptable, fuesen los padres o terceros, que era algo indigno de una "buena chica", y tampoco se siente prisionera emocionalmente de personas dominantes o maltratadoras.

Es posible, por otro lado, que no se haya sentido ni deprimida ni oprimida personalmente, pero que ahora, en la tercera etapa de su

vida, se enfada por todo lo que ve y la sobrepasa como persona. Dirigirá su rabia, por consiguiente, hacia la injusticia, la estupidez, el narcisismo, las adicciones, la negligencia y la crueldad que afectan a los más desfavorecidos, o bien hacia los males sociales de los que instituciones y políticos hacen caso omiso.

En esos momentos es cuando la mujer puede penetrar en lo que yo llamo el arquetipo del "¡Ya está bien!", conformado precisamente por las energías de las diosas de la ira transformadora, las decisivas agentes del cambio. Entre todas ellas destacan Sekhmet, la antigua diosa egipcia que venía representada con una cabeza de león y la fiera Kali, la diosa hindú. A esas divinidades sólo se las invocaba por necesidad. De apariencia inhumana, sus respectivas mitologías las representan como seres terribles cuando se dejan poseer por la cólera contra los malhechores y tienen sed de sangre. Cuando una mujer inicia la tercera etapa de su vida, si se ha vuelto más sabia (y posee a su alcance los recursos de la compasión y el humor), no será impulsiva o tendenciosa, ni se dejará llevar por la furia. La rabia de Sekhmet y Kali la incitarán a la acción, pero jamás actuará sin el consenso del "consejo interior" de las diosas maduras.

Podemos recurrir a la fiereza y el poder de Sekhmet o Kali utilizando la intención y la imaginación. Eso es lo que hacía el personaje que interpretaba Kathy Bates en la película *Tomates verdes fritos* cuando invocaba a Towanda, la reina amazona, y dejaba de ser una mujer dócil y fácil de humillar para transformarse en una persona auténtica y formidable. Con el grito de "¡Towanda!" el personaje de Bates hizo lo que jamás se había atrevido a hacer. Fue un guiño divertido que nos remitía a una realidad más profunda: el poder transformador que tiene el mito de evocar la energía arquetípica.

Las mujeres que se hallan en la tercera etapa de la vida son proclives a convertirse en seres genuinamente auténticos, ancianas esplendorosas que conocen sus sentimientos y viven en consecuencia, cuando es eso lo que pretenden, cuentan con las herramientas de la imaginación y la conciencia, y con el apoyo de los demás y de otros arquetipos distintos. La sabiduría de Hécate y Metis reprime la acción impulsiva y pone en jaque a la rabia. La capacidad de mostrarse equilibrada, que se halla en Hestia, y el sentido espiritual de Sofía contribuyen a primar el control de una mujer sobre sus actos, hasta que se encuentre en disposición de actuar consecuentemente, en lugar de permitir que la furia de este arquetipo se apodere de su persona. Es necesario que la mujer integre todo eso en su conciencia para que la transformación sea posible. Las mujeres que alcanzan el nivel del "¡Ya está bien!" y poseen sabiduría compasión y humor se transforman en unas fuerzas formidables para abordar el cambio.

Su nombre es alegría

El sentido del humor puede ayudarnos en situaciones difíciles. Las payasadas de la diosa japonesa Uzume devolvieron la luz solar a la tierra. En la mitología griega la doncella Baubo hizo reír a Deméter y logró que la diosa olvidara su callado dolor. La alegría y la danza, lo obscuro y el cuerpo, se mezclan en este arquetipo. Cuando el cuerpo cambia y pierde su elegancia, el sentido del humor aúna la espontaneidad desenfadada y la realidad. El humor negro puede ayudarnos a lidiar con los problemas. De hecho, hay un cierto poso de sabiduría en el humor negro o la comedia negra; esa clase de humor logra conectar con la persona y la consuela, haciéndole olvidar el sufrimiento y la sensación de estar aislada. De repente, la risa ha transformado un estado de ánimo sombrío. Reírse a carcajada limpia es lo más radicalmente genuino, y suele darse con frecuencia entre mujeres cuando creen que los hombres no pueden oírles ni criticarlas.

Las diosas de la alegría poseen una perspectiva desenfadada que es su manera de ver la realidad; un humor inteligente que no pretende ser mezquino ni despreciar al prójimo. El humor que no va unido a la sabiduría y la compasión suele ser sádico y cruel, el medio de sentirse superior a expensas de los demás. La agudeza verbal e intelectual que actúa como una estocada entre iguales no puede calificarse de alegría.

Las mujeres que pueden personificar a Uzume o Baubo son personas que aceptan que su propio cuerpo está envejeciendo y saben reírse juntas de esos cambios. Es necesario distanciarse de la necesidad de actuar bien o de sentirse bien con los demás incluso para reír con libertad; y ésta es una razón por la cual estas diosas son diosas maduras. A fin de cuentas, lo que se espera de las mujeres es que se queden sentaditas y crucen las piernas, y que no se rían a mandíbula batiente.

Su nombre es compasión

Las mujeres mayores y más sabias también son más compasivas. No creo que sea posible ser madura emocionalmente sin aprender lo que es la compasión. De jóvenes la mayoría juzgábamos a los demás y a nosotras mismas con más dureza que ahora que hemos envejecido. Puede que nos sintiéramos en nuestro derecho o que esperáramos algo concreto de los demás basándonos en las apariencias, y que en el fondo necesitáramos aprender alguna lección sobre la realidad y la humildad para entender mejor las cosas.

La amabilidad y la generosidad son cualidades infantiles que a menudo se presentan soterradas en la primera y la segunda etapas de la vida de una mujer. Incluso es posible que nos advirtieran de

que no hay que ser crédulas, o bien que abusaran de nuestra generosidad. A lo mejor algún adulto cínico nos hizo sentir tontas cuando nuestra intención era mostrarnos amables. Es posible, por otro lado, que las organizaciones de beneficencia, con su aluvión de peticiones para recaudar donativos, actuara como revulsivo de nuestro sentimiento de compasión; o bien quizá adoptáramos la actitud patriarcal predominante de mostrar desprecio por las debilidades.

Aunque no existe una divinidad de la compasión en la mitología griega, en la religión y la mitología hay una diosa muy importante. Es Kuan Yin en China, Kannon en Japón y Tara en Tíbet. Los católicos tienen a la Virgen María, y creo que los estadounidenses cuentan con una diosa de la compasión a la que no reconocen como tal y que es la estatua de la Libertad. Son todos ellos arquetipos femeninos que muestran una compasión maternal por los pobres y los desamparados, por los sufrimientos de la humanidad.

¿Nos falta algún arquetipo?

Una mujer madura y sabia posee la sabiduría necesaria para albergar en su interior cualidades "opuestas". Es capaz de mostrarse furiosa y compasiva, fiera y tierna, espiritual y soez; puede amar la soledad y ser una activista en el mundo exterior. Puede bastarse a sí misma y, en cambio, sentirse profundamente comprometida con otra persona. Es única y auténtica porque posee muchas facetas y una integridad que las aúna todas. Se esfuerza en integrar la diversidad que le es propia, y por esa razón se considera una persona completa, pero no una mujer perfecta o "acabada".

La etapa de la madurez es una época de autoconocimiento que presiden los cambios que suceden en nuestra vida interior y exterior, y en la que descubrimos nuevos arquetipos como fuentes de cambio y vitalidad. Es una época que exige que reflexionemos y contemplemos lo que ha sido nuestra vida hasta ahora y la "obra en proceso" que nosotras somos. Aunque es posible que los nombres de las diosas de la segunda parte no nos resulten familiares, seguramente ya se integran en nosotras mismas de un modo muy activo. Si éste es nuestro caso, no nos costará reconocerlas, y comprenderemos mejor esta faceta de nuestra persona. No obstante, nos resultará incluso de mayor provecho, y constituirá un buen tema de reflexión, si descubrimos que alguna de ellas "nos falta". Si Sekhmet, Uzume o Kuan Yin se hubieran integrado en la parte consciente de nuestra psique, ¿habría sido distinta la vida?; y si estamos descubriéndolas ahora, ¿acaso cambiarán nuestra vida?

LAS DIOSAS DE LA IRA TRANSFORMADORA:

SU NOMBRE ES INDIGNACIÓN

Sekhmet, la antigua diosa egipcia de cabeza leonada

Kali-Ma, la diosa hindú de la destrucción

Las diosas de la cólera transformadora son extremadamente distintas de las diosas de la sabiduría que hemos tratado en los capítulos anteriores. Pasan a un primer plano cuando nos llega el momento de ponernos manos a la obra y cambiar una situación que es inaceptable, cuando decimos « ¡Ya está bien! ». Antiguamente se recurría a esta clase de diosas cuando los dioses masculinos o los hombres no eran capaces de derrotar al mal y sólo una diosa poderosa tenía la talla suficiente para enzarzarse en la gesta. La representación de la imagen de las diosas más importantes de la ira transformadora no es antropomórfica. La diosa egipcia Sekhmet tiene la cabeza de un león y el cuerpo de una mujer. Kali-Ma, la diosa hindú, posee un rostro inhumano terrorífico y un cuerpo de mujer con innumerables brazos.

He incluido a ambas diosas en este estudio como arquetipos de la mujer madura porque aparecen en esta etapa de la vida de la mujer. Gloria Steinem ha puntualizado en numerosas ocasiones que las mujeres se vuelven más radicales a medida que envejecen. Los hombres, en cambio, son más propensos a mostrarse radicales en su juventud, y a ser abanderados del conservadurismo en los años subsiguientes. En lo que respecta a su vida personal y su pensamiento político, las mujeres mayores se muestran radicales cuando actúan en función de lo que saben y sienten. Son capaces de terminar matrimonios que no funcionaban desde tiempos inmemoriales, o bien despedir a los expertos autoritarios y tomar las riendas médicas y financieras de su propia vida. En cuanto a la esfera política, cuando observan la manera que tienen los hombres de llevar las cosas, no pueden evitar sentirse furiosas por la tolerancia que muestran con el mal o la indiferencia que sienten hacia el sufrimiento. En ese momento en su personalidad surgen Sekhmet y Kali, las cuales avivan su determinación para estimular el cambio.

Estos arquetipos de la ira transformadora resultan más eficaces cuando los equilibra la sabiduría. Sin esa sabiduría, pueden ser destructivos para la mujer y para los demás. La rabia que no va acompañada de la sabiduría, se nutre de sí misma y hace que una mujer tema volverse loca o perder el control, y a algunas llega a

sucederles. La mujer que es víctima de malos tratos y rocía el lecho marital con gasolina para prenderle fuego y asesinar al marido mientras dormita, o bien la madre del niño que ha sufrido abusos sexuales y se lleva un arma al juzgado para disparar al criminal, son ejemplos extremos. Es muy molesto tener que licuar con profundos sentimientos de cólera y hostilidad, sobre todo después de que una se haya pasado la vida conformándose e intentando sacar el mejor partido de la situación. Sin embargo, cuando esto les ocurre a las mujeres en edad avanzada, se dan otros arquetipos muy sólidos que pueden equilibrar y contener esos sentimientos primitivos.

Gracias a la sabiduría, las diosas de la cólera transformadora no dan rienda suelta a sus estallidos de rabia, ni actúan guiándose por sus impulsos. La sabiduría permite canalizar la rabia hasta convertirla en el compromiso de provocar el cambio y la actitud resuelta que se precisa para hallar el camino más idóneo. Gracias a la sabiduría, por último, la culpa y la vergüenza no atenazan a la mujer, ni la instan a que eluda la verdad o los sentimientos de rabia. Por consiguiente, siempre que la rabia se alíe con una estrategia inteligente, las mujeres mayores se transformarán en ancianas formidables.

Sekhmet, la diosa de cabeza leonada

Ninguna diosa griega poseía los atributos y el poder de Sekhmet, la antigua diosa egipcia de orden divino. Sekhmet era una protectora que se caracterizaba por la fuerza y la capacidad de cernerse sobre los malhechores y los transgresores. A los dioses y las diosas egipcios a menudo se los representaba en forma animal o con la cabeza de un animal, a diferencia de las divinidades de los griegos clásicos, cuya representación era la de unos seres humanos idealizados. Sekhmet tenía la cabeza de león y el cuerpo de mujer. Era la diosa de la ira y la diosa de la paz. Su nombre simplemente significa "la poderosa".

Sekhmet era una de las tres divinidades poderosas de Memphis, junto con su esposo Ptah y su padre, el dios sol Ra. Memphis se había convertido en la capital administrativa de Egipto tras la unificación de los reinos del norte y del sur, aproximadamente hacia el año 3000 a. de C. Los faraones adoptaron a Sekhmet como símbolo propio del heroísmo invencible en la batalla. Al detentar ese papel, se la representaba como la diosa que expulsaba fuego contra los enemigos del faraón, expresando su cólera hacia todos aquellos que se le rebelaran en contra.

A ninguna otra deidad del antiguo Egipto se la representó con un número tan extraordinario de estatuas imponentes. En Karnak se erigieron cerca de seiscientas, y otra gran cantidad de efigies se esculpieron en Tebas, junto al Nilo, durante el reinado de Amenhotep III (decimoctava dinastía, 1411-1375 a. de C). Las estatuas de Sekhmet estaban hechas de basalto oscuro o de granito negro, los

minerales ígneos (magma volcánico solidificado) más apropiados para una diosa feroz o exaltada. Según la mitología, Sekhmet no iniciaba ni provocaba los conflictos, pero cuando el orden divino quedaba amenazado y los dioses le pedían ayuda, la diosa reaccionaba con el instinto salvaje y directo de una leona protectora.

La mayor parte de las estatuas que se conservan de Sekhmet se encuentran en museos. No obstante, hay una que vi en el antiguo enclave de los templos de Karnak, en el interior de un edificio de aspecto insignificante que no suelen visitar las hordas de turistas que a diario acuden al lugar. Al penetrar en la pequeña cámara que presidía la diosa, me quedé contemplando su estatua sedente y sentí como si estuviera en presencia de un personaje poderoso y protector. Ese viaje lo realicé con un grupo de mujeres, y todas nosotras notamos como si hubiéramos entrado en un santuario.

Esta representación de Sekhmet era una figura muy alta de un suave basalto oscuro, situada sobre un pedestal que reposaba en el suelo. Las más altas del grupo apenas le llegaban al hombro. La cara de leona no sólo inspiraba paz, sino que resultaba afable. Llevaba la cabeza cubierta con los emblemas del poder, y entre ellos había un disco solar enorme con una cobra erecta (*uraeus*). En cuanto al cuerpo, tenía forma humana y era delgado, con unos pechos pequeños. Con la mano derecha asía a un lado un *ankh*, el símbolo de la vida eterna, y con la izquierda, que extendía hacia delante, sostenía el extremo de un largo papiro, la planta heráldica del norte de Egipto. La pequeña estancia que habitaba la diosa no poseía ninguna clase de adornos. La única fuente de luz era la solar, cuyos rayos se colaban por una pequeña apertura del techo e iluminaban la estancia en penumbra.

Cuando entramos en la cámara, la posición del sol hacía que un rayo intenso de luz solar se proyectara en la frente de Sekhmet. Primero le iluminó el rostro, pero a medida que el astro iba moviéndose, el rayo de luz empezó a recorrerle todo el cuerpo. Una de las mujeres que viajaba con el grupo, y que de pequeña había aprendido a cuidarse sola al no tener a nadie que la protegiera de la violencia reinante en su familia de alcohólicos, se sentó instintivamente a los pies de la diosa y se apoyó contra su cuerpo. El rayo de luz le bailaba en los cabellos, y parecía una niña, quieta, que formara parte de la composición. Nuestra compañera permaneció junto a Sekhmet durante un rato, y luego nos explicó que se había sentido joven y segura, y que no deseaba marcharse.

Ésa fue la primera vez que vi a Sekhmet. Era una figura femenina fuerte y serena, una protectora maternal en cuya presencia los jóvenes se encontraban a salvo. Sin embargo, la cabeza de león también me recordaba su ferocidad, el atributo por el cual se la conoce principalmente. Como diosa integrante del orden divino, se recurría a Sekhmet para que devolviera el equilibrio al mundo, para superar las fuerzas malignas y destructoras que amenazaban el orden

cuando ninguna otra divinidad podía hacerles frente, incluyendo los dioses masculinos más poderosos. En el mito más famoso de Sekhmet, "La destrucción de la humanidad", se narra que en una ocasión hubo que invocar su ferocidad, y cuando la cólera de la diosa arremetió contra los malhechores, la agresividad la embriagó. Con su fuerza desatada y gobernada por la locura, nadie podía controlar o limitar a la diosa. Al final, no obstante, consiguieron engañarla para que bebiera una poción alucinógena que le devolvió la cordura. La historia que acabo de contar se encuentra reflejada en la mayoría de relatos de Sekhmet, entre los cuales destacaría la versión de Robert Master por ser la más esclarecedora.

El mito de Sekhmet y la destrucción de la humanidad

Los dioses habían conferido poderes a los hombres para que pudieran prosperar en la tierra y devenir fuertes, pero en lugar de mostrar gratitud ante estos dones y reverenciar a los dioses, la humanidad confabuló para echarlos. Cometió blasfemia contra Ra, el sol, una de las distintas divinidades antiguas presentes en las aguas primigenias antes de que existiera la vida. Ciertos sacerdotes y magos malvados conspiraron y recurrieron a los mismos poderes que los dioses les habían otorgado para aniquilarlos. Sin embargo, Ra se enteró de sus planes y convocó a todos los dioses para decidir cuáles serían las medidas a tomar.

Tras deliberar, los dioses decidieron que Sekhmet, "la fuerza contra la cual ninguna otra fuerza resiste", se manifestaría en la tierra para poner fin a la rebelión. Le encargaron, por consiguiente, que castigara a los que albergaban pensamientos innobles y hacían viles maquinaciones. La diosa se mezcló entre los malhechores y los destruyó. Con la ferocidad de una leona en pleno ataque, descuartizó a los humanos, desgarrándoles el cuerpo para luego beberse su sangre. La carnicería no tenía fin. Iba alimentando su rabia y embriagándose con la sangre humana. Entonces los dioses se dieron cuenta de que debían detenerla antes de que destruyera toda la humanidad, pero nadie tenía poder suficiente para controlarla.

Ra conservaba unas plantas que le habían regalado y de las cuales podía extraerse una poderosa droga alucinógena, y decidió enviarlas al dios Setki, quien las añadió a una mezcla de cerveza y ocre rojo. Setki rellenó siete mil jarras enormes con la mezcla y, cuando estuvo en el lugar por el que iba a pasar la diosa, vertió el contenido, hasta inundar la tierra y anegar los campos con una sustancia parecida a la sangre. Cuando Sekhmet llegó sedienta, creyó que el líquido era sangre y se lo bebió todo. La pócima calmó su mente, y la diosa ya nunca más se sintió inclinada a destruir la humanidad.

Finalmente, Sekhmet se reunió de nuevo con los dioses y Ra le dio la bienvenida, dirigiéndose a ella como "la que viene en son de paz".

Al margen de su naturaleza colérica, Sekhmet se asociaba a la curación por poseer el poder de contrarrestar las enfermedades. Sus sacerdotes desempeñaban un papel importante en la medicina. Recitaban plegarias a Sekhmet como parte fundamental de cualquier tratamiento médico, mientras que los médicos propiamente dichos se encargaban de todo lo que correspondía al terreno físico. La diosa era amiga íntima de la muerte, y su presencia se invocaba en aquellas situaciones de tránsito entre la vida y la muerte, y también en el

campo de batalla, donde, como diosa guerrera, inclinaba la balanza entre la vida y la muerte.

Sekhmet poseía una faceta caritativa y otra agresiva. Era diosa de la curación y también de las pestilencias. Mantenía el orden y era la diosa de la guerra. No obstante, lo que la identifica por encima de cualquier otra característica es su aspecto terrible. Cuando asume este papel, encarna la faceta destructiva de la Gran Diosa en su triple función de creadora, conservadora y destructora. A pesar de no haber sobrevivido ninguna imagen o ningún recuerdo de una Gran Diosa o de una diosa con poder de destrucción en la mitología occidental posterior a los griegos, ciertos rasgos de su personificación subsistieron tímidamente en las tres moiras de la mitología griega clásica, a las cuales se las representaba, por lo general, como unas ancianas que tenían las vidas humanas en sus manos; una de ellas hilaba y generaba el hilo que representa la vida, la segunda sostenía ese hilo en sus manos y la tercera, la destructora, lo cortaba. Las nornes escandinavas y las tres hermanas hechiceras (que toman el nombre de la palabra sajona *wyrd*) eran unos personajes femeninos misteriosos y míticos muy parecidos, cuyos poderes sobre la vida y la muerte eran muy temidos. Es curioso el hecho de que a pesar de ser figuras menores en sus mitologías patriarcales respectivas, sin embargo siguieron calando en la imaginación de los hombres.

La Gran Diosa era la encarnación de la tierra y sus ciclos en lugar de representar a la luna con sus fases: era la creadora que genera una nueva vida, la que conserva la vida y la destructora. A las mujeres les resulta conocido el lado destructivo y oscuro de la diosa, sobre todo cuando envejecen. En su papel tradicional de cuidadoras toman plena conciencia de los estragos que ocasionan la edad y la enfermedad, y del deterioro de la personalidad, el espíritu y la mente, así como también del cuerpo. Con la edad es más probable que presenciemos estas cosas. La vida, por otro lado, también nos expone a los aspectos más sombríos de la naturaleza humana, a los elementos oscuros y destructivos que hay en los demás y en nosotras mismas. Vivimos bastantes años como para ver el daño que la negligencia y el abuso infligen a las generaciones siguientes, y ser conscientes de que se podía haber evitado muchísimo sufrimiento. Esta perspectiva más amplia es la que puede evocar a Sekhmet como aquella protectora de valores y personas fiera e iracunda que está decidida a cambiar las cosas para mejorarlas.

Ahora bien, si se da el caso de que a una mujer la domina Sekhmet en su vertiente colérica, y no logra encontrar un equilibrio por medio de la sabiduría o la compasión, esa persona se convierte en una mujer poseída, que quizá precise de una pócima para curarse (muchos de los medicamentos que recetan los psiquiatras tienen el mismo efecto que el brebaje que Ra mandó elaborar para Sekhmet). Estos fármacos poderosos pueden utilizarse como una camisa de fuerza química que silencie este arquetipo y vuelva dócil a la mujer;

pero también pueden ayudarla a mantener el control y a convertirla en una persona con capacidad para enfadarse y decidir lo que va a hacer. Hay mujeres que creen que se están volviendo locas cuando (al final) en lugar de deprimirse terminan por enfadarse, lo cual es contrario al modelo que habían seguido en el pasado.

Por lo general, no obstante, lo único que necesitan para darse cuenta de que están en su sano juicio son amigas que las escuchen y compartan su mismo grito: "¡Ya está bien!".

Cuanto más patriarcal o fundamentalista en el ámbito de la religión se muestra una familia, más probable será que se humille a las mujeres y las niñas que expresan su rabia y determinación y se castigue su conducta. En esas circunstancias adaptarse significa volverse ciega, sorda y muda, prescindir de lo que percibimos y sentimos, y no decir nada que nos haga entrar en conflicto con la autoridad. No obstante, cada vez hay más fisuras en todas las instituciones autoritarias, y mantener a las mujeres con la boca cerrada ya no es tan fácil. Sekhmet puede aparecer en la psique de una mujer de edad madura como esa fuerza capaz de generar el cambio.

Kali, la diosa hindú

Se dice que el mito de la diosa hindú Kali es parecido al de Sekhmet. Los fieles de Kali abarrotan los templos de India en la actualidad, reverenciando a su diosa por ser Kali-Ma o Ma-Kali, la Madre Divina, que también es una protectora feroz. Su aspecto es mucho más extraño que el de Sekhmet, y para la mentalidad occidental, resulta extraordinaria y terrorífica. Kali tiene la piel negra y unos dientes o colmillos blancos, le cuelga la lengua y la sangre asoma por su boca. Tiene tres ojos, uno de los cuales se halla situado en el entrecejo, y cuatro brazos. Por lo general, lleva un cuchillo en una de las dos manos izquierdas, y la cabeza cortada y sanguinolenta de un gigante en la otra. Las dos manos derechas están abiertas: con una de ellas aleja el miedo y con la otra bendice a sus fieles. Sus espantosos adornos son su única vestimenta, y baila sobre el blanco cuerpo del dios Shiva. No obstante, mientras a Sekhmet se la representa con su aspecto pacífico, las estatuas de Kali ponen de relieve su naturaleza iracunda y recuerdan a los fieles que la diosa, que fue creada para vencer a los demonios, se embriagó luego con su sangre.

El panteón hindú de las divinidades y sus mitologías es complejo, y al igual que sucede en la mayoría de las mitologías más prolíficas y dotadas de tradición oral, en la historia de Kali y los demonios se advierten múltiples variaciones y un gran interés por el detalle. A continuación relataré sucintamente la historia, aportando algunos datos que he extraído de *Kali*, de Elizabeth U. Harding□.

El mito de Kali y los demonios

Los dioses estaban agotados y casi vencidos a causa de las luchas que mantenían con el demonio búfalo Mahishasura, el pérfido rey de los demonios, y sus legiones. Si Mahishasura ganaba, destruiría a los dioses y reinaría el caos. Los demonios iban ganando porque Mahishasura tenía ventaja: era invencible, salvo frente a una mujer. Los dioses, por consiguiente, crearon a Durga con el propósito expreso de que venciera a Mahishasura. La diosa era una preciosa mujer dorada que llevaba unos adornos en forma de luna en cuarto creciente. Tenía diez brazos y cabalgaba montada en un león. Su génesis se sitúa en las llamas que salían de la boca de los dioses Brahma, Vishnu y Shiva. En cada una de sus diez manos llevaba armas y emblemas, que representaban los símbolos del poder que le habían otorgado los diversos dioses.

Durga venció a Mahishasura, pero ni siquiera la diosa fue lo bastante poderosa para derrotar a los tres demonios restantes: Sumbha, Nisumbha y Raktavira. Con la ayuda del león y gracias a un sonido imperceptible (un murmullo que salía de sus labios), la diosa destruyó los ejércitos de los demonios, pero cuando vio que eso no era suficiente, montó en cólera, y de su ceño fruncido surgió la temible diosa Kali. Kali cabalgó sobre su magnífico león y, armada con la espada y el sonido del murmullo, venció a Sumbha, a Nisumbha y a sus ejércitos respectivos. El tercer demonio, sin embargo, Raktavira, parecía invencible. Con cada gota de sangre que escapaba de su cuerpo y se vertía sobre la tierra aparecían innumerables demonios como él. Kali decidió derrotar a este demonio de la única manera posible: lo sostuvo en el aire, herido de muerte con su espada, y bebió toda la sangre que se derramaba, para que ni una sola gota llegara al suelo.

Al terminar, Kali recorrió el campo de batalla con la espada en alto, decapitando y fustigando a los demonios, matando elefantes y caballos, ebria de la sangre de sus enemigos. Sólo podía detenerla el dios Shiva, el cual recurrió a un procedimiento poco habitual. Shiva se tiznó el hermoso cuerpo desnudo de cenizas y se echó al suelo junto a los cadáveres, donde permaneció inmóvil. Kali iba dando tumbos, ebria, entre los cuerpos muertos hasta que se encontró encima de un cuerpo masculino, perfecto y blanco. Aterrorizada, bajó la mirada y contempló los ojos de su esposo Shiva. Cuando se dio cuenta de que estaba tocando su cuerpo divino con los pies, recuperó la cordura.

Según la interpretación de Harding, la apariencia espantosa y desconcertante de Kali y su posterior destrucción de los demonios deben contemplarse como una alegoría. La leyenda representa la guerra que mantienen en nuestro interior nuestras naturalezas divina y demoníaca. El aspecto de Kali y sus adornos repulsivos pueden interpretarse como simbólicos en un plano intelectual, pero de todos modos hacen que nos resulte muy difícil identificarnos con ella.

Sin embargo, las mujeres que hayan sentido la ferocidad primitiva de este arquetipo encontrarán que el aspecto inhumano y terrible de Kali es muy adecuado. El hecho de que Kali recuperara el sentido cuando reconoció a su esposo Shiva también suena verídico. Cuando a una mujer la "posee" o la domina Kali, cae, en términos jungianos, en el complejo de Kali; y va a necesitar entonces a alguien que le importe profundamente para volver en sí, para ayudarla a que recuerde que ella es algo más que pura rabia colérica, y que hay otras vías al margen de la ira furibunda, por muy justificada que esté.

Según otra versión que nos cuenta China Galland en *The Bond Between Women*,³ Kali, como emanación de la Gran Diosa Durga en

sus batallas contra los demonios, salva al mundo de la destrucción. Al no necesitar luego su presencia, Durga vuelve a absorberla dentro de sí y se marcha del mundo haciendo una promesa: «No os preocupéis. Si el mundo vuelve a correr peligro, regresaré». Cuando una mujer posee una guerrera feroz en su interior con la que puede contar para ir al campo de batalla, sobre todo cuando siente que ha llegado el momento de gritar «¡Ya está bien!», y a la que puede licenciar más tarde, se comporta como Durga en este sentido.

A pesar de que somos proclives a considerar espantosa a Kali, los fieles que apelan a su bondad y benevolencia no la temen. Para ellos la diosa es Kali-Ma, una figura maternal y violenta. Cubren sus estatuas de basalto con guirnaldas de flores y atan cintas de oraciones a los árboles que rodean los templos. Interpretan que es una poderosa *devi* femenina o diosa que conoce los horrores del mundo y es capaz de mostrarse feroz en su nombre y atender sus oraciones.

El arquetipo de Kali y Sekhmet

Si la diosa Kali fuera una persona, hablaríamos de ella como alguien que "ya ha pasado por todo eso". Lo que queremos decir es que a raíz de todo lo que ha vivido, no hay nada tan terrible o espantoso que podamos contarle y que ella no sea capaz de comprender. Kali es un arquetipo que cuando se evoca y se siente, aunque no sea en su faceta desatada que expresa rabia, conduce a la mujer al lado oscuro de sí misma y le hace comprender mejor ese aspecto en los demás. El encuentro íntimo con Kali es conmovedor, sobre todo para una mujer que ha mantenido siempre a raya sus sentimientos negativos y se ha considerado una buena persona, un ser más evolucionado y superior a la imagen que ofrece Kali. Sin embargo, descubrir que somos capaces de manifestar una rabia y unas fantasías dignas de Kali es algo que nos dice mucho de nosotras mismas; no sólo descubrimos una faceta propia que antes ignorábamos, sino que eso nos hace comprender mejor a los que actúan guiándose por la rabia. En cualquier momento se puede evocar a Kali en la vida de una mujer, aunque uno de los factores desencadenantes más comunes y devastadores suele darse cuando una mujer inicia la tercera etapa de su vida y su esposo la abandona por otra más joven.

Cuando te las ves con el arquetipo de Sekhmet o Kali, hay que realizar un trabajo espiritual y psicológico para conciliar dos elementos tan opuestos como la cólera y la sabiduría. Si nos rechazan o nos humillan, o bien nos maltratan y nos atacan físicamente o verbalmente, el primer impulso es el de devolver la afrenta. La sabiduría suaviza la ira y pone bridas a la leona salvaje o a Kali sedienta de sangre. La sabiduría se percata de que el ojo por ojo y el diente por diente es una invitación a la escalada de violencia;

pero es que en el terreno anímico todavía es peor, sobre todo cuando "pagas con la misma moneda" a los que te han infligido algún mal y corres el riesgo de volverte como ellos. Entonces puedes convertirte en una persona gruñona, hostil y obsesiva que sucumbe a la rabia hasta devenir una "posesa" como Sekhmet y Kali. El reto más inmediato, por consiguiente, es controlar esa ira y destilarla en actos premeditados.

El resultado es muy diferente al que se crea cuando reprimimos la rabia o la dirigimos contra nosotras mismas, porque eso genera depresión. Ahora bien, no estoy diciendo tampoco que debemos tragarnos la rabia e incluso olvidar los motivos que la provocaron, porque eso sería una negación que nos conduciría a la codependencia. Es obvio, por lo tanto, que la depresión, la codependencia y la victimización no son atributos de Sekhmet o Kali, sino la otra cara de la moneda del arquetipo. La ferocidad de Sekhmet o Kali precisa ser gobernada, pero no debe suprimirse ni desatarse en una cólera ciega. En ese momento es cuando Kali insiste en resolver un problema determinado, o bien en enfrentarse a él, Sekhmet sigue presente sin que podamos eludirla y nosotras adquirimos una fuerza que inspira respeto. Un ejemplo de ello sería esa madre que no acepta un no por respuesta cuando el sistema escolar ignora las necesidades de su hijo o su hija y persevera hasta cambiar la situación. La asociación MCEC (Madres Contra la Embriaguez en la Carretera) sería otro. A medida que envejecemos durante la tercera etapa de la vida, las preocupaciones de las mujeres a menudo trascienden el círculo de su familia inmediata y se trasladan a una comunidad mayor, donde hay muchos más motivos por los cuales enfurecerse. Si se tropiezan con los males de la incompetencia, la negligencia o el abuso de autoridad, pueden convertirse en la diosa Kali, blandir un cuchillo en la mano y, si hay suerte, la cabeza del malhechor o criminal en la otra.

La leona podría ser el animal totémico para la "paciente excepcional" que describe el doctor Bernie Siegel. Es la paciente a quien se le detecta un cáncer y se convierte en abogada defensora de su propio caso. Su médico suele describirla como a una paciente "difícil", porque no se limita a hacer lo que le dicen. Es una mujer informada, plantea preguntas peliagudas y desea saber por qué se le indican una cierta clase de pruebas en lugar de otras. Busca siempre segundas opiniones y cambia de médico cuando siente que eso puede redundar en su beneficio. Investiga las distintas alternativas que tiene a su disposición y toma decisiones importantes por sí misma. Se compromete a hacer todo lo posible para sanar; y eso precisamente, según advierte Siegel, es lo que dinamiza la posibilidad de vencer las situaciones más adversas, de que la enfermedad remita o incluso de curarse.

Pudimos contemplar a Sekhmet en escena y entre el público el Día de la Madre de 2000, fecha en que la Marcha del Millón de Madres

llegó a Washington D. Esas 750.000 personas protestaban contra la fácil adquisición de armas, la tasa espeluznante de muertes, el enorme sufrimiento que eso conlleva y también contra el poder que posee la Asociación Nacional del Rifle para influir en el Congreso y obstruir el curso de la legislación. Antonia Novello, médica y ex miembro de la Dirección General de Salud Pública de Estados Unidos, terminó su discurso con las palabras: « ¡Estamos cansadas de tener que asumirlo todo!». Carol Price, por su parte, lanzaba el grito unificador de "¡Basta ya!". Su hijo de trece años había sido asesinado por un vecino de nueve. Sin embargo, quien expresó con mayor vehemencia la cólera de Sekhmet fue la actriz Susan Sarandon cuando, al acabar su parlamento, gritó: « ¡Se nos están meando encima!»; y el público estalló espontáneamente con sus mismos gritos: « ¡Se nos están meando encima!», «¡Se nos están meando encima!», «¡Se nos están meando encima!», en un rápido crescendo de ira y fuerza.

Ereshkigal, la diosa sumeria

En *Close to the Bone*, libro que trata sobre las enfermedades graves, describí el descenso de la diosa sumeria Inanna a través de las distintas puertas que nos separan del mundo subterráneo como una analogía de la experiencia que viven los pacientes a los que se les despoja de su imagen y de sus defensas psicológicas. Creo que una enfermedad que ponga en peligro la vida es un descenso del alma al mundo de las sombras, un viaje al reino del Hades y de Plutón (el dios romano del mundo subterráneo, cuyo nombre significa "las riquezas del mundo de las sombras"), que es el inconsciente personal y colectivo. A medida que vamos descendiendo, nos salen al paso nuestros miedos más terribles, y puede que también descubramos facetas de nosotras mismas que abandonamos y arquetipos poderosos de los que nos separamos en el pasado. Según el mito,⁴ la humilde Inanna, reina del cielo y de la tierra, se encontró cara a cara con la colérica Ereshkigal, cuyo arquetipo es parecido al de Sekhmet y Kali.

Desnuda y sin dejar de hacer reverencias, Inanna traspasó la séptima y última de las puertas y se encontró con Ereshkigal, diosa del Gran Reino Inferior, la diosa oscura de la muerte. Ereshkigal mató a Inanna con su mirada funesta y la colgó de un gancho para que se pudriera. Al cabo de tres días, y viendo que Inanna no regresaba, su amiga fiel Ninshibur fue a buscar ayuda y, al final, consiguió devolverla a la vida. Sin embargo, esa diosa había cambiado y había adquirido atributos de Ereshkigal: los demonios ahora se aferraban a sus faldas, dispuestos a llevarse a quien ella designara. Al regresar al mundo superior, Inanna supo distinguir entre los que la habían llorado y los que no, y decidió quién se quedaría con ella en ese mundo superior y a quién se lo llevarían los demonios, condenado a vivir en el mundo inferior. En ese momento vio a Ninshibur, sin .cuya ayuda jamás habría regresado, y cuando los demonios le preguntaron si debían llevársela, Inanna les contestó: « ¡Jamás!». Luego vio a sus hijos, vestidos de luto y acongojados por su pérdida, y no permitió que los demonios se los llevaran. Al

final, entró en la sala del trono de su ciudad y vio a su marido Dumazi vestido con ricas sedas y repantigado en el trono, sin mostrar la más mínima condolencia. Inanna lo señaló con el dedo de la cólera y dijo a los demonios: «¡A ése sí podéis llevároslo!».

Cuando Inanna regresó del mundo subterráneo, su encuentro con Ereshkigal la había cambiado igual que cambian esas mujeres que deben enfrentarse a la posibilidad, o a la certeza, de la muerte. Muchas de estas mujeres me han confesado que el cáncer las curó de su codependencia. El cáncer fue una crisis que las obligó a mirar con lupa a los amigos indiferentes, las relaciones narcisistas y la falta de alegría que presidía sus vidas, y a actuar con rabia y clarividencia. Al igual que le había sucedido a Inanna, se dieron cuenta de que había que conservar y cultivar a unos y sacrificar a otros.

Se estipuló que la fecha de publicación de *Close to the Bone* sería el 2 de octubre de 1996. Me encantó que al anunciarlo durante una conferencia, una mujer que había nacido un 2 de octubre dijera que es el Día del Ángel de la Guarda según el calendario católicorromano. Era una sincronía que ese libro que yo había escrito para ayudar a la gente naciera ese mismo día. Además, yo había incluido un capítulo sobre la plegaria en el que decía que me gusta pensar que cuando rezamos, enviamos ángeles de la guarda junto a las personas a las que dedicamos nuestras oraciones. A raíz de todas estas coincidencias, los lectores supieron que el 2 de octubre de 1996 iba a publicarse el libro, y por esa misma razón recibí una carta de Caryl Campbell, una lectora para la cual existía un nexo entre esta fecha, su menopausia y su cáncer. Me escribió lo que sigue a continuación:

En primer lugar, mi cumpleaños es el 2 de octubre. En segundo lugar, en 1996 lo celebré como si fuera el punto de inicio de un nuevo yo transformado, tras haber concluido con éxito "mi viaje de ida y vuelta al templo de Kali". Por aquel entonces acababa de terminar las sesiones de radioterapia que me habían indicado para tratar un cáncer de pecho.

He creído que podría interesarle la metáfora que he ideado para hablar de mi experiencia. En su libro describe usted muy bien la sensación de incredulidad que siente la gente sana, que está en forma y es fuerte, cuando descubre que en realidad es muy vulnerable. Yo lo describo en términos mitológicos y digo que esas personas se han encontrado con Kali. Octubre, por otro lado, fue el mes en que me vino la menopausia, y, por lo tanto, yo ya estaba experimentando una especie de transformación cuando el sobresalto que supuso enterarme de que podría morir antes de lo que tenía planeado me exigió recurrir a una metáfora sin dilación. Elegí la de Kali porque la había utilizado en otras obras de arte anteriores, y me gustaba la imagen de una diosa sangrienta y dramática. Yo sentía la necesidad de hallar un modo más poderoso de expresar la línea peligrosa por la que me movía. Era una situación de vida o muerte, y era preciso encontrar una metáfora que expresara la vida y la muerte de manera genuina...

Me enteré de que los iniciados al culto de Kali deben penetrar en su temible mundo de las sombras para contemplar el rostro de la muerte y después poder marcharse renovados. El centro de radiología del hospital estaba en los sótanos, en un submundo situado en los confines de una maraña de pasillos... Los pacientes del centro sanitario me parecieron terroríficos, sin pelo, con miembros amputados, o

incluso con la apariencia de estar a punto de morir; eran esa clase de personas que me daban pavor, y yo no quería admitir que formaba parte de ellas. Me hallaba en el templo de Kali; y decidí que debía entrar, enfrentarme a esos enfermos como si yo fuera un paciente más, aceptar los fotones curativos de Apolo y caminar como caminan los iniciados hacia el Clan del Cáncer, como una iniciada a quien habían logrado curar...

Como describe la narradora, el descenso al reino oscuro del diagnóstico y el tratamiento puede ser transformador en los aspectos psicológico y espiritual. Te enfrentas a la diosa oscura de la muerte y la cólera, de la transformación y la curación, y si regresas al mundo superior de la vida corriente, vuelves distinta. Una vez que te encuentres con el arquetipo, que puede carecer de nombre o llamarse Sekhmet, Kali o Ereshkigal, ya nunca volverás a ser la misma persona.

La Madre Cuervo o Morrigan

La Madre Cuervo, mezclada entre diversas muñecas kachina, estaba en una estantería de una tienda de la reserva hopi. Tan sólo verla, reconocí que era otra manifestación del arquetipo de la ira transformadora. Las muñecas kachina son representaciones del *katsina*, o *katsinam* en plural, seres espirituales que viven entre los hopi durante seis meses al año. La muñeca llevaba un casco turquesa con grandes alas negras de cuervo a cada lado. La parte anterior del casco era un triángulo negro invertido, reseguído con trazos blancos y pintado con unas rayas rojas y negras por fuera.

El triángulo invertido es el símbolo universalmente reconocido del triángulo púbcico de la mujer, forma que se asocia a la fertilidad de la diosa. Fueron las alas de cuervo las que me dieron pie a pensar que podría tratarse de la imagen de una anciana. En la antigua Irlanda la diosa tripartita era Ana la doncella, Babd la madre y Macha o Morrigan la anciana, que aparecía en los campos de batalla como el cuervo. Volví a recordar, mientras rememoraba que el cuervo simbolizaba el aspecto destructivo y temible de la diosa tripartita, que los nombres que en el pasado fueron temidos o reverenciados, o los símbolos que se utilizaban para designar a la anciana o la diosa anciana, son todos ellos etiquetas despectivas. Si llamamos a una mujer "viejo cuervo", es como si la estuviéramos llamando "bruja", que antiguamente significaba "mujer sagrada".

Para aclarar mis dudas, le pedí a Alph Secakuku, uno de los ancianos del Clan de las Serpientes de la Segunda Mesa hopi y experto en muñecas kachina, que me contara más cosas de la Madre Cuervo.⁵ Secakuku especificó que la kachina llevaba un manojito de látigos de yuca verde, y que se la conocía con otro nombre cuando desempeñaba este papel especialmente ritual: la Madre de los Fustigadores. En febrero, cuando se invoca a los seres espirituales *katsinam* para que se aparezcan entre los hopi, los fustigadores (que

son unos kachinas terribles) se manifiestan en el pueblo para evaluar si sus habitantes han seguido las normas pertinentes de moralidad y conducta, y para impartir los consiguientes castigos y bendiciones. Es entonces cuando la Madre de los Fustigadores y los fustigadores también desempeñan un papel fundamental en la iniciación de los niños y las niñas en las creencias y la cultura hopis. La ceremonia de iniciación se celebra en la *kiva*, una cámara redonda situada bajo tierra que es el centro de la vida religiosa de los pueblos hopis.

La Madre Cuervo, con la ayuda de los látigos de yuca verde y los fustigadores, expulsa las impurezas o los demonios. Se muestra agresiva e iracunda. Yo me la imagino como si fuera dando latigazos a la gente para que adopten un tono moral y espiritual determinados.

La Madre de los Fustigadores sabe que el "ir de buena" no sirve de nada. Es el arquetipo que predomina en las mujeres que organizan el barrio para echar a los traficantes de droga de las calles. Es la que organiza a los obreros y denuncia las condiciones laborales precarias. Esa mujer, inspirada por el arquetipo, trabaja para acabar con la mutilación genital, la prostitución infantil y los ataques incendiarios a las novias que poseen dotes miserables. La Madre Cuervo es la anciana formidable que en todos los senderos de la vida dice: «¡Ya está bien!», y capitanea una tropa de "fustigadores" por las calles o en las cabinas de votación, en los juzgados o en las salas de juntas. Tanto en el papel de Madre de los Fustigadores, en el de Sekhmet y Kali, o tras haber aprendido la lección de Ereshkigal, cuando una mujer decide entonar el grito de «¡Ya está bien!» descubre la fuerza interior y la responsabilidad que conlleva esa decisión. De jóvenes, esas mismas mujeres por lo general aceptaban que los hombres se encargasen de resolver los problemas. A partir de los cincuenta, las mujeres, individual y colectivamente, empiezan a darse cuenta de que los cambios hay que provocarlos, y que son ellas las que deben encargarse de hacerlo.

Mujeres con el corazón de león

Las energías arquetípicas de Kali y Sekhmet pueden expresarse como "la fiera compasión de lo femenino" que China Galland⁶ descubrió en las mujeres víctimas de los peores males de la actualidad; y su característica más relevante, a mi entender, es la de tener un "corazón de león". La furia de una leona es la reacción de una madre protectora o desconsolada ante la pérdida de un ser querido. Kali cabalga en un león para vencer a los demonios, mientras que Sekhmet es mitad leona, mitad mujer. Su furia contra la maldad que amenaza con dominar y destruir todo aquello que consideran sagrado les sale del corazón. Actuar como una mujer enfurecida en protesta contra una autoridad incontestable requiere coraje (palabra que deriva de *coeur*, corazón). En Argentina, por ejemplo, las Madres de la Plaza de Mayo, que se manifiestan cada

semana desde 1977 a pesar del acoso al que se han visto sometidas y del peligro real que corren, son mujeres con un corazón de león. Tomadas individualmente y colectivamente, demuestran una determinación feroz por conocer el destino de esos seres queridos que desaparecieron cuando la dictadura militar imperaba en Argentina. Todas ellas perdieron al menos un hijo o un miembro de su familia directa. Esas madres se reúnen una vez al año bajo el amparo de las Abuelas de los Desaparecidos y de miembros de otras organizaciones de derechos humanos, y se han convertido en la conciencia de Argentina. Galland descubrió que ese mismo valor se encuentra en las mujeres que aúnan esfuerzos para terminar con el tráfico internacional de prostitución infantil.

Corazón de león y mujer sabia

Las reacciones emocionales que nacen en el mismo seno del alma y la capacidad de ser empáticas son cualidades que poseen las mujeres que sostienen y cuidan de su familia y sus amistades, y esas mismas cualidades también las impulsan a tomar medidas en nombre de las niñas a las cuales mutilan los genitales, venden como prostitutas, someten al incesto, desatienden o maltratan. A pesar de que las niñas no son exclusivamente vulnerables a estos males, son sus víctimas más directas (las familias y las culturas que llevan permitiéndolo durante generaciones han resultado muy dañadas indirectamente). Salvo en aquellos casos en que las mujeres se vuelven insensibles o se refugian en su mente para negar esta clase de sentimientos, es, por desgracia, muy fácil imaginar mentalmente y visceralmente el maltrato que puede infligirse a una persona en el aspecto físico y anímico, y su sensación de desamparo y vulnerabilidad. Las malas experiencias, o las experiencias traumáticas, pueden servirnos a tal efecto: si de pequeñas nos perdimos, o nos sentimos atemorizadas y confundidas cuando un hombre nos enseñó sus genitales, o bien nos violaron o nos maltrataron físicamente, nos va a resultar muy fácil imaginarlo. Sin embargo, sin el arquetipo de Sekhmet y Kali, la brutalidad y la vulnerabilidad nos sumen en un estado de idiocia que nos impele a mostrarnos pasivas y dóciles. Para poder actuar y superar estos males, las mujeres necesitan tener un corazón de león y ser empáticas y valerosas, fieras y circunspectas. Una diosa de la oscuridad es capaz de hacerlo sola, pero el resto de las mujeres necesitamos el apoyo de las demás; como en el caso de las Madres de Mayo y las Abuelas de los Desaparecidos, la multitud podrá ofrecernos su protección; sin embargo, siempre que las mujeres protesten o emprendan acciones y se vean enfrentadas a la oposición y la resistencia, el actuar juntas es lo que les posibilitará no desanimarse y persistir en su empeño.

En la historia de la civilización occidental, y a partir de los

griegos, las leyes y las instituciones patriarcales han potenciado sistemáticamente la vulnerabilidad de las mujeres para convertirlas en propiedad de los hombres. Es la situación que se vivía en Estados Unidos hasta finales del siglo XIX. Se comprenderá entonces que dado que en el ámbito de la psique lo que eliminamos no aflora en el consciente, y se convierte en objeto de nuestros miedos, la conquista de la igualdad para las mujeres sólo haya triunfado después de vencer fuertes impedimentos emocionales y una gran reticencia basada en el miedo. La presencia de Sekhmet y Kali en los estratos arquetípicos del inconsciente colectivo nos proporciona la clave para entender por qué los hombres temen la furia de una mujer que ha decidido tomar represalias. Las mujeres, por su parte, también temen enfadarse: sienten como un miedo impuesto culturalmente (porque si una mujer se enfadaba, se la castigaba y todos la rehuían) y un vago temor, más intenso, al arquetipo. En la actualidad, de todos modos, este miedo ya no es tan acuciante.

Las diosas que entonan el grito de "¡Ya está bien!" tienen nombres extraños y rostros inhumanos, pero su energía y su rabia ya no nos resultan ajenas. Gracias a la sabiduría y la madurez, cualidades que se afianzan en la compañía de otras personas que posean estas virtudes, la cólera de Sekhmet y Kali se canaliza en acciones eficaces. Cuando una mujer es capaz de hacer eso, se convierte en una mujer sabia con un corazón de león, cuya rabia es la antesala de la transformación de las instituciones y la cultura.

**LAS DIOSAS DE LA RISA
CURATIVA:
SU NOMBRE ES ALEGRÍA**

La indecente Baubo

Uzume, la diosa japonesa de la alegría y la danza

Baubo, un personaje menor entrado en años que aparece en uno de los mitos griegos más conocidos, guarda paralelismos con Uzume (Ama-No Uzume), diosa japonesa que desempeña un papel relevante en el mito más importante del antiguo Japón. Las dos divinidades supieron apartar la risa curativa a las situaciones desesperadas. Así como en un mito predominan las observaciones humorísticas, en el otro, en cambio, hay danzas y redobles de tambor, pero el acto específico y responsable de desencadenar la risa en ambos es el mismo: Baubo y Uzume se levantan la falda y muestran la vulva. Las risas que desencadenó este gesto devolvieron a la diosa madre la capacidad de mantener y traer la luz del sol al mundo; no se trataba, empero, de una risa hostil como la que inspira el ridículo, ni de la risita que provoca presenciar obscenidades.

Era otra cosa más profunda y significativa la que se revelaba con tal hilaridad.

Las mujeres que se sienten cómodas consigo mismas se ríen mucho juntas, sobre todo las que llegan a la edad madura. En *The Metamorphosis of Baubo* Winfred Milius Lubel apuntó que «las referencias a Baubo, por lo general, implican una categoría de risa especial. Es una especie de humor sardónico, una risa entre dientes compuesta de ironía, compasión y experiencias que comparten las mujeres... Es la carcajada sagrada de Baubo». Baubo (a quien también se la denomina Iambe) tan sólo era una doncella que desempeñó un pequeño papel en el mito de Deméter y Perséfone, y que, no obstante, reflejó el espíritu maduro de las mujeres, que es directo, divertido, solidario y, sobre todo, sabio. Marija Gimbutas, la famosa arqueóloga, describe el personaje como la encarnación de «una deidad importante aunque poco conocida que ha influido en la mente humana durante milenios».¹

La indecente Baubo

Cuando la diosa Deméter se enteró de que a su hija Perséfone la había secuestrado Hades con el permiso de Zeus, el dolor que sintió por la pérdida fue incluso más acuciante. Deméter abandonó el Olimpo y rechazó la compañía de los demás dioses para vagar por la tierra, ocultando su divina belleza bajo la apariencia de una mujer que ya no estaba en edad fértil. Un día apareció en Eleusis y se sentó junto al pozo donde las hijas de Celeus, el gobernador de Eleusis, habían acudido para recoger agua. Las muchachas sintieron curiosidad por esa extraña que estaba entre ellas y le hablaron. Deméter les dijo que buscaba trabajo de niñera, y entonces, las muchachas la condujeron a su casa para presentarle a su madre Metanira, la cual acababa de dar a luz a un niño. Cuando la diosa atravesó el umbral y tocó el techo con la cabeza, durante unos instantes la puerta se iluminó con un resplandor divino. Metanira, a quien la escena había infundido un gran respeto y que estaba sentada con el niño en el regazo, le ofreció al instante su espléndido diván y su mejor vino, pero la diosa declinó la invitación. La visión de la madre con el niño debió de evocarle antiguos recuerdos y despertar la nostalgia por la hija desaparecida, porque Deméter se quedó callada y cabizbaja, y sólo se sentó en una silla ordinaria que la criada Baubo le trajo más tarde. Deméter, sin embargo, siguió guardando un doloroso silencio del cual nadie podía arrancarla, hasta que Baubo consiguió animarla con sus chistes picantes. Sus bromas le hicieron sonreír, y cuando la doncella se levantó la falda y mostró sus partes, Deméter rió y se curó. Entonces aceptó un simple refresco de cebada y menta y accedió a ser la niñera del bebé (como solaz momentáneo en su camino).²

Las chanzas de Baubo no han llegado hasta nuestros días, pero lo que ella representa incluso en la actualidad es algo que las mujeres comprenden de manera intuitiva: la noción de que sumidas en la pérdida y la traición, las mujeres pueden gritar, llorar, jurar e incluso vomitar o sentirse embotadas por el dolor y la indignación, pero si Baubo se encuentra presente, en ese momento alguien puede intervenir con un comentario jocoso que arranque lágrimas de risa y suavice la situación. Solemos compartir nuestro valor y la constatación de ser supervivientes gracias a la risa. Al ser capaces de reírnos juntas, afirmamos nuestra mutua fuerza. Los chistes y los gestos de Baubo forman parte de un humor obsceno que nos hace reír a carcajadas y que puede surgir en una reunión de mujeres que viven una situación catastrófica. Una buena amiga dice algo que nos hace reír a todas, y entonces es cuando empieza la curación.

Cuando Baubo se levantó la falda en son de burla, tal y como nos lo relata el mito griego clásico, el acto que realizó, el mostrar su vulva, en los textos religiosos griegos se llama *ana-suro-mai* (que literalmente significa "levantarse las faldas"). Su gesto era indecente y provocó la risa, pero había algo más profundo en todo eso. Lubell indaga en las raíces prepatriarcales de este gesto y descubre que es un vago recordatorio de una era matriarcal muy antigua en que la zona púbica de la diosa era la puerta sagrada de donde provenía la

vida, y que el triángulo invertido era un símbolo sagrado. El gesto de Baubo de levantarse la falda y mostrar su vulva aparece en diversos útiles y en las manifestaciones artísticas que comprenden desde el Paleolítico hasta la Edad Media, y desde la antigua Europa y Egipto hasta Siberia y las Américas.

Algunas de las figurillas de arcilla de Baubo que los arqueólogos han hallado nos hacen sonreír. Son mujeres con la ropa levantada sobre un vientre orondo. Son todo piernas y abdomen. A veces incluso se representaba un rostro sonriente sobre el vientre, y la hendidura de la suave barbilla en forma de V era la ranura vulvar y vertical que tenía entre las piernas. A pesar de que Baubo y estas estatuillas son imágenes menores comparadas con las divinidades olímpicas y las estatuas de mármol de la antigua Grecia, cuando nos remontamos a la época prepatriarcal para indagar en sus orígenes, comprendemos que son el recordatorio vago e infravalorado de que las imágenes de la sexualidad y la fertilidad de la mujer eran sagradas, y no lascivas. En el pasado la vulva era la entrada al cuerpo de la diosa, y las entradas de las cuevas en forma de ranura se pintaban consecuentemente de color rojo tierra en señal de reverencia.

Rufus C. Camphausen, en *The Yoni: Sacred Symbol of Female Creative Power*, también se basaba en las pruebas halladas en distintos enseres para ampliar los límites geográficos donde se habían originado esas imágenes y el espacio temporal, que ahora no sólo se situaba en el Paleolítico, sino también en la actualidad. *Yoni* es una palabra en sánscrito que se utiliza para designar los genitales femeninos y se traduce como "vulva", "matriz", "origen" y "fuente". Camphausen eligió emplear este término porque no poseía connotaciones médicas ni pornográficas, y procedía de una tradición religiosa y cultural en la cual los genitales femeninos se consideran el símbolo sagrado de la Gran Diosa.

Las representaciones de genitales y pechos femeninos y de mujeres embarazadas que aparecen en los relieves, en las pinturas rupestres y en otros útiles son las pruebas arqueológicas circunstanciales de que los pueblos del Paleolítico y del Neolítico adoraban a diosas.

Con el auge del patriarcado, sin embargo, la vulva pasó de ser un lugar de reverencia a convertirse en una parte de la mujer puritana, innombrable y sucia. Pasó de ser el símbolo de la diosa a convertirse en una de las palabras más degradantes y agresivas con que calificar los genitales de una mujer: "coño".

Mientras buscaba el significado de Baubo, Lubell descubrió nexos de unión entre la risa, la sexualidad de las mujeres y la recuperación del equilibrio. «La espontaneidad de la risa de Baubo corre como un destello entre las ruinas del pasado. Sus bromas han desaparecido, pero su gestualidad sardónica y desconcertante y la constancia de su ingenio cómico permanecen. Se ha sugerido

numerosas veces que la risa entre mujeres es el lado oculto de su sexualidad. Esta clase de risa (que a menudo se asociaba con la figura del embaucador y con la fertilidad) solía emplearse en los rituales sagrados de la alegría para suavizar una situación agobiante, para plantearse cuestiones dolorosas o para recuperar el equilibrio... Es irreverente, y es sagrada.»³

Parece ser que Baubo era parte integrante de los Misterios que se celebraron en Eleusis, al noroeste de Atenas, durante dos mil años, hasta que el santuario fue destruido en 395 d. de C. El *Himno homérico a Deméter* relata que tras el regreso de Perséfone del mundo subterráneo, Deméter entregó los Misterios a la humanidad. Una parte de estos Misterios fue hecha pública, que es la que conocemos en la actualidad, y otra se confió sólo a los iniciados, a los cuales se les prohibía revelar los secretos. En los Misterios eleusinos participaban tanto hombres como mujeres. Lo poco que sabemos de ellos es gracias a los textos de los obispos cristianos contrarios a esos ritos. Según Clemente de Alejandría (150-215 c.E.), en un momento dado, durante la celebración de los Misterios eleusinos, Baubo «se levantaba la ropa y mostraba todo su cuerpo de un modo absolutamente impropio».⁴

Es más probable que Baubo no estuviera presente mientras se celebraban estos ritos solemnes en Eleusis, sino que su presencia se manifestara en los Misterios de Thesmorfia, unos festejos de tres días a los cuales sólo asistían mujeres y que se celebraban en Eleusis en octubre, en esa época del otoño en que llegaba el momento de sembrar el grano. Las mujeres se reunían para acompañar el duelo de la diosa y consolarla por la pérdida de su hija (y representaban el secuestro original, porque la escena les resultaría catártica a la hora de compartir el dolor). Tras los ritos solemnes y el duelo comunitario, llegaba la alegría, con chistes, mímica, palabras soeces y cánticos.⁵

Uzume, la diosa japonesa de la danza y la alegría

La risa curativa y sagrada y el gesto irreverente de levantarse las faldas conviven en otro mito situado al otro lado del mundo: en Japón. El mito del que hablaremos es muy conocido, y en él la diosa dolida es Amaterasu, diosa del sol y antepasada de los emperadores. A partir del momento en que Amaterasu se retiró a vivir a una cueva, la noche eterna sumió el planeta en la oscuridad, y nadie pudo sacarla de su morada hasta que Ama-no-Uzume, la diosa de la danza y la alegría, contó sus chistes y se levantó las faldas. Este mito aparece en el *Kojiki* y también en el *Nihongi*, escritos ambos en el siglo VIII d. de C. a partir de otras versiones orales mucho más antiguas. Lubell⁶ y Merlin Stone aportan versiones más extensas del mito en *Ancient Mirrors of Womanhood*,¹ que retomo a continuación:

El mito de Amaterasu

Amaterasu Omikami, llamada La del Brillo Celestial, La Gran Mujer y Patrona-del Mediodía y La que Reina en la Llanura del Reino Celestial, actuaba de guardiana de la tierra y los campos cultivados de arroz (lo cual guarda una similitud con Deméter, la diosa griega del grano). Amaterasu también presidía el círculo de las tejedoras en el gran Salón de las Tejedoras del Cielo. Sin embargo, su hermano, Susanowo (al cual se le denomina el Injurioso Varón), el dios del mar y de las tormentas, sentía un gran rencor ante el poder manifiesto de Amaterasu. Un día Susanowo anunció que tenía la intención de visitar a su madre para ganarse el derecho a aproximarse al reino celestial de Amaterasu y poder contarle a la diosa cuáles eran sus planes. En lugar de eso, no obstante, Susanowo pisoteó los campos de arroz celestiales que su hermana acababa de plantar y luego defecó en el interior de su templo sagrado. Finalmente, apresó y asesinó a un potro del cielo, irrumpió en el Salón de las Tejedoras del Cielo y arrastró la res sangrante por los telares sagrados de seda, sembrando el desconcierto y el griterío entre las sacerdotisas tejedoras.

(En las distintas versiones del mito se cuenta que una sacerdotisa murió a causa de una lanzadera o que fue la misma Amaterasu quien resultó herida en la vagina por la lanzadera, o bien que su hermano Susanowo la violó.)

Sumida en la rabia y el miedo, Amaterasu se resguardó en la cueva del cielo, cerró el portón a cal y canto y despojó al mundo de su luz y su calor. Sólo quedó la noche interminable. Sin Amaterasu, ya nada crecería sobre la faz de la tierra.

Para impedirlo, ochocientas divinidades se reunieron frente a la cueva con el propósito de intentar que la diosa abandonara su refugio, pero fue en vano.

Finalmente, Ama-no Uzume, la diosa de la alegría y la danza, propuso un plan. Uzume se encaramó a una barrica enorme que resonaba como un tambor e inició unos pasos de baile. La diosa iba golpeando rítmicamente con los pies mientras bailaba una danza eufórica y se quitaba la ropa interior. Entonces, cuando ya había captado la atención de las ochocientas divinidades, se sacó el kimono y mostró su vulva. Los dioses rieron, aplaudieron y gritaron; los gallos cacarearon y el fragor de la hilaridad llegó a oídos de Amaterasu, quien seguía oculta en la cueva. Picada por la curiosidad, la diosa fue a mirar qué ocurría en el exterior, y encontró frente a su rostro un espejo de bronce que habían colocado a la entrada de la cueva. La luz de Amaterasu al reflejarse en la prístina superficie fue tan intensa que la cegó, y la divinidad se vio obligada a aventurarse hacia el exterior. Al salir, los dioses que vigilaban cerraron las puertas tras ella. Con la aparición de la diosa, la luz del sol volvió a brillar sobre la tierra, se reanudó la alternancia del día y de la noche, y la tierra volvió a ser fértil.

Este mito del regreso de la luz y la vida al mundo se celebraba anualmente en Japón en un ritual sintoísta en el cual se representaba el *Kagura* de Uzume en los templos, un baile obsceno (a juicio de los occidentales) con el que se buscaba provocar la risa. El santuario de Amaterasu en Ise, el santuario sintoísta más sagrado de Japón, alberga el Espejo Sagrado. En ese Japón que nada tiene que ver con

el puritanismo de Occidente, Uzume es una diosa que goza de gran estimación. Sus pasos de baile rítmicos y el gesto de mostrar la vulva son elementos esenciales de este mito nipón tan importante.

En el libro *When the Drummers Were Women* Layne Redmond expone que el tambor era un instrumento ritual sagrado que empleaban las mujeres en tiempos tan remotos como el sexto milenio a. de C. Precisamente hay una pintura que data de la época en un santuario de la antigua Anatolia (Turquía). El tambor era el instrumento utilizado en numerosas experiencias espirituales. Se recurría a la diversidad de ritmos para alterar la conciencia, facilitar el nacimiento o inducir estados extáticos y proféticos. Desde las cuevas sagradas de la antigua Europa hasta los cultos místicos de Roma, las mujeres bailaron y tocaron el tambor hasta que los primeros Padres de la Iglesia se lo prohibieron.⁸ La escritora aventura la hipótesis de que quizá se comenzó a tocar el tambor para reproducir el pulso humano, el ritmo que oímos en el útero, y que las ondas cerebrales que ese sonido induce son el ritmo básico de la naturaleza. Por el hecho de enseñar a otras mujeres a tocar el tambor y al formar parte de un círculo femenino de tamborileras, Redmond llegó a la conclusión de que a las mujeres se las había desposeído de su herencia, su tradición y un sentido de identidad que les era propio y exclusivo.

La risa curativa

La risa curativa alivia la tensión y es una manifestación de alegría e hilaridad. El humor picante es un humor pleno y jocoso que también es un comentario sexual y desenfadado sobre la naturaleza, los apetitos y las flaquezas humanas. En su aspecto más reconfortante, en la medida en que el humor puede ser reconfortante, podría decirse que desprende un halo de bienestar. En la risa compartida, además, se percibe que la vulnerabilidad y la fuerza es algo común a todas las mujeres, las cuales, al hacer comentarios procaces o reaccionar ante ellos con la risa, reconocen su sexualidad y su experiencia sexual, y también revelan las vanidades, los hábitos o las tendencias sexuales de los hombres, que es precisamente lo que ellos más temen.

Para ser Baubo o Uzume, la mujer postmenopáusica debe vivir cómoda y con naturalidad en ese cuerpo que empieza a envejecer. Su energía sexual es el elemento integrador de su empeño y vitalidad. Inspirándose en Baubo, la mujer se niega a dejar de ser ella misma sólo porque se esté volviendo mayor: es sexy y sensual, y ríe y baila. El buen humor y la experiencia se trocan en acicates del sexo más primitivo. Apuntarse a clases de danza del vientre a partir de los cincuenta, por consiguiente, se enmarcaría en la tradición de Baubo. De hecho, muchas bailarinas famosas de la danza del vientre son mujeres que ya han pasado la menopausia.

Puede parecer forzado hablar de Baubo como un arquetipo de sabiduría, pero lo es. Su sabiduría sólo saben apreciarla las mujeres porque proviene de las numerosas experiencias corporales, faltas de elegancia pero profundamente importantes, que vivimos desde los inicios de la menstruación hasta la menopausia, pasando por los embarazos. Al reír o bromear sobre lo que experimentan las mujeres biológicamente, podemos tener la misma picardía que Baubo. Compartir todas estas vivencias hace que hablemos con mayor sensibilidad y seriedad de las experiencias sexuales, los abortos naturales o provocados, la infertilidad y la pérdida. Al contarlo todo, metafóricamente nos levantamos las faldas y revelamos nuestras partes bajas y vulnerables y la fuente de nuestra fuerza. Las historias de todas las mujeres se convierten en el espejo donde contemplarnos, y donde contemplar también nuestra fortaleza. Al compartir el dolor y la risa, pasamos por estos estados transitorios y experimentamos el poder curativo del humor hasta llegar a la conclusión, por pura sensatez, de que "así es la vida".

Baubo fue todo lo que se conservó en la mitología griega de este aspecto obscuro de la Gran Diosa. Cuando Baubo se levantó las faldas y mostró su cuerpo desnudo a Deméter, reveló un cuerpo que en el pasado había sido el de una doncella núbil, luego el de una mujer de grandes pechos y finalmente, con el pelo púbico escaso y los pechos caídos, en el cuerpo de una anciana. Cada etapa forma parte de un ciclo, y es una manifestación de la danza de la vida. Cuando recordamos! nuestra divinidad y no sólo nuestra mortalidad, sabemos que todo lo que ocurre forma parte de la vida, y que nosotras nos integramos también en esa danza divina. El peligro que entraña ser mortal es olvidar todo esto. Deméter, en su identidad de mujer humana, estaba sola con su dolor hasta que Baubo se levantó la falda y le hizo reír. Quizá le sirvió a Deméter para distanciarse de su pérdida, o puede que le recordara el poder sexual y creador que tuvo como mujer y diosa de la fertilidad. Baubo había perdido su juventud y su buen aspecto, y ya hacía mucho que no estaba en edad fértil, pero era una mujer esplendorosa e indecente, cuya alegre compasión por el dolor de Deméter provocó las risas de la diosa. Sólo cuando la sexualidad es natural y placentera, el sexo y la alegría pueden ir unidos.

Cuando pienso en las encarnaciones contemporáneas de este arquetipo, me viene a la memoria Bette Midler como "la divina señorita M", la "diosa de la alegría". Esta actriz cómica indecente y esplendorosa se convirtió en una estrella de la cultura neoyorquina de las saunas gays antes de que apareciera el sida, y sigue siendo un personaje campechano, sexual y divertido. Por otro lado, también hay que tener en cuenta el gesto *ana-suromai* de levantarse la falda, que parece ser tan instintivo que hay que enseñar a las niñas a controlarse. Si ponemos faldas a una niña de dos o tres años, la criatura se las levantará impulsivamente para dejar "que se le vean"

las bragas; a juzgar por su expresión de deleite, es posible que sepa que se está portando mal, cosa que obviamente no le da vergüenza (tendremos que enseñarle a que la sienta). Tampoco resulta nada extraño oír a un grupo de mujeres mayores decir que piensan "escaparse" el fin de semana porque quieren portarse mal.

El humor curativo que las mujeres despiertan en las demás es espontáneo y natural. Es difícil hablar de ello, no obstante, porque "hay que estar ahí" para valorar el momento preciso, la provocación natural que desencadena unas carcajadas estentóreas muy contagiosas. En todo su apogeo es gritón y escandaloso, y emocionalmente esplendoroso y húmedo, como cuando decimos: «Me reí tanto que lloraba» y «me reí tan fuerte que me mojé las bragas». Cuando el humor es especialmente picante, pero incluso cuando no lo es, esta clase de risa se parece a un orgasmo; la risa es incontrolable y placentera: hay una liberación fisiológica, seguida de un bienestar y una sensación de agotamiento. Es beneficiosa para el sistema inmunológico y libera endorfinas, que son elementos curativos físicamente, pero lo que considero más curativo de todo es ese compartir instantáneo que termina con el aislamiento y celebra la vida. Las ancianas ingenuas y esplendorosas conocen este arquetipo muy bien. Es un humor que sabe tomar el pulso a la esencia de la vida y se muestra compasivo con la estupidez y el dolor que acarrea.

Los hombres acusan a las mujeres de no tener sentido del humor o no captar el sentido de ciertos chistes que ellas no encuentran divertidos. Sin embargo, las mujeres sí que lo captan. La opinión de Freud era que el humor es hostilidad disfrazada, lo cual resulta hartamente evidente en los chistes sobre suegras, rubias tontas o los que despotrican contra los hombres. Reírse del blanco de todas las bromas libera hostilidades, crea alianzas temporales entre los que ríen juntos y se creen superiores y posee una vertiente sádica. Ahora bien, existe una diferencia abismal entre esta clase de humor hiriente y el humor curativo de Baubo y Uzume. Este humor, al igual que la luz del sol de Amaterasu y la risa de Deméter, es portador de esperanza y renovación.

LAS DIOSAS DE LA
COMPASIÓN:
SU NOMBRE ES BONDAD

Kuan Yin, La que Escucha los Llantos del Mundo

La Virgen María y la Dama de la Libertad

El desarrollo de la compasión es parecido al de la sabiduría: aumenta con la experiencia vital. Sin embargo, así como envejecer no significa necesariamente volverse más sabia, lo mismo ocurre con la compasión. La definición del diccionario y la definición espiritual se identifican: se trata de un sentimiento empático al deseo de aliviar el sufrimiento. A partir del papel que desempeñamos en la maternidad y como cuidadoras, compartiendo confidencias con amigas y escuchando a los hombres cuando se abren (cosa que son más proclives a hacer con nosotras que con cualquier otro hombre), aprendemos lo que es la vulnerabilidad y el sufrimiento de los demás a medida que vamos envejeciendo. Cuando llegamos a la edad madura y empezamos a hacernos mayores, nuestros padres se vuelven viejos y dependientes; e incluso si se da el caso de que estamos peleados o les guardamos rencor, nuestra actitud suele cambiar, porque ellos ya no son las mismas personas. En tales circunstancias, cuanto mayor es una mujer, más posibilidades tendrá de conocer la vida y las circunstancias de los demás; y si siente lástima por ellos y es reflexiva y receptiva, su compasión aumentará con la edad. Ahora bien, perdonar y cuidar de alguien no siempre expresan compasión y altruismo. Pueden expresar codependencia.

Muchas mujeres confunden la codependencia con la compasión porque casi siempre ambas consisten en sentir el dolor de otra persona. El concepto de codependencia proviene de la psicología de las adicciones, y se formó a partir de la observación de un patrón de conducta matrimonial característico. Uno de los cónyuges, el alcohólico, domina al otro, le impone sus necesidades egoístas y su comportamiento irresponsable, y muestra su enfado a costa de su pareja. El cónyuge codependiente no se cansa de disculparse y de pedir perdón, y si el maltrato por parte del marido continúa, la mujer termina anonadada emocionalmente y se vuelve incapaz de cuidar de sí misma y de sus intereses. La codependencia es situarse en un segundo plano respecto a alguien que es egocentrista. Ese cónyuge no tiene por qué ser adicto al alcohol, sino que puede ser claramente adicto al trabajo o manifestar cualquier otra obsesión. La pareja resultante (entre un narcisista y un codependiente) no es una unión idílica. Es una relación disfuncional en la cual el codependiente llega a aceptar que lo que percibe o siente en realidad no importa.

Aun en el caso de que la diosa de la compasión sea un arquetipo activo en el cónyuge codependiente, la anciana sabia ve

una diferencia clara y distinta entre la codependencia y la compasión. No es tan simple como decir que cuando la compasión se manifiesta sin la sabiduría es codependencia; al contrario, una mujer que posea sabiduría y compasión puede ver una situación con claridad, saber qué camino hay que tomar y (sin Sekhmet) seguir inmóvil por ser incapaz de actuar. Por muy positivas que sean estas diosas de la compasión, sin embargo, identificarse con ellas implica asumir el potencial de convertirse en mártir o en terreno abonado para que otra persona exprese sus peores cualidades, o las más vergonzosas incluso.

Fomentar la compasión es una tarea espiritual así como psicológica, y como ocurre con todas las capacidades humanas relacionadas con la naturaleza y la educación, es más fácil para unos que para otros. A las niñas se las insta a adoptar este comportamiento; los niños, en cambio, aprenden que forma parte de sus responsabilidades. La compasión, cuando se pone el énfasis en la jerarquía, la conquista del poder o de las ganancias, la guerra y otros medios despiadados de dominación, se considera una debilidad en las culturas patriarcales. No debería sorprendernos que los griegos carecieran de una divinidad que encarnara la compasión. Los dioses olímpicos violaban a las mujeres mortales y a las diosas en una mitología que daba prioridad a la pasión sexual posesiva u obsesiva en lugar de a la compasión. Por esa razón me resultó tan difícil encontrar arquetipos de la compasión, y tuve que investigar por otros derroteros, hasta hallarlos finalmente encarnados en personajes femeninos o andróginos.

Kuan Yin, la diosa china de la compasión

Kuan Yin significa "La que Escucha los Llantos del Mundo". Durante más de mil años se ha reverenciado a Kuan Yin popularmente como la diosa de la compasión en China, Corea y Japón. La importancia de la divinidad y el consuelo que ofrecía a los mortales comunes que daban por sentado que la diosa escuchaba sus penas, le otorgan el mismo significado que tiene la Virgen María en el catolicismo romano. Ni Kuan Yin ni la Virgen María son diosas en sus tradiciones teológicas tradicionales, pero en la práctica se las invoca con rezos como si fueran personajes divinos y sagrados. Desde una perspectiva psicológica, son arquetipos similares.

Kuan Yin y la Virgen María visten ropas que ocultan el cuerpo, y el espectador dirige su atención a la serenidad de su rostro. Por el contrario, las estatuas de Afrodita como la diosa del amor sexual representan, por lo general, a una mujer con muy poca ropa o completamente desnuda. Afrodita poseía el poder cautivador de hacer que dioses y mortales se enamoraran (o se obsesionaran), y no mostraba misericordia o consideración por las consecuencias que se derivaran de ello. A Kuan Yin suele representársela en las pinturas de

pie, sobre una flor de loto, o sentada en una roca contemplando el agua. Son estatuas de una mujer vestida, de una gracia incomparable y una edad indeterminada, que sostiene en una mano un jarrón de «dulce rocío», simbolizando el néctar de la compasión, y en la otra, un ramillete de sauce para rociar con este néctar la cabeza de los que apelan a su misericordia. Existen también representaciones de Kuan Yin portando ricas vestiduras y joyas que casi podrían confundirse con las de María, cuando va ataviada como la Reina de los Cielos. Sea cual sea su forma, su atributo principal es "la compasión pura e inquebrantable, completamente despojada de orgullo o venganza y que se resiste a castigar incluso a aquellos a los que les convendría recibir una buena lección".¹

Del mismo modo que un arquetipo puede manifestarse con nombres distintos en la mitología griega, romana y noruega, y poseer características ligeramente distintas, las tradiciones religiosas orientales explican que Kuan Yin (que a veces se deletrea Guanyin) se identifica con Kwannon-Sama (Kannon) en Japón, Quan Am en Vietnam y Tara en Tíbet. Tara es una hermosa divinidad femenina capaz de manifestarse en veintiuna formas diferentes para acudir en ayuda de los seres sensibles.

John Blofeld, un famoso especialista en religiones orientales, describió en *Bodhisattva of Compassion* muy diversas maneras de percibir y comprender a Kuan Yin. Era una diosa popular que contaba con diversos santuarios a lo largo y ancho de toda la China precomunista destinados a su veneración. Estos enclaves sagrados solían encontrarse cerca de cursos fluviales o en emplazamientos con vistas a un lago o al mar. La única condición necesaria para orar a Kuan Yin y pedir su ayuda, siempre y cuando el deseo que se pidiera no fuera maligno, era creer en su poder de asistencia. No se exigía, en cambio, ser piadoso u observar una conducta estricta.

Tal y como Blofeld descubrió en su búsqueda de Kuan Yin, hay quienes la consideran un concepto mental, y quienes creen que es una diosa; el que uno la vea de un modo u otro dependerá de las expectativas personales y de su actitud mental. La manera más sofisticada de percibir a Kuan Yin es como una bodhisattva, que Blofeld describió en términos parecidos al concepto jungiano de arquetipo.

Taigen Daniel Leighton, un sacerdote zen americano, describió explícitamente a Kuan Yin y a otros bodhisattvas como arquetipos. En *Bodhisattva Archetypes* explica que las imágenes que tenemos de ellas son representaciones de las cualidades que han surgido en nuestro interior y en el de todos los seres. Las bodhisattvas están dedicadas al despertar o a la iluminación de cada persona. Existen como guías y como consuelo de los seres que sufren, y proponen una vida espiritual plena de sentido. El nombre en sánscrito de la bodhisattva de la compasión es Avalokiteshvara, de las cuales Kuan Yin es la más famosa. Las cualidades que se asocian a las

bodhisattvas de la compasión son la bondad, la ternura, la sensibilidad, la empatía y la amabilidad. El otorgar a los demás sencillamente lo que desean y necesitan es una de sus características. Leighton observa al respecto que eso conlleva la experiencia de la generosidad, que puede ser contagiosa en su afán de estimular la preocupación por los demás y abandonar las preocupaciones egocentristas.

Para adoptar una actitud compasiva hay que ser capaz de sentir compasión por uno mismo y por los demás, y la manera más natural de hacerlo es crecer en un ambiente donde impere la justicia y el amor, donde los niños y las niñas importen, y donde la empatía y la compasión las prediquen el ejemplo y la historia en el seno de la familia y la cultura. Como observó Robert Coles, doctor en medicina y autor de *The Call of Service: A Witness to Idealism*: «Un niño o una niña al que se haya tratado con bondad y que es capaz de evocar a los demás sin problemas reaccionará bien ante las situaciones desesperadas del prójimo».²

La regla de oro que dice «lo que tú no quieras, no lo quieras para los demás» es un mensaje universal que está en la raíz misma de toda acción compasiva, así como los refranes que nos aconsejan «ponernos en la piel de otra persona» son lecciones de empatía. Las familias y las instituciones que maltratan al individuo y se muestran indiferentes al sufrimiento y la justicia social enseñan a temer en lugar de a amar, y a perpetuar los malos tratos y la indiferencia con sus actos y actitudes.

Las bodhisattvas son un ideal en el budismo de Mahayama (el Gran Vehículo), que es la rama dominante del budismo en Tíbet, China, Taiwan, Mongolia, Corea, Japón y Vietnam. Un o una bodhisattva hace el voto de no retirarse del mundo como un buda que ha alcanzado el pleno estado de la iluminación hasta que él o ella sea capaz de atender a todos los seres sensibles para que alcancen la iluminación y se liberen del sufrimiento. Leighton puntualiza que las cualidades de un bodhisattva aparecen en gentes de toda condición y religión, y cita ejemplos tan diversos como Martin Luther King Jr., la Madre Teresa, Gloria Steinem, Bob Dylan y muchos otros personajes contemporáneos.

El buda histórico fue Siddharta Gautama, que vivió en India en el siglo VI a. de C. La bodhisattva de la compasión, de la cual Kuan Yin es la más popular y conocida, posee más diversidad de formas que cualquier otra. Hay bodhisattvas de la compasión femeninas y masculinas, y muchas imágenes poseen una apariencia andrógina. Los diversos sistemas existentes describen desde siete a ciento ocho manifestaciones de esta bodhisattva. En Tíbet se llama Chenrezig. El Dalai Lama actual, que es el decimocuarto, es una encarnación de Chenrezig.

Poco tiempo antes de recibir el premio Nobel en 1989 el Dalai Lama participó en una serie de debates sobre la acción compasiva en

un congreso. En ese entorno hubo una discusión muy animada entre su santidad y siete psicólogos y psiquiatras (en la que tuve el honor de participar) que duró tres días y que se celebró ante una audiencia entregada. El Dalai Lama cambió mi manera de entender la compasión; antes yo creía que la compasión era lo mismo que la empatía. Sin embargo, él destacó que la compasión genuina genera un sentido de la responsabilidad espontáneo que nos impele a actuar para aliviar el sufrimiento. El comité noruego para el premio Nobel citó unos versos que su santidad recita a diario y que contienen los elementos fundamentales de los votos de un bodhisattva:

Mientras perdure el espacio,
mientras existan los seres sensibles;
hasta ese mismo momento,
yo también perduraré,
y disiparé las desgracias del mundo.

La tradición de los bodhisattvas presenta la compasión con personajes masculinos, femeninos o indistintamente femeninos y masculinos. En el plano psicológico, y a medida que entramos en la edad madura, hombres y mujeres se vuelven más andróginos, y dado que la compasión es una cualidad humana que se desarrolla con el tiempo, es apropiado que exista una ambigüedad en lo que concierne al sexo de todas esas representaciones de la bodhisattva de la compasión, que, por otro lado, muestra una edad intemporal. La compasión carece de edad, y es un atributo no exclusivo de los dos sexos. Muchos niños vienen al mundo con una compasión inherente a ellos que muchos adultos han perdido por el camino o han desarrollado tan sólo después de haber padecido el sufrimiento en carne propia.

A pesar de que la compasión es una cualidad universal y un atributo que se encuentra en hombres, mujeres y niños, llamo a Kuan Yin arquetipo de la anciana porque la conciencia consciente de su desarrollo es una experiencia común a todas las mujeres mayores. Varias personas me han comentado que cuando eran más jóvenes, se mostraban sentenciosas e implacables con sus padres, y que ahora sienten compasión y tienen una buena relación con ellos. Hay quien describe lo dura e incluso vengativa que era antes, y ahora confiesa haberse convertido en alguien muy diferente. Son muchas también las que recuerdan que su ignorancia les hacía temer a las personas de una determinada clase social, religión o raza, o a los homosexuales. Hay quien no olvida, por último, que se mostraba insensible consigo misma y que siempre se repetía: «No me exijo lo suficiente». Kuan Yin nos vuelve más amables y tolerantes con nosotras mismas y con los demás. Es curioso, pero parece ser que envejecer y hacerse más sabia esté unido indefectiblemente con la bondad.

Hace muchos años me encontraba en Kansas City y fui al

museo Nelson-Atkins para ver una imagen increíblemente bella de Kuan Yin, una estatua de madera policromada del siglo XI o XII d. de C. aproximadamente. Esta Kuan Yin poseía una serenidad, una fuerza, una belleza y una gracia muy especiales. Había algo en ella, una "mismidad" o presencia, que confería a esta figura inmóvil fluidez y quietud, cualidades que resaltaban gracias a los colores y al trazo de las líneas similares que había pintadas en el mural antiguo de la pared posterior. Kuan Yin estaba sentada en una posición que diríamos que imita la soltura real, y de la cual podía levantarse fácilmente para acudir en ayuda de los necesitados. Esa figura femenina bien podría ser una deliciosa figura masculina, dado que la androginia de la estatua confería ambigüedad a su sexo. Sin embargo, no se trataba de una imagen masculina afeminada o de un personaje femenino masculinizado. La fuerza y la gracia, la serenidad y la intensidad se daban la mano en esta Kuan Yin que me sumió en un estado contemplativo que parecía no tener fin.

La contemplación de esta estatua en concreto de Kuan Yin me ayudó a comprender el arquetipo de La que Escucha los Llantos del Mundo. Es esa capacidad de escuchar con empatía, aceptando a la persona y a sus sentimientos sin mostrarse sentencioso o a la defensiva. Es la capacidad de escuchar y soportar el dolor, la rabia y el sufrimiento ajenos, que el arquetipo puede contribuir a mitigar. Es un acto responsable que implica un sentimiento y una actuación, aunque no se observe ninguna acción física. Esta clase de reacciones son las que sanan. Ésa es la razón de que las personas que sienten que sus actos o los de los demás les han convertido en marginadas puedan sanar si se arriesgan a hablar de los motivos que les inspiran esos sentimientos. Contar estos secretos con valor y escuchar con la compasión de Kuan Yin son dos partes de un mismo proceso curativo.

El arquetipo de la compasión está presente en los grupos de terapia curativa, en las sesiones de psicoterapia y en cualquier otra relación que posibilite la curación de las heridas psicológicas y espirituales. Escuchar y contar implica correr un riesgo, sin embargo. Es difícil ser testigo y escuchar con compasión sin verse involucrado personalmente en la historia. Cuando escuchamos con empatía, eso que oímos penetra en nuestra imaginación, en el corazón, el cuerpo y el alma. Ahora bien, si lo que escuchamos sobrepasa nuestra propia experiencia e incluso nuestra comprensión, tenemos ante nosotras la tarea y la oportunidad de convertirnos en alguien "más grande" y ser capaces de controlar lo que oímos y sentimos. La oyente corre el riesgo de quedar traumatizada indirectamente a causa de su empatía o de volverse distante emocionalmente cuando escuchar se convierte en una empresa demasiado ardua para ella. Kuan Yin es el arquetipo al que acudimos para poder escuchar y soportar nuestro propio dolor y el dolor de los demás, y sentir misericordia.

La Virgen María

En la Iglesia católicorromana María, la madre de Jesús, es la "Santa Madre". Durante casi dos milenios ha sido el personaje femenino más importante de la cultura occidental, la religión y el arte, y fuente de inspiración para la construcción de algunas de las edificaciones más soberbias del mundo. Las catedrales que se construyeron por toda Europa durante los siglos XI y XII, como, por ejemplo, la de Chartres y la de Notre Dame, se consagraron a María. Las religiones patriarcales y monoteístas habían suplantado y eliminado a la diosa tripartita, aunque esa diosa siguió presente en el mundo en la figura de María.

María absorbió y transformó la Diosa Tripartita, que era doncella, madre y anciana. María fue la virgen de inmaculada concepción a la cual se apareció el arcángel Gabriel. Fue la Madre que dio a luz a Jesús partenogénicamente. Se la representa en una postura muy característica: como una virgen con el niño Jesús en el regazo. Por otro lado, y en su papel de madre que guarda luto por el Cristo crucificado, María también es la encarnación de la mujer madura.

Las oraciones de misericordia y consuelo se dirigen a María porque la gente la considera una madre y una mujer que ha conocido el dolor y el sufrimiento en carne propia. En los Misterios eleusinos de la antigua Grecia su equivalente era Deméter, la madre diosa y la diosa del grano, quien se condolía por la desaparición de su divina hija, igual que María se condolió por su hijo divino y crucificado. En la figura solitaria de María todavía se concentran las tres etapas de la vida de una mujer que corresponden a la trinidad eleusina de Perséfone, Deméter y Hécate, o de la doncella, la madre y la anciana.

Es a María en sus años postreros, la mujer de edad madura, la que conoció el sufrimiento en vida, y no la virgen joven y pura, ni siquiera la jovencita madre de un niño, a quien la gente recurre en sus plegarias y ofrendas para pedirle que interceda en sus vidas. Es la María de *La pietà* de Miguel Ángel, la madre que sostiene en brazos a su hijo adulto y muerto. La gente le reza porque ve un vínculo consciente o inconsciente entre su sufrimiento y la compasión que ella muestra ante el sufrimiento de los demás.

María como la diosa de la era cristiana

En *Las nieblas de Avalon* Marion Zimmer Bradley retoma las leyendas artúricas y las narra desde el punto de vista de las mujeres que salen en la historia, como si volviéramos a la época en que la diosa y su reino Avalon desaparecieron del mundo para dar paso al patriarcado y la religión cristiana. Este libro estimuló el inconsciente

colectivo de sus lectoras. Las mujeres lo leyeron como amnésicas, porque notaban que había algo familiar, pero que no podían recordar, cuando se hablaba de la existencia de una diosa. Como comentario al margen diré que esa lectura me influyó particularmente a la hora de decidirme a escribir mi libro autobiográfico, que titulé *Viaje a Avalon*. Al final del libro, Morgana (el personaje principal, que resulta ser la hermanastra de Arturo y la última sacerdotisa de la diosa) se desespera ante la desaparición de Avalon, hasta que se marcha a Glastonbury a ver a las nuevas monjas cristianas y se da cuenta de que aunque Avalon se haya sumido en la niebla, la diosa sigue presente en el mundo:

Morgana siguió a la muchacha al interior de la capillita lateral. Había muchas flores, brazadas de ramas de manzano en flor, ante una estatua de una mujer con velo y coronada por un halo de luz que llevaba a un niño en brazos. Morgana dio un suspiro tembloroso e inclinó la cabeza ante la Diosa.

Morgana estaba contemplando la estatua de Brígida, y pudo sentir que las emanaciones de su poder adoptaban la forma de unas grandes ondas que impregnaban la capilla entera. Inclinó la cabeza... «Y, sin embargo, Brígida no es una santa cristiana», pensó, «aunque Patricio lo crea. Ésa es la diosa que se adora en Irlanda»... Por mucho que la condenen al exilio, la divinidad seguirá presente. La Diosa jamás se apartará de la humanidad.³

María sustituyó a la diosa no sólo como arquetipo figura divina, sino literalmente, cuando las catedrales o iglesias dedicadas a María se construyeron en los antiguos enclaves que habían sido consagrados a la diosa. En palabras de Barbara G. Walker, «La catedral romana de Santa Maria Maggiore se construyó sobre la cueva sagrada de la Magna Mater. Santa Maria d'Aracoeli, situada en la colina capitolina, fue antiguamente el templo de la diosa Tanit. Las iglesias de María que hay en Italia se fundaron en santuarios de Juno, Isis, Minerva, Diana y Hécate. Incluso, en el colmo de la ingenuidad, pusieron el nombre de Santa Maria sopra Minerva a una iglesia; es decir, Santa María encima (del santuario de) Minerva. En el siglo VI el gran templo de Isis en Philae (Egipto) fue consagrado a María. Los santuarios de Afrodita en Chipre se convirtieron en iglesias de María, a quien los chipriotas continúan dirigiéndose con el nombre de Afrodita».⁴

Por razones psicológicas y arquetípicas, la gente invoca la compasión de María antes que la de su hijo, y le piden que interceda por ellos ante Él o ante Dios Padre: los seres humanos cuentan con que las madres escucharán, perdonarán, consolarán y se mostrarán más comprensivas que los padres. El arquetipo de la buena madre nos predispone a proyectar estos atributos en personajes maternos, aun cuando nuestra propia madre no fuera un fiel reflejo de ellos.

María como el regreso de la diosa

Los católicos se sorprenden a menudo de que a María se la mencione tan poco en el Nuevo Testamento. Sally Cunneen, autora de *In Search of Mary*, nos lo cuenta a partir de su propia experiencia: «Lo que resulta sorprendente en las historias de los Evangelios es que María salga tan pocas veces. Muchas de las escenas y los personajes que me había imaginado que figurarían no aparecen; los añadieron las leyendas, el arte y la devoción en siglos posteriores. No hay ninguna santa Ana, por ejemplo... El Nuevo Testamento no nos dice nada del parentesco de María; ni relata que Jesús se apareciera a su madre tras la resurrección, algo que los creyentes posteriores encontraban difícil de aceptar».⁵

Las referencias a María en los Evangelios existen principalmente en relación al nacimiento y la infancia de Jesús, y sólo dan testimonio de ello Mateo y Lucas. Marcos empieza su narración con el bautismo de Jesús en los comienzos de su ministerio. Hay poquísimas menciones de María en el Nuevo Testamento, un par de docenas a lo sumo. En esos textos se cuenta que el único papel bíblico que desempeñó fue el de ser la madre humana de Jesús, y en eso radica su importancia también para los protestantes. No hay vestigios de la diosa en el cristianismo protestante, salvo en la estructura de la divinidad tripartita como un solo ser: sólo que ahora la trinidad es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (masculino). Sin embargo, y a partir de la segunda mitad del siglo xx, la dimensión femenina penetraba en la mayoría de Iglesias protestantes. En la actualidad las comunidades protestantes ordenan a sacerdotisas y ministras, y se tiende a adoptar un lenguaje que incluya a ambos géneros en la reescritura de los textos litúrgicos. De vez en cuando se utiliza "Ella" en lugar de "Él" para referirse a Dios. Por otro lado, los que consideran el Espíritu Santo femenino también han realizado una revisión teológica. Argumentan que el Espíritu Santo aparecía en forma de paloma en el Nuevo Testamento, y ése es un antiguo símbolo de la diosa, asociado a Afrodita en la mitología de la Grecia clásica, y también un arquetipo femenino.

Curiosamente, en el catolicismo romano el significado de la Virgen María se ha elevado hasta el punto de poder afirmar que existe una cuaternidad cristiana formada por María y la Trinidad. Incluso podría decirse (y eso es algo que postulan los que no pertenecen a la Iglesia católicorromana) que la diosa ha regresado a la cultura a través de María. La gente lleva mucho tiempo adorándola, igual que hizo con la diosa antes del cristianismo, aunque su divinidad no fuera postulada por la Iglesia. Por esa razón, y en el contexto de la teología y el dogma de la Iglesia católicorromana, parece procedente una deificación de María.

Se declaró a María Madre de Dios en 431 d. de C, durante el

tercer Concilio de Éfeso. En 1854 el papa Pío IX declaró la Inmaculada Concepción, según la cual María quedaba libre del pecado original porque había sido elegida por Dios para ser la madre de Cristo. En 1950 el papa Pío XII invocó la infalibilidad papal y proclamó la Asunción de María, que declaraba que María había ascendido al cielo, en cuerpo y alma.

En la actualidad existe un movimiento dentro del catolicismo que apela a la comprensión del Papa y le pide que ejercite el poder de la infalibilidad papal una vez más para declarar que María es «Corredentora, Mediadora de Todas las Gracias y Defensora del Pueblo de Dios». Si esta campaña tuviera éxito, tendría como resultado la instauración de lo que los teólogos llaman el "alto marianismo", porque equivaldría a proclamar que María participa de la redención que alcanzó su hijo, que todas las gracias que provienen del sufrimiento y la muerte de Jesucristo se conceden sólo por intercesión de María, y que todas las plegarias y peticiones de los fieles en la tierra deben igualmente canalizarse a través de María. Si triunfara la proclama, dicen los teólogos, eso no significaría que María fuera Dios. No obstante, en la práctica y en la psique de los que oran a María, se convertiría (si es que no se ha convertido ya) en la Madre Divina, la Diosa Madre.

En diversas partes del mundo la imagen más amada y reverenciada de María es una virgen negra o morena, cuya precursora inmediata en el imperio romano fue la negra Isis, la diosa egipcia que también sufrió la pérdida a raíz de la muerte y el desmembramiento de su esposo Osiris. Se consagraron santuarios y templos a Isis en Roma y en Delos, la isla sagrada de los griegos. Las diosas de la luna nueva eran negras, el color de la diosa en su edad madura era negro, y ahora, en este siglo, se aprecia un resurgimiento de la adoración y la reverencia a Vírgenes negras, como, por ejemplo, Nuestra Señora de Guadalupe en México, las Vírgenes negras de Montserrat en España, de Einsiedeln en Suiza o de Czestochowa en Polonia, esta última tan amada por el papa Juan Pablo II. Es especialmente en las Vírgenes negras donde la gente ve la cara compasiva de un Dios maternal.

El significado creciente de María se advierte también en el gran número de apariciones o manifestaciones de la Virgen en todo el mundo. En el siglo xx se registraron cuatrocientas apariciones de María (*Newsweek*, 25 de agosto de 1997). Esas apariciones, el interés por las Vírgenes negras y el creciente movimiento marianista son las expresiones católicas del regreso de la diosa a la cultura y de un anhelo por recuperar la compasión.

La Dama de la Libertad

En Estados Unidos tenemos nuestra propia versión de la diosa de la compasión. Me di cuenta una mañana poco después de amanecer, mientras estaba en la cubierta de un crucero y pasábamos junto a la estatua de la Libertad. ¡Es tan impresionante! Esta estatua es Nuestra Señora de la Libertad, la Diosa de la Libertad o la diosa de la compasión. La Dama de la Libertad (que es el nombre que más me gusta) sostiene la antorcha en alto como el faro que nos guía a casa y dice, en palabras de Emma Lazaras, que, por cierto, están labradas en la base: «Dadme a esas masas cansadas, / pobres e ingentes, / que anhelan respirar la libertad...». Mientras nos acercábamos a ella, recordé a los estudiantes chinos de la plaza de Tiananmen, los cuales, tras erigir su "Diosa de la Libertad" y manifestarse por ella, fueron pasto de las balas y se convirtieron en carne de presidio. A pesar de que las políticas de inmigración actuales cierran la puerta a los cansados y desposeídos del mundo, la Dama de la Libertad sigue siendo una Kuan Yin americana, el arquetipo de La que Escucha los Llantos del Mundo.

Los americanos siempre reaccionan frente a las catástrofes naturales y los desastres que comportan las guerras en todo el mundo con un reguero de actos compasivos canalizados a través del trabajo del voluntariado, donaciones particulares y ayudas gubernamentales. Escuchar los llantos del mundo y correr en su ayuda forma parte de nuestro carácter nacional. Las ayudas afloran de inmediato como consecuencia directa de los cataclismos que provocan terremotos y huracanes. Estas iniciativas, junto con las de las organizaciones sin ánimo de lucro que desde hace mucho se esfuerzan en ayudar a la gente, son manifestaciones del arquetipo de Kuan Yin.

Las organizaciones vecinales, por ejemplo, cuentan sobre todo con mujeres que se encuentran en la tercera etapa de su vida, tienen hijos ya mayores y un gran interés por centrar sus energías en la tarea del voluntariado. Eso ocurre incluso en las familias donde ambos cónyuges han desarrollado una trayectoria profesional, familias que ya representan más la norma que la excepción. La acción compasiva plantea el reto de "tener que ser consecuente con las promesas", y a medida que las integrantes de la generación del boom de natalidad vayan alcanzando la edad madura, les irán saliendo al paso varias oportunidades para poder actuar como Kuan Yin.

Ancianas compasivas

El arquetipo de la anciana ofrece el potencial para que las mujeres que han alcanzado la edad madura evolucionen y sigan creciendo espiritual y psicológicamente. La compasión es el atributo esencial, y el único garante del resto. La sabiduría en sus distintas formas se convierte en una sabiduría compasiva. La rabia exige justicia, pero cuando se une a la compasión, se torna justicia misericordiosa. Si la compasión se halla presente, la risa y la alegría nunca son mezquinas. La compasión sirve para aliviar el sufrimiento, tanto el propio como el de los demás.

La compasión es un amor no posesivo que no precisa la reciprocidad ni el racionamiento: cuanto más demos, más tendremos. La mujer madura y sabia ha aprendido cuál es la diferencia entre la codependencia y la compasión y, por lo general, lo ha conseguido a partir de su propia experiencia en ambos campos.

**Empleemos la imaginación para emular a Sekhmet
(Apelemos a nuestro talento como actrices)**

Siente que te metamorfoseas en una leona
con sus músculos y su pelaje dorado,
que posees la gracia del gato
y la fuerza para atacar a los malhechores
o proteger a quienes amas.

Nadie se atreve a jugar contigo.

«Soy una leona... y sé rugir.»

RUGE, RUGE, RUGE sin descanso.

Luego,
calla.

Toma conciencia de tu Sekhmet interior,
de la energía de la leona que hay en ti.

Si sientes que en tu vida debes gritar

«¡Ya está bien!»,

invoca el consejo

de la sabiduría y la compasión.

Y a Sekhmet,

para tener el valor del corazón del león

cuando llegue el momento

de actuar como debes.

Empleemos la imaginación y seamos Uzume y Baubo (Danza)

Pon música que tenga ritmo,
y ponla bien alta.
Una música que llegue hasta el fondo de tu ser
y te haga desear moverte. Una música agotadora, sensual y
que despierte
un cosquilleo de picardía en ti.
Es una danza que no la bailamos para los demás,
no pretende seducir ni atraer.
No se trata de contemplarte en un espejo,
sino de sentirte viva.
Sentir la vida en el vientre, en las caderas,
en los pechos, en la parte de abajo.
En la vulva.
«Soy una mujer.» «Soy una diosa.»
¡Qué buen ejercicio!
¿Te imaginas que (y rellena tú el espacio en blanco)
podiera verte ahora?
El pensamiento te hace sonreír,
y hace que tu vientre sonría.
Si intentas hacer el ejercicio con tus amigas,
romperéis a reír a carcajada limpia.

**Utiliza la imaginación
para despertar tus instintos compasivos
(Una meditación)**

Hay meditaciones budistas para el bienestar
de todos los seres sensibles,
y recitaciones católicas del rosario
que tocan la misma fibra sensible.
Existen muchas tradiciones
y oraciones para despertar la compasión
por uno mismo y por los demás.
¿Qué podríamos hacer?
¿Qué hacemos en realidad?

La oración de san Francisco comienza así:
«Deja que sea el instrumento de Tu Paz...».
Thich Nich Han, el monje vietnamita,
enseña a meditar andando.

Inspirar...
espirar...
son actos decisivos en la meditación.
¿Qué es lo que deseas inspirar,
pasar por el cedazo de la compasión
y espirar luego?

Parte III:

LA MUJER ES UNA DIOSA QUE ENVEJECE:

A PROPÓSITO DE *LAS DIOSAS DE CADA MUJER*

Existen unas raras criaturas en este mundo de playas, las argonautas, que no se encuentran ligadas a su concha. En realidad, la concha es una cuna para las crías jóvenes, que la madre argonauta sostiene en sus brazos mientras flota hacia la superficie; allí se incuban los huevos y luego las crías se marchan nadando.

Cuando finaliza el ciclo, la madre argonauta abandona su concha y comienza una nueva vida.

ANNE MORROW LINDBERGH

A pesar de haberme esforzado muchos años en conseguir que el matrimonio fuera más igualitario, jamás esperé que pudiera sacar partido de ello.

Comentario de GLORIA STEINEM
sobre su primer matrimonio
(a los sesenta y seis años)

Las diosas que he descrito hasta ahora entran en nuestras vidas a medida que envejecemos, nos volvemos más sabias y compasivas y somos más capaces de actuar con decisión de un modo que quizá de jóvenes habría sido impensable. Estas diosas de la edad madura se desarrollan si aprendemos de las lecciones que nos han dado las alegrías y los sufrimientos. Son experiencias que nos fortalecen, pero que no cambian los fundamentos arquetípicos básicos que han modelado nuestra personalidad y nuestras prioridades desde el principio. Esas buenas amigas, mayores que nosotras y más perspicaces, saben que sea cual sea nuestra edad (tengamos cincuenta años o pasemos de los noventa), seguimos conservando las mismas cualidades que teníamos de niñas y de jovencitas. Las mujeres venimos al mundo con diversas tendencias que varían en función de los arquetipos activados en nosotras; estas pautas son las que modelan nuestra personalidad y determinan cuáles son nuestros intereses. Son los arquetipos que describí *en Las diosas de cada mujer*, y se basan en las diosas griegas que nos resultan tan familiares y con las que nos identificamos a través de sus mitos.

La mayoría de mujeres de personalidad compleja poseen en activo una variedad de arquetipos importantes de diosas. Dependiendo del ambiente familiar y cultural, sin embargo, algunos encajarán bien en ellas y otros les resultarán conflictivos, incluso en épocas en que no se quema a las mujeres en la hoguera, ni se las lapida por expresar a la diosa anulada que llevan dentro. Por otro lado, se originará un mayor número de conflictos interiores (entre las diosas) cuantas más posibilidades se tengan de elegir. Creo que las diosas griegas del monte Olimpo (únicas, e incluso antagónicas entre ellas) son una metáfora de la diversidad y el conflicto que se da entre mujeres complejas y con múltiples facetas. Todas estas diosas están potencialmente presentes en cada mujer, aunque parezca que en efecto nacemos con las características innatas de una o más de una. Cuando varias diosas compiten por el dominio de la psique de una mujer, será ella quien tendrá que decidir qué aspecto de su persona desea expresar a cada momento.

La experiencia posee un significado personal y espiritual si existe una conexión profunda entre el papel que desempeña la mujer y un arquetipo en concreto. Cuando eso no existe, la mujer que desempeña ese mismo papel se adapta a una vida "que no es la suya propia".

Si en los dos primeros estadios de nuestra vida adulta no pudimos encarnar un arquetipo en particular, aun deseándolo, en la tercera etapa, como consecuencia, nos sentiremos dolidas o nos

deprimirá la idea de la oportunidad perdida. Algunas mujeres niegan el hecho de que están envejeciendo, y al mantener la ilusión de que son jóvenes, van perdiendo autenticidad. El desarrollo psicológico y anímico sobreviene gracias a los arquetipos de la anciana y, sobre todo, a la evolución de las diosas que hay en cada mujer. Por todo ello es importante que las mujeres familiarizadas con la rica imaginería y mitología que nos ha ayudado a comprendernos a nosotras mismas a través de estas diosas, vuelvan a plantearse una nueva y más profunda lectura sobre el tema; y las que estén aprendiendo cuáles son estos arquetipos entren en el discurso.

Las diosas que se mantuvieron activas a lo largo de las dos primeras etapas de nuestra vida adulta a menudo lo siguen estando en la tercera. En cada estadio de la vida se dan unas pautas características en todos los arquetipos, y eso es lo que describí en *Las diosas de cada mujer*. Sin embargo, a pesar de que incluí un breve epílogo sobre "Los años venideros" en cada capítulo (que trataban de Artemisa, Atena, Hestia, Hera, Deméter, Perséfone y Afrodita), ahora que soy yo misma la que ha alcanzado este momento de la vida, tengo muchas cosas más que añadir.

De jóvenes, o en un momento muy concreto de nuestras vidas, nos vemos forzadas a adoptar un arquetipo de diosa en particular, aunque también esa diosa puede representar un problema para nosotras o convertirse en nuestra mejor baza: se trata de Afrodita cuando estamos enamoradas, Deméter si sentimos el deseo de quedar embarazadas o actuar de madres, o bien Perséfone cuando queremos volar alto. Hera nos impele al matrimonio o nos consume de celos, Artemisa nos aboca al feminismo y nos allana el camino para que nos centremos en la elección de nuestra profesión, Atenea nos va de perlas para entrar en el mundo masculino y, finalmente, recurrimos a Hestia cuando preferimos la soledad.

Las mujeres que están entrando en la edad madura y las que fueron jóvenes durante las décadas de los sesenta y setenta han tenido vidas muy complejas, haciendo malabares con el trabajo y las relaciones, vigilando el reloj biológico sin descuidar su trayectoria profesional, rompiendo con antiguas tradiciones y explorando nuevos ámbitos, y enfrentándose a situaciones y a elecciones personales mucho más complicadas de lo habitual. Las circunstancias y las elecciones (y también estas diosas) modelaron el curso de nuestras vidas personales. Volver a revisar el papel fundamental de estas diosas, por consiguiente, nos permitirá volver a reflexionar sobre el pasado o nos brindará la oportunidad de hacer balance, opciones ambas que pueden resultar muy provechosas, sobre todo si nos hallamos en el umbral de la próxima etapa.

Es posible que algunas mujeres mayores sólo hayan bebido de una única fuente, y hayan estado recurriendo a un único arquetipo durante toda su vida. Esa sola diosa, por lo tanto, define esencialmente su carácter, y la presencia de las demás divinidades

quizá sólo haya sido relevante en momentos puntuales de su vida. Ahora bien, una diosa en estado latente también puede despertar por primera vez y, como un arquetipo de última generación, convertirse en fuente inesperada de felicidad y evolución personal.

Categorías y características

En *Las diosas de cada mujer* situé estos arquetipos en tres categorías: las diosas virginales, las diosas vulnerables y la diosa alquímica, basándome en sus características psicológicas y en sus mitologías respectivas. Inventé estas tres categorías arquetípicas tras percatarme de que los modelos fundamentales que hay en la psique de la mujer encajan a la perfección, y de que las expectativas culturales influyen en cada una de las categorías. Hay dos fuerzas poderosas que nos influyen: los arquetipos y los estereotipos; tanto si somos conscientes de ello como si no. Las diosas griegas existieron en una sociedad patriarcal en la que los dioses gobernaban la tierra, los cielos, el mar y el mundo subterráneo. Por consiguiente, las diosas y sus categorías se tuvieron que adaptar a esta realidad, que las influía y subyugaba, y desde entonces eso es lo que ha hecho la mujer.

Cuando los griegos de la antigüedad describían a Artemisa, Atena y Hestia como diosas virginales, lo hacían porque eran vírgenes (eran diosas que conservaban la castidad). Eran las únicas divinidades, entre todos los dioses, las diosas y los mortales, a quienes no conmovía el poder irresistible de Afrodita. Coincidiréis conmigo, una vez haya descrito la clase de mujer en la que predominan estos arquetipos, en que la virginidad psicológica no se identifica con la virginidad física. Las diosas vulnerables (Deméter, Perséfone y Hera) sitúan en sus relaciones la fuente de sus dichas y pesares más profundos. He considerado a Afrodita, por el contrario, la diosa alquímica, por disfrutar de una categoría propia. Es el arquetipo de la amante, la cual, por supuesto, no es una diosa virgen, si no que

gracias al poder de elegir a sus amados, goza de una autonomía negada a las diosas vulnerables, así como una alquimia propia.

Cada una de estas tres categorías posee una conciencia de características diversas. La conciencia centrada tipifica a las diosas virginales, la conciencia difusa es característica de las diosas vulnerables y la conciencia de Afrodita es la que adoptamos cuando nos vemos inmersas en un trabajo creativo o estamos enamoradas.

Las diosas vírgenes

Las tres diosas vírgenes de los griegos y sus contrapartidas romanas fueron Artemisa (Diana), diosa de la caza y la luna, Atenea (Minerva), diosa de la sabiduría y las artes, y Hestia (Vesta), diosa

del fuego del hogar y el templo. Las tres personifican los aspectos independientes y no relacionales de la psique de una mujer. Todas ellas poseen una característica que les es propia exclusivamente. Artemisa y Atenea poseen atributos que le permiten a una mujer proyectarse fuera de sí misma para tener éxito en el mundo, mientras que Hestia se centra en sí misma. Las tres, de todos modos, representan los impulsos íntimos de las mujeres.

El aspecto virginal de la diosa es esa parte de la mujer que nadie posee y en la cual ningún hombre puede "penetrar": la que no necesita a ningún hombre, y tampoco valorarse gracias a un hombre determinado. Esta virginidad es psicológica. Cuando el arquetipo dominante es el de la diosa virginal, la mujer "se basta a sí misma" y no necesita a nadie más para sentirse completa o satisfecha.

Las mujeres que son como estas tres diosas tienen la capacidad de concentrar su atención en sus intereses. Sus actividades les absorben de entrada. En esa concentración no les cuesta "cambiar de sintonía" o excluir todo lo que es ajeno a la tarea que se llevan entre manos o al objetivo a largo plazo que se han marcado. Yo pienso en la conciencia centrada como en un rayo de luz intenso y dirigido a voluntad que ilumina sólo aquello en lo que nos centramos, dejando sumido en la oscuridad o las sombras todo lo que se encuentra fuera de su radio de alcance. Cuando una mujer puede centrarse en la resolución de un problema o la consecución de un objetivo, o bien en la práctica de la meditación durante largos períodos, puede prescindir de sus propias necesidades en lo que atañe a su alimentación o su descanso, y dejar de mirar por las necesidades emocionales de los que la rodean. Esta capacidad, por lo tanto, tiene sus ventajas y sus desventajas.

Las diosas vulnerables

Las tres diosas vulnerables son Hera (Juno), la diosa del matrimonio, Deméter (Ceres), la diosa del grano, cuyo papel mitológico principal lo desempeñó como madre de Perséfone, y Perséfone (Proserpina), la diosa doncella y reina del mundo de las sombras. Estas tres diosas personifican arquetipos que representan los papeles tradicionales de las mujeres: esposa, madre e hija. Son los arquetipos de las mujeres que se orientan hacia el ámbito social. Hera y Deméter, sobre todo, expresan la necesidad de la mujer de contar con una relación significativa para sentirse realizada. La mitología nos cuenta que estas tres diosas fueron maniatadas y subyugadas por unos dioses que las violaron, las secuestraron o las humillaron. Todas sufrieron por culpa de relaciones que terminaron o relaciones deshonorosas. Todas ellas se sintieron impotentes y acusaron trastornos psicológicos. Las mujeres en las cuales predomina este arquetipo son asimismo vulnerables y pueden deprimirse como Deméter y Perséfone, o bien obsesionarse y

mostrarse celosas como Hera. Cuando estos arquetipos los satisfacen unas relaciones positivas, sin embargo, la mujer descubre un sentido intensamente espiritual en su papel tradicional.

La conciencia difusa es la característica de su conciencia, y es como la luz de una lámpara de salita que ilumina y proyecta un resplandor cálido sobre todo lo que cae bajo su radio de acción. Es la atención que la mujer presta a los suyos, a los que le preocupan, y que le permite notar sus cambios emocionales más sutiles o escuchar los lloriqueos de su pequeño entre el barullo de las conversaciones adultas. Es una solicitud receptiva que sintoniza con los demás y los demás sienten de modo subliminal.

La diosa alquímica

Afrodita (Venus), la diosa del amor y la belleza, va situada en una categoría propia como la diosa alquímica, descripción que le cuadra dado el poder que sólo ella detentó, un poder cautivador y transformador. Al principio, Afrodita fue una presencia temida y reverenciada (hasta que la denostaron). Tenía la facultad de provocar que los mortales y las divinidades se enamoraran y concibieran nuevas vidas.

El poder alquimista de Afrodita sigue siendo formidable: aquellos a quienes Afrodita imbuje de belleza se sienten irresistibles. La consecuencia de entrar en contacto con Afrodita es que se siente una atracción magnética, el irrefrenable apremio de intimar con el otro (o "conocerlo") y consumir la relación. Aunque este instinto puede ser puramente sexual, a menudo el impulso suele ser más profundo, y representa un apetito tanto psicológico como espiritual.

La característica de la conciencia que denomino "conciencia de Afrodita" es como las luces de candilejas, que contribuyen a crear un entorno mágico entre el público y el actor, el orador o el músico. Esta clase de conciencia es más centrada e intensa que la conciencia difusa de las diosas vulnerables, pero se muestra más receptiva y atenta a su objeto que la conciencia centrada de los arquetipos virginales. Lo que se encuentra en el primer plano del escenario realza, dramatiza o magnifica la influencia que esa experiencia tiene en nosotros, y nuestra reacción influye a su vez en los que se encuentran en el escenario. Cuando esto ocurre, decimos que hay alquimia entre el público y los actores. Nosotros asimilamos lo que vemos y reaccionamos. Además, la iluminación especial colabora a transportarnos emocionalmente. Contribuye a crear un efecto ilusorio en el escenario.

Cuando una mujer atractiva centra esta característica de la conciencia en hombres susceptibles a sus encantos, la alquimia resultante es la de Afrodita. Si ella no es consciente de la fuerza que genera, suele enamorarse, y eso trastoca su vida y la vida de los que caen bajo su hechizo temporal.

La conciencia de Afrodita está presente en todos los trabajos de creación, tanto si se realizan en equipo como individualmente. La persona creativa se abandona al trabajo y, al mismo tiempo, demuestra estar imbuida de una perspicacia sensitiva, como los amantes. El trabajo creativo implica el ensimismamiento, la intensidad y la fascinación. Los dos elementos que lo integran (la obra y la persona) resultan afectados por el proceso.

En este apartado las breves descripciones que hago de cada una de estas diosas o bien os introducirán al tema, o bien os refrescarán la memoria. Si es la primera vez que leéis algo de estos arquetipos y os habéis podido reconocer en ellos, os interesará *Las diosas de cada mujer*, libro donde planteo el envejecimiento de cada una de las diosas centrándome en las maneras más positivas que tiene una divinidad de expresarse en la vida de las mujeres mayores y en las dificultades y los problemas característicos que surgen con la edad. También destaco la afinidad que existe entre todas estas diosas y ciertos arquetipos de la anciana.

ARTEMISA, LA DIOSA DE LA CAZA Y LA LUNA

Hermana, feminista y cosechadora de éxitos

Artemisa, a quien los romanos denominaban Diana, era la diosa de la caza y la luna. Esa alta y encantadora hija de Zeus y Leto vagaba por los bosques, las montañas, las llanuras y los claros indómitos con su séquito de ninfas y su jauría de perros cazadores. Vestida con una túnica corta y armada con un arco de plata y un carcaj de flechas a su espalda, era la arquera que no erraba jamás el objetivo. Como diosa de la luna, se la representa en las estatuas como la portadora de la luz, con una antorcha en la mano o con la luna y las estrellas coronándola. Artemisa, simbolizada por una luna en cuarto creciente, representaba el primero de los aspectos de aquella diosa tripartita que antaño se reverenciaba: el de la doncella. Selene era la luna llena o ya crecida y Hécate la luna en cuarto menguante. Como trinidad, el reino de Artemisa era la tierra, Selene poseía los cielos y Hécate, el mundo subterráneo. Sin embargo, de las tres sólo Artemisa fue una las principales divinidades griegas.

Como diosa de la vida salvaje, se la asociaba a animales monteses que compartían con ella sus características. El ciervo y la paloma eran símbolos de su espíritu esquivo, el oso representaba su papel de fiera protectora de los jóvenes, y el jabalí (al cual en una ocasión desató iracunda para que destruyera una campiña) encarnaba su aspecto destructivo.

Artemisa fue la hija de Zeus y Leto (una deidad de la naturaleza preolímpica), la hermana gemela de Apolo, rey del sol, y la primera en nacer. Nada más nacer, la diosa niña tuvo que presenciar el parto más difícil de la mitología griega. Durante nueve días y nueve noches Leto sufrió unos dolores atroces hasta que al final dio a luz a Apolo con la ayuda de Artemisa en calidad de comadrona. Por esa razón Artemisa era la diosa de los alumbramientos, a la cual oraban las mujeres que iban de parto para poder dar a luz sin dolor.

Cuando Artemisa cumplió tres años, Leto se la llevó al monte Olimpo para que conociera a su padre Zeus, quien quedó prendado de su hijita y prometió concederle todo lo que deseara. A los tres años Artemisa ya sabía con exactitud lo que quería: un arco y unas flechas, una jauría de perros para ir a cazar, un séquito de ninfas, una túnica corta que no le impidiera correr, montañas y naturaleza salvaje, por ser sus lugares favoritos, y la castidad eterna. Zeus le concedió todos sus deseos, más el privilegio de poder elegir ella misma. Se le dio autonomía y se le prometió que jamás la violarían ni sería subyugada por el poder masculino.

Como arquetipo, Artemisa personifica el espíritu femenino independiente que le permite a la mujer buscar sus propios objetivos en el ámbito elegido por ella. Sus características, como, por ejemplo, la solidaridad femenina y la independencia, fueron idealizadas por las feministas. La divinidad actuaba con rapidez y decisión para castigar a los que la ofendían. Según la mitología, fue la única diosa que acudió en ayuda de su madre: un gigante había intentado violar a Leto, y Artemisa le impuso un castigo contundente (la violación era un fenómeno usual en la mitología griega, y el castigo, una rareza). Artemisa era la protectora de las crías salvajes y las chiquillas.

Era la hermana mayor arquetípica de sus compañeras, las ninfas, y se mostraba como un igual cuando competía con su hermano gemelo Apolo.

Afín al mundo salvaje y los animales, el arquetipo de Artemisa es el que se encuentra activo en las mujeres que viajan con mochila, cabalgan y demuestran poseer una conexión espiritual con la naturaleza. Una artemisa atlética es una competidora feroz y una jugadora de equipo. Le preocupan la igualdad, la equidad y la justicia para las personas y los animales, y ya tenía estos valores de pequeña. Cuando la trataban de un modo distinto a su hermano porque era una niña, protestaba y decía que eso no era justo. Como de adulta la motivan los mismos valores, puede llegar a convertirse en una activista, y en su defensa, mostrarse implacable. En los inicios del movimiento feminista, por ejemplo, esta clase de feministas despellejaban a las que no se mostraban tan radicales, y dirigían su cólera hacia las personas y las instituciones sexistas (precisamente la destructividad justificada es el aspecto sombrío de este arquetipo). El sentido metafóricamente indómito de ámbitos todavía vírgenes para las mujeres atrajo a muchas artemisas a campos que nunca antes habían sido del dominio femenino. Armado con los atributos de la cazadora que no yerra el objetivo, éste fue el arquetipo activo en las jóvenes que perseguían algún fin y, por voluntad propia, ponían su mira en los objetivos personales.

La Artemisa de Éfeso probablemente es la estatua más famosa de la diosa. Es más majestuosa que las representaciones habituales de la diosa cazadora, y se la suele llamar "la Artemisa de múltiples pechos" a causa de las numerosas filas de protuberancias redondeadas que le cubren el pecho. En la edad adulta las mujeres, por lo general, compaginan varios papeles y muchísimas responsabilidades, y la faceta que encarna Artemisa se siente más limitada que realizada con los papeles tradicionales de esposa y madre o educadora: una mujer Artemisa diría que es «como una Artemisa de Éfeso, con un ser colgando de cada pecho». Sin embargo, es precisamente debido a sus compromisos con la gente como Artemisa alcanza su madurez y compasión. Hasta que no se implique a fondo o pase por las experiencias del dolor físico, la dependencia, los celos o la pérdida emocional, no será capaz de

sentir empatía por el sufrimiento de los demás, ni tendrá conciencia de su propia vulnerabilidad.

La humildad es una buena maestra, por otro lado. La mujer artemisa, de profundos sentimientos y elevados principios, puede ser muy recta e intolerante. Además, sabe actuar con rapidez cuando la mueve la rabia, y hacer daño. Sin embargo, como es capaz de reflexionar y posee la habilidad de sentir remordimientos con la misma intensidad que siente la ira, aprende bien la lección de la humildad y se vuelve más sabia con los años.

Artemisa en la edad madura

Es bastante frecuente no sólo que la mujer siga conservando sus rasgos de Artemisa en la madurez, sino que también disfrute de un renacimiento personal. Si es una persona activa que goza de buena salud, esta última etapa de su vida puede representar para ella los mejores años que haya vivido jamás. Todo lo que significó una pérdida importante cuando predominaban los otros arquetipos (la jubilación, el fin de un matrimonio a causa del divorcio o la viudedad o incluso el que crezcan los hijos y abandonen el nido) puede liberar a una mujer y permitirle desarrollar su faceta de Artemisa. Una artemisa de edad avanzada sigue mostrando afinidades con los jóvenes y conservando la capacidad de pensar como ellos, lo cual le permite no sentirse anciana a pesar de la opinión contraria de los demás. Es una exploradora a quien le encanta viajar a lugares nuevos y desconocidos, y se interesa apasionadamente por todo lo que la fascina. Es posible que se sienta más libre para seguir sus propias inclinaciones y esté más dispuesta que muchos otros a abandonar casa y hogar para descubrir nuevos territorios. En esta era en que los vehículos también se conciben para el ocio personal, nuestra artemisa puede sentirse inclinada a lanzarse a la carretera en su casa rodante (existen redes y organizaciones de mujeres mayores y conductoras de caravanas cuyas integrantes informan sobre las condiciones del camino por medio de sus centralitas de radio o sus teléfonos móviles y dan su posición a las demás como medida de seguridad). Por otro lado, también puede marcharse al extranjero o incorporarse a una reserva para trabajar de voluntaria, sin que le importen las privaciones y las inclemencias que conlleva vivir entre la gente de una tribu, o bien viajar sola, diseñando su itinerario sobre la marcha, con la tranquilidad de saber que hoy en día ya existen muchos albergues para gente mayor. A lo mejor se siente atraída por Esalen, Findhorn y otros centros de desarrollo personal situados en preciosos enclaves naturales que le ofrecen la oportunidad de explorar un nuevo ámbito psicológico y espiritual. En una ocasión en que dirigí varios talleres sobre la sabiduría en la mujer, pude constatar que entre las participantes siempre había invariablemente magníficos modelos de artemisas tardías.

Si artemisa se manifiesta en un matrimonio duradero, es muy probable que esa mujer se comporte como una compañera igualitaria y de fácil convivencia, y que incluso cada miembro de la pareja conserve sus propios amigos e intereses. Artemisa siente aversión a la limitación personal que supone tener un cónyuge posesivo. Si, por el contrario, artemisa vive en un matrimonio patriarcal y tradicional, deberá cambiar muchas cosas. El matrimonio no es una institución que las mujeres artemisas necesiten imperiosamente, y cuando se da el caso de que una de estas mujeres inicia una nueva relación íntima en sus años de madurez, prefiere sin lugar a dudas conservar su autonomía de soltera y los domicilios separados, si es posible.

Al alcanzar la madurez, las artemisas lesbianas, por lo general, se integran en una gran familia, que incluye a antiguas amantes convertidas en amigas duraderas. La mujer heterosexual que *cambia* su orientación sexual en la tercera etapa de su vida suele ser una artemisa cuya relación surge de su predisposición a investigar nuevos terrenos y desear una relación con un igual. Por consiguiente, si se siente fuertemente atraída por una mujer, seguirá esta atracción hasta sus últimas consecuencias.

La artemisa anciana con hijos mayores y nietos suele llevarse muy bien con todos ellos. En su papel de madre osa, símbolo muy apropiado para su estilo maternal, no dudó en protegerlos a todos de pequeños, impedir que nadie pudiera maltratarlos y fomentarles la independencia a medida que iban creciendo. Las mujeres artemisas quizá no se muestren tan cercanas a sus hijos como otras mujeres, aunque puede darse el caso, sobre todo si comparten intereses mutuos. Cuando envejece, a la anciana artemisa le preocupa no llegar a depender de los hijos y se esfuerza al máximo por mantener su independencia y no convertirse en una carga.

Si le apasiona su profesión, no es probable que una artemisa se jubile; y eso ocurrirá si su trabajo le sigue planteando desafíos a la par que le asegura una independencia económica. Puede trabajar sola, en equipo o incluso formando parte de una institución jerárquica, siempre y cuando pueda moverse con total libertad en su propia esfera de actuación. No obstante, estará deseando retirarse si su trabajo es monótono o tiene un jefe controlador. La diosa masca el bocado cuando lleva la brida demasiado tensada, y espera con impaciencia salir a los pastos para saltar la valla sin tardanza y adentrarse en el terreno salvaje de su elección.

Georgia O 'Keefe presentó rasgos de Artemisa durante toda su vida, y su madurez duró cuatro décadas. Conservó su nombre al casarse, y fue una artista que al romper con la tradición para crear su propio arte, se vio obligada a capear las dudas personales y a los críticos de arte. No fue madre, elección que parece ser que la angustió mucho, porque sentía que sólo podía ser madre o artista, no ambas cosas a la vez. Se enamoró de la belleza agreste de los desiertos y las montañas de Nuevo México, y allí iba de vez en

cuando para pintar. Eso comportaba estar meses separada de su marido Alfred Stieglitz, incluso cuando la salud de él empezaba a deteriorarse. Al morir su marido, ya nada la retuvo en el este, y se trasladó a vivir a Nuevo México, donde pasaría el resto de su vida. Pintó hasta que perdió la vista, y luego trabajó con arcilla. Vivió donde quería vivir, y llevando la vida que deseaba, en el empeño de crear un corpus artístico que la sitúa entre los artistas más famosos del mundo. En una ocasión dijo que lo que la diferenciaba de los demás era que ella sabía lo que quería. Georgia O'Keefe poseyó una intensa capacidad de centrar su voluntad y su talento en los objetivos que había elegido, tanto si era para crear como para conseguir cualquier otra cosa.

La artemisa tardía

Artemisa resurge en la madurez de algunas mujeres que se han pasado décadas desgajadas de esta faceta propia. Las circunstancias que lo hacen posible han cambiado, y sólo ahora son libres de ser como Artemisa. En el pasado esta clase de mujer sabía que Artemisa formaba parte de su vida: cuando trepaba a los árboles, se divertía en los campamentos de verano o prácticamente vivía en un establo. Estaba segura de sí misma y nada la cohibía, hasta que algo cambió, y Artemisa se vio relegada al reino de las sombras.* Quizá Artemisa resurgió durante una determinada época de su juventud, mientras asistía a reuniones de algún grupo de concienciación o a la universidad, pero luego se vio postergada. Es posible, incluso, que la mujer perdiera el contacto con la diosa tras ser violada. La mujer se aleja de Artemisa por múltiples causas. La pubertad y la atracción por los chicos trasladan a Afrodita a un primer plano de la psique, mientras que las expectativas académicas exigen que la mujer desarrolle a Atenea. La presión social puede llegar a acarrear la inhibición de los rasgos de Artemisa; y ocurre sobre todo cuando la familia, la religión o la cultura son sumamente patriarcales. Cuando el adjetivo "feminista" adquiere una connotación negativa, se elimina a Artemisa. En ocasiones la pérdida de Artemisa se puede atribuir principalmente a la falta de tiempo y energía, debido a las exigencias de la familia y el trabajo. Sea cual sea la causa, Artemisa es muy bienvenida en la etapa de la madurez: en ella volvemos a exigir la libertad de espíritu, la voz propia, la afinidad con la naturaleza o la sensación de reavivar antiguos propósitos.

* A los ocho o nueve años las niñas tienen las ideas definidas, confían en sus percepciones, hablan por sí mismas, se muestran confiadas y son muy naturales, características todas ellas de Artemisa; al llegar a la adolescencia, sin embargo, se vuelven indecisas y tímidas. (Idea extraída del estudio de Harvard sobre "La psicología femenina y el desarrollo de las niñas", incluido en *Meeting at the Crossroads: Women's Psychology and Girls' Development*, de Lyn Brown y Carol Gilligan. Cambridge, Massachusetts. Harvard University Press, 1992.)

Artemisa aprende la lección de la sabiduría

Las lecciones que imparte la vida son las que vuelven sabia a artemisa. El arquetipo, en su etapa de doncella, es capaz de centrar sus energías en su profesión o en las causas que defiende. Sin embargo, la realidad y la humildad se encargan de darle una buena lección, como les ocurre a los que creen que seguirán siendo eternamente jóvenes o que siempre tienen razón. Cuando la mujer se percata de su propia vulnerabilidad, empieza a entender las elecciones y los compromisos de los demás. Al equivocarse y sentir remordimientos, ya se muestra menos sentenciosa con el prójimo. A pesar de su tendencia innata a moverse con rapidez, como la luna misma, artemisa posee la capacidad de reflexionar. Sabe ir sola por la vida y sacar sus propias conclusiones, y se tomará como algo personal todo lo que aprenda. Se retira a la naturaleza en busca de solaz cuando se siente confundida, herida o dolida, y en ella halla consuelo. Este comportamiento la pone en contacto con los ciclos de la vida, y aprende a ser más sabia. La naturaleza, además, también le enseña a ser paciente, que es una de las lecciones que la mayoría de mujeres artemisas necesitan aprender.

Artemisa era rápida infligiendo castigos y tomando represalias, y se mostraba inmisericorde e iracunda; elementos, por otro lado, bastante sombríos para una joven artemisa. No obstante, cuando estos sentimientos afloran en la artemisa sabia, lo hacen de un modo fugaz y pronto son acallados. La artemisa que ha evolucionado es consciente de su lado oscuro, y no permite que estos sentimientos la controlen o posean. Lo que ha aprendido a través de la introspección le proporciona una mejor comprensión de su persona y de los demás. Así como otras mujeres se hartan al llegar a la edad madura y sueltan el grito de "¡Ya está bien!", eso no le ocurre a artemisa. En general, no ha tenido que aguantar una relación opresiva ni se ha convertido en un ser codependiente. Al contrario, es posible que haya abandonado relaciones importantes antes de tener que esforzarse para que funcionaran, y sólo con el tiempo sabrá calibrar las consecuencias de sus actos y podrá preguntarse cómo habría sido su vida si hubiera actuado de forma distinta.

La sabiduría de Hécate y Hestia

Hécate, la diosa de la encrucijada y de la luna en cuarto menguante, es el arquetipo de la sabiduría que se asemeja más a Artemisa. Mostrarse sensible a la influencia espiritual de la belleza y la majestad de la naturaleza salvaje forma parte de su naturaleza lunar, así como percibir el vínculo sagrado con los elementos y el gran misterio de formar parte del universo (sobre todo bajo el cielo nocturno, cuando Hécate se manifiesta). La luz de la luna y el resplandor del fuego (su hogar podría ser un fuego de campamento) hacen que Artemisa se repliegue en sí misma e invoque a Hécate y Hestia, las diosas del hogar y el templo. La reflexión y la meditación le permiten interiorizar sus conocimientos y volverse más espiritual que nunca.

Cuando eso ocurre, la mujer Artemisa que ha alcanzado la madurez de su vida puede decidir poner sus recursos y la sabiduría y competencia que ha adquirido con los años al servicio de algo distinto; "devolver" lo que ha obtenido actuando de mentora y dando su apoyo a organizaciones que protejan los derechos de las mujeres, los niños o los entornos naturales. Incluso puede que se sienta atraída por la búsqueda de su propio camino espiritual.

Cuando una Artemisa se vuelve sabia, aprende a estar en la encrucijada de Hécate. Si eres una Artemisa, a lo largo de la vida habrás tenido ocasión de reaccionar con contundencia, adoptar una postura clara, acudir en ayuda de alguien o actuar con precipitación, y habrás descubierto que de tus acciones se desprendieron consecuencias y matices inesperados. Las lamentaciones y los remordimientos te habrán enseñado a tomarte unos minutos y consultar con Hécate antes de hacer algo que pueda cambiar tu vida o influir en los demás. Habrás aprendido también que la observación y la reflexión deben preceder a la acción. Sólo conseguimos la sabiduría de Hécate si adoptamos su punto de vista y logramos ver los tres caminos a la vez: el que nos da razón de dónde nos hallamos y los que nos guían a otros destinos de nuestra elección.

ATENEA, LA DIOSA DE LA SABIDURÍA Y LAS ARTES

Estratega, guerrera y artesana

Atenea era la diosa griega de la sabiduría y las artes, apodada Minerva por los romanos. Era una diosa guerrera hermosa e impresionante, protectora de los héroes que elegía y de la ciudad que llevaba su nombre, Atenas. Era la única diosa olímpica a quien se representaba con armadura (con el visor del casco levantado para revelar su belleza, un escudo en el brazo y una lanza en la mano). Como correspondía a su papel de diosa que presidía la estrategia en la batalla y las artes domésticas en tiempos de paz, en ocasiones sostenía una lanza en una mano y un huso o un cuenco en la otra. La lechuza era su símbolo. Era la hija de Zeus y consideraba que este último era su único progenitor. Su madre era Metis, pero ya hemos visto que Atenea no la recordaba, porque cuando estaba en su vientre, Zeus indujo a Metis a empequeñecerse mediante engaños para tragársela luego. La diosa "nació", por consiguiente, como una mujer adulta de la cabeza de Zeus, y se convertiría en su hija preferida y en la única divinidad olímpica a quien el dios confió sus símbolos de poder.

La sabiduría de Atenea era pragmática y práctica. Era la protectora de las ciudades, patrona de los ejércitos y diosa de los tejedores, los orfebres, los alfareros y los sastres. Las habilidades marciales y domésticas que se asocian con Atenea requieren planificación y ejecución; son actividades que requieren un pensamiento y una acción encaminados hacia un objetivo determinado. En el mundo contemporáneo los ejecutivos de las corporaciones, los programadores informáticos y los diseñadores de productos, los que trabajan en el campo de las leyes y los especialistas en técnicas de mercado se hallarían bajo su protección. El arquetipo de Atenea fomenta el éxito y la ambición, y posee ojo clínico para las alianzas y un dominio ajedrecístico de jugadas clave que aplica con gran estrategia al ámbito en el que se encuentra. Atenea es el arquetipo dominante en las mujeres de pensamiento lógico que siguen los dictados de su cabeza y desoyen los de su corazón. Predispone a la mujer a pensar con claridad, mantener la cabeza fría en el calor de una situación emotiva y adoptar una posición táctica en medio de un conflicto.

Atenea es el arquetipo de "la hija del padre" que se encuentra en aquellas mujeres que gravitan de un modo natural hacia hombres que detentan puestos ejecutivos parecidos al de Zeus o hacia otros

cuya psicología se inspira en la de los héroes griegos de la mitología, a los cuales la diosa otorgaba la estrategia necesaria para ganar las batallas, capturar el vellocino de oro o cortar la cabeza de la Medusa. El feminismo brindó la oportunidad a las ateneas no feministas de entrar en el mundo masculino del poder, donde se procuraron mentores, se sintieron cómodas entre competidores y colegas varones, y pudieron labrarse un lugar para sí mismas en la antigua jerarquía exclusivamente masculina. A partir del movimiento para la liberación de la mujer, las ateneas individuales han llegado a ocupar puestos de importancia en los gobiernos, el mundo de los negocios, el mundo académico e incluso el ejército. Son las hijas del patriarcado que han alcanzado el éxito.

El ejemplo histórico de una Atenea de éxito fue la reina Isabel I de Inglaterra, conocida como la Reina Virgen, la hija de Enrique VIII. Gracias a una combinación de estrategia, diplomacia y ausencia de misericordia, forjó alianzas y sobrevivió a sus rivales hasta llegar a convertirse en reina; en los años sucesivos logró mantenerse alejada y preservar a su país de los embates del poder extranjero y clerical.

La diosa Atenea era una guerrera defensora de la autoridad y las prerrogativas del poder, cosa que las ateneas mortales son muy proclives a hacer también (más que convertirse en paladines de la verdad o la justicia). Otro aspecto sombrío de Atenea que también puede, ser problemático para algunas mujeres es la predisposición a hacer lo que sea con tal de alcanzar sus objetivos: sin considerar si para llegar a la meta hay que mostrarse poco escrupulosa o despiadada. En la *Ilíada*, por ejemplo, cuando Aquiles y Héctor estaban enzarzados en un combate cuerpo a cuerpo, Atenea engañó a Héctor, el héroe troyano, haciéndole creer que tenía a su hermano al lado como escudero. Una vez que Héctor hubo arrojado la lanza sin dar en el blanco, se volvió hacia su hermano para tomar otra y entonces descubrió que estaba solo y desarmado, lo cual facilitó a Aquiles la tarea de matarlo. El apoyo de Atenea no sólo sirvió para proporcionar a Aquiles una ventaja injusta, sino que la diosa se valió del engaño para destruir a su competidor.

Las mujeres cuyo arquetipo dominante es Atenea la guerrera y la estratega pueden llegar a involucrarse tanto en la facultad o en el trabajo que incluso pueden llegar a no desarrollar otros aspectos de su vida. Son competidoras que luchan para ganar. Sea el campo de batalla el mercado, la arena política o el mundo académico, el éxito le impide ver que está pagando un precio muy alto. Al centrarse con tanta intensidad en su trayectoria profesional, sus objetivos pueden interponerse en su desarrollo emocional y, como resultado, quizá no cuente con demasiadas relaciones íntimas en su vida personal o carezca de una vida interior rica y sólo disponga de placeres simples o momentos espontáneos (algo que, por lo general, no suele advertir hasta que aminora la marcha).

Cambio y crecimiento

El cambio y el crecimiento le llegan a atenea si la vida le propina algunos golpes y le cambia la perspectiva o le abre el corazón. Es posible que el inicio lo marque una traición dolorosa y esa mujer pierda la gracia como hija favorita del padre, o que sufra otras pérdidas lo suficientemente importantes como para penetrar en su armadura intelectual y tocar sus sentimientos de dolor, vulnerabilidad y soledad. Por muy doloroso que pueda ser este período, sin embargo, la introspección y el mostrarse abierta a los sentimientos puede ser una actividad transformadora gracias a la cual la mujer atenea contemplará sus acciones anteriores bajo una luz distinta. Recordará el coste que sus estrategias vencedoras del pasado supusieron para los demás, le remorderá la conciencia y será capaz de sentir compasión.

La conciencia de que la vida pasa quizá sea como una sacudida que la lleve a refugiarse en su interior y a volverse reflexiva, o bien a convertirse en una feminista tardía. Es lo que puede sucederle a una atenea que se ha centrado tanto en el trabajo que, cuando se acerca a la madurez, se da cuenta de que quizá ya sea demasiado tarde para formar una familia, percibe eso como una pérdida y, por primera vez, experimenta lo que es la soledad durante las vacaciones. Ése es el momento en que se da cuenta de que sus colegas masculinos no sacrificaron la posibilidad de construir una familia para poder ascender en la profesión, y en cambio ella sí. Quizá también descubra que en el ascenso hay un techo de cristal para las mujeres, y que las feministas a las cuales menospreciaba en el fondo tenían razón. Es posible, asimismo, que sienta esa leve incomodidad y depresión que van ligadas al éxito y se sorprenda diciendo: « ¡Pues vaya! ¡Así que era de esto de lo que se trataba! ».

La diosa Atenea era inmune al amor, pero las ateneas mortales sí se enamoran, y quizá por esa razón, o por el surgimiento inesperado del instinto maternal, aparecen otras energías arquetípicas en su mente. En ese momento la mujer que antes se orientaba hacia Atenea descubre que sus prioridades y valores entran en conflicto y ya no se identifica plenamente con este arquetipo. Las ateneas también se casan y tienen hijos, pero se centran en el trabajo del mismo modo que los hombres han hecho tradicionalmente. No se trata de si se casa o no y de lo que le importe su familia, sino de cómo le afecta todo eso a ella.

La necesidad de "recordar a Metis" es una tarea psicológica que toda atenea tiene ante sí. Recordar a Metis posee varios significados, y todos ellos apuntan al reconocimiento y al desarrollo del vínculo con lo femenino: los sentimientos, la naturaleza, el instinto, lo femenino sagrado, o bien la identificación con las mujeres y el feminismo. En sentido metafórico, consiste en convertirse en la hija de la madre

además de seguir siendo la hija del padre. Este potencial lo desarrollan muchas mujeres que empiezan su andadura en la vida como ateneas, luego se abren a las emociones, se vuelven más compasivas y, al final, adquieren conciencia de los temas que preocupan a las mujeres.

Atenea en la edad madura

Empezar a ser una mujer mayor postmenopáusica le resulta facilísimo a una atenea. Dado que la moderación, el comportamiento sensato y la planificación del futuro son rasgos de la diosa, la mujer iniciará la tercera etapa de su vida en buena forma física y financiera. Tendrá ya organizada su jubilación, en el caso de que sea obligatoria, o posiblemente seguirá trabajando si tiene una profesión liberal o un negocio propio; porque le gusta ser productiva. Si se jubila, o su papel era el de esposa y ama de casa tradicional y enviuda, seguramente se inventará una rutina en torno a un programa de actividades que la harán asistir a reuniones, clases o actos culturales de su interés. Muchas ateneas son activas y eficaces voluntarias o pasan a formar parte de un patronato.

Una atenea artesana que envejece entra en una etapa en la cual obtiene reconocimiento por su trabajo, patrocina a otros colegas de su profesión o se encuentra en la etapa más creativa de su vida. Si practicaba ese arte como una afición o un interés particular, ahora será capaz de trabajar en él con más ahínco. A pesar de no sentirse demasiado atraída por la meditación como idea genérica, la concentración en la que se sume mientras teje o modela una vasija en el torno (el estar absorta en la artesanía, en cualquiera de sus formas) es una experiencia meditativa que también puede tener un efecto alquímico en la psique del artesano y la obra que crea.

A la mayoría de ateneas les encantan los actos culturales y la diversidad de ofertas que la ciudad ofrece a sus habitantes. De hecho, les ofrece la oportunidad de ver a otras personas con regularidad, sacar entradas para asistir a conferencias durante toda la temporada o matricularse en cursos eméritos de la universidad y ampliar su círculo de amistades con gente de todas las edades. Si está casada, en general su matrimonio se caracterizará por el compañerismo. Su respeto por la tradición y el sentido práctico de considerar que la unión conyugal es como una alianza le permite, por otro lado, mantener las apariencias y seguir casada con un hombre cuya infidelidad ya le habría valido una demanda de divorcio por parte de un cónyuge distinto. Esta clase de mujer sabe mantener las formas sin cargarlas de tintes emocionales o dotarlas de significados más profundos. Las observancias religiosas, las vacaciones tradicionales o los compromisos familiares, por lo tanto, se convierten en una obra escenificada, donde ella interpreta el papel que le han asignado.

Una atenea en la madurez que tenga hijos ya crecidos se llevará bien con ellos, aunque esa relación no sea demasiado íntima, sobre todo si esos hijos se le parecen lo bastante como para salir adelante en la vida y vivir de manera convencional.

Es posible que una madre atenea haya tenido problemas con un hijo más emocional que ella, con dificultades en los estudios o cuya reacción ante el empeño que la madre ha puesto siempre en la acción fuera negativa, o bien puede que ese hijo fuera un soñador o rechazara sus valores convencionales. En cualquier caso, no forma parte de la naturaleza divina de Atenea mostrarse empática, reconocer las propias equivocaciones o comprender que sus comentarios pueden herir a los demás a pesar de inspirarse en su gran sentido común. Aprender a mostrarse compasiva es el desafío más grande que se le plantea, y a menudo sólo suele conseguirlo tras dolorosos enfrentamientos familiares. En caso contrario, si los hijos ya han renunciado a que cambie y deje de ser la persona convencional y racional que es, sólo les quedarán dos caminos: alimentar el rencor hacia su madre o aceptar su manera de ser.

No obstante, al mostrarse proclives a discernir y distanciarse de las cosas, si una atenea mayor se repliega en sí misma, no tardará en descubrir que existe un nexo con la sabiduría de Metis o el equilibrio de Hestia. Por lo general, sin embargo, la actitud de mantenerse ocupada y productiva es el obstáculo principal con que tropiezan las ateneas para poder desarrollar estos dos arquetipos de mujer madura.

El amor, el sufrimiento o la vulnerabilidad física o emocional repentinas puede despojar a Atenea de su armadura intelectual y defensiva. Al abrirse por completo a los sentimientos, al dejar que el dolor físico o moral o el amor se apoderen de ella, la mujer atenea se convierte en una mujer como las demás, sin protección alguna. Pasado el tiempo, cuando pueda elucidar esa experiencia mentalmente, descubrirá que su perspectiva ha cambiado debido a la compasión de Kuan Yin. Quizá advierta el sufrimiento que antes no podía ver y sienta que ya ha llegado el momento de gritar: « ¡Ya está bien! ». La fiereza de Sekhmet en una atenea madura es una fuerza formidable para el cambio.

Tiempo libre para estar con Atenea

Las mujeres que nunca han podido tener tiempo para dedicarlo a las lecturas que deseaban hacer fervientemente, ni para apuntarse a los cursos que seleccionaban y marcaban con un círculo, o las que tienen cajones rebosantes de material para realizar proyectos que nunca pudieron llevar a cabo por falta de tiempo, desean tener el nido vacío para encontrar el momento propicio de liberar a Atenea. A las ateneas anteriores al feminismo las animaban a ir a la universidad, pero tampoco se esperaba de ellas que hicieran nada

con esa educación. El objetivo era que se casaran bien o con sensatez, y si lo lograban y llevaban una vida convencional y cómoda, la tercera etapa podía convertirse en la época en que la atenea académica renacía.

Por otro lado, la atenea que lucha en su puesto de trabajo puede desear que llegue el declive de su carrera profesional para situarse en la otra cara de la moneda, simbolizada por el huso en lugar de la lanza. En la segunda etapa de su vida le faltó tiempo para realizar todos esos planes domésticos que tenía en mente. Martha Stewart, con todos sus proyectos sobre la casa, el jardín, la cocina y la artesanía combinados con una sagacidad para los negocios que le ha llevado a crear un imperio corporativo, es un ejemplo del triunfo en ambos campos. La mayoría de ateneas, sin embargo, se centran en uno solo durante su fase productiva intermedia y desean disponer de tiempo para realizar el otro cuando sean mayores.

La atenea tardía

Hace tan sólo un siglo en Estados Unidos, y todavía en algunos lugares del mundo, la mayoría de mujeres recibían una educación muy somera, o bien carecían de ella. A pesar de que esta situación ha cambiado en prácticamente todo el país, siguen existiendo casos individuales en los cuales no se otorga un lugar especialmente relevante a Atenea durante las dos primeras etapas de la vida de una mujer. Ése puede ser el caso de las mujeres que se han casado jóvenes y han tenido muchos hijos, las que provienen de una familia, o forman parte de un matrimonio, que no demuestra tener grandes expectativas en la inteligencia o la independencia de la mujer, o bien esas personas con una actividad limitada por la pobreza o una discapacidad. Es posible entonces que florezca una atenea tardía, a condición de que las circunstancias cambien (es decir; cuando se dan todos esos condicionantes, quizá esas mujeres ya han entrado en la madurez).

Por primera vez en la vida, por consiguiente, se es capaz de descubrir el apasionante mundo de la mente y apuntarse a cursos sobre materias que fascinan, o bien descubrir que se puede defender la opinión propia en un grupo de debate, un aula o Internet. Quizá una viuda descubra que tiene talento para los negocios o las inversiones; y otra mujer empiece a desarrollar un arte, vea que tiene un don natural y la absorban el aprendizaje y la creación. Es una gratificación enorme ser capaz de desarrollar los intereses intelectuales y aprender cosas por el mero gusto de aprender. Nace entonces el arquetipo de Atenea tardía, y nace de adulta, de nuestra propia cabeza.

HESTIA, LA DIOSA DEL HOGAR Y EL TEMPLO

La mujer anónima que vigila el fuego del hogar

Hestia, la diosa griega del hogar y el templo (y uno de los arquetipos de la sabiduría en la edad madura), puede ser el arquetipo dominante en las niñas introvertidas y en las jovencitas que, en el pasado, llegaban a convertirse en las solteronas retraídas de esas familias tan numerosas. Hestia fue la divinidad menos conocida de los doce grandes dioses olímpicos, la primera en nacer, la hija mayor de Rhea y Cronos, padres de Zeus, Deméter, Hera, Poseidón y Hades. Apenas se la menciona en los mitos porque, a excepción de todos los olímpicos genuinos, jamás tomó parte en sus disputas y sus guerras y tampoco en sus aventuras sexuales o amorosas. Apolo y Poseidón habrían podido ser sus pretendientes y, por consiguiente, rivales, pero Hestia juró ser virgen eternamente y conservó la paz entre los olímpicos, deseo que Zeus le otorgó. Los pintores y escultores no representaban a Hestia con forma humana: era una diosa sin imagen. Se hallaba presente, sin embargo, en el fuego sagrado de los hogares circulares que constituían el centro espiritual de la casa, el templo y la ciudad.

Las casas y los templos no estaban santificados hasta que penetraba en ellos Hestia, a la cual honraban con las mejores ofrendas que los mortales pudieran hacer a los dioses. Era una presencia espiritual y representaba el fuego sagrado. Su fuego iluminaba y acogía a los fieles en los templos de todas las divinidades, así como en las casas. La hospitalidad sagrada, el santuario de los templos y la inviolabilidad de Hestia se relacionan arquetípicamente y forman parte de nuestra herencia social y religiosa. La seguridad de los invitados y el refugio del templo (que posteriormente sería la iglesia) son convenciones profundamente arraigadas: nada más y nada menos que la arena consagrada, profanada y hospitalaria que Hestia convirtió en sagrada. El centro de la vida en Grecia era el hogar doméstico, y Hestia, en calidad de su diosa, representaba la seguridad personal, la felicidad y el deber sagrado de la hospitalidad.

En Roma adoraban a Hestia bajo el nombre de la diosa Vesta. El fuego sagrado era el centro que unía a los romanos en un solo pueblo. Las vírgenes vestales eran las encargadas de cuidar del hogar en el templo circular de la diosa y de alimentar el fuego sagrado. Personificaban la virginidad y el anonimato de Hestia; eran imágenes vivientes y representaciones simbólicas de la diosa. Las niñas se incorporaban al templo desde muy pequeñas, por lo general antes de los seis años. Vestían iguales y llevaban la cabeza rapada de las

novicias iniciadas sin dejar que nada las distinguiera individualmente de las demás. Se las apartaba del trato con la gente y se les brindaban honores, esperándose de ellas que llevaran la vida anónima, casta y sagrada de Hestia bajo la amenaza de atenerse a las consecuencias, que podían llegar a ser espantosas, en el caso de no mantenerse vírgenes.

La anónima Hestia, una de las tres diosas vírgenes, parece tener muy poco en común con Artemisa o Atenea. Sin embargo, las tres compartían unas características esenciales intangibles, por muy diferentes que fueran sus ámbitos de acción, sus intereses o su manera de actuar. Todas ellas poseían la cualidad de bastarse a sí mismas que caracteriza al arquetipo de la diosa virgen. Cada una de ellas era capaz de centrarse en lo que le importaba y de concentrarse sólo en eso (en latín, la palabra para designar el centro del hogar es *focus*). Artemisa y Atenea se vuelcan hacia el exterior, mientras que Hestia es una conciencia introspectiva necesaria para la meditación, la contemplación y la plegaria. El arquetipo de Hestia es introvertido. Mira hacia su interior para captar intuitivamente el significado de una situación o el carácter de una persona. Manifiesta un desapego innato y busca la tranquilidad, que siempre se encuentra en la soledad.

Estas características de Hestia son las de la mujer sabia, y este arquetipo suele manifestarse cuando una mujer se vuelve mayor y gana sabiduría. No obstante, también puede ser el arquetipo dominante en esas niñas introvertidas que tienen un aire de personas mayores, cosa que no todo el mundo suele advertir. Esa niña será acomodaticia y agradable, capaz de entretenerse sola y tener el dormitorio ordenado. Las familias americanas dicen que esas niñas son tímidas, y las incitan a que salgan a la calle a jugar con los demás. Cuando se convierten en jovencitas, se sienten impelidas a mostrarse más competitivas, defenderse solas y sacar buenas notas, o puede que se sientan presionadas a mejorar sus relaciones sociales, congeniar con sus iguales, tener novio y cuidar su imagen ante los demás. Una mujer hestia lo pasa muy mal, sobre todo durante la primera mitad de su vida, viviendo en un país extrovertido y postfeminista como Estados Unidos, y en función de lo bien o lo mal que se adapte, su autoestima puede mermar. La discrepancia entre su identidad interna y las expectativas del mundo exterior puede ser enorme. El arquetipo de Hestia no tiene un lado turbio, pero la mujer en la que predomine ese arquetipo puede sentirse fuera de lugar o considerarse una fracasada.

El matrimonio solía ser el refugio de la mayoría de las hestias que en su papel tradicional de amas de casa sabían esforzarse por crear un hogar cálido y acogedor. Este papel sigue siendo el que adoptan muchas mujeres hestia, porque su armonía interna se refleja en la armonía que crea en el hogar, donde la belleza y el orden no llaman la atención por sí mismos, sino que se sienten.

En el pasado las hestias también podían encontrar su lugar en

el anonimato de una orden religiosa, sobre todo de clausura, o bien eran muy estimadas en su papel de tías solteras de esas familias tan numerosas. Antiguamente vivir solas no era una opción que pudieran permitirse las mujeres no casadas. En la actualidad, sin embargo, una hestia contemporánea e introvertida puede tener su espacio propio. En función de sus circunstancias y de cómo evolucionen otros aspectos de sí mismas, sin embargo, las hestias parecen más "centradas" que introvertidas. En resumen, gobernar nuestra propia vida, trabajar, tener un círculo de amistades y casarnos (lo que suelen ser las expectativas de todo adulto) es compatible, por consiguiente, con el hecho de ser una hestia en un mundo que apoya a las mujeres para que se desarrollen como individuos completos.

Hestia madura

Una hestia mayor con buena salud e ingresos suficientes para vivir con holgura se recluye en su interior quedamente en la tercera etapa de su vida. Con su talento arquetípico para sentirse centrada interiormente sin haber tomado lecciones de meditación, y sin el potencial obsesivo de otros arquetipos, no sufre la angustia de no tener un hombre en su vida (si ése es el caso) o no haber tenido hijos. Como nunca le ha importado demasiado su imagen, no se mira al espejo para advertir la aparición de las arrugas, y además probablemente en la cara la preocupación no le haya dejado marcas. Conservará el mismo aspecto general e intemporal bien entrada ya la vejez. En esta etapa ya han desaparecido las presiones sociales y familiares del pasado que tanto la obligaban a doblarse a las expectativas ajenas. Por otro lado, como mujer madura que vive en una sociedad patriarcal, se espera de ella que se vuelva invisible (cosa que le sienta de maravilla).

La hestia tardía

Hestia es el arquetipo de anciana cuya importancia aumenta y tiene más posibilidades de desarrollarse a medida que envejecemos y nos volvemos más sabias. Por supuesto, se trata de un renacer tardío. En el caso de que Hestia no haya sido el arquetipo dominante (y en muchos casos aunque lo sea), no disponemos de tiempo hasta que la edad y las circunstancias finalmente nos proporcionan a las mujeres la posibilidad de estar con nosotras mismas. La vida cotidiana es puro malabarismo para la mayoría de mujeres durante las dos primeras etapas de su vida. La soledad es difícil de hallar, especialmente si se tienen hijos. En ocasiones, el único momento de que dispone una mujer para dedicarse a sus propios pensamientos es cuando va en transporte público, de camino a casa o al trabajo, e incluso entonces quizá esté repasando mentalmente su lista de tareas pendientes. Ahora bien, los teléfonos móviles han convertido esta isla

de "tiempo en soledad" en una extensión del trabajo o en el momento de devolver las llamadas personales. Cuando esta situación es el pan nuestro de cada día en la vida de las mujeres, difícilmente Hestia puede estar presente.

No obstante, cuando la vida da un vuelco inesperado y nos quedamos solas con nuestros pensamientos y nuestras plegarias, hallar a Hestia es un consuelo. También en el caso de que los síntomas perimenopáusicos nos den insomnio y estemos despiertas en plena noche, podremos disfrutar de la compañía de Hestia. Si, por otro lado, estamos separándonos o en proceso de divorcio, a los niños les toca estar con el padre unos días y por primera vez estamos viviendo solas, puede que también nos encontremos con Hestia por vez primera. Aunque quizá sea el nido vacío o la viudedad lo que cree un espacio más idóneo para Hestia, porque todas estas circunstancias nos conducen a descubrir la quietud interior, que es Hestia.

También rescatamos a Hestia cuando nos reservamos tiempo en nuestra atareada agenda para asistir a clases de yoga y meditación, acudir a retiros espirituales o formar parte de círculos femeninos que nos ofrezcan la ocasión de centrarnos y penetrar en el espacio de Hestia. Sospecho que los años de transición que van desde los cuarenta y cinco a los cincuenta y cinco aproximadamente son la época de tomarnos en serio nuestra necesidad de centrarnos interiormente y comprometernos a hacer todo lo posible para encontrarle un hueco a Hestia, lo cual, a su vez, nos hace sentir un mayor deseo de disfrutar de un tiempo interior de mayor calidad.

Cuando Hestia se convierte en el arquetipo principal durante la tercera etapa de la vida, en general ese cambio arquetípico significativo apenas lo perciben los demás. Sólo recuerdo una ocasión en que algo así llegó a salir en los periódicos; y fue porque una mujer de San Francisco de gran relevancia social ingresó en una orden de clausura. Hestia se mantiene anónima a menos que su presencia provoque un cambio perceptible en el mundo exterior. Sin embargo, una vez que Hestia pasa a ser el centro de la vida de una mujer, nos embarga la sensación de ser completas y autosuficientes, y eso puede tener consecuencias en la vida de los demás y a su vez propiciar cambios importantes en la nuestra. La soledad, la meditación, la vida interior y la práctica espiritual no suelen ser muy compatibles, por lo general, con los deseos de los que requieren nuestra compañía.

Cuando Hestia se convierte en el arquetipo más importante de una mujer que antes se volcaba al mundo exterior, las expectativas de los demás y sus propias inclinaciones entrarán en conflicto. Ella quiere ir a un retiro espiritual sola. Él, en cambio, quiere que ella le haga compañía y se relacione con gente con quien ya no le apetece pasar el rato. Él está deseando jubilarse, y ella teme perder el tiempo que antes tenía para estar sola y al cual ya se había acostumbrado. Lo mismo ocurre con los familiares, los amigos y los conocidos, los

cuales esperaban poder disponer de su tiempo igualmente. En el trabajo la mujer hestia puede declinar un ascenso o contentarse con la clientela que ya tiene. Los demás no pueden ver el hogar que ahora calienta e ilumina su mundo interior, ni comprender que pueda preferir pasar el rato con Hestia en lugar de en compañía de ellos. Las hestias tardías atesoran este santuario recién descubierto y se esfuerzan por conseguir hallar un equilibrio entre su nueva vida interior y las personas que les importan.

HERA, LA DIOSA DEL MATRIMONIO

El arquetipo de la esposa

Hera, a quien los romanos llamaban Juno, era la diosa regia y majestuosa del matrimonio, la esposa de Zeus (Júpiter), el dios principal del Olimpo. A Hera se la podía considerar de dos maneras muy distintas. En lo que respectaba a su liturgia, se la reverenciaba con solemnidad como la poderosa diosa del matrimonio, y en cuanto a su mitología, se la pinta como a una fiera celosa, peleona y vengativa. Reverenciada a la vez que injuriada, honrada y humillada, Hera, más que cualquier otra diosa griega, posee atributos marcadamente positivos y negativos. A juzgar por sus símbolos y rituales, todo parece indicar que antes de convertirse en la consorte de Zeus, en el pasado había sido la gran diosa o la diosa tripartita. En primavera la adoraban por ser Hera, la virgen; en verano, Hera, la satisfecha, y en invierno, Hera, la viuda.* Estos tres aspectos significaban los tres estadios de la vida de una mujer, y se representaban simbólicamente: en primavera sumergían en un baño una estatua de Hera para restaurarle la virginidad a modo de símbolo, en verano se celebraba una boda ritual y sagrada, y en invierno se escenificaban las discusiones y la separación de Zeus, tras lo cual Hera se retiraba y ocultaba adoptando el papel de una viuda. En la mitología griega la tríada que se asociaba a Hera (aunque hay pocas referencias al respecto) era Hebe, la doncella; Hera, la matrona, y Hécate, la anciana.

El matrimonio de Hera con un mujeriego arquetípico y la cólera y la humillación que su esposo le hacía sentir fue un tema recurrente en la mitología. Zeus seducía sin descanso, o bien violaba, a ninfas, mortales o diosas, y las fecundaba, con lo que generó la segunda generación de olímpicos y los semidioses. Hera reaccionaba siempre de la misma manera contra las otras mujeres y su descendencia: con afán de venganza y destrucción. Zeus deshonoraba continuamente el matrimonio que tan sagrado era para ella, la avergonzaba al honrar a los hijos de sus amantes y, en una historia en concreto, llegaba a violarla.

* Hera, casada con el inmortal Zeus, no era literalmente viuda. El ritual invernal de Hera, la viuda, se basaba en el mito que narraba que en esa época del año la diosa se alejaba de Zeus dolida por su comportamiento, se sumía en la oscuridad más profunda y vagaba hasta los confines de la tierra y el mar. Los rituales de Hera honraban las etapas de la vida de una mujer: doncella, esposa y viuda.

Cuando el arquetipo de Hera es una fuerza poderosa en la psique de la mujer, su bienestar psicológico e incluso su destino dependen de su matrimonio y del carácter de su cónyuge. Este arquetipo posee la fuerza interior del instinto que impele a una mujer a tomar pareja y hace que le resulte muy difícil quedarse soltera. En el ritual sagrado del matrimonio se habla de Zeus como "el que complementa" o "el que aporta la perfección", expectativas que subyacen en Hera y que la diosa proyecta sobre sus parejas potenciales. Dado que el matrimonio es su fuente de identidad y bienestar, la mujer Hera se siente profundamente trastornada si su marido no le es fiel y no valora el matrimonio tanto como ella. Por consiguiente, la clave para sentirse realizada o desgraciada residirá en el hecho de estar casada o no, y en la identidad de su esposo. Hera se siente vulnerable al dolor y a los arrebatos de celos que la dominan cuando su marido le es infiel con otras mujeres. Si él le pidiera el divorcio, la herida psicológica que le infligiría sería devastadora, y el grado de negación por su parte incluso podría llegar a ser delirante.

Desde mediados de los sesenta el matrimonio como institución ha ido entrando en franco declive. La pareja de hecho, los matrimonios abiertos, la integración en comunas, el divorcio y las familias mixtas son tendencias que en nada favorecen al arquetipo de Hera, cuyo anhelo por convertirse en esposa o formar parte al menos de una pareja comprometida sigue teniendo la misma fuerza interna que antes, a pesar de los cambios sociales. Las lesbianas difieren en su orientación sexual, pero la fuerza del arquetipo es la misma.

A pesar de que el feminismo propugnara el desarrollo de otros arquetipos, si Hera es el arquetipo dominante en una mujer que no se ha casado nunca o se ha casado y ha tenido que divorciarse luego, esa mujer experimentará una sensación de privación, al margen de las satisfacciones que obtenga en otras facetas de su vida. La mayoría de matrimonios con problemas tienden a disolverse antes de que la mujer alcance la edad madura, pero hay un número considerable de esposos que efectivamente abandonan a las cónyuges de su misma edad por mujeres más jóvenes tras haber convivido durante décadas. Para las mujeres hera que se encuentran en esta situación, superar la separación sin sentirse prisioneras de la rabia y la amargura es un combate a muerte para su alma, y recuperarse les resulta francamente difícil cuando su ex marido vuelve a casarse. Estos acontecimientos pueden impulsarlas a seguir una terapia psicológica que dure años o a iniciar una senda más

espiritual para curarse. Es necesario que estas heras dejen de culpar a las otras mujeres y encuentren su camino en esa noche oscura del alma, que sientan la inmensidad de su dolor y acepten que su matrimonio ha terminado; y eso les llevará mucho tiempo.

A una mujer hera traicionada pueden dominarla los celos y obsesionarla la rabia y la amargura. Cuando sucumbe al poder negativo del arquetipo, decimos que sufre un complejo de Hera. Las mujeres que lo padecen piensan obsesivamente en las contrincantes y desean venganza. Atenazadas por la cólera, sienten más la humillación que el dolor, y se muestran ciegas al papel destructivo que esa obsesión ejerce sobre su alma. No les resulta fácil adoptar una tesitura introspectiva y, sin embargo, eso es precisamente lo que más necesitan.

El arquetipo de Hera es la fuerza de los vínculos afectivos reflejada en los votos matrimoniales: "para lo bueno y para lo malo". La intensidad con que siente la relación permite que muchos matrimonios duren toda la vida y se conviertan en un santuario para ambos cónyuges, después de haber capeado las dificultades que suelen tener las parejas o superado alguna situación que podría haber significado el fin de la unión para la mayoría. Un matrimonio duradero puede ser un proceso de maduración personal, una fuente de significado espiritual y de apoyo emocional. Es, asimismo, un logro que da pleno sentido al arquetipo. No obstante, la fuerza del vínculo de Hera también puede resultar fatídica para la salud mental y física de una esposa maltratada por su marido o con un marido que presente algún tipo de adicción. El comportamiento del esposo unido al arquetipo de Hera la convierten en un ser codependiente o en una víctima. A su vez, esa actitud puede ser catastrófica para el hijo o la hija cuando la lealtad ciega de Hera a su marido es mayor que la preocupación por la criatura de quien éste abusa.

El arquetipo del matrimonio sagrado es el ideal por el que suspira Hera, la cual desea una unión física, emocional y espiritual que permita a ambos miembros de la pareja sentirla como sagrada. Esa unión satisface el significado espiritual más profundo de Hera y puede ser absolutamente real y viable en parejas mayores que se aman y que han descubierto juntas ese ideal.

Hera en la edad madura

Las mujeres que descubren que los años de la madurez son su época dorada suelen ser heras satisfechas cuyos maridos disfrutaban de su jubilación y de la misma buena salud que ellas. Quizá sean éstos los mejores años de su vida, un período para gozar del tiempo libre en pareja y dedicarse a viajar, a menudo en compañía de otros matrimonios. Los hijos ya han crecido, el trabajo del esposo no le roba ya más tiempo, pueden mudarse a una casa más pequeña que dé menos trabajo o incluso a una comunidad de vecinos jubilados con

una mentalidad parecida a la de ellos y que compartan intereses similares y una manera de divertirse parecida.

Algunas de las ancianas más felices son heras destrozadas en una vida anterior que no sólo sobrevivieron, sino que además aprendieron a tomar decisiones que las llevaron a contraer nuevos matrimonios más satisfactorios. Puede que pasaran un tiempo sin pareja, o bien que el matrimonio inicial se transformara radicalmente gracias a la terapia y a los esfuerzos mutuos de ambos cónyuges por cambiar, y en la actualidad esta hera disfrute de una relación íntima y de confianza basada en el compromiso. La gratitud es la característica principal de estas mujeres que han conocido el lado oscuro del arquetipo de Hera y que ganaron en sabiduría y compasión. Por otro lado, también existen heras satisfechas con matrimonios estables y duraderos, que los demás juzgan como relaciones insustanciales y de puro formulismo. Ahora bien, a esta clase de heras ya les basta que su matrimonio cumpla con todos los requisitos sociales.

Cuando una Hera enviuda, se enfrenta a una encrucijada decisiva, y el camino que tome dependerá en gran medida de su profundidad espiritual, si desarrolló otros arquetipos y si posee amigos e intereses al margen del mundo de la pareja. Quizá como mujer soltera haya perdido su lugar en el círculo de amistades que frecuentaba en el pasado, y eso puede resultarle demoledor. Si estar casada con su marido era su única identidad, y sus únicas relaciones eran las que mantenía como consorte de otra persona, no tardarán en ningunearla poco después de los funerales, y puede llegar a sentirse profundamente amargada.

La viuda que se siente anímicamente unida a su marido sigue casada con él; ha perdido su compañía, pero el nexo sigue existiendo. Le echa de menos y, de vez en cuando, puede sentir su presencia. Sigue hablando con él y tiene la convicción de que se reunirá con su amado "en el otro mundo". Padece accesos de soledad, pero si se vuelve una mujer sabia, sabrá agradecer los años que pasaron juntos; porque sabe que, en el fondo, no ha perdido a su marido, y tampoco su identidad.

Las viudas con otros intereses y arquetipos latentes en su personalidad puede que ahora asistan a su renacimiento. Quizá viajen, se muden, vuelvan a la facultad, tengan tiempo para dedicarlo a tareas creativas, hagan nuevas amistades o descubran que valen para los negocios o las inversiones. Es posible que sobrevivan a su marido durante varias décadas, consideren que ha sido su único amor y lleven una vida plena aunque distinta de la primera. Cuando se dan todas esas condiciones, se vive el arquetipo de Hera plenamente, y la mujer dispone de espacio mental y vital para evolucionar en otros campos.

Hera tardía

En ocasiones Hera hace su aparición como una presencia intuitiva en la psique de una mujer que se encuentra en la tercera etapa de su vida. Es una mujer que no busca pareja y no se siente necesitada. No es una hera inconsciente, dispuesta a considerar a cualquier hombre un Zeus complementario de toda mujer. Sin embargo, de repente conoce a alguien que se convierte en su compañero del alma y termina siendo su marido. El anhelo profundo de hera por el matrimonio sagrado se ve satisfecho cuando eso ocurre.

Hera también puede ser un arquetipo insatisfecho y tardío que aparece cuando otros arquetipos ya han cumplido su función y se retiran. Es lo que ocurre cuando una mujer que se identificaba con las diosas virginales o Afrodita aprecia el compañerismo de que disfrutaban otras parejas mayores y se lamenta de haber dado por concluido su matrimonio o de habérselo perdido, descartando a buenos partidos. La vacuidad o los ataques de envidia que siente ahora se deben a que una hera tardía se agita en su mente.

El arquetipo de Hera predispone a las mujeres a identificarse como miembro de una pareja, y eso se aplica al trabajo creativo o los proyectos, no sólo al matrimonio. Trabaja mejor en pareja. La cuestión para ella consiste en que siente una necesidad arquetípica de formar parte de una pareja en lugar de ser una persona autosuficiente. Para mantener la iniciativa, ser fiel a su proyecto o incluso a la creatividad personal, necesita un cónyuge. En los años de madurez muchas mujeres hera ya no están casadas y descubren que en soledad la camisa les viene ancha, y que si trabajan en compañía encuentran un mayor estímulo para su creatividad. Cuando encuentran a esta persona, sea hombre o mujer, pueden escribir un libro o poner en marcha un proyecto, o bien lanzar un nuevo negocio; entonces es cuando hera florece, adoptando una nueva forma.

DEMÉTER, LA DIOSA DE LAS COSECHAS

El arquetipo de la madre

Deméter, la diosa griega de las cosechas, adoptó el nombre de Ceres en la cultura romana. Se dice que era una mujer hermosa de cabellos dorados, vestida con una túnica azul, y que en las esculturas se la representaba como una figura sedente y matronil. La adoraban por ser la madre diosa, la diosa de las cosechas, la que propicia los Misterios eleusinos y la personificación del arquetipo de la madre y el instinto maternal. En la mitología era la madre dolida de la secuestrada Perséfone que no tuvo el poder suficiente para impedir la violación de su hija, y ella misma sufrió abusos por parte de Poseidón durante su vana búsqueda. Mientras vagaba por la tierra y entre la gente disfrazada de mortal que ya ha superado la edad fértil, trabajó de niñera para poder cuidar a los hijos de otras mujeres, aunque eso no pudo subsanar su pérdida. Insistió tanto en que le devolvieran a Perséfone que, al final, cuando despojó a la tierra de su fertilidad, Zeus consideró sus ruegos y envió a Hermes al mundo subterráneo a buscar a Perséfone. Cuando su hija volvió, Deméter ofreció a la gente los bellos misterios eleusinos para que no temieran nunca más a la muerte. Esa olímpica fue la única divinidad griega aquejada por el dolor que presentó unos síntomas que encajan en el diagnóstico de una depresión severa. Perséfone, Deméter y Hécate representan las tres etapas de la vida de una mujer y los tres aspectos de la diosa tripartita: doncella, madre y anciana.

Deméter es una versión reducida de la Gran Diosa Madre, venerada mucho antes de honrar a Zeus y los olímpicos, maniatada e incapaz de proteger a sus hijas. Esa diosa desapareció de la religión, pero es un arquetipo poderoso que puede determinar el curso y la calidad de vida de una mujer. Al igual que Hera, el arquetipo de Deméter actúa internamente como una directriz que debe ser satisfecha, y las mujeres pueden llegar a seguirla a ciegas, aun cuando eso vaya en contra de sus intereses. El producto resultante puede ser el embarazo en la adolescencia. La codependencia y el agotamiento también son sus consecuencias, cuando la mujer reacciona con su sentido maternal a las necesidades de los demás y no sabe negarse (a los otros o al arquetipo). Como sucedía con Hera, realizar el arquetipo de madre y educadora puede dotar a la vida de un sentido muy profundo. Del mismo modo, cuando esa mujer no puede ser madre o si la muerte o las circunstancias le arrebatan a un hijo, la figura de la doliente Deméter puede instalarse en el centro de su mundo interior. El arquetipo hace a la mujer susceptible de caer

en una depresión.

La vida de toda mujer acusa mucho el hecho de si ha tenido hijos o no y las circunstancias que han acompañado a la decisión. Es el tema más importante para una mujer deméter. El arquetipo de esta diosa puede ser uno de los elementos decisivos en la psique de una mujer, el que le sirve para llevar una vida interior y exterior equilibrada. A veces, sin embargo, cuando una mujer pospone la maternidad hasta bien entrada la treintena y luego resulta que tiene un problema de infertilidad, puede sentirse "poseída" por Deméter y adoptar una actitud resuelta a conseguir sus objetivos hasta el punto de llegar a obsesionarse con el embarazo.

Deméter en la edad madura

Las transiciones de doncella a madre y de madre a anciana las siente con gran intensidad la mujer cuyo arquetipo principal es Deméter. Por consiguiente, del mismo modo que satisface el arquetipo siendo madre, esa mujer siente el final de su época fértil como una pérdida, una pérdida enorme si no ha podido tener hijos. No obstante, aun cuando haya tenido varios hijos y no desee tener más, la mujer deméter siente una gran pérdida con la menopausia, porque entonces ya le es del todo imposible tener más hijos.

Es posible que la menopausia coincida con el fenómeno del nido vacío, y entonces deméter acusará una pérdida doble. En los tiempos en que se esperaba de las mujeres que fueran madres a jornada completa y existían pocas oportunidades para desarrollar otros aspectos de una misma, era bastante frecuente la aparición de "síndromes del nido vacío" muy graves. Esos síntomas, que determinaban lo que se denominó "depresión involucionista", fueron los causantes de que muchísimas mujeres mayores fueran ingresadas en hospitales psiquiátricos por primera vez. Sin embargo, ahora que esas mujeres disfrutaban de una educación más completa, se han integrado en la población laboral, poseen vidas más complejas y existen los antidepresivos, esta clase de depresión ya no es tan frecuente. Cuando el valor de una mujer ante la sociedad y ante sí misma dependía de ser madre, el arquetipo y la cultura actuaban de mutuo acuerdo, y la mujer notaba que su vida había terminado cuando ya no tenía a los niños en casa.

De todos modos, el día que el hijo único o el más pequeño de todos los hermanos abandona el hogar, sigue siendo un día triste para deméter. Aparte de despedirle con lágrimas en los ojos, pasará por un período de luto. Si existen otros arquetipos que retiren a un segundo plano a Deméter, sin embargo, el mundo interior de los arquetipos de las diosas experimentará un cambio. Deméter irá perdiendo importancia y resurgirán nuevas energías. La transición puede ser suave y bien recibida: se tiene tiempo para viajar, vivir en pareja o desarrollar algún tema de interés para el que jamás se

estaba disponible. Es posible, al contrario, que esa transición influya en la persona como una revolución; una revolución que se inicia en la esfera del mundo interior y provoca un cataclismo en el exterior cuando el arquetipo de Deméter sume a la persona en una situación que la hace infeliz. La mujer que, a su pesar, sigue aguantando su matrimonio, su barrio o su puesto de trabajo porque considera que eso es lo que les conviene a sus hijos, puede decidirse a dejarlo todo cuando ellos se marchan.

Deméter en la encrucijada

Las mujeres se encuentran en una importante bifurcación en su camino cuando su último hijo se marcha de casa, sobre todo si Deméter ha sido su fuente de inspiración. Los dos caminos llevan alternativamente al cambio o a la depresión. Si ha hecho caso omiso de un matrimonio que se iba deteriorando, es el momento de hacer algo al respecto. Sabe, dada la perspectiva de Hécate ante las encrucijadas, que o bien cambiará el curso de su vida o la estructura de su matrimonio.

Otra decisión ante la encrucijada es la que tiene que plantearse cuando se convierte en abuela. Sólo con sostener al recién nacido en sus brazos, la mujer puede volver a asumir la configuración arquetípica de Deméter como, madre e hija. Si es una abuela sabia, sabrá que precisa controlar los sentimientos posesivos que nacen en ella e impedir que Deméter la domine y la haga competir con la joven madre. La anciana deméter que no ha encontrado un nuevo sentido a su vida y presiona a sus hijos mayores para que le "den" a sus nietos, está proyectando un panorama de futuros problemas. Siempre con moderación, la abuela deméter es fantástica; esa mujer disfruta su papel con entusiasmo, y su presencia en la familia es enriquecedora para todos. Cuando se excede, sus necesidades no satisfechas la vuelven entrometida, crítica y exigente. La abuela deméter, o la que lo sea en potencia, necesita refugiarse en la sabiduría de Hécate para mostrarse paciente y sabia en palabras y actos.

La figura de una deméter deprimida porque le han arrebatado a su divina hija, presa de la agitación o apartada del mundo, no sólo es el retrato de una madre biológica que ha perdido a su hija. Es asimismo el destino potencial de una mujer que ha puesto toda su energía maternal en un trabajo que le ha sido arrebatado. En estos casos su energía maternal fluye hacia una organización o un pequeño negocio que ha alumbrado, por el cual se desvela cuando es pequeño y su supervivencia está en juego y al que cría durante años para que vaya creciendo. Otra situación posible es la que se da si esa mujer ha actuado de representante de una tercera, a la cual descubrió y ayudó a formarse y, de repente, cuando esa cosa o persona se vuelve atractiva como adquisición o propiedad, la "secuestran" de su lado; entonces la mujer siente la pérdida de Deméter, que a menudo suele

coincidir con la perimenopausia. En ese caso la circunstancia y la edad la han conducido a la encrucijada de Hécate, y necesitará echar mano de sus recursos espirituales para recuperarse de esta pérdida. La persona se encuentra en una bifurcación del camino, necesita ver cuáles son sus elecciones y darse cuenta del coste que le representará a su cuerpo y su alma tomar la dirección de la amargura.

Hécate, Hestia y Sekhmet

Deméter se va volviendo sabia si desarrolla la sabiduría de Hécate. Cuando la fuente principal de sentido y el papel de mayor relevancia es el maternal, la vulnerabilidad ante la pérdida es considerable. La mujer que se encuentra en esta situación a menudo experimenta una pérdida personal en cada etapa del crecimiento de su hijo, empezando ya cuando deja de criar a su bebé. Sin embargo, ser buena madre exige permitir la independencia del hijo en cada etapa, proceso que ya no la abandonará nunca. Hécate ayuda a Deméter a decidir con sabiduría, y casi siempre eso implica más permitir que los hijos tomen sus iniciativas propias que retenerlos. La sabiduría de Hécate le dice que, al igual que hizo la diosa, no será capaz de proteger a sus hijos del sufrimiento. En darse cuenta de eso consiste la sabiduría de Hécate, y en saber que el cambio forma parte del ciclo de la vida. La mujer deméter tiene muchísimas ocasiones de aprender de Hécate, pero para conseguirlo, necesita poder ser reflexiva, y ése no es un rasgo propio de ella. En general es sólo cuando inicia la pendiente de la depresión que se siente vacía y adquiere la sabiduría de Hécate.

Hécate presionó a Deméter para que acudiera al dios del sol y supiera cuál había sido el destino de Perséfone. Su sabiduría nos aconseja que busquemos la verdad, nos enfrentemos a la realidad, y sepamos lo que ha ocurrido y quién es el responsable. La diosa fue también quien acompañó a Deméter, y estuvo presente cuando esta última recuperó a Perséfone. Hécate detenta un papel muy significativo como amiga que presta su apoyo en épocas de pérdida y transición. Como característica intrínseca, Hécate es fuente de sabiduría y paciencia, y nos permite esperar hasta que alcancemos la claridad en el juicio y sepamos elegir con sabiduría el camino que tomaremos en las encrucijadas más significativas. Toda mujer deméter que adquiriera la sabiduría de Hécate se convierte en esta clase de amiga. Las amigas sabias y los círculos de mujeres ofrecerán a Hécate todo el apoyo que necesita para superar estas transiciones.

Al margen de Hécate, Hestia y Sekhmet son los arquetipos de anciana que más necesita desarrollar una mujer deméter. En Hestia encontrará la manera de centrarse, y en Sekhmet, la forma de actuar con acierto cuando comprenda su situación real.

La deméter tardía

En la actualidad se ha originado un cambio generacional en la época de crianza y la edad de las embarazadas ha aumentado. Cuando yo estaba cursando mi cuarto año de especialidad y me dedicaba a asistir partos, la mayoría de madres primerizas tenían poco más de veinte años. Los embarazos superados ya los treinta eran la excepción, y en esos casos nos referíamos a la madre con el término "primerizas mayores". Recuerdo asimismo que a los médicos les preocupaba que la parturienta fuera demasiado mayor y hubiera complicaciones en el parto. En la actualidad las mujeres estudian carreras universitarias, entran en la vida profesional y desarrollan su propia trayectoria en el trabajo, se someten a un control de natalidad y son capaces de abortar. Empieza a ser muy común, por consiguiente, que la edad fértil se sitúe a partir de los treinta; y si existen dificultades de infertilidad, los esfuerzos por quedarse embarazada pueden seguir hasta la perimenopausia. El centrarse en los éxitos, característica de Artemisa y Atenea, pasa a un segundo plano, y Deméter salta al primero cuando el reloj biológico empieza a avanzar con rapidez o tras el cambio hormonal que provoca el embarazo o el alumbramiento de una criatura. Una deméter maternal puede ser fuente de pleno significado; algunas mujeres descubren de repente que ser madres les importa mucho más que la profesión o la trayectoria profesional que les llevó tanto tiempo afianzar. Es posible que deseen abandonar el trabajo y dedicarse a ser madres como ocupación exclusiva, o incluso a tener más hijos. Una deméter tardía a menudo suele cumplir los cincuenta antes de que su hijo llegue a la adolescencia.

Otro grupo de mujeres deméter tardías son las que no han tenido hijos y deciden adoptar. En ocasiones las adopciones les sobrevienen por ser los parientes más cercanos de esas criaturas no habían planeado tener hijos y ahora descubren que la maternidad inesperada es de lo más gratificante. Es posible, por otro lado, que la adopción sea la culminación de meses o incluso años de lucha hasta que al final resulta posible. Hay muchísimas mujeres de cuarenta y cincuenta años que han viajado a China para adoptar a niñas abandonadas. Para perseverar y comprometerse en una empresa de tal calibre es preciso poseer una Deméter activa (que cuente con la ayuda de Artemisa y Atenea), y también alegre, que sepa que en el fondo ha rescatado a su hijita Perséfone del mundo subterráneo cuando regresa con una niña pequeña en los brazos.

PERSÉFONE, LA DONCELLA Y
LA REINA DEL MUNDO
SUBTERRÁNEO

Niña eterna y guía interior

La diosa Perséfone, a la cual los romanos llamaban Proserpina, tenía una naturaleza dual: era doncella y reina del mundo subterráneo. Perséfone era la hija única de Deméter, y su padre era Zeus. Una vez estaba cogiendo flores en un prado cuando, de repente, el mundo libre de preocupaciones en el que vivía llegó a su fin, un fin espantoso, puesto que Hades, el dios del mundo subterráneo, la secuestró y la violó con el permiso de Zeus, el cual le había permitido que la tomara por esposa de esta manera. Nadie había consultado con Deméter, y la diosa no pudo protegerla, pero no aceptó la situación e insistió en el regreso de Perséfone. Al final, la diosa raptada se reunió con su madre, pero como había comido unas semillas de granada que crecían en el submundo, a partir de entonces pasaría un tercio del año con Hades en su reino y dos tercios con Deméter sobre la tierra.

Perséfone era la *kore*, o "doncella sin nombre", una diosa delgada, grácil y hermosa, hija de la madre y retrato de la jovencita a la cual la vida todavía no ha mancillado, ni ha logrado despertar a la sexualidad. Perséfone, la doncella, no sabe quién es porque aún no es consciente de sus deseos ni de su fortaleza. Perséfone, la niña eterna o la jovencita, es un arquetipo conocido. Cuando lo único que se esperaba de las muchachas era que fueran atractivas y encantadoras, Perséfone fue el modelo a seguir. Está en su naturaleza ser receptiva, juguetona y maleable. Como diosa vulnerable que es, no posee la habilidad innata de centrarse en algo concreto como las diosas virginales, ni tiene que satisfacer un impulso instintivo e interior como Hera, Deméter y Afrodita. La joven Perséfone no sabe lo que quiere hacer con su vida, y esta falta de definición la hace susceptible de "ser raptada" por personalidades más fuertes que pueden imponerle sus propias expectativas respecto a su personalidad. Sigue un modelo camaleónico, y para ello se impone inconscientemente las ideas que los demás tienen y proyectan en su persona.

Perséfone, la doncella, es un arquetipo difícil de seguir para las mujeres, sobre todo desde el feminismo. Era más fácil ser una perséfone cuando la norma cultural era encontrar un marido al que cuidar, tener hijos y quedarse en casa. No importaba entonces que careciera de objetivos, y su pasividad y dependencia se valoraban como cualidades femeninas. Los padres Zeus solían entregar en matrimonio a sus hijas vírgenes, y aunque al principio esto pudiera

parecer un secuestro concertado por Hades, el matrimonio y la maternidad eran unos fines tan deseables en sí mismos que transformaban a la mujer de doncella en matrona y madre. Las perséfontes contemporáneas se sienten inadaptadas porque se debaten en la indecisión que gobierna sus vidas, sobre todo si están en la treintena o ya la han superado.

A una mujer le es posible seguir siendo perséfonte toda su vida, en especial si es incapaz de comprometerse o responsabilizarse de otra persona o de sus propios objetivos. Seguirá siendo la doncella eterna o la víctima eterna hasta que deje de retraerse, de negarse a reconocer su situación real, y aprenda de la experiencia. Sólo entonces se convertirá en una mujer que "ha comido las semillas de granada" y se siente obligada a seguir su propio destino. Si Perséfonte no hubiera comido nada del submundo, habría vuelto a Deméter sin que la experiencia la hubiera transformado. Comerse las semillas de granada significaba que regresaría, pero nunca más como víctima. Al comerse las semillas, la diosa integraba (o digería) la experiencia que a partir de entonces pasaría a formar parte de su ser. Una perséfonte raptada puede ser literalmente una víctima de incesto o violación, o bien puede hallarse sumida en una depresión que la convierta en una persona retraída, ser una adicta o alguien a quien domina el subconsciente y que ha perdido el contacto con la realidad. Cuando se recupera, y si asume la experiencia y se vuelve más fuerte y sabia, entonces es capaz de convertirse en una guía para los demás, quizá como consejera de Alcohólicos Anónimos o terapeuta, o bien indirectamente: con su trabajo creativo como poeta, artista, música o escritora.

Cuando Perséfonte resurgió tras su secuestro, la experiencia la había cambiado. Ya no era la *kore*, la virgen inocente e hija de su madre. A partir de ese día quedó establecido que Hécate precedería y seguiría a Perséfonte adondequiera que fuese. En otras palabras, la diosa adquiriría la sabiduría y la visión esclarecedora y crepuscular de Hécate para convertirse en la reina del submundo, gobernar el reino de los espíritus con su marido Hades y erigirse en guía de todos aquellos cuyos viajes míticos les llevaran al mundo subterráneo.

Las perséfontes se dan cuenta de su valía cuando llegan a los cincuenta. Al no tener un arquetipo centrado en objetivos concretos, ni un papel guiado por sus instintos, a perséfonte le cuesta mucho más encontrar su camino. Su senda abunda en circunvalaciones que en absoluto bosquejan un trayecto en línea recta. Las experiencias que acumula son superficiales, porque la presencia de ciertas personalidades fuertes y significativas en su vida determinaron cuál sería su identidad y de qué manera podría ser feliz; ahora que ha vivido lo suficiente, en cambio, se conoce a sí misma y sabe el orden de sus prioridades. Si además ha tenido que asumir responsabilidades y convertirse en alguien capaz de elegir, habrá adquirido confianza en sí misma a partir de las experiencias vividas. A

pesar de no haber sido jamás una de esas personas que deciden hacerlo todo por sí mismas, ahora pondrá a prueba a los demás para saber con quién puede contar. Incluso se habrá convertido seguramente en una mujer que reacciona bien a su sexualidad y habrá adquirido conciencia de sus propias cualidades de Afrodita. A partir del arquetipo de la reina del mundo subterráneo, perséfone sabe recurrir a su empatía, imaginación y facilidad de acceso al inconsciente colectivo, que son las fuentes del trabajo creativo que habrá terminado por descubrir probablemente a los cincuenta años. Si posee habilidades psíquicas, éste podría ser el momento de desarrollarlas con inteligencia.

Perséfone, la doncella entra en la edad madura

La mujer es capaz de jugar y disfrutar "recogiendo florecillas en el prado", siempre y cuando tenga en la mente a Perséfone, la doncella. La manera que tiene de entretenerse es un modo muy agradable de pasar el tiempo. Le divierte hojear catálogos, visitar museos, buscar conchas en la playa, ir de compras por puro placer o recoger flores. Puede deambular por todas estas situaciones, eligiendo con ánimo juguetón lo que más le complace, y estar plenamente absorta en estos pasatiempos, lo cual la hace divertidísima a ojos de sus nietos. Es capaz de actuar así sin dejar de ser una mujer madura que ha aprendido de sus antepasados y se ha constituido en guía de los demás. En este caso en concreto, perséfone conserva la alegría asombrada de la infancia sin perder la sabiduría de Hécate. Es posible que disfrute de un matrimonio sólido y/o de una identidad estable tras haber vivido un período caótico en el mundo subterráneo. Su conciencia receptiva y difusa se presta a recibir impresiones psíquicas, en las que perséfone necesita aprender a confiar y utilizar a partir de su experiencia.

Por otro lado, el destino de las perséfontes también puede ser triste, incluso trágico. Algunas de ellas siguen identificándose con la diosa doncella en su vejez. El arquetipo es eterno, pero ellas envejecen. Siguen mariposeando de flor en flor a pesar de la edad y persisten en ir saltando de un interés a otro sin centrarse jamás ni desarrollar su potencial. También puede darse el caso de que pasen el resto de sus días siendo Perséfone, la doncella raptada, y el arquetipo de la víctima¹. Algunas de estas mujeres jamás logran recuperarse de los malos tratos, la enfermedad mental o la adicción, y subsisten trágicamente como ancianas que viven marginadas de la sociedad y a las que se sigue explotando como a víctimas. Existe, por último, el grupo de las que se identifican con las víctimas, aun cuando sus circunstancias no fueron particularmente difíciles, y se pasan la vida envidiando a los demás, culpando a sus padres o al prójimo de sus carencias, y en su ensimismamiento jamás llegan a crecer.

La Perséfone tardía

Aunque parezca sorprendente, Perséfone, la doncella, es un arquetipo muy común que surge y florece en todo su esplendor cuando la mujer pasa de los cincuenta. Para muchas de estas mujeres los años de infancia y juventud han sido difíciles. «Yo nunca he tenido infancia», dicen muchas de ellas. Puede que de niñas las secuestraran y las confinaran en un submundo de pérdidas, temores, enfermedades o maltratos. Quizá la pobreza o las responsabilidades tempranas las hicieron crecer demasiado rápido, o bien como madres estaban siempre desbordadas. Las mujeres trabajan y siguen encargándose de casi todas las tareas domésticas, junto con el cuidado de los niños y de los padres, y les queda muy poco tiempo para jugar.

La capacidad de ser una buena madre y de disfrutar del tiempo libre y los recursos de que se dispone (amigos, imaginación y una renta suficiente) convierten los años de madurez en una época gloriosa para muchas mujeres. En ocasiones Sekhmet y Kali han tenido que surgir primero, antes de que Perséfone pudiera salir a jugar tranquila; o bien una perséfone raptada ha tenido que librarse de una relación abusiva o una adicción antes de poder gozar de la posibilidad de convivir con una perséfone juguetona. A menudo suele ser la risa y la libertad de Baubo y Uzume, que se descubre en compañía de las amigas, lo que finalmente libera a la chica espontánea que hay en toda mujer.

Las perséfonas secuestradas: el mundo subterráneo en la vejez

Los años activos de la vejez no los define tanto la edad como la independencia y la competencia que mostremos. Todas conocemos mujeres brillantes y dinámicas que pasan de los ochenta y los noventa, y mujeres también que inician el declive muchísimos años antes. Las enfermedades y los achaques de la vejez implican que cualquier mujer puede convertirse en una Perséfone vulnerable y dependiente. Quizá ya estemos actuando como madres de nuestras propias madres y veamos que la salud precaria y la pérdida de la capacidad mental las han secuestrado y se las han llevado a un submundo inmerso en la penumbra (de la conciencia). No es nada difícil imaginar que ese destino podría ser el nuestro. Cuando la salud y la capacidad mental se deterioran, los arquetipos resultan superfluos; pero mientras estemos en un mundo donde el sol siga brillando, podremos paladear nuestras experiencias y ser unas perséfonas juguetonas a la vez que recurrimos a la sabiduría de Metis, Sofía, Hécate y Hestia.

AFRODITA, LA DIOSA DEL AMOR Y LA BELLEZA

La mujer amante y creativa

Afrodita, la diosa del amor y la belleza, a quien los romanos llamaban Venus, era la diosa olímpica más hermosa. Fue el tema preferido por los escultores, los cuales la representaban desvestida o a medio vestir para revelar su cuerpo sensual. El nacimiento de Afrodita se produjo en el mar, y lo inmortalizó Botticelli en *El nacimiento de Venus*, pintura del Renacimiento que no traslucía la violencia subyacente que había precedido al mítico nacimiento. Cronos (el padre de Zeus) venció al padre de la diosa, el dios del cielo Urano, lo castró y tiró sus genitales al mar, de los cuales nació Afrodita. La diosa olímpica emergió de su concepción oceánica como una divinidad adulta, y cuando llegó a la orilla, los olímpicos la recibieron como si fuera uno de ellos. Fueron varios los dioses que codiciaron su mano, y ella fue libre de elegir marido. Su elección recayó en Hefesto, el dios cojo de la fragua.

Afrodita tenía el poder inquietante de obligar a dioses y mortales a enamorarse. Sólo podían resistírsele las diosas virginales. Ella misma tuvo muchas aventuras amorosas, a las que sucumbía con toda libertad. Su culto se practicó en el pasado, pero a medida que la cultura fue cambiando, terminó convirtiéndose en la diosa vilipendiada de las ramerías. La escisión entre virgen y ramera que los Padres de la Iglesia propugnaron impidió que se la venerara o se celebrara la naturaleza sensual y sexual de la mujer. De todos los arquetipos femeninos, Afrodita fue el más anulado y explotado: toda mujer que se respetara debía renunciar a esa parte de sí misma.

Los mitos de Afrodita narran que la diosa tuvo muchos amantes, de los cuales los más famosos fueron Ares, el dios de la guerra, Hermes, el mensajero de los dioses, y los mortales Anquises y Adonis. Casi todos sus amantes le dieron hijos, y muchos de ellos también son conocidos. No tuvo descendencia, en cambio, con el cornudo de su marido Hefesto, pero como unión simbólica de la belleza y las artes (o de la musa y el artesano), podría decirse que los preciosos adornos y los objetos innovadores que creó el dios fueron la prole de ese matrimonio.

Afrodita representa una excepción entre las diosas olímpicas. Era libre de seguir sus propias inclinaciones como Artemisa, Atenea y Hestia, pero no puede decirse que fuera virginal. Se la conocía por sus relaciones, como a Hera, Deméter y Perséfone, pero a diferencia de ellas, no la humillaron, ni la violaron o maltrataron. Afrodita también sucumbía a su hechizo de amor; la diosa era irresistible, pero fue ella la primera en sentirse atraída por la belleza de Adonis y

Anquises. La atracción mutua es la "química" que se da entre los amantes; y cuando dos sustancias químicas reaccionan, ambas se transforman en el proceso.

Del mismo modo, existe un eros o una "química" parecida aunque no sexual entre dos personas con una relación transformadora y creativa, como, por ejemplo, la que implica promocionar a alguien, enseñarle, dirigirle, editarle su obra, someterlo a terapia o incluso actuar de progenitor, según la cual uno de los miembros extrae el potencial del otro a partir de una combinación de pericia y amor. La gente comprometida en estas profesiones y que es buena en su campo, se entrega en cuerpo y alma al trabajo, y estas relaciones llegan a influir en su psique. En su tarea son como los alquimistas de la Europa medieval, que trabajaban para "intentar transformar la materia base en oro mientras se implicaban en una búsqueda espiritual y esotérica que las transformara como personas. En sentido metafórico, todo aquello que es común y apto para desarrollarse es la materia base de la vida cotidiana susceptible de ser transformada en "oro".

La afrodita que cree en el sueño de su amado sobre lo que éste podría conseguir o llegar a ser es una "portadora de visiones".* Las portadoras de visiones ven y creen en un talento o un potencial (en la belleza de la persona o el proyecto) antes de que resulte explícito, y alimentan el sueño hasta que se vuelve realidad. Sin embargo, mientras que una mujer afrodita en especial puede ser la portadora de visiones o la musa de un hombre en concreto que esté viviendo un momento crítico, y ser su amante o su esposa, las profesionales que ven y saben extraer el potencial de los demás necesitan recordar que su trabajo hace entrar en acción a Afrodita, y que el arquetipo podría atraerlas hacia una relación personal que traspasara los límites éticos. Existe el riesgo de enamorarse de la creación propia; de convertirse en el mítico escultor Pygmalion o el profesor Higgins del musical *My Fair Lady*. Ese riesgo, además, no lo corren sólo los hombres, sino que en ocasiones también pueden correrlo las mujeres que ejercen una profesión creativa y son capaces de erigirse en mentoras de sus discípulos.

*Del ensayo de Daniel Levinson sobre los hombres de éxito. Todos esos hombres contaban con una mujer que creía en ellos y en sus sueños, y a la cual el autor denomina "portadoras de visiones". Cf. con referencias de las notas del capítulo.¹

Afrodita: un arquetipo difícil

Afrodita como el arquetipo de la amante es un modelo problemático para la mujer cuando forma parte activa de su psique. Al contrario de lo que ocurre con los arquetipos de las diosas vulnerables, que buscan relaciones duraderas y se comprometen con ellas, lo que busca el arquetipo de Afrodita es la intensidad. Cuando la pasión decae en una relación, y Afrodita se siente atraída por otra persona, las consecuencias pueden ser devastadoras para la mujer. Su independencia sexual es una amenaza para el hombre individual y el patriarcado, y le aplicarán los epítetos y los castigos más severos que puedan emplearse contra el sexo desenfrenado. Incluso en un entorno cultural como el nuestro, la mujer soltera que disfruta de su sexualidad con más de una persona sabe que debe mantenerlo en secreto para evitar ser juzgada y despertar celos. La conservación del control masculino (religioso o civil) sobre los cuerpos de las mujeres es un tema fundamental que subyace en el control de la natalidad y el aborto, y en la invalidación de la decisión que el Tribunal Supremo tomó en el caso Roe contra Wade, según la cual interpretó el aborto como un asunto de carácter privado entre una mujer y su médico.

Los fundamentalistas definen a las mujeres en dos clases: las respetables y las prostitutas. La mujer que despierta el deseo ajeno no debe sentir ese deseo, porque entonces será culpable de ser deseable, aun en caso de violación. En tiempos bíblicos a las adúlteras se las lapidaba hasta la muerte. La muerte de la mujer sigue siendo el castigo que se imparte por perder la virginidad, sea voluntaria, sea a causa de una violación, y lo mismo se aplica al adulterio en muchas sociedades fundamentalistas islámicas. Hasta el siglo pasado en Estados Unidos la costumbre y las leyes patriarcales decretaban que el cuerpo de la mujer era propiedad del hombre. Ella debía permanecer virgen hasta el matrimonio, y una vez casada su cuerpo pertenecía a su marido, el cual era el único que podía sexualmente, asegurándose que la procreación de sus hijos fuera exclusivamente suya. El marido que descubría a su mujer con otro hombre podía matarla y ser exonerado del cargo alegando delito pasional. Sin embargo, a pesar de que en la actualidad las leyes y las costumbres están cambiando, expresar el arquetipo de Afrodita les sigue resultando muy peligroso a las mujeres.

Ha habido afroditas que llegaron a ser muy famosas y veneradas como cortesanas, pero es una trayectoria que siempre ha estado plagada de peligros. Es una línea muy delgada la que separa

el trato de cortesana y el de prostituta, y es fácil pasar de una condición a otra si se ha perdido la belleza o el favor del protector.

Elecciones conscientes y creatividad

Enamorarse es una experiencia arquetípica, como una fuerza de la naturaleza. Es algo que le sucede a una mujer en especial. Ahora bien, lo que esa mujer en cuestión decida hacer luego sólo le incumbe a ella. En este punto es donde entran en liza la sabiduría y la preocupación por los demás, la capacidad de determinar el camino a seguir y ser consecuente. Si no se interrelacionan todos estos factores, Afrodita genera el caos en la mujer y en las vidas de todos los que la rodean. La mujer madura que evoca a Afrodita suele encontrarse frente a una encrucijada de la vida definitiva. Precisaré, por consiguiente, la sabiduría de Metis y Hécate, la compasión de Kuan Yin, la capacidad de conocerse a sí misma y, finalmente, la de poder elegir con libertad.

Afrodita es un poderoso arquetipo responsable de la sexualidad instintiva que surge de repente en las adolescentes, la cual, si no se inspira en el buen criterio, puede ser catastrófica para una muchacha. Mostrarse accesible sexualmente la expondrá a que la utilicen, al embarazo, a las enfermedades de transmisión sexual, al rechazo y a padecer una baja autoestima. Cuando en una mujer que posee otros arquetipos activos (en especial Atenea y Artemisa) se evoca la figura de Afrodita, a esa mujer le resulta mucho más fácil salir en defensa de su propia persona y considerar otras prioridades. En los casos en que Afrodita es el arquetipo dominante, sobre todo en una mujer físicamente atractiva, es necesario estar tomando siempre decisiones de un modo consciente.

Afrodita también es el arquetipo de la creatividad. La intensidad misma y el ensimismamiento absoluto que resulta de enamorarse es esencial para el proceso creativo. Cada nueva obra, o cada directriz nueva, tiene una vitalidad propia, y la persona creativa a menudo se siente fascinada y preocupada por el resultado de su trabajo. En este aspecto se dan la mano la técnica y la espontaneidad, las decepciones y las epifanías, y cuando al final la obra se termina o se agotan las energías para llevarla a cabo, la mujer afrodita vuelve su mirada a una nueva tela o un nuevo proyecto. Gracias a la creatividad, la obra puede desarrollarse, y cada esfuerzo realizado se sumará a la profundidad de la experiencia y la categoría del artista.

Afrodita aporta vivacidad a la psique, una vivacidad que imbuye a la vida de amor y belleza y que potencia la capacidad de vivir el presente. El lado oscuro de Afrodita es la otra cara de la misma moneda: cuando sólo existe el presente, la mujer es capaz de ignorar las consecuencias de sus actos, tanto en el prójimo como en su misma persona. Los aspectos sombríos de Afrodita, desde no acudir a las citas hasta traicionar la confianza y la fidelidad, pueden deteriorar

las relaciones de una mujer, sumirla en un panorama de lo más negro y propinarle lecciones muy duras. Como consecuencia, la mujer tiene la opción de eliminar a Afrodita, que es lo que suele suceder, o buscarle un lugar en el ámbito de la creatividad, el trabajo, la imaginación o el matrimonio.

Afrodita en la edad madura

La afrodita que envejece bien lo consigue porque ha cultivado su sabiduría (como la que personifican Hécate, Metis, Sofía o Hestia). El arquetipo de Afrodita ya no guía su conducta, pero tampoco la ha abandonado. Esa mujer conserva la capacidad de fascinarse con la belleza que aprecia en el mundo y en las personas. Saborea la experiencia y, por lo tanto, disfruta de la vida. Su capacidad de vivir el presente, que debió de ser un problema en su juventud, se troca en un don positivo que imprime una mayor calidad de vida a la jubilación y la vejez. Al margen de la edad, esa mujer es sensual. Ésta es la auténtica y genuina anciana esplendorosa.

La sensualidad de Afrodita se halla en mujeres que disfrutan de la buena mesa, del sexo pleno y de un buen masaje. Ser sensible a la experiencia es una faceta característica de las mujeres que valoran la experiencia sensorial de la vida. Afrodita admira la belleza y ama lo que contempla, cualidades que nos hacen agradecer sentirnos vivos. La capacidad de enamorarnos de personas, objetos y lugares no desaparece con la edad, siempre y cuando afrodita siga manteniéndose activa, pero la intensidad disminuye, y la modera la sabiduría.

Gloria Stuart, la actriz nominada al Oscar por su papel en *Titánic* de una superviviente de noventa años, publicó su autobiografía a raíz de la fama que le dio la película. En el libro deja entrever que posee rasgos de Afrodita. La actriz se describe como una mujer que ha sido sexual toda su vida, y en su momento captó el interés de la prensa por su defensa sana y alegre de la masturbación en ausencia de un compañero sexual. Cuando una mujer envejece, se vuelve invisible como objeto sexual, pero el arquetipo puede seguir habitando en ella independientemente de su condición. La sexualidad y la sensualidad son inherentes a la mujer afrodita, tanto si los hombres reaccionan a sus encantos como si no.

Las mujeres afrodita son sensuales, y la sensualidad no desaparece con la edad. Pude constatarlo en los movimientos de la danza del hula-hula que realizaba una anciana hawaiana de más de setenta años, cuya sensualidad natural no dejaba traslucir los años, ni el sobrepeso (según nuestros criterios) que movía de un lado a otro con infinita gracia.

Los años de madurez también nos dan tiempo para desarrollar los aspectos creativos de Afrodita, que quizá sólo aparezcan cuando remiten los papeles de esposa, madre, trabajadora y ama de casa

malabarista. La abuela Moses, la pintora, o Tillie Olson, la escritora, situaron sus dotes creativas en la retaguardia de sus vidas mientras se ocuparon de sus respectivas familias, algo bastante común en las mujeres. Para desarrollar su creatividad, la mujer necesita el apoyo de los demás, y a menudo eso no es posible hasta más adelante. A menos que su obra sea comercial, a la mujer que posee la pasión de Afrodita para crear se la desanima a seguir ese camino durante las dos primeras etapas de su vida. Si se toma el tiempo necesario para realizarse, la consideran caprichosa, carente de sentido práctico o egoísta; y hasta que no es una anciana y los demás opinan que esa pasión puede convertirse en una afición, la creatividad de Afrodita no puede liberarse.

La afrodita tardía

En nuestra cultura no esperamos que las mujeres de edad avanzada se enamoren o se muestren sexis y sensuales. Puede que no encajen en la imagen que los demás se han hecho de Afrodita, la amante, pero de todos modos este arquetipo no se jubila a los cincuenta o a los sesenta y cinco, sino que puede llegar a florecer de nuevo o incluso surgir por vez primera a los setenta, y eso es algo que he presenciado. Cuando dos personas de cierta edad se enamoran, la magia se centra más en la belleza del alma que en la de los cuerpos, sobre todo porque no la condiciona el instinto relacionado con la supervivencia de la especie. Cuando eso ocurre, la magia es superior, por cuanto ese amor es inesperado.

El curso de esa relación o la manera de llevarla a buen término ya es otra historia. Si ella está casada, o bien lo están ambos, tendrá que disfrutar de esa sensación íntimamente y en secreto. Es posible que su sufrimiento se equipare a su amor, dada la imposibilidad de estar juntos, o puede que la persona se encuentre ante una encrucijada moral que la obligue a tomar una decisión. Sin embargo, aunque ambos sean libres legalmente de unirse, quizá el curso de su amor no pueda seguir el rumbo que merece por la oposición de los hijos mayores de alguno de los dos miembros de la pareja, o bien a causa de entrar en contradicción con los arquetipos de las diosas virginales que hay en ella (es posible que la mujer codicie más su propia independencia que la posesión de su amado).

Las pasiones de la madurez pueden resultar mucho menos convencionales, así como ser elecciones sumamente personales, e imagino que esto ya está sucediendo. Si ésta es la tendencia, habrá más relaciones otoñales-primaverales entre mujeres mayores y hombres jóvenes, un mayor número de primeros amoríos tardíos entre mujeres y de amantes de distinta condición o raza. Muchas mujeres (sobre todo si poseen el arquetipo de Afrodita manifiesto) adoptan actitudes juveniles, una mentalidad más abierta y un aspecto más radical a medida que envejecen. Encuentran que los hombres de

su misma edad y formación son aburridos y parecen más viejos que ellas. Aunque no sea nada convencional, la mujer mayor que toma sus propias decisiones forma parte de una generación de mujeres acostumbradas a definirse. Si éste es el caso, la mujer en cuestión considerará la oposición familiar, su temor a parecer una anciana loca o seducida y decidirá en consecuencia.

Afrodita también puede inducir a dos individuos a tener una relación sirviéndose del amor y la belleza, y de todo ello resulta una alegría sin mácula, especialmente para dos personas mayores que se sienten bendecidas por haberse encontrado en esta época de su vida, y que cuentan con el apoyo y la alegría de amigos y familiares.

La afrodita tardía también puede aparecer por sorpresa en un matrimonio que lleve décadas casado. En ocasiones afrodita se despierta cuando el último hijo abandona el hogar y marido y mujer pueden volver a convertirse en pareja, o bien cuando el esposo se jubila, el cónyuge alcohólico vuelve a estar sobrio o alguno de los dos sobrevive de milagro a la muerte. A veces la menopausia libera a afrodita, quien únicamente surge cuando ya no hay riesgo de quedar embarazada. El cambio de circunstancias, los trastornos hormonales y las mutaciones de arquetipos contribuyen a hacer posible la aparición de afrodita.

Parte IV:
LA MUJER ES UN CÍRCULO

Cuando las abuelas hablen, la tierra sanará. Cuando las abuelas recen, se revelará la sabiduría. Cuando las abuelas canten, la tierra se manifestará como un todo.

BOLETÍN DEL CÍRCULO DE LAS ABUELAS

LOS CÍRCULOS DE MUJERES SABIAS

Las madres de los clanes, los círculos de abuelas y los círculos de mujeres mayores

Los círculos de mujeres sabias son un arquetipo en sí mismos. La imagen que nos viene a la mente es la de un grupo de ancianas respetables, abuelas o madres de clanes reunidas en un círculo. Todas tienen la misma importancia y, por consiguiente, ninguna de ellas es superior a las demás. Todas ellas, asimismo, se preocupan de igual modo por el bienestar de su comunidad. Este círculo posee una dimensión sagrada y personifica la sabiduría colectiva de sus miembros. Es el arquetipo que posee el potencial de canalizar la sabiduría femenina hacia la cultura, y este arquetipo en cuestión no es una diosa, sino un círculo.

Cuando las mujeres mayores se reúnen en un círculo de mujeres sabias, emulan de nuevo lo que se perdió cuando las culturas autóctonas que adoraban a la diosa fueron conquistadas, aunque cada uno de los círculos representa una creación genuina de posibilidades insospechadas. Todos los círculos nos ayudan a recordar la época en que se acudía a las ancianas en pos de la sabiduría y la autoridad. Sin embargo, eso mismo que existió en el pasado, fuere lo que fuese, y que luego se prohibió, sigue perviviendo en el inconsciente colectivo o campo mórfico, y espera aflorar en la conciencia. No se trata de volver a inventar la sopa de ajo, sino de recordar que fue inventada. El respeto que inspiraba lo sagrado femenino, cuya expresión vehiculaban las ancianas, sacerdotisas u oráculos, fue extirpado de la historia patriarcal, prohibido y posteriormente olvidado, pero una vez se inicia el camino de la memoria, es como liberar un manantial obturado que antiguamente era un pozo sagrado.

Cada uno de los círculos de mujeres es una invención genuina, y, sin embargo, de ellos surge un modelo común. Los círculos de mujeres sabias se reúnen como si estuvieran en el templo, alrededor del cálido hogar de Hestia. Estos círculos poseen un modelo de energía en forma de rueda. Cada mujer está conectada a las demás a partir de su nexo con el centro del círculo y en función de su propio centro espiritual; todas ellas ocupan un lugar en el perímetro de esta rueda de energía. El modelo invisible se siente y se fortalece con el paso del tiempo, y cada vez que el círculo se reúne es como si se añadiera otra capa invisible al modelo. En esta clase de círculos los rituales y los silencios meditativos sirven para "centrar" el círculo al

principio, mantenerlo en esa posición durante toda la sesión y disolverlo al finalizarla.

Los miembros de los círculos de mujeres sabias poseen rasgos que asociamos con las diosas ancianas: sabiduría, compasión, humor, indignación, capacidad de actuar y madurez; pero también son mortales imperfectos que se hallan en la tercera etapa de su vida, conscientes de que están envejeciendo y son vulnerables a todos los aspectos más temibles del envejecimiento y la muerte. Saben que la vitalidad, la creatividad y la influencia que ahora poseen pasará, y que su tiempo es limitado y precioso. Cada mujer puede recurrir a sus propias experiencias y a las lecciones aprendidas a lo largo de toda una vida. Individualmente y colectivamente las mujeres poseen una mayor visión psicológica y son más compasivas de lo que jamás fueron de jóvenes. Incluso muchas de ellas tendrán antiguas experiencias de grupo, y eso les servirá de gran ayuda. Cuando se forma el círculo, no importa que sus miembros se conozcan de toda la vida o que se vean por primera vez.

Un círculo de mujeres sabias comprende a mujeres que tienen algo en común; pueden ser activistas, abuelas, empresarias, psicoterapeutas, artesanas, escritoras o músicas, alumnas de la misma institución, supervivientes de cáncer, compañeras de la misma residencia geriátrica o vecinas; pueden ser de la misma clase social o raza, o bien haber tenido la misma formación. Es posible que por fuera parezca que no tienen nada en común. En cualquier caso, las apariencias no importan, porque lo que se valora es la esencia de cada mujer en sí misma, sus rasgos anímicos y su madurez psicológica. La honestidad, la confianza, la risa curativa y la compasión de estas mujeres convierten el círculo en un santuario de autenticidad y un centro neurálgico y espiritual. Creo que las integrantes de esta clase de círculos son mujeres mayores que se han curtido y, a su vez, enternecido donde más les hacía falta.

Los antecedentes de los círculos de mujeres

Los grupos de concienciación proliferaron desde mediados de los sesenta hasta finales de los setenta, y nos concienciaron sobre el papel dominante del sexismo. Sus miembros, por lo general, eran mujeres de veinte o treinta años que se habían conocido fundamentalmente en campus de universidades y zonas urbanas. Para muchas de ellas estos grupos fueron transformadores, y lograron desarrollar en sus participantes la noción de la solidaridad entre mujeres, una forma de identificación compartida por todas las mujeres. Hubo muchas que abandonaron el grupo al mudarse de localidad, o bien al trasladarse psicológicamente a otras etapas de la vida. Otras se marcharon heridas y desilusionadas, pero la mayoría saboreó la sensación de hablar libremente en un grupo donde podían ser fuertes y vulnerables, mostrar su enfado o dejar correr las

lágrimas. En los grupos de concienciación podían hablar de sus ambiciones, sus relaciones, su sexualidad y sus sueños sobre el futuro y la manera de cambiar el mundo.

Las mujeres se sinceraban contándose sus propias vidas en estos pequeños grupos, y lo que descubrían lo comunicaban a lo ancho y a lo largo del país por medio de antologías, artículos y congresos (generando una rabia y un activismo que condujo al feminismo y cambió muchas de las ideas preconcebidas sobre las mujeres). En *The World Split Open: How the Modern Women's Movement Changed America* Ruth Rosen documenta que el feminismo fue revolucionario en sus consecuencias, alteró la vida de las mujeres y cambió la cultura de Estados Unidos. Las mujeres aprendieron que cuando actuaban juntas, podían convertirse en una fuerza poderosa que generaría el cambio. La hermandad de mujeres tenía poder de facto. En los grupos de formación de conciencia la idea principal era: *Cuenta tu historia personal con sinceridad y escucha las de las demás; advierte en qué temas coincidís y descubrirás que lo personal es político: no estás sola.*¹

El movimiento de recuperación fue el siguiente movimiento importante que reunió a sus participantes en grupos. Las adicciones a sustancias paliativas de las emociones (alcohol, narcóticos o comida) y las adicciones fruto de procesos más duraderos (la adicción al trabajo, al juego, a las compras compulsivas, al sexo y a la codependencia) fueron el tema central de los grupos de recuperación de la década de los ochenta y principios de los noventa. En general se adaptó el modelo de reunión de los Alcohólicos Anónimos, en el que la gente contaba su propia historia, combinado con un programa de doce pasos para el tratamiento de todos los comportamientos adictivos. Las reuniones eran abiertas al público, y sus principios esenciales la confidencialidad, el admitir que uno era impotente frente a la adicción y la necesidad de recibir ayuda por parte de una instancia superior. Estos grupos ayudaron a muchas mujeres que ahora son mayores a cambiar su vida, superando sus adicciones y su codependencia. La reflexión sobre la codependencia y las relaciones disfuncionales surgió a partir del examen de los rasgos característicos de los matrimonios de alcohólicos gracias a la nueva conciencia adquirida con el feminismo. Una vez más, hubo un alud de publicaciones que catapultaron a un gran número de grupos de codependencia fundamentales. Las mujeres codependientes y maltratadas aprendían a reconocer la negación y comprendían que habían estado permitiendo a sus cónyuges seguir con su comportamiento adictivo. Las mujeres alcohólicas, por su parte, se daban cuenta de que habían utilizado el alcohol para ahogar sentimientos que ahora podían expresar en su grupo de recuperación. Los libros de Ann Wilson Schaef, *Women's Reality, Co-dependence* y *When Society Becomes an Addict*, plantean diversas reflexiones que combinan ambos movimientos. Las mujeres se percataron de que

repetían modelos familiares muy dañinos con el beneplácito de la Iglesia y la sociedad.

Hubo un movimiento fundamental sobre la espiritualidad de la mujer que llamó muy poco la atención y comenzó su andadura en la década de 1980. Sus orígenes se ubicaron sobre todo en la Costa Oeste y fueron psicológicos y apolíticos. Los símbolos, los mitos, la música, la meditación, el arte y el ritual eran sus elementos más comunes, junto con la veneración de la naturaleza, la santidad del cuerpo de la mujer y de la tierra y la recuperación de la espiritualidad de la diosa en sus diversas formas. Las mujeres se reunían en pequeños grupos que a menudo habían surgido a raíz de la asistencia a algún congreso sobre espiritualidad femenina o la participación en talleres y retiros femeninos. Las integrantes contaban sus historias confiriendo un tono espiritual al contenido; elaboraban hermosos altares que colocaban en el centro de los círculos y honraban el elemento femenino y sagrado. Los primeros "rituales de ancianas" que marcaban el tránsito de la mujer a la etapa postmenopáusica se realizaron en estas reuniones, que tanto podían ser numerosas como reducidas.

Los grupos de apoyo contra el cáncer fueron otro testimonio de la fuerza y el apoyo que se recibía en un círculo de mujeres. Esos grupos se convirtieron en un complemento del tratamiento oncológico, sobre todo del cáncer de pecho, en la década de 1990, y surgieron a raíz de los resultados inesperados de un estudio realizado en Stanford a mediados de los años setenta cuyos datos no pudieron evaluarse hasta 1989. El proyecto estudiaba a ochenta y seis mujeres con metástasis cancerígena repartidas en dos grupos: uno que acudía a reuniones de apoyo y otro que representaba el grupo de control y que constaba de sujetos parecidos que recibían el mismo tratamiento médico habitual pero sin reunirse en grupos. El estudio se elaboró como un proyecto a corto plazo orientado a demostrar que las mujeres que acudían a los grupos de apoyo eran menos presa de la ansiedad y utilizaban menos medicación para el dolor que los sujetos de control, y los resultados confirmaron las sospechas. En estos grupos las mujeres contaban su historia y compartían todo aquello que les parecía útil, incluyendo la visualización. Una década más tarde, el doctor en medicina David Spiegel, guiado por su escepticismo, que le hacía dudar de la eficacia real de estas actividades complementarias y alternativas, siguió la evolución de la enfermedad en las mujeres del estudio y lo que descubrió le dejó atónito. Las mujeres del grupo de apoyo habían vivido casi el doble de tiempo que las que no acudieron a las reuniones (36,6 meses contra 18,9), y más de una década después, tres mujeres que habían formado parte del grupo de apoyo seguían, contra todo pronóstico, vivas. En la actualidad es habitual que una mujer a quien han diagnosticado un cáncer y sigue un tratamiento acuda a un grupo de apoyo contra el cáncer. Durante la última década del siglo xx

proliferaron grupos de apoyo de toda clase destinados a gente con mil y una enfermedades físicas de gravedad, incluyendo el sida, supervivientes de incestos y violaciones, padres de niños que habían muerto o habían sido asesinados, etcétera. Estos grupos se forman en el período subsiguiente a una catástrofe natural, un accidente terrible o un acto violento que afecta a muchas personas. En la actualidad ya se conoce el potencial curativo y de ayuda de los círculos de personas que han sobrevivido a sus sufrimientos en común.

Los grupos de formación de conciencia, los de recuperación, los de apoyo y los que fomentan la espiritualidad femenina han constituido el precedente de esos otros círculos de sabias para muchas mujeres que se encuentran en su etapa de madurez, por haber participado precisamente en ellos. Sin embargo no es necesario haber asistido a esas reuniones para beneficiarse de su influencia, puesto que esos movimientos y esas experiencias cambiaron la conciencia colectiva. Ahora bien, si en el pasado formamos parte de ellos, sabremos por experiencia propia que esos círculos en los cuales las mujeres cuentan lo que la vida les ha enseñado poseen un poder curativo.

Unos apuntes sobre la sabiduría indígena

La imagen más aceptada de los indígenas es la de unos pueblos que se relacionan con todas las criaturas vivientes y con la tierra no en calidad de propietarios o dominadores, sino en una interdependencia sagrada. La fotografía que los astronautas del *Apolo* hicieron de la Tierra desde el espacio exterior nos hizo tomar conciencia de que todos nosotros somos indígenas para la humanidad, y auspició en muchos la aparición de una sensibilidad indígena. "Indígena" significa "nativo", el que vive o crece de forma natural en su propio medio, el que está en su mundo. La percepción indígena y el mostrar consideración ante "todas nuestras relaciones" ha influido en la actitud esforzada que han mantenido los activistas ecologistas y medioambientales para intentar salvar las especies en peligro y conservar las zonas salvajes y los bosques pluviales. La sabiduría indígena de los nativos americanos incluye esas reuniones del consejo que deliberan sobre las consecuencias que una decisión determinada tendría en las siete generaciones siguientes. Varias prácticas indígenas, como, por ejemplo, reunirse en círculo y emplear una vara de turno para hablar y escuchar, junto con la toma de decisiones consensuadas, fueron las medidas que se adoptaron en las reuniones de grupos de espiritualidad femenina, la Nueva Era, ecológicos y medioambientales. Eran enseñanzas que provenían de numerosos indios americanos, cuya misión fue la de aportar la conciencia indígena a la cultura blanca, a menudo en consonancia con una profecía.

Los artífices de nuestra Constitución y de las Diez Primeras Enmiendas se inspiraron en la Gran Ley de la Paz de los Iroquois, que interpretaron libremente, sobre todo en lo que concierne a los mecanismos de control y de equilibrio. En cambio, lo que decidieron no incorporar fue el concepto de los derechos y los privilegios de las mujeres, la responsabilidad frente a los niños y sus derechos, y lo inaceptable de la esclavitud.

El sistema de gobierno de la Gran Ley de la Paz le fue muy útil a la Confederación de los Iroquois (que agrupaba a las seis naciones sénecas) mucho antes de la llegada de los europeos occidentales, y sigue prestando un buen servicio. El bienestar de la comunidad tribal depende de la percepción y del juicio discriminativo de las ancianas que forman el Consejo de las Madres de los Clanes. Las madres de los clanes, elegidas por su pueblo, son mujeres lo bastante mayores para tener hijos adultos pero que todavía conservan la juventud suficiente para seguir en activo. Este Consejo de las Madres de los Clanes, a su vez, elige a los miembros del Consejo de la Comunidad, que es el consejo de los hombres. El consejo de las mujeres se hace eco de las preocupaciones de la gente y, por consenso, establece las prioridades. Entonces consulta con el consejo de los hombres, al cual delega los problemas, sugiriendo la acción que debe emprenderse. Es importante precisar que se tiene muy en cuenta el veredicto de las ancianas en lo que concierne a las necesidades. Cuando el consejo de los hombres pacta por consenso lo que hay que hacer, informa al consejo de mujeres. Si estas últimas dan su aprobación, hay acuerdo y se toman las medidas pactadas. Si no, el proceso vuelve a empezar.⁴ Este mismo procedimiento lo seguía la Confederación de los Iroquois antes de que las seis naciones senecas de la confederación entraran en guerra. Decidir ir a la guerra requería el consenso de las madres de los clanes, cuya principal preocupación era el bienestar de la comunidad. Cuando se tomaba tal decisión, no obstante, el consejo de los hombres se convertía en un consejo de guerra, y se elegía al jefe que dirigiría la guerra entre uno de sus miembros.

Los círculos de mujeres y el feminismo de tercera generación

La primera generación: las sufragistas

En 1848 cinco amigas se reunieron alrededor de una mesa de caoba para redactar juntas un documento revolucionario inspirado en la *Declaración de Independencia*. Fue la *Declaración de Sentimientos*, y se presentó unos días después en la Primera Convención sobre los Derechos de las Mujeres que se celebró en Seneca Falls el 19 y el 20 de julio de 1848. A raíz de esa convención se elaboró la *Declaración*

de los Derechos de las Mujeres. En esa época las mujeres no podían poseer ni heredar propiedades, y, de hecho, eran propiedad del marido, al igual que sus hijos. No tenían derecho a administrar su propio dinero, ni se les otorgaba la competencia necesaria para testificar en los juzgados. A los maridos les asistía el derecho de recurrir a la fuerza física para inculcar disciplina a sus esposas y el de gobernar su destino a su antojo. La posición legal de las mujeres era prácticamente la misma de la antigua Grecia, salvo que los padres no podían vender a las hijas desvirgadas como esclavas; por supuesto, no podían votar. Los pasos legales hacia la consecución de la democracia, que se iniciaron en Grecia y culminaron en la formación de Estados Unidos, y los derechos que garantizaban la Constitución y las Diez Primeras Enmiendas sólo se aplicaban a los hombres en 1848. La *Declaración de los Derechos de las Mujeres* enumeraba dieciocho perjuicios legales que sufrían las mujeres, y también llamaba la atención ante las escasas oportunidades que la educación brindaba a la mujer. Seneca Falls fue el punto de partida para lograr la igualdad de las mujeres. Su ubicación geográfica era en territorios de la Confederación de los Iroquois, hecho que no escapó a esas mujeres blancas, cuyos derechos no podían igualarse a los que disfrutaban las indígenas de la zona. El círculo de cinco amigas que organizaron esa primera convención y escribieron la primera declaración conjuntamente (Elizabeth Cady Stanton, Lucretia Mott, Martha Coffin Wright, Jane Hunt y Mary Ann McClintock) ejemplifica las palabras pragmáticas y estimulantes de Margaret Mead: «Nunca dudéis del poder para cambiar el mundo de un grupo reducido de personas comprometidas. En realidad, es lo único que funciona».

El círculo de Seneca Falls planteó los temas de la igualdad y la justicia para las mujeres, y dio comienzo al movimiento sufragista. El derecho al voto para la mujer encontró una gran resistencia y fue muy ridiculizado. Las sufragistas tuvieron que luchar contra razonamientos como el de que el voto para las mujeres iba en contra del orden divino y su naturaleza. Se las acosaba por la calle y se las denunciaba desde el púlpito. La enmienda a la Constitución que permitiría votar a las mujeres se presentó cuarenta y cinco veces al Congreso de los Diputados antes de aprobarse y ser enviada a los distintos estados para su ratificación. En ese punto también tuvieron que salvarse muchas dificultades. Las mujeres asistían a encuentros, discutían del tema entre ellas y se reunían en las casas para organizarse. Formaron delegaciones para hablar con los legisladores. Acudieron a manifestaciones, desfilaron y tuvieron que sufrir repetidos arrestos. Finalmente, tras setenta años de esfuerzos denodados, se ratificó la Decimonovena Enmienda a la Constitución. El 2 de noviembre de 1920, las americanas pudieron al fin emitir su voto. Entre ellas figuraba Eleanor Roosevelt, quien, a los treinta y cinco años, votó por primera vez.

El feminismo político y personal de segunda generación

Las sufragistas fueron las feministas americanas de primera generación; sin embargo, tras conseguir el voto, ese feminismo disminuyó. La segunda generación se incubó durante la Segunda Guerra Mundial, un tiempo en que las mujeres se encargaron de defender el frente en su propio país mientras los hombres se iban a la guerra. Era una necesidad temporal, y se esperaba de las mujeres que fueran independientes y eficaces sólo "mientras durara la confrontación". En la postguerra, a finales de los cuarenta y durante los años cincuenta, los papeles que desempeñaba cada sexo eran cada vez más estereotipados en Estados Unidos. Los hombres se dedicaron a trabajar y las mujeres se quedaban en casa. Era la época en que las mujeres iban a la facultad a sacar la licenciatura de "señora casada" y especializarse en SM ("someter al maridito"). Las mujeres se dedicaron a tener hijos (provocando de manera colectiva el *baby-boom* de 1946 a 1964), y el ideal fue la unión conyugal y vivir en una casita de una zona residencial. Las mujeres pasaron de ocupar todos los puestos de trabajo posibles en la década de 1940, durante la guerra y a causa de la ausencia de los hombres, a desempeñar la única ocupación aceptable para una mujer en la década siguiente: ser ama de casa. Todas se esforzaban por conformarse y vivir dentro de los parámetros de la normalidad; nadie quería ser diferente.

Las mujeres que habían saboreado la independencia y no se sentían satisfechas como amas de casas (como se esperaba de ellas), guardaban silencio. Las mujeres que, en cambio, sí trabajaban, o estaban divorciadas o no tenían hijos, o bien nunca se habían casado, también guardaron silencio (un silencio vergonzoso en su caso) durante los años cincuenta; pero se estaba creando otra generación de feministas. El feminismo se inició con los grupos de concienciación de mediados de los años sesenta, los cuales llegaron a su auge en la década de 1970, la década del Movimiento para la Liberación de la Mujer.

El movimiento de las sufragistas se había originado a partir de la iniciativa de un grupito de amigas que se reunieron para elaborar el borrador de una declaración y organizar un congreso. El nuevo impulso que luego se dio al feminismo, en cambio, fue debido a las innumerables asociaciones de concienciación en las que las mujeres discutían del feminismo y contaban sus propias historias. Esos círculos hicieron mella en sus miembros y desataron la rabia y el dolor que se habían ahogado en el silencio de la generación de postguerra y sus mujeres conformistas. El movimiento comenzó con protestas y publicaciones. Se alimentó en las filas de intelectuales y activistas de corte liberal de Nueva York y Chicago, y de su capacidad para articular ideas, organizar protestas y publicar textos. Entre 1968

y 1973 aparecieron quinientas publicaciones que llegaron a todas las mujeres del país para concienciarlas del sexismo y el patriarcado existentes. Como consecuencia, hubo cambios revolucionarios. En *The World Split Open: How the Modern Women's Movement Changed America*, Ruth Rosen describe los acontecimientos que provocaron unos cambios tan trascendentales en Estados Unidos que llegaron a convertir el feminismo en un fenómeno global. Como contrapartida, hubo una gran resistencia e incluso reacciones violentas. Inicialmente se dio un gran impulso a la aprobación de la Enmienda para la Igualdad de Derechos; sin embargo, a medida que se acercaba la fecha de ratificación, y ante la resistencia organizada a que tuvo que enfrentarse el proyecto, la enmienda fue derogada por un número de estados suficiente en 1982.

La tercera generación: el feminismo espiritual

La primera y la segunda generación del feminismo empezaron cuando ciertas mujeres se reunieron para hablar de sus vidas, sus sueños y sus preocupaciones (como hacen las amigas) y actuaron de un modo determinado. La tercera generación del feminismo en la actualidad se centra en la psique de la mujer. Su signo visible es el número creciente de círculos de mujeres fundamentales con una dimensión sagrada. La tercera generación contiene la esencia de la primera y la segunda, y se apreciará cuando tenga la fuerza y el tamaño suficientes. Creo sinceramente que la tercera generación consiste en la aportación de la sabiduría y la espiritualidad femeninas al mundo.

¿Acaso un círculo dotado de un centro espiritual podría ser el crisol que transforme a la mujer y al mundo? Ésta era la premisa visionaria que defendí en mi libro *The Millionth Circle*. Mientras reflexionaba sobre el arquetipo del círculo y la capacidad de las mujeres para formarlos, me vino a la mente la idea del centésimo mono, y eso inspiró el título del libro. *The Hundredth Monkey* es una narración alegórica que apoyaba los esfuerzos de los activistas antinucleares para erradicar la carrera armamentística nuclear cuando, según la sabiduría popular, era del todo imposible que unos ciudadanos normales y corrientes pudieran cambiar el inevitable curso destructivo de las superpotencias. *The Hundredth Monkey* contaba la historia de unos científicos que estudiaron colonias separadas de monos, situadas en diversas islas aisladas entre sí, lanzándoles boniatos en la playa para hacerlos bajar de los árboles y poder analizar su conducta. Observaron que una hembra joven lavaba el boniato antes de comérselo, y que ese comportamiento era algo nuevo. Con el tiempo, sus amigas primero, después sus madres y finalmente los machos de la isla, adoptaron esta nueva costumbre. Sin embargo, lo más significativo fue que ese nuevo comportamiento se observó también en las otras islas, que no estaban comunicadas

directamente. El método devino costumbre: a partir de entonces los monos reflejaron ese comportamiento. El centésimo mono había sido el único que, al adoptar esta idea novedosa, no sólo había inclinado la balanza en su propia isla, sino que había introducido ese nuevo comportamiento en la conciencia de la especie entera. Rupert Sheldrake, un biólogo teórico, postulaba la existencia de una Hipótesis de Resonancia Mórfica que daba cuenta de un efecto parecido en pájaros y otros animales. Aplicada a las personas, significa que cuando un número crítico de individuos cambia de manera de pensar o comportarse, la cultura también cambia. Para que se origine el efecto del mono centésimo, deben existir noventa y nueve individuos más que lo posibiliten. En la actualidad los tratados de no proliferación nuclear y la intención de las superpotencias de desarmar los arsenales nucleares ya es una realidad. Ahora bien, y reflexionando sobre el tema, me pregunto yo qué ocurriría si el "círculo centésimo" fuera el único círculo nuevo de mujeres capaz de conducir a la humanidad a una era postpatriarcal.

La estructura inherente de un círculo es igualitaria en lugar de jerárquica, y ésta es la razón de que funcione como un modelo perfecto de comunicación honesta y solidaria entre iguales. Este conocimiento puede tener consecuencias radicalmente positivas en relaciones externas al círculo en el momento en que lo que se aprende en ese círculo se adopta como modelo de otras relaciones y grupos. En las relaciones jerárquicas el poder es el principio ordenador. En toda jerarquía debemos saber cuál es nuestro lugar y actuar de acuerdo con él si queremos seguir llevándonos bien con los demás o prosperar; y, del mismo modo, pueden castigarnos abiertamente o de forma sutil por no respetar el acuerdo. La jerarquía puede limitarse a dos personas sencillamente, cuando una de ellas debe mostrar respeto a la otra por norma (esa característica también define a la persona codependiente). Cuando la unidad jerárquica consta de un hombre y una mujer, transformar la relación en un círculo de dos requiere un esfuerzo consciente, porque se opone flagrantemente a la configuración inconsciente de cuatro mil años de superioridad masculina, que sólo se ha examinado y puesto en tela de juicio en la sociedad occidental.

Las tareas convencionales en las dos primeras etapas de la vida de una mujer son personales, y los temas que se desprenden tratan de sus derechos y sus relaciones. Éste fue también el objetivo en el cual se centraron los feminismos de primera y segunda generación. El tema prioritario era conseguir el derecho al voto, o hacer valer la voz propia en política, la igualdad de oportunidades y la defensa de unas relaciones igualitarias. Cada generación feminista requiere una nueva concienciación (que vendría a ser aquello que la mujer sabe a ciencia cierta, aunque se oponga a lo que siempre le han contado; consistiría, en resumidas cuentas, en que la mujer definiera por sí misma lo que desea y lo que es capaz de hacer).

En un círculo dotado de un centro espiritual la oración silenciosa o la meditación centra a la mujer y al círculo en cuestión, y facilita la introducción del elemento femenino y sagrado. El círculo se convierte en un *temenos*, que significa "santuario" en griego. La concienciación espiritual es el hilo conductor que une los feminismos de primera y segunda generación, pero en ellos el énfasis se situaba en la necesidad de cambiar las relaciones y la circunstancia de las mujeres en el mundo. Estas preocupaciones externas, asimismo, también constituyen el objetivo de la primera y la segunda fases de la vida de cada mujer. Sin embargo, cuando los grupos de mujeres se convierten en círculos dotados de un centro espiritual, se transforman en el crisol donde la espiritualidad de la mujer adquirirá rango de conciencia.

Lo sagrado femenino y el arquetipo de la diosa tripartita desapareció en el inconsciente colectivo con el patriarcado, y la sabiduría de las mujeres estuvo ausente de la política y los gobiernos. En cambio, los mecanismos de control y equilibrio que aportaba el modelo de gobierno de los iroquois, con un consejo de mujeres y otro de hombres, reconocía la necesidad de la existencia del principio femenino de la afinidad, que propugna el cuidado de todos los miembros de la comunidad, y el principio masculino de solventar los problemas y alcanzar los objetivos. La persona desarrollará ambos aspectos de la psique, cuando y sólo cuando eso sea posible. Al forzar los estereotipos, el desarrollo del individuo se ve amenazado. Las dos primeras generaciones de feminismo tuvieron un efecto muy profundo en el potencial individual de la mujer para desarrollar ambos aspectos de sí misma, y en la posibilidad de cambiar las relaciones entre hombres y mujeres y pasar de la dominación masculina a la igualdad. Sin embargo, la cultura siguió siendo patriarcal y mostrando un franco desequilibrio; y la mujer también es responsable de ello cuando sólo pone la mira en el éxito. Tanto si el objetivo que se persigue es alcanzar el grado más ínfimo de provecho como si se trata de ganar la batalla que decidirá una guerra, cuando el principio masculino no se encuentra equilibrado con el principio femenino de la afinidad, habrá bajas entre los no combatientes, porque los individuos y el entorno se consideran prescindibles. El sufrimiento es inevitable cuando eso ocurre, y las consecuencias para las generaciones venideras serán graves.

La afinidad verdadera posee una dimensión sagrada. Entre los individuos es una relación de tú a tú, un reconocimiento mutuo y anímico, y no existe ninguna jerarquía. La ecología más radical aplica este principio a todas las facetas de la vida. ¿Acaso podría el feminismo espiritual de tercera generación trasladar este principio de afinidad a la conciencia planetaria? ¿Es posible que la preocupación de las madres de los clanes y de las abuelas por todos los niños del mundo sea el fundamento espiritual del feminismo de tercera generación? En cualquier caso, el Día de la Madre del año 2000 vi la

Manifestación del Millón de Madres por televisión, y no pude evitar preguntarme si estaba presenciando el primer gesto.

Como les sucede a otras feministas de mi generación, me molesta que las jóvenes se crean con derecho a gozar de unas oportunidades que no existían o no estaban al alcance de las mujeres cuando nosotras teníamos su edad, sobre todo cuando encima dicen: «Yo no soy feminista». Mi réplica silenciosa (y a veces también verbal) en esos casos solía ser: «¿Quién crees que te allanó el camino?»; pero entonces me di cuenta de que yo también daba por supuesto mi derecho a ejercer el voto, sin valorar en su justa medida los esfuerzos de las sufragistas. Así es como suceden los cambios en el campo mórfico: lo que en el pasado era inimaginable y exigía esfuerzos denodados para conseguirlo, ahora lo damos por hecho.

Los círculos de mujeres sabias

Cuando los miembros de un círculo de centro espiritual son mujeres mayores, forman un círculo de mujeres sabias en una cultura que ya no da crédito a la sabiduría de las ancianas; aunque, tal y como hemos visto, también podemos recurrir al apoyo que nos ofrecen los modelos arquetípicos. Contamos con el ejemplo de las madres de los clanes de la Confederación de los Iroquois o el de las Tiendas de Abuelas de otras tradiciones amerindias, y también con la imagen de los círculos de mujeres sabias que nos hemos formado y que nos remiten al arquetipo.

En *Buffalo Woman Comes Singing*⁵, Brooke Medicine Eagle observó que el título de abuela sirve para honrar a una anciana, tanto si ha tenido nietos como si no. Retomando la tradición de la iniciación a la vastedad del mundo y adaptándola a sus propósitos, Brooke creó un ritual de iniciación para las mujeres sabias contemporáneas, y sugería que cada mujer debería decidir por sí misma si está preparada para someterse a esa iniciación. Al margen de la condición de haber pasado la menopausia (que también podía ser resultado de una histerectomía o un tratamiento de quimioterapia), esa mujer debía plantearse si se sentía con la energía y la responsabilidad suficientes para abarcar otra cosa que no fueran sus propios objetivos, sus relaciones más íntimas o su familia inmediata. En esta iniciación cada mujer debía comprometerse ante un círculo de testigos y poner su energía al servicio de mantener y renovar su vida en bien de todas sus relaciones. Lo que eso signifique, y la forma que el compromiso asuma, es cuestión de cada mujer. Se trataría de que esa mujer individual utilice las capacidades que ha desarrollado, el conocimiento que ha adquirido, sus medios económicos o su influencia personal para hacer algo relevante.

Un círculo de mujeres sabias puede ser una Tienda de Abuelas para sus miembros, en la cual todos se comprometen de distintos modos a emplearse a fondo con sus propios recursos para favorecer a

la comunidad (desde la más inmediata a la global). A partir de un proyecto o un obstáculo que debe superarse surgen el apoyo y las ideas. Para una activista el círculo puede ser un lugar donde refugiarse e identificarse en espíritu con mujeres que saben lo que pretenden y lo que eso significará si lo consiguen. El círculo puede convertirse en el campamento base de esa persona, donde sus miembros se apoyan mutuamente con la conciencia o la plegaria.

Un círculo de mujeres sabias también puede convertirse en los cimientos espirituales y emocionales de un proyecto determinado. Fui testigo de ello en el Santuario del Bosque de las Mujeres de la Arboleda Sagrada, una organización sin ánimo de lucro cuya misión fue salvar un conjunto de secuoyas muy antiguo comprando los acres del terreno y evitando así que fueran talados a partir de entonces. Esas mujeres se reunieron en un círculo durante cinco años, dejándose guiar por los principios de los círculos de sabiduría, una tarde de domingo al mes. Primero formaron un círculo (asistían a las reuniones, estaban al tanto de las vidas de las demás, se reservaban ciertos momentos especiales, guardaban silencio juntas, se arreglaban y celebraban rituales), y hacían todas las actividades propias de los círculos de mujeres que resultan tan gratificantes; pero luego se centraron en buscar una solución para los árboles, y empezaron a recaudar fondos para el siguiente recibo, confeccionar una lista de direcciones, celebrar actos para financiar el proyecto o agradecer las donaciones, o bien planificar una visita al bosque u organizar alguna celebración que atrajera a la gente al lugar. De otro círculo similar partió la organización sin ánimo de lucro Mujeres para la Sabiduría, que patrocina un congreso anual sobre la espiritualidad de las mujeres en Seattle. En Arizona varias amigas empezaron a reunirse como en el círculo de abuelas, hasta que decidieron organizar una reunión más numerosa para todas aquellas mujeres interesadas, y eso cristalizó en un congreso-retiro anual. Su círculo fue la simiente que fructificó en numerosos círculos de mujeres mayores (a la cual contribuyó la disposición de sus miembros a ofrecer información y colaborar en la formación de otros círculos de abuelas).

El movimiento de las mujeres sabias: espiritualidad y civismo

Las mujeres que han envejecido y se han vuelto más sabias poseen un "sentido común maternal" y saben que los orígenes de todos los males de una comunidad, así como de las naciones, se remontan al cariño que han recibido los niños, si han sido amados, están sanos y no han sufrido maltratos; si han aprendido a controlarse y a sentir compasión, y si han recibido las oportunidades que merecían en función de sus capacidades. Para nosotras es obvio que el bienestar de los niños depende del bienestar de sus madres, el

cual, a su vez, irá en función del trato que reciban las mujeres. A finales del siglo XX y a principios del XXI se empezó a hablar de esta correlación, aunque todavía no se le ha dado el empujón que merece.

Las estadounidenses que ahora son abuelas empezaron el Movimiento para la Liberación de la Mujer. Sus hijas fueron las beneficiarias, y ahora cruzan el umbral de la menopausia para contarse entre los cuarenta y cinco millones aproximados de americanas todavía en activo que inician la etapa de madurez de su vida. Atendiendo a esta base numérica, ¿es posible que estos círculos de mujeres sabias constituyan el caldo de cultivo de un movimiento de mujeres sabias? Si una generación de madres de los clanes asume la responsabilidad de cuidar del bienestar de la tribu humana, ¿podría surgir un "movimiento de mujeres sabias" con suficiente entidad en la primera década del siglo XXI?

Las mujeres que se encuentran en la tercera etapa de su vida reaccionan visceralmente al oír que un informe realizado en veintiún países reflejaba que una de cada tres mujeres en todo el mundo ha sufrido palizas, violaciones o alguna clase de maltrato, y concluía que la violencia contra las mujeres debería tratarse como un problema sanitario global.⁶ Al margen de las heridas físicas más inmediatas, los malos tratos y las relaciones abusivas se hallan vinculadas con los problemas durante el embarazo, el abuso de sustancias, los trastornos gastrointestinales, los síndromes de dolor crónico, los abortos, el fallecimiento de niños y la mortalidad infantil antes de los cinco años.

En la actualidad, y llegados ya al año 2000, Estados Unidos es el único país industrializado que se ha negado a ratificar la *Convención de las Naciones Unidas sobre la eliminación de cualquier forma de discriminación contra las mujeres*. Hace veinte años el presidente Jimmy Carter firmó el tratado, y en todo este tiempo el Senado todavía no ha logrado ratificar la convención (junto con Corea del Norte, Afganistán e Irán). El tratado, firmado por ciento sesenta y cinco países, ampliaba la definición de discriminación para proteger los derechos humanos de las mujeres y las niñas o sus libertades fundamentales en los ámbitos político, económico, social, cultural, civil y legal. El acuerdo hacía hincapié en que cada país aportara unas prestaciones sociales que permitieran a las mujeres combinar las responsabilidades familiares con su participación en la vida pública, y afirmaba el derecho de la mujer a elegir reproducirse. El fracaso en la ratificación del tratado es coherente con el vergonzoso rechazo de la Enmienda para la Igualdad de Derechos.

Las mujeres mayores aprendieron por un lado que los asuntos y las necesidades de las mujeres no son prioridades importantes para los hombres que ostentan el poder, y también vivieron los grandes cambios que realizó el feminismo. Hemos aprendido que las mujeres juntas somos una fuerza para el cambio, y que los círculos de mujeres pueden dar pie a la creación de movimientos.

Las mujeres sabias constituyen el núcleo de las creativas culturales

Sólo a partir de un simple razonamiento deductivo podemos inferir que las lectoras de *Las diosas de la mujer madura* (digo lectoras, aunque no excluyo que excepcionalmente algún hombre lea un libro con un título como éste) son "creativas culturales". Este calificativo se originó en el Instituto de Investigación de Stanford a raíz del estudio demográfico que Paul H. Ray y Sherry Ruth Anderson describieron en *The Cultural Creatives: How Fifty Million People are Changing the World*.

Los valores y las preocupaciones de este gran segmento de la población, que comprende el veintiséis por ciento de los adultos de Estados Unidos, podrían ser los de cualquier círculo de mujeres sabias. Ray y Anderson escribieron que «los temas que los políticos suelen calificar de "femeninos" son la clave para comprender a las creativas culturales. Esas creativas otorgan validez al modo de conocimiento de las mujeres: sentir empatía y compasión por los demás, ponerse en el lugar del interlocutor, y considerar las experiencias personales y las historias contadas en primera persona una manera significativa de aprender y asumir una ética humanitaria. A esas mujeres les inquietan la violencia y el maltrato a mujeres y niños, y desean que existan unos servicios de atención a la infancia más eficaces y que se realicen mejoras respecto a las necesidades y la educación de los niños. Su preocupación por el bienestar de las familias es enorme, y quieren que las relaciones humanitarias mejoren en todos los ámbitos de la vida, tanto privados como públicos».⁷

Las creativas culturales son más idealistas y altruistas, y menos cínicas, que el resto de estadounidenses. Les preocupa la autenticidad personal, la ecología global y el bienestar de toda la gente del planeta. De los cincuenta millones de habitantes del país, el sesenta por ciento son mujeres. Por añadidura, Ray y Anderson diferenciaron un grupo "nuclear" de creativas culturales basado en la intensidad de sus valores y creencias y en la capacidad de poner esos valores en práctica. Unos veinticuatro millones de personas (el doble de mujeres que de hombres) integran el grupo más comprometido de las creativas culturales. Este grupo nuclear se caracteriza por la preocupación que manifiesta por la justicia social y la vida interior propia: sus miembros descubrieron que «sorprendentemente, cuanto más se consolidaban sus valores y creencias altruistas, la realización personal y la espiritualidad, tanto más probable era que se interesaran por la acción y la transformación sociales».

Los círculos de mujeres y los de concienciación son los medios por los cuales las mujeres provocan cambios en sí mismas y trastocan el patriarcado. Los círculos se generan de un modo

orgánico. Son como las plantas: a partir de unas semillas diseminadas de información e inspiración crecen nuevos círculos; hay otros, incluso, que envían estolones para que echen raíces en las inmediaciones (una mujer, por ejemplo, le cuenta a otra que forma parte de un grupo y esta última decide formar un grupo por su cuenta). Sea como sea el modo en que empiecen, la forma esencial es la misma. El poder que tienen los círculos de provocar cambios en la cultura radica en su número y en los arquetipos que se han activado en las mujeres que los integran.

La formación de un círculo de mujeres sabias

Para transformar un grupo que ya exista
en un círculo de mujeres sabias
(o para crear uno nuevo)

hay que considerar, en primer lugar,
a los miembros.

¿Quién formará parte de este círculo?

¿Son sus integrantes mujeres maduras y esplendorosas?

¿Acaso todas y cada una de esas mujeres
poseen sabiduría y compasión,

sentido del humor, unas ganas locas de reír,
temple y personalidad?

¿Se sienten ultrajadas ante la injusticia
y la indiferencia?

¿Tienen ganas de hacer algo importante?

¿Sienten acaso que forman parte de una comunidad
y tienen fe en la idea de que la vida tiene sentido
y que nuestros actos son de gran relevancia?

¿Se preocupan del bienestar de los demás
antes que del suyo propio,

por los valores que se han perdido,

por la supervivencia de un barrio o del planeta entero?

¿Han madurado en los momentos difíciles?

¿Podemos contar con ellas? ¿Poseen el tiempo y la energía
suficientes

para formar parte del círculo como activistas, personas
contemplativas

o madres de los clanes?

¿Será el círculo un santuario para ellas?

Las experiencias que se hayan tenido
en otros círculos anteriores

y la sabiduría que nos da la vida

contribuirán a alimentar y mantener el círculo.

Además, también existen otras fuentes bibliográficas

sobre el tema de los círculos que recomiendo encarecidamente.

Mi libro, *The Millionth Circle*, es un ejemplar delgadito, poético e intuitivo. Es una obra zen en la que se explica el arte de la conservación del círculo. Un enfoque mental, realizado con el hemisferio derecho, de los círculos sagrados.

Wisdom Circles

De Charles Garfield, Cynthia Spring y Sedonia Cahill expone y enumera diez constantes en forma de sólidos principios para fundar círculos de sabiduría y sendas directrices para entrar en ellos.

El libro de Christina Baldwin, *Calling the Circle* es el que da las pautas más específicas de los tres libros propuestos. Expone protocolos y preliminares, da una relación de principios e incluye una bibliografía y referencias al margen. Es muy informativo e ilustra con varios ejemplos el propósito de la obra.

Los libros ayudan a formar y alimentar un círculo. Son el alimento del pensamiento y brindan ideas para que las contemplemos.

Cuéntaselo a las demás y, juntas, sed visionarias. Reflexionad sobre lo que queréis hacer y orad para encontrar el camino.

Las plegarias silenciosas centran los círculos de mujeres sabias. Cada una reza a su manera para alcanzar la sabiduría, el valor, el conocimiento introspectivo o la compasión. Que el bien máspreciado penetre en el círculo y salga renovado de él.

CONCLUSIÓN: A MODO DE TERCER ACTO

Si ya hemos pasado la menopausia o nos encontramos en el umbral de esta etapa, estamos a punto de empezar el tercer acto de nuestras vidas. Conocer los arquetipos más sólidos y vivos de nosotras mismas nos ayudará a entrar en esta etapa con una mayor conciencia, y nos servirá para orientarnos en el camino. En el teatro la obra que se representa en el escenario culmina en el tercer acto, y para todas aquellas que se consideran seres espirituales que hacen su camino en la tierra, la tercera fase de la vida les ofrecerá la promesa y la posibilidad de adquirir una mayor sabiduría y ver el propósito y el significado de la vida. Ahora bien, tanto si el concepto de recorrer un camino espiritual forma parte de nuestra conciencia como si no, la sabiduría de la edad implica que vemos la vida desde una perspectiva más amplia, y que actuamos en consecuencia.

La quinta y la sexta décadas de la vida de una mujer representan para algunas la culminación de sus éxitos, la época en que detentan una mayor influencia y gozan de la mejor posición. Hasta el feminismo, sin embargo, era muy raro que una mujer se hallara en esas circunstancias, pero ahora ya no. Aunque resulte paradójico, sin embargo, mientras la competitividad de la mujer y su lucha por mejorar, tener éxito y conseguir el reconocimiento dan sus frutos o marcan sus objetivos, los arquetipos de la mujer madura empiezan a moverse. Es el momento en que ella quizá se cuestione la importancia de estos logros como fines en sí mismos y se pregunte por las razones de su propio comportamiento. Lo que antes había sido un objetivo ahora puede convertirse en el medio de crear algo totalmente distinto, y en el proceso de este cambio de énfasis, la sabiduría puede llegar a ser el centro de su mundo interior.

Estas décadas también pueden representar un período de riqueza, gracias a ganancias propias, herencias, fondos de pensiones o liquidaciones. La pregunta que surge entonces es: ¿Qué voy a hacer con todo esto? En el pasado las relativamente pocas mujeres que se hallaban en este trance dejaban que decidieran los miembros masculinos de sus familias o los gerentes de sus negocios, y la premisa era conservar sus activos y traspasarlos a los herederos. En la actualidad, en cambio, las mujeres se hacen mayores y tienen el control de estos activos financieros, y es entonces cuando, sin duda alguna, pueden tomar sus propias decisiones. Estados Unidos se encuentra en el epicentro del traspaso de riqueza más importante que se da de una generación a la siguiente, y eso implica que existe un gran número de personas con padres de clase media que les dejan

propiedades considerables, dada la estimación astronómica del valor de sus casas e inversiones. Cuando alguien percibe una fortuna inesperada que rebasa con creces las necesidades propias, puede plantearse qué significado tiene todo eso y qué va a hacer con ello.

El valor que se cuestionan las mujeres que tienen la suerte de gozar de salud física y mental es el tiempo: ¿Qué voy a hacer con los años que me quedan de salud? Cuando no se responde a esta pregunta o no se busca una respuesta, el tiempo pasará sin que lleguemos a considerar cuán preciado es o las oportunidades de que disponemos. Es posible que desperdiciemos el tiempo si los arquetipos de la madurez no afloran a nuestra conciencia e influyen en la imagen que tenemos de nosotras mismas y en la valoración que hagamos de la vida que nos queda por delante.

Para las mujeres con hijos mayores, a menudo las décadas quinta y sexta se inician con el nacimiento de los nietos, y ese nacimiento, como el de los hijos propios, puede remover profundos sentimientos maternales que, aunque puedan parecer similares, no obstante difieren. Ser abuela es un nuevo papel que surge por el hecho de haber sido madre. Lo que la mujer sabe y hace como abuela puede enriquecer la vida de tres generaciones. El nacimiento de un nieto puede conducir a una mujer que se estrena como abuela y a sus hijos mayores, que se estrenan a su vez como padres, a valorarse mutuamente de un modo distinto y más empático; y cuando se da una afinidad entre un nieto y un abuelo o una abuela, cosa que suele suceder, se crea un nuevo vínculo muy especial. La experiencia también nos hace valorar de otra manera la vida que llevamos, y preocuparnos por lo que les sucederá a las generaciones futuras cuando nosotros ya no estemos.

La mujer activa que se hace mayor se encuentra en la posición de poder establecer cambios radicales en su vida, y la mayoría posee el potencial de influir en los demás. Puede ser una época de "devolución". Dado que, gracias a los esfuerzos de otras mujeres, nosotras pudimos disfrutar de oportunidades vedadas al sexo femenino hasta hace muy pocos días, ahora quizá nos ha llegado el momento de expresar nuestra gratitud hacia los demás y convertirnos en mentoras, defensoras o activistas.

Hacer balance es crucial si somos personas que deciden por sí mismas a sabiendas de que la elección afectará a la calidad y el significado de esta etapa de nuestras vidas. Quizá sea la última oportunidad que se nos brinda de enfrentarnos a la verdad y reconocer que hemos estado negando una adicción que ha perjudicado nuestra salud, o bien puede que nos haya llegado la hora de afrontar que nuestra relación es dañina y no funciona. La mujer madura que sigue esgrimiendo fantasías en lugar de hacer algo por o para sí misma mientras todavía se sienta capacitada, se encuentra en un estado de negación que no puede permitirse de ningún modo.

Es también el momento de disfrutar de los placeres de vivir en

este mundo siendo nosotras mismas, conscientes de que cuerpo y mente no durarán para siempre. Quizá sea la hora de expresar nuestra creatividad, jugar, trabajar como si fuera un juego, viajar o aventurarnos en el fondo de nuestra alma; hacer, en resumidas cuentas, lo que más nos atraiga. Es el momento en que sabemos valorar más los pequeños y los grandes placeres de la vida. La gratitud nos vuelve sibaritas de la experiencia, haciendo que nos demos cuenta de lo especial que resulta, y del valor que tiene, estar vivas y disfrutar de unos instantes en concreto. Esta misma conciencia la comparten aquellas que han experimentado la vulnerabilidad de la vida y han podido saborearla luego.

Existe también la posibilidad de que las exigencias que recaen sobre las energías y el tiempo propios nos consuman en esta tercera etapa si no las contemplamos con perspectiva y encontramos la manera de controlarnos y controlar a los demás a conciencia. Quizá los padres ancianos y enfermos nos necesiten más que nunca, y puede que también los hijos adolescentes o adultos. En esta época de la vida, asimismo, se jubilan nuestros cónyuges o amigos y, por consiguiente, desean pasar su tiempo libre con nosotros, o bien quieren que llenemos el vacío que sienten a raíz de la jubilación. A lo mejor padecen problemas de salud y empiezan a depender de nuestra ayuda emocional y explícita. Por último, hay que considerar todas esas costumbres que en el pasado eran fuente de alegría y ahora se han convertido en obligaciones, como, por ejemplo, la responsabilidad de organizar las vacaciones y tener a gente en casa. Nuestra buena predisposición, o la buena voluntad de los demás, dependerá de cómo nos valoremos a nosotras mismas y lo predispuestas que estemos a definir nuestros límites y prioridades personales.

Las tareas de la vida cotidiana y la cantidad de comunicaciones existentes (publicaciones, correspondencia, llamadas que hay que devolver, facturas que pagar, correos electrónicos...) parece que aumentan y desbordan el tiempo y el espacio de que disponemos. A veces es como si estas tareas se multiplicaran como champiñones en la oscuridad, y que a la mañana siguiente tuviéramos más trabajo por delante que la noche anterior. Tanto en el contexto del papel tradicional que desempeña la mujer como en el laboral, hay que tener en cuenta los sentimientos de los demás, y prestarles atención a diario. En resumen, podríamos decir que entre amigos, familia y conocidos que comparten sus vidas con nosotras, a las mujeres nos resulta muy sencillo convertirnos en codependientes funcionales aunque no dependamos necesariamente de alguien en particular.

Por consiguiente, si deseamos que el tercer acto de nuestra vida sea algo más, necesitaremos tomarnos un descanso para orientarnos y recargar energías: de hecho, más que tomarnos un descanso deberíamos decir reflexionar a solas, porque la sabiduría interior no es accesible si no disponemos del tiempo y la soledad

necesarios para escucharla. Es entonces cuando los arquetipos de la mujer madura se convierten en la fuente de inspiración que nos impele a actuar.

Es un proyecto de considerable envergadura concertar una auténtica tregua y retirarnos para reponer energías y volver a conectar con nosotras mismas. Se precisa programación y planificación; y a menudo es necesario superar la propia inercia o la sensación de ser indispensable, o bien la resistencia de los demás. Podemos acudir a un retiro espiritual, acampar en plena naturaleza, ir a un balneario o a un hotel frente al mar, incluso asistir a un taller o hacer un peregrinaje. Podemos meditar por las mañanas, dar un paseo diario o apagar todo lo que suena y tomarnos unos momentos para hacer los preparativos indispensables para escuchar nuestra propia voz interior. Dado que las mujeres suelen descubrirse a sí mismas hablando, somos muchas las que consideramos muy útil tener una oyente y convertirnos también en oyentes de los demás. La capacidad de las mujeres de conectar con las experiencias y los sentimientos de los demás y la habilidad de escucharnos mutuamente participando de un modo activo en la conversación es un buen campo de cultivo para la autenticidad y un medio a través del cual escuchar nuestra sabiduría interior.

Perder el tiempo, sola o en compañía, quizá sea lo que necesitemos. Si elegimos la soledad, la conversación se remitirá a las ocasiones en que tomemos nuestro diario. La tercera etapa de la vida requiere una "orientación interior" si se trata de que evolucione la mujer sabia que hay en nosotras. Para conseguirlo, necesitaremos dedicar tiempo a nuestro círculo interior de arquetipos.

Así como el ritmo cardíaco consta de una fase sistólica, cuando envía sangre a través del árbol arterial, y una fase diastólica, cuando se rellena, nosotras también debemos rellenarnos para volver a sentirnos plenas. El agostamiento o la debilitación de la energía y la visión requieren, a su vez, el esparcimiento y la relajación, o bien el descanso y la recuperación, medios a través de los cuales podamos encontrar nuestro centro, recurrir a la fuente de nuestra espiritualidad y visión y replegarnos en nosotras mismas.

Son muchas las mujeres sabias que han establecido descansos regulares durante el día o la semana para cultivar las experiencias "diastólicas" que las gratifican interiormente. Son experiencias que las centran y alimentan, como, por ejemplo, meditar en horas fijas, formar parte de un círculo de mujeres, asistir a clases de yoga, dar un paseo matutino, pasar un rato en el estudio, el jardín o la cocina desarrollando la creatividad propia o disfrutar de la compañía de personas que nos llenan de alegría.

Jamás sobre la colina

A menudo la menopausia coincide con la idea de la jubilación, la propia o la del marido, a veces con la condición de viuda o divorciada, y casi siempre con un nido vacío. La jubilación posee la connotación de que le mandan a uno a cuarteles de invierno, pero adquiere un significado nuevo y positivo si marca el fin de una etapa laboral en concreto y un cambio hacia nuevas actividades. En la actualidad la mayoría de mujeres posmenopáusicas no se "jubilan" y desaparecen quién sabe dónde para no volver a saber de ellas nunca jamás, y tampoco se "jubilan" para dormirse metafóricamente. Al contrario. Las mujeres mayores vuelven a inventarse a sí mismas, adquieren conciencia de su persona y tienen voz y voto.

Ser abuela es el papel tradicional que siempre se ha otorgado a las mujeres postmenopáusicas, pero cuesta convertirlo en el objetivo de toda una vida. Betty Friedan dio en el clavo con *Mística de la feminidad* cuando dijo que a una mujer no le bastaba vivir a través de los demás, ser esposa o madre de otros y nadie por derecho propio. Ser abuela puede ser maravilloso, pero no les basta a las mujeres que poseen una vida propia. Seguir al marido al lugar donde él desea retirarse tampoco basta, aunque muchas mujeres intenten adaptarse a esa circunstancia por todos los medios.

En *Sobre la colina* la actriz Olympia Dukakis hace el papel de Alma Harris, una viuda de Nueva Inglaterra que se rebela a su destino de jubilarse de la vida e instalarse a vivir en la planta baja remodelada de la casa de su hijo. Ante lo escalofriante de la idea, huye en avión a Australia y se convierte en un problema para su atareadísima hija, esposa de un político. Dukakis, no obstante, frustra el empeño que los demás tienen en que haga las maletas y regrese, y decide conducir por el continente austral en un coche trucado, travesía en la que irá descubriendo diversas facetas de sí misma. Es muy poco frecuente ver películas en las cuales la protagonista es una anciana cuya aventura es descubrirse a sí misma. Dukakis acepta la invitación iniciática de unas mujeres aborígenes que habitan en la región salvaje del interior, y eso añade una dimensión mística y terrena a la película. A pesar de que el personaje se encontrará en la situación de tener que decidir si aceptará o rechazará a dos hombres muy diferentes, uno que le ofrece volver a su antigua vida y otro que es el reflejo de su nueva personalidad, la película no gira en torno de ellos ni pretende definir al personaje femenino a través de esos hombres, sino que trata del descubrimiento y la evolución del auténtico yo de esa mujer que, por otro lado, se convierte en un modelo inesperado para esa hija que antes la consideraba un estorbo.

A pesar de que estamos hablando de una película y no de la vida real, es posible que en la tercera etapa de nuestra vida

tengamos que enfrentarnos de un modo activo a los planes que los demás han hecho por nosotras, y en lugar de esfumarnos o permitir que nos adjudiquen un papel de actriz de reparto o personaje secundario en la vida de los demás, seamos nosotras mismas con todas las consecuencias.

Granarse

"Granarse" es una expresión afortunada que, sin embargo, se ha convertido en una forma peyorativa de expresar el envejecimiento. "Granarse" es el símbolo de la tercera faceta de la diosa tripartita, y se aplica a las mujeres que están en la tercera etapa de su vida. Ya vimos que las tres etapas de la vida se reflejaban en la naturaleza, la luna en cuarto creciente, la luna llena y la luna en cuarto menguante, y también en las flores, los frutos y las semillas de la vida vegetal. "Granarse" se emplea como una afirmación despreciativa y despectiva. No obstante, su simbología oculta un concepto hermoso para referirse a este período de la vida. La semilla es la portadora de información, y representa la concentración de los nutrientes y la esencia que garantiza la supervivencia de las especies. Son las semillas de la sabiduría lo que poseemos y lo que hemos de traspasar. "Granarse" también puede describir el proceso de individuación hacia la esencia propia, el alma y el espíritu, el Yo que nos anima.

Cada libro que escribo es la expresión de lo que he aprendido, la información y la intuición que deseo trasladar a los demás en un viaje espiritual y psicológico. Cada vida es un territorio virgen, y, sin embargo, el terreno que cada cual ilumina con su conciencia posee una estructura similar. En el inconsciente colectivo, en el campo mórfico humano, en los reinos del sueño y el instinto, en la evolución de nuestra especie y los nexos que mantenemos con el gran misterio de la creación y la divinidad, somos seres singulares que formamos parte de un inmenso todo. La filosofía oriental se refiere a la conexión invisible que existe entre nosotros y entre nosotros y todas las cosas del universo, como el Tao que encaja con el concepto del Yo de Carl G. Jung.

Cuando algo me viene a la mente y asalta todos mis sentidos en una conversación profunda, mientras estoy impartiendo una sesión de psicoanálisis, realizando un proyecto creativo como el de escribir o participando en un círculo ceremonial de mujeres (semilla en la cual confío y que cultivo), la experiencia subjetiva que me embarga es la de que estoy siendo yo misma, y que me siento unida a unas raíces superiores. Cada vez que caigo en la cuenta de algo y lo transmito, introduzco o incubo esa visión en mi psique, la cual aporta su grano de arena con ideas e imágenes y lo traduce en palabras para que yo pueda emplearlas. Después, cuando las exteriorizo con el discurso o la escritura, estoy "sembrando" esas semillas. La metáfora

sólo funciona hasta aquí, porque cuando una idea así anima o inspira el crecimiento y la creatividad de otra persona, ese individuo a quien han influido mis palabras no es un recipiente pasivo al cual va destinada la semilla. Es más, las semillas de la sabiduría (aun cuando se traten de metáforas) no obedecen a las leyes físicas o económicas.

En el mundo físico y económico, si yo entrego algo, lo pierdo. La sabiduría y el amor se comportan de un modo absolutamente distinto: si yo entrego mi amor o mi sabiduría a otra persona, ambas los poseemos. Es más, lo curioso es que ese individuo puede regalarlos a su vez, conservarlos y acrecentarlos en cada transacción. Cuanto más amor entreguemos, más amor se generará y más amor poseeremos. Otra característica significativa es que si yo entrego mi sabiduría a otra persona y cala hondo en ella, es porque eso que yo le he dado ya estaba en su interior, y el individuo lo reconoce como propio. Cuanta más sabiduría aportemos al mundo, más sabiduría tendrá, y a las demás mujeres les resultará más fácil identificarse con ella.

Los arquetipos actúan de semillas

Los arquetipos son como semillas que poseemos en nuestro interior desde el principio. En función de la circunstancia y la predisposición, algunas se llegan a activar y otras permanecen en estado latente. Los arquetipos que he descrito en este libro existían en potencia en la psique, y a pesar de que puedan entrar en actividad (si es que lo hacen algún día) en la tercera etapa de la vida de una mujer, pueden haber constituido una faceta activa de una mujer determinada en el pasado. Cuando hablo o escribo sobre las diosas que hay en nosotras, cabe la posibilidad de que una o varias de ellas acaben resultándonos familiares, diosas que hasta que no fueron nombradas, permanecieron en el terreno de lo ignorado. Una vez constatada la situación, la conciencia nos brinda la oportunidad de actuar por medio de las energías del arquetipo que ahora reconocemos. A mi entender, dar un nombre a las diosas y descubrir que son un aspecto decisivo en la psique de otra mujer es como dar un nombre a un talento o un don que se encuentran presentes (y propiciar su desarrollo). La mayoría de las diosas de la mujer madura, sin embargo, entrañaban un peligro: el de "evoluciona por tu propia cuenta y riesgo"; y, por consiguiente, fueron acalladas o eliminadas. Eran como las semillas que las mujeres llevaron consigo durante milenios, esperando un cambio climático. A comienzos del tercer milenio, sin embargo, el "clima" está cambiando, y ya se empieza a advertir la receptividad y la cada vez más influyente posición de las mujeres mayores.

Los preliminares

Como bien sabe todo aquel que se ha dedicado a la jardinería, es importante tener en cuenta las estaciones. Del mismo modo que la floración, el dar fruto y el granarse se alternan según la estación del año, la edad cronológica y la condición hormonal determinan las estaciones cuando una mujer entra en su etapa de madurez. Para que un jardín florezca, se tiene que preparar la tierra, y para que un árbol en particular o una planta perenne prosperen, hemos de dedicarles unos cuidados especiales. La preparación psicológica funciona de la misma manera.

Para estimular las energías de estos arquetipos y florecer en la tercera etapa de la vida es preciso que nos liberemos de los resentimientos y las decepciones del pasado para vivir satisfechas el presente. Ahora bien, conseguirlo requiere una fuerte determinación, y trabajar con ahínco para dejar de ser una víctima y una rehén del pasado. Este ejercicio de sabiduría y voluntad bien vale el trabajo espiritual y psicológico que implica.

Lo bueno y lo malo que nos ha sucedido en el pasado nos ha modelado como somos actualmente. Aceptar este hecho y no dejar que el resentimiento, la rabia o la envidia nos absorban exige madurez de nuestra parte y la aceptación de que esta vida nos pertenece sólo a nosotras, y que el espíritu que le imprimamos será responsabilidad nuestra. Por supuesto, es más fácil para unos que para otros, aunque eso no lo determine necesariamente la gravedad de los problemas sufridos. Precisamente comprendí de verdad esta cuestión al oír hablar a una mujer durante la celebración de un acto sobre el cáncer de mama. La audiencia quedó atónita cuando dijo que agradecía las palizas que le habían dado de niña, el alcoholismo que había superado y el cáncer que había padecido, «porque todo eso me ha convertido en la persona que soy». Evidentemente no teníamos delante a Pollyana, y eso era palpable en su voz y su historia. Era una mujer en su plenitud, y una persona rebosante de sabiduría y fortaleza, que vivía el presente y no se sentía ligada al pasado por vínculos de resentimiento y dolor.

Los sentimientos personales de fracaso por lo general impiden a las mujeres que entren de lleno en la tercera etapa de su vida. Quizá una se sienta ligada al pasado por lo que no pudo realizar y se culpe por ello. La transición de una etapa de la vida a otra es una época en que la mayoría de mujeres necesita condolerse para liberarse de lo que sucedió o dejó de suceder. Perdonándonos a nosotras mismas y perdonando a los demás, seremos más libres para movernos en esta tercera etapa sin los estorbos del resentimiento y la culpa. Cuando exista la sensación de fracaso, habremos de revisar la premisa que se oculta tras estos sentimientos. ¿Hasta qué punto tienen que ver con

las expectativas que no se han satisfecho, como, por ejemplo, la obligación de disfrutar de un matrimonio feliz y criar a unos hijos perfectos, anhelar una trayectoria profesional plagada de éxitos o ambas cosas a la vez? Total, que nos encontramos ahora con que pasamos de los cincuenta, ahí queda lo que hemos hecho y somos quienes decimos ser. Quizá la vida que llevamos guarde más coherencia con nuestra identidad que con la idea que teníamos de nosotras mismas. Es posible que el destino o el karma desempeñe un papel al que hay que dar su importancia, aunque no sepamos cuál es. A lo mejor lo que de verdad importa guarda un parecido irrisorio con nuestra idea de éxito.

La posibilidad de florecer durante la tercera etapa a menudo depende de cuál sea nuestra elección al cruzar el umbral, empezando por si sabemos aceptarnos tal y como somos en la actualidad para seguir adelante o necesitamos realizar primero ciertos cambios fundamentales. Si no podemos perdonar, olvidar, o bien actuar con sensatez en esta encrucijada, el camino que sigamos nos llevará inevitablemente por parajes deprimidos. La situación influirá en nuestras relaciones y nuestra salud, así como en nuestro estado de ánimo y nuestra mente. El cambio implica la certeza de llevarlo a cabo, la voluntad de lograrlo y la habilidad de conseguirlo.

Los arquetipos de mujeres mayores necesitan reconocerse y cultivarse para pasar a formar parte de nosotras, una parte consciente. Hécate es quien aconseja buscar la verdad y proporciona la capacidad reflexiva y la intuición. Actuar de acuerdo con nuestra experiencia requerirá la energía de quien se planta, la fuerza de Sekhmet y Kali, domeñada por la sabiduría práctica de Atenea y Metis y la perspectiva espiritual de la sabiduría de Sofía. En ocasiones se trata sobre todo de perdonar, lo cual exige la compasión de Kuan Yin hacia una misma y hacia los demás. Hestia, el arquetipo que nos equilibra, calienta e ilumina nuestro mundo interior, y también es el invisible fuego del hogar alrededor del cual las mujeres sabias se reúnen, convirtiéndolo en un lugar donde expresar la risa curativa de Uzume y Baubo y de todos los arquetipos de las mujeres mayores.

Me ha atraído la frase «la vida de una tierra con sentido» que aparece en los *Cuatro Cuartetos* de T.S.Eliot como un modo poético de describir una vida plena de sentido en la cual las semillas arquetípicas entran en funcionamiento y se manifiestan a partir de nuestra vida interior espiritual y psicológica, a veces de un modo obvio en sueños y sincronicidades, o bien expresándose externamente por medio de nuestros actos y nuestras relaciones y creatividad. La vida de una tierra con sentido suena como algo auténtico, enraizado en nuestra propia naturaleza y en las estaciones de nuestra vida individual. Los arquetipos de la mujer madura nos invitan a reflexionar sobre lo que sabemos a partir de la propia experiencia. Nos conducen al reino interior del significado, nos ayudan a ver lo que importa realmente, a ser compasivas, decididas

y, si cabe, feroces, cuando es preciso realizar un cambio. Nos ayudan a llevar la vida de una tierra con sentido.

Con un gran abrazo.

NOTAS

Introducción: Cómo llegar a ser una mujer mayor y esplendorosa

1. Sams, Jamie, *The Thirteen Original Clan Mothers* (San Francisco: HarperSan-Francisco, 1993), 2.
2. Bolen, Jean Shinoda, *The Wisewoman Archetype: Menopause as Initiation* (cassette). Boulder: Sounds True, 1991.
3. Bolen, Jean Shinoda, *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina*. Barcelona: Kairós, 1993.

PARTE I: SU NOMBRE ES SABIDURÍA

1. Jung, C. G. "Wotan", en *Civilization in Transition*. Vol 10, *The Collected Works of C.G. Jung*, editado por sir Herbert Read, Michael Fordham y Gerhard Adler; traducción de R.F.C. Hull; editor ejecutivo, William McGuire (Princeton, Nueva Jersey: Bollingen Series 20, Princeton University Press, 1964), 189.

La diosa de la sabiduría práctica e intelectual

1. Baring, Anne, y Jules Cashford. *The Myth of the Goddess: Evolution of an Image*. Londres: Viking, 1991.
2. Pert, Candace B. *Molecules of Emotion* (Nueva York: Scribner, 1997), 107-129.
3. Ibid., 111
4. Stone, Merlin. *When God was a Woman* (Nueva York: Dial Press, 1976), xxiv.
5. Walker, Barbara G. *The Women's Encyclopedia of Myths and Secrets* (Edison, Nueva Jersey: Castle Books, 1999), 629. (Publicado originariamente en San Francisco por Harper & Row, 1983.)

ORGANIZACIONES

- La lista de EMILY, 805 15th Street NW, Suite 400, Washington DC 20005, www.emilylist.org.

Las diosas de la sabiduría mística y espiritual

1. Bancroft, Ann. *Weavers of Wisdom* (Londres: Arkana, 1989), vii.
2. Ibid., viii.
3. Anderson, Sherry R., y Patricia Hopkins. *The Feminine Face of God* (Nueva York: Bantam, 1991), 59.
4. Craighead, Meinrad. "Immanent Mother", en *The Feminist Mystic and Other Essays on Women and Spirituality*, ed. Mary E. Giles (Nueva York: Crossroad Press, 1982), 76.
5. Flinders, Carol. *At the Root of this Longing* (San Francisco: HarperSanFrancisco, 1998), 5.
6. Ibid., 325.
7. Anderson y Hopkins, 131.
8. Ibid., 186-187.
9. Ibid., notas, capítulo 8, nota 4, 234.
10. Baring y Cashford, 447.

11. De la sagrada Biblia, RS V, Proverbios 8:14, 8:22-31,9:1.
12. Baring y Cashford, 417.
13. Davies, Steve. "The Canaanite-Hebrew Goddess", en *The Book of the Goddess Past and Present*, editado por Cari Olson (Nueva York: Crossroad, 1985), 72. (Atribuye la época en la cual Asherah afirmaba su presencia en el mismo templo de Jerusalén al mismo Raphael Patai.)
14. Walker, Barbara G. «Asherah», 66. *Encyclopedia of The Women's Myths: Secrets* (1983; reimpresión, Edison; Nueva Jersey: Castle Books, 1996).
15. Shlain, Leonard. *The Alphabet Versus the Goddess* (Nueva York: Viking, 1998), 82-83.
16. Tertuliano. *De Praescr*, 41. Referencia extraída de Pagels, Elaine. *The Gnostic Gospels* (Nueva York: Random House, 1979), 60.
17. Tertuliano, *De Virginibus Velandis*, 9. Referencia de Pagels, 60.

La diosa de la sabiduría psíquica e intuitiva

1. "Himno a Deméter", *Los himnos homéricos*.
2. Allison, Ralph B. "A New Treatment Approach for Múltiple personalities", *American Journal of Clinical Hypnosis* 17 (1974): 15-32.
3. *Wyrd* era una palabra sajona que se aplicaba a la diosa anciana o de la muerte. Shakespeare llamó a las tres brujas de *Macbeth* las tres hermanas hechiceras, por las tres moiras o nornes, a las cuales se las solía representar como ancianas.
4. Walker, Barbara G. *The "Women's Encyclopedia of Myths and Secrets*, 1076-1091.

La diosa de la sabiduría meditativa

1. Steinem, Gloria. "Doing sixty", en *Moving Beyond Words* (Nueva York: Simón & Schuster, 1994), 249.

PARTE II: ELLA ES SABIA... CUANTO MENOS

Las diosas de la ira transformadora: su nombre es indignación

1. Masters, Robert. *The Goddess Sekhmet* (St. Paul, Minnesota: Llewellyn, 1991), 45-46.
2. Harding, Elizabeth U. *Kali: The Black Goddess of Dakshineswar* (York Beach, Maine: Nicolas-Hays, 1993), xix-xxii.
3. Galland, China. *The Bond Between Women: Journey to Fierce Compassion* (Nueva York: Riverhead, 1998), xvii-xx.
4. Sinopsis de "From the Great Above to the Great Below", de

Inanna: Queen of Heaven and Earth, traducida y narrada por Diane Wolkstein y Samuel Noah Kramer (Nueva York: Harper & Row, 1983), 52-73.

5. El nombre en hopi es *Angwusnasomtaqa*. Véase Secakuku, Alph H. *Following the Sun and Moon: Hopi Kachina Tradition* (Flagstaff, Arizona: Northland/Museo Heard, 1995), 17, 20.

6. Galland, China. *The Bond Between Women*, 208-215.

Los diosas de la risa curativa: su nombre es alegría

1. Gimbutas, Marija, en el prólogo al libro de Winifred Lubell, *The Metamorphosis of Baubo* (Nashville, Tennessee: Vanderbilt University Press, 1994), xiii.

2. Lubell, Winifred Milius. *The Metamorphosis of Baubo: Myths of Woman's Sexual Energy* (Nashville, Tennessee: Vanderbilt University Press, 1994), 34.

3. *Ibid.*, 36-40.

4. Paráfrasis de un fragmento del "Himno a Deméter" (re: Iambe/Baubo) de los *Himnos homéricos*; traducido al inglés por Charles Boer (*Homeric Hymns*, Irving, Texas: Spring Publications, 1979), 105-107, donde también se incluye la gestualidad *ana-suromai* de las estatuas de Baubo y el relato de Clemente de Alejandría.

5. Lubell, xix.

6. *Ibid.*, 179-181.

7. Stone, Merlin. *Ancient Mirrors of Womanhood* (Nueva York: New Sibylline Books, 1979), 2: 127-129.

8. Redmond, Layne. *When the Drummers Were Women* (Nueva York: Three Rivers Press, 1997), 152-153.

Las diosas de la compasión: su nombre es bondad

1. Blofeld, John. *Bodhisattva of Compassion* (Boston: Shambala, 1988), 24.

2. «Walking a Tightrope: An Interview with Robert coles», *Parábola* (primavera 1994): 73.

3. Ambas citas son de Bradley, Marión Zimmer, *Mists of Avalon*, 875.

4. Walker, Barbara G. *The Women s Encyclopedia of Myths and Secrets*, 609.

5. Cunneen, Sally. *In Search of Mary: The Woman and the Symbol*, 31.

PARTE III: LA MUJER ES UNA DIOSA QUE ENVEJECE: A PROPOSITO DE LAS DIOSAS DE CADA MUJER

Afrodita, la diosa del amor y la belleza

1. Levinson, Daniel J. *The Seasons of a Man's Life* (Nueva York: Ballantine, 1979), 109.

PARTE IV: LA MUJER ES UN SÍMBOLO

Los círculos de mujeres sabias

1. Epígrafe: de *El Círculo de la Abuelas*, Box 23, 36th St. Mail, 3728 East Indian School Road, Phoenix, AZ 85016.

2. Steinem, Gloria. *Moving Beyond Words* (Nueva York: Simón & Schuster, 1994), 270.

3. Spiegel, David. "A Psychosocial Intervention and Survival Time of Patients with Metastatic Breast Cancer", *Advances: The Journal of Mind-Body Health*, 7:3 (verano de 1991), 12.

4. Underwood, Paula, "Clan Mothers in the Twenty-first Century" en *The Fabric of the Future*, M.J. Ryan, ed. (Berkeley, California: Conari Press, 1998), 158.

5. Medicine Eagle, Brooke. *Buffalo Woman Comes Singing* (Nueva York: Ballantine, 1991), 339-340.

6. Heise, L., Ellsberg, M., y Gottemoeller, M. *Ending Violence Against Women*. Informes sobre la población, Serie L, núm. 11. Baltimore: Facultad de Sanidad Pública de la Universidad Johns Hopkins, Programa de Información sobre la Población, diciembre de 1999.

7. Ray, Paul H., y Sherry Ruth Anderson. *The Cultural Creatives* (Nueva York: Harmony Books, 2000), p. 14.

8. *Ibid.*, p. 15.

ORGANIZACIONES

-*Crónicas de Ancianas* (Liga del Consejo de Ancianas), PO Box 81, Kelly, W

80311 -0081 (Ann Kreilkamp).

-*El Círculo de la Abuelas*, PO Box 23, 36th St. Mail, 3728 East Indian School Road, Phoenix, AZ 85016. Para mayor información, adjunte un sobre franqueado a su nombre y diríjase a Kit Wilson.

-Santuario del Bosque de las Mujeres de la Arboleda Sagrada. PO Box 1692, Ross, CA 94957.

-Mujeres de la Fundación para la Sabiduría (Congreso sobre la espiritualidad de las mujeres que se celebra anualmente en Seattle). PO Box 30043, Seattle, WA

98103 (Kris Steinnes), www.womenofwisdom.org.

Conclusión: A modo de tercer acto

1. Eliot, T. S. "Las Dry Salvages", *Cuatro cuartetos* (Cátedra).

BIBLIOGRAFÍA

Introducción: Cómo llegar a ser una mujer mayor y esplendorosa

Bolen, Jean Shinoda. Cassette de *The Wisewoman Archetype: Menopause as Initiation*. Boulder: SoundsTrue, 1991.

—. *Crossing to Avalon: A Woman's Midlife Pilgrimage*. San Francisco: HarperSanFrancisco, 1994.

—. *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina*. Barcelona; Kairós, 1993.

Friedan, Betty. *The Feminine Mystique*. Nueva York: Dell, 1964.

George, Demetra. *Mysteries of the Dark Moon: The Healing Power of the Dark Goddess*. San Francisco: Harper SanFrancisco, 1992.

Illuminations of Hildegard of Bingen. Texto de Hildegard von Bingen comentado por Matthew Fox. Santa Fe: Bear & Company, 1985.

Joseph, Jenny. "Warning" en *When I Am an Old Woman, I Shall Wear Purple: An Anthology of Short Studies and Poetry*. Sandra Martz, editora. Manhattan Beach, California: Papier-Mache Press, 1987.

Jung, C. G. *The Archetypes and the Collective Unconscious*. 2ª ed. Vol. 9. 1954. En *The Collected Works of C.G. Jung*, editado por sir Herbert Read, Michael Fordham y Gerhard Adler; traducción de RFC Hull; editor ejecutivo, William McGuire, Princeton, Nueva Jersey: Bollingen Series 20. Princeton University Press, 1968.

Sams, Jamie. *The Thirteen Original Clan Mothers*. San Francisco: Harper SanFrancisco, 1993.

Sheehy, Gail. *The Silent Passage: Menopause*. Nueva York: Random House, 1991.

Shuttle, Penelope, y Peter Redgrove. *The Wise Wound: Myths, Realities, and Meanings of Menstruation*. Edición revisada, Nueva York: Bantam Books, 1990. (Publicado originalmente en Inglaterra por Víctor Gollancz, 1978.)

Walker, Barbara G. *The Crone: Woman of Age, Wisdom, and Power*. San Francisco: Harper San Francisco, 1985.

PARTE I: SU NOMBRE ES SABIDURÍA**La diosa de la sabiduría práctica e intelectual**

Bateson, Mary Catherine. *Composing a Life*. Nueva York: Dutton/Plume, 1990.

Eisler, Riane. *The Chalice and the Blade*. San Francisco: Harper & Row, 1997.

Eisler, Riane. *Sacred Pleasure: Sex, Myth, and the Politics of the Body*. San Francisco: HarperSanFrancisco, 1995.

—. *The Language of the Goddess*. San Francisco: Harper & Row, 1989.

—. *The Civilization of the Goddess*. San Francisco: HarperSanFrancisco, 1991.

—. *The Goddesses and Gods of Old Europe: 6500-3500 B.C., Myths and Cult Images*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, nueva edición actualizada, 1982. (Originalmente publicada en Estados Unidos con el título *Gods and Goddesses of Old Europe: 7000-3500 B.C.*, University of California Press, 1974.)

Graves, Robert. "Zeus and Metis", *The Greek Myths: Volume 1*. Nueva York: Penguin (1955, reimpresión en 1982).

Hesíodo. *Teogonia*.

Keuls, Eva C. *The Reign of the Phallus: Sexual Politics in Ancient Athens*. Berkeley, California: University of California Press, 1993.

Olson, Tillie. *Silences*. Nueva York: Delacorte, 1978.

Pert, Candace B. "Breaking the Rules", en *Molecules of Emotion: Why You Feel the Way You Feel*. Nueva York: Scribner, 1997.

Stone, Merlin. *When God Was a Woman*. Nueva York: Harvest/HB J, con autorización de Dial Press, 1978. (Publicado primero en Gran Bretaña con el título *The Paradise Papers* por Virago Limited, con la colaboración de Quartet Books Limited, 1976.)

La diosas de la sabiduría mística y espiritual

Anderson, Sherry P, y Patricia Hopkins. *The Feminine Face of God*. Nueva York:

Bantam, 1991. Bancroft, Ann. *Weavers of Wisdom: Women Mystics of the Twentieth Century*. Londres:

Arkana, 1989. Baring, Anne, y Jules Cashford. "The Hidden Goddess in the Old Testament", *The*

Myth of the Goddess: Evolution of an Image. Londres: Viking, 1991.

Bolen, Jean Shinoda. *Ciése to the Bone*. Nueva York: Scribner, 1996.

Craighead, Meinrad. *The Mother's Songs*. Nueva York: Paulist Press, 1986.

Davies, Steve. "The Canaanite-Hebrew Goddess", en *The Book of the Goddess Past and Present*, editado por Carl Olson. Nueva York: Crossroad, 1985.

Eisler, Riane. *The Chalice and the Blade*. San Francisco: Harper & Row, 1987. Flinders, Carol Lee. *Enduring Grace: Living Portraits of Seven Women Mystics*. San

Francisco: HarperSanFrancisco, 1993. Flinders, Carol Lee. *At the Root of this Longing*. San Francisco: HarperSanFrancisco,

1998. Matthews, Caitlin. *Sophia Goddess of Wisdom: The Divine Feminine from Black*

Goddess to World-Soul. Londres: Thorsons, 1992.

Norris, Kathleen, *Amazing Grace: A Vocabulary of Faith*. Nueva York: Riverhead, 1998.

Olson, Carl, editor. *The Book of the Goddess Past and Present An Introduction to Her Religión*. Nueva York: Crossroad, 1983.

Pagels, Elaine. *The Gnostic Gospels*. Nueva York: Random House, 1979. (Información exhaustiva sobre el cristianismo gnóstico temprano, las referencias gnósticas a Sofía y la oposición de los primeros Padres de la Iglesia.)

Patai, Raphael y Merlin Stone. *The Hebrew Goddess*. Detroit: Wayne State University Press, 1990.

Perkins, PHEME. "Sophia and the Mother-Father. The Gnostic Goddess", en *The Book of the Goddess Past and Present*, editado por Carl Olson. Nueva York: Crossroad, 1985.

Robinson, James M., editor general. *The Nag Hammadi Library in English*, traducido por los miembros del Proyecto para la Biblioteca Gnóstica Copta del Instituto de la Antigüedad y el Cristianismo. San Francisco: Harper & Row, 1978.

Shlain, Leonard. *The Alphabet Versus the Goddess*. Nueva York: Viking, 1998.

Walker, Barbara G., "Sophia, Saint", en *The Encyclopedia of Women's Myths and Se-crets*. (1983. Reimpresión, Edison, Nueva Jersey: Castle Books, 1996.)

La diosa de la sabiduría psíquica e intuitiva

Barstow, Anne Llewellyn. *Witchcraze: A New History of the European Witch Hunts*.

San Francisco: Pandora/HarperCollins, 1994. George, Demetra. *Mysteries of the Dark Moon: The Healing Power of the Dark Goddess*. San Francisco: HarperSanFrancisco, 1992. (Información sobre Hécate muy exhaustiva.)

Graves, Robert. *The Greek Myths*. Nueva York: Penguin, 1955, reimpresión en 1982. Karagulla, Shafica. *Breakthrough to Creativity: Higher Sense Perception*. Santa Mónica, California: DeVorss, 1967.

Kübler-Ross, Elisabeth. *On Death and Dying*. Nueva York: Macmillan, 1970.

Walker, Barbara G. *The Crone*. San Francisco: HarperSanFrancisco, 1985. "4. The Terrible Crone", "5. The Crone and the Cauldron", "6. The Crone Turns Witch".

Walker, Barbara G. *The Women's Encyclopedia of Myths and Secrets*. San Francisco: Harper & Row, 1983. Reimpresión, Edison, Nueva Jersey: Castle Books, 1996. "Hécate", "Witch", "Witchcraft".

La diosa de la sabiduría meditativa

Bolen, Jean Shinoda. "Hestia: diosa del hogar y de los templos", en *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina*. Barcelona: Kairós, 1993.

Demetrakopoulos, Stephanie. "Hestia, Goddess of the Hearth." *Spring 1979: An annual of Archetypal Psychology and Jungian Thought*. (Información exhaustiva sobre los rituales de Hestia.)

Graves, Robert. "Hestia's Nature and Deeds", en *The Greek Myths*. Vol 1. Nueva York: Penguin, 1955. Harding, M. Esther. "The Virgin Goddess" en *Women's Mysteries*. Nueva York: Bantam, 1973, publicado con la autorización de Putnam.

PARTE II: ELLA ES SABIA... CUANTO MENOS

Las diosas de la ira transformadora: su nombre es indignación

Brown, C. Mackenzie. "Kali, the Mad Mother", en *The Book of the Goddess Past and Present*, editado por Carl Olson. Nueva York: Crossroad, 1985.

Galland, China. *The Bond Between Women*. Nueva York: Riverhead, 1998. Harding, Elizabeth U. *Kali: The Black Goddess of Dakshineswar*. York Beach, Maine: Nicolas-Hays, 1993.

Irons, Verónica. *Egyptian Mythology*. Nueva York: Peter Bedrick, 1962.

—. *Indian Mythology*. Edición revisada. Middlesex, Inglaterra: Newnes, 1983.

Kinsley, David R. *The Sword and the Flute: Kali and Krishna: Dark Visions of the Terrible and the Sublime in Hindú Mythology*. Berkeley, California: University of California Press, 1975.

Kreilkamp, Ann. "Power & Presence: Meeting Sekhmet", *Crone Chronicles*, Número 31. Summer Solstice, 1997.

Masters, Robert. *The Goddess Sekhmet*. St. Paul, Minnesota: Llewellyn, 1988. Mookerjee, Ajit. *Kali: The Feminine Force*. Nueva York. Destiny Books, 1988.

Secakuku, Alph H. *Following the Sun and Moon*. Flagstaff, Arizona: Northland Publishing en colaboración con el Museo Heard, 1995.

Walker, Barbara G. *The Crone*. San Francisco: HarperSanFrancisco, 1985. "4. The Terrible Crone", "5. The Crone and the Cauldron", "6. The Crone Turns Witch".

—. *The Women's Encyclopedia of Myths and Secrets*. Edison, Nueva Jersey: Castle Books, 1996. "Hecate".

Wolkstein, Diana, y Samuel Noah Kramer. "The Descent of Inanna", de *Inanna: Queen of Heaven and Earth*. Nueva York: Harper & Row, 1983. (Habla de Ereshkigal.)

Las diosas de la risa curativa: su nombre es alegría

Camphausen, Rufus C. *The Yoni: Sacred Symbol of Female Creative Power*.

Rochester, Vermont.: Inner Traditions, 1996. Lubell, Winifred Milius. *The Metamorphosis of Baubo: Myths of Woman's Sexual Energy*.

Nashville, Tennessee: Vanderbilt University Press, 1994. (Referencias exhaustivas a Baubo.)

Redmond, Layne. *When the Drummers Were Women: A Spiritual History of Rhythm*. Nueva York: Three Rivers Press, 1997.

Stone, Merlin. "Amaterasu Omikami", en *Ancient Mirrors of Womanhood*. Boston: Beacon Press, 1984. (Habla de Ama-No Uzume.)

Las diosas de la compasión: su nombre es bondad

Austen, Hallie Iglehart. *The Heart of the Goddess: Art, Myth and Meditations of the World's Sacred Feminine*. Berkeley, California: Wingbow Press, 1990.

Baring, Anne y Jules Cashford. «Mary, the Return of the Goddess», *The Myth of the Goddess: Evolution of an Image*. Londres: Viking, 1991.

Blofeld, John. *Bodhisattva of Compassion: The Mystical Tradition of Kuan Yin*. Boston: Shambala, 1988.

Cunneen, Sally. *In Search of Mary: The Woman and the Symbol*. Nueva York: Ballantine, 1996.

Leighton, Taigen Daniel. *Bodhisattva Archetypes: Classic Buddhist Guides to Awakening and Their Modern Expression*. Nueva York: Penguin Arkana, 1998.

Matter, E. Ann. "The Virgin Mary: A Goddess" en *The Book of the Goddess Past and Present*, editado por Cari Olson. Nueva York: Crossroad, 1985.

Paul, Diana. "Kuan-Yin: Savior and Saviress in Chinese Pure Land Buddhism" en *The Book of the Goddess Past and Present*, editado por Carl Olson. Nueva York: Crossroad, 1985.

Woodward, Kenneth L. "Hail, Mary", *Newsweek*, 25 de agosto de 1998.

PARTE III: LA MUJER ES UNA DIOSA QUE ENVEJECE: A PROPOSITO DE LAS DIOSAS DE CADA MUJER

Bolen, Jean Shinoda. "Las diosas vírgenes: Artemisa, Atenea y Hestia", "Las diosas vulnerables: Hera, Deméter y Perséfone", y "Las diosas alquímicas" en *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina*, op. cit.

Artemisa, la diosa de la caza y la luna

Bolen, Jean Shinoda. "Artemisa: diosa de la caza y de la luna, rival y hermana" en *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina*, op. cit.

Atenea, la diosa de la sabiduría y las artes

Bolen, Jean Shinoda. "Atenea: diosa de la sabiduría y de la artesanía, estratega e hija del padre" en *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina*, op. cit.

Hestia, la diosa del hogar y el templo

Bolen, Jean Shinoda. "Hestia: diosa del hogar y de los templos, mujer sabia y tía soltera" en *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina, op. cit.*

Hera, la diosa del matrimonio

Bolen, Jean Shinoda. "Hera: la diosa del matrimonio, artífice del compromiso y esposa" en *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina, op. cit.*

Deméter, la diosa de las cosechas

Bolen, Jean Shinoda. "Deméter: diosa de las cosechas, nutridora y madre" en *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina, op. cit.*

Perséfone, la doncella y la reina del mundo subterráneo

Bolen, Jean Shinoda. "Perséfone: la doncella y reina del mundo subterráneo, mujer receptiva e hija de la madre" en *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina, op. cit.*

Afrodita, la diosa del amor y la belleza

Bolen, Jean Shinoda. "Afrodita: diosa del amor y de la belleza, mujer creativa y amante" en *Las diosas de cada mujer: una nueva psicología femenina, op. cit.*

Stuart, Gloria. *Gloria! I Just Kept Hoping*. Boston: Little Brown, 1999.

PARTE IV: LA MUJER ES UN CÍRCULO

Los círculos de mujeres sabias

Baldwin, Christina. *Calling the Circle: The First and Future Culture*. Nueva York: Bantam, 1998.

Bolen, Jean Shinoda. *The Millionth Circle: How to Change Ourselves and the World, the Essential Guide to Women's Circles*. Berkeley, California: Conari, 1999.

Cahill, Sedonia, y Joshua Halpern. *The Ceremonial Circle: Practice, Ritual and Renewal for Personal and Community Healing*. San Francisco: HarperSanFrancisco, 1992.

Carnes, Robin Dees y Sally Craig. *Sacred Circles: A Guide to Creating Your Own's Women's Spirituality Group*. San Francisco:

HarperSanFrancisco, 1998,

Garfield, Charles, Cynthia Spring y Sedonia Cahill. *Wisdom Circles: A Guide to Self-Discovery and Community-Building in Small Groups*. Nueva York: Hyperion, 1998.

Keyes, Jr., Ken. *The Hundredth Monkey*. Coos Bay, Oregon: Vision Books, 1982 (op).

Ryan, M.J., editor. *The Fabric of the Future: Women Visionaries of Today Illuminate the Path to Tomorrow*. Berkeley, California: Conari Press, 1998.

Rosen, Ruth. *The World Split Open: How the Modern Women's Movement Changed America*. Nueva York: Viking, 2000.

Sams, Jamie. *The Thirteen Original Clan Mothers*. San Francisco: HarperSanFrancisco, 1993.

Schaefer, Anne Wilson. *Women's Reality: An Emerging Female System in a White Male Society*. San Francisco: Harper & Row, 1981, 1985.

—. *Co-Dependence: Misunderstood-Mistreated*. San Francisco: Harper & Row, 1986.

—. *When Society Becomes an Addict*. San Francisco: Harper & Row, 1987.

Sheldrake, Rupert. *A New Science of Life: The Hypothesis of Morphic Resonance*. Rochester, Vermont: Park Street Press, 1995. (Publicado originalmente en Londres: Blond & Briggs, 1981.)

—. "Part 1. Mind, Memory and Archetype: Morphic Resonance and the Collective Unconscious" en *Psychological Perspectives*, 18:1 (primavera de 1987); 9-25.

"Part 2. Society, Spirit and ritual", 18:2 (otoño de 1987): 329-331. "Part 3. Extended Mind, Power and Prayer", 19:1 (primavera de 1988): 64-78.

nance. Rochester, Vermont: Park Street Press, 1995. (Publicado originalmente en Londres: Blond & Briggs, 1981.)

—. "Part 1. Mind, Memory and Archetype: Morphic Resonance and the Collective Unconscious" en *Psychological Perspectives*, 18:1 (primavera de 1987): 9-25. "Part 2. Society, Spirit and ritual", 18:2 (otoño de 1987): 329-331. "Part 3. Extended Mind, Power and Prayer", 19:1 (primavera de 1988): 64-78.

Conclusión: A modo de tercer acto

Erikson, Erik H. *The Life Cycle Completed: A Review*, Nueva York: W. W. Norton, 1982.

Over the Hill, con Olympia Dukakis. Guión de Robert Caswell, dirigida por George Miller. New Line Cinema y Village Roadshow Pictures. New Line Home Video, 1993.